

Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina	Titulo
Alabarces, Pablo - Compilador/a o Editor/a;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2000	Fecha
	Colección
Represion Policial; Violencia; Globalizacion; Deportes; Futbol; Mujeres; Sociedad; America Latina;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100921122900/Peligro.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



PELIGRO DE GOL

Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina

⇐ Pablo Alabarces
(Compilador)

Pablo Alabarces
Gabriela Binello
Mariana Conde
Analía Martínez
María Graciela Rodríguez
Tarcyanie Cajueiro Santos
Carlos Alberto Máximo Pimenta
Ronaldo Helal
Antonio J. Soares
Sergio Villena Fiengo
Juan Pablo Ferreiro
Sofía Brailovsky
Elisa Blanco

Adolfo Mendoza Leigue
Miguel Cornejo A.
Karina Mellado M.
Pablo Melgarejo B.
Ramiro Coelho
José Garriga Zucal
Betina Guindi
Andrea Lobos
María Verónica Moreira
Juan Sanguinetti
Ángel Szrabsteni
Hugo Lovisoló
Yara Lacerda

Colección Grupos de Trabajo de CLACSO

Grupo de Trabajo
Deporte y Sociedad

Coordinador: Pablo Alabarces

Director de la Colección

Dr. Atilio A. Boron
Secretario Ejecutivo

Coordinador Académico de CLACSO

Emilio Taddei

Coordinador Área de Difusión

Jorge A. Fraga

Asistente Académica Grupos de Trabajo

Sabrina González

Edición

Florencia Enghel

Impresión

Gráficas y Servicios

Primera edición

"Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina"

(Buenos Aires: CLACSO, abril del 2000)



**Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
CLACSO**



**Agencia Sueca de
Desarrollo Internacional**

**Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
CLACSO**

Callao 875, piso 3°
1023 Buenos Aires, Argentina
Tel: (54-11) 4811-6588 / 4814-2301
Fax: (54-11) 4812-8459
E-mail: clacso@clacso.edu.ar
<http://www.clacso.edu.ar>
www.clacso.org

ISBN 950-9231-48-7

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

INDICE

Agradecimientos

9

Introducción

Pablo Alabarces

“Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agendas”

11

1. Cuestiones de género

Gabriela Binello, Mariana Conde, Analía Martínez y María Graciela Rodríguez

“Mujeres y fútbol: ¿territorio conquistado o a conquistar?”

33

2. Transformaciones: globalización y exclusión

Tarcyanie Cajueiro Santos

“Globalização, Mundialização e Esporte: O Futebol como Megaevento”

57

Carlos Alberto Máximo Pimenta

“Novos Processos de Formação de Jogadores de Futebol e o fenômeno das ‘escolinhas’: uma análise crítica do possível”

75

3. Mitologías: el héroe, la raza

Ronaldo Helal

*“As Idealizações de Sucesso no Imaginário Futebolístico Brasileiro:
um estudo de caso”*

101

Antonio J. Soares

“História e a invenção de tradições no futebol brasileiro”

113

4. Narrativas y rituales de identidad: la región, la nación

Sergio Villena Fiengo

*“Imaginando la nación a través del fútbol:
el discurso de la prensa costarricense sobre
la hazaña mundialista de Italia ‘90”*

145

Juan Pablo Ferreiro, Sofía Brailovsky y Elisa Blanco

*“Identidad y poder en el fútbol:
algunas reflexiones a partir de la experiencia jujeña”*

169

Adolfo Mendoza Leigue

“La altura en el banquillo de los colonizados”

187

5. Políticas

Miguel Cornejo A., Karina Mellado M., Pablo Melgarejo B.
*“Las políticas públicas y su relación con el desarrollo de la actividad
físicodeportiva: el caso de la Comuna de San Pedro de La Paz
(VIII Región del Bio Bio)”*

197

6. Violencia(s)

Pablo Alabarces, Ramiro Coelho, José Garriga Zucal, Betina Guindi, Andrea
Lobos, María Verónica Moreira, Juan Sanguinetti, Ángel Szrabsteni
“‘Aguante’ y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina”

211

7. Deporte y religión

Hugo Lovisolo e Yara Lacerda

“Reencantando as quadras: basquete e espiritualidade”

233

Hugo Lovisolo

“Da fisiologia à religião: argumentos a favor do exercício”

249

Agradecimientos

Una empresa que vincula a investigadores de cinco países y ocho ciudades no puede llevarse a cabo sin una gran cantidad de apoyo y colaboración. Por ello, nuestro agradecimiento. En primer lugar, a los distintos centros miembros de CLACSO que respaldaron las actividades de sus investigadores, y especialmente al Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mi propio lugar de trabajo, que desde el inicio de nuestro proyecto en 1995 ha respaldado eficientemente toda la labor realizada y por realizar. A su personal técnico y administrativo y a su director, Federico Schuster, debo directa o indirectamente buena parte de este producto. También a las autoridades de la Facultad, que entendieron nuestro trabajo como posible y necesario. Por supuesto, a UBACYT y el CONICET, que financiaron el capítulo porteño de estas investigaciones.

Colectivamente, debemos un inmenso agradecimiento a las autoridades y al personal del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES) de Cochabamba, Bolivia, donde nos reuniéramos entre el 8 y el 10 de diciembre de 1999 para discutir los materiales de este libro. Las condiciones en las que una reunión se realiza influyen decisivamente en sus resultados: además de esfuerzo intelectual y nivel académico, los debates precisan de ambientes cálidos, de cordialidad, de eficacia organizativa, factores todos que redundan en el éxito de una actividad o, por ausencia, en su definitivo fracaso. En todos los sentidos, desde el espacio físico hasta el minucioso esfuerzo para que no nos faltara nada, pasando por el sistemático buen humor, los amigos y amigas cochabambinos organizaron una reunión sencillamente perfecta. Sin ellos, y sin la desinteresada colaboración de algunos bares céntricos que prolongaban las conversaciones hasta la madrugada, este libro no habría sido posible.

Personalmente, debo agradecer el inmenso apoyo de CLACSO a las actividades del Grupo. Pero este apoyo no se limita a la relación estándar entre una institución y su programa o su coordinador. Se traduce en cordialidad y afecto, en respaldo entusiasta, en disposición para solucionar absolutamente todas las dificultades. Hasta convencernos, finalmente, de que este trabajo vale la pena. Atilio Borón, Secretario Ejecutivo desde 1997, y Emilio Taddei, Coordinador General, me convocaron a comienzos de 1999 para que relanzáramos el Grupo, brindando todas las facilidades posibles. Como siempre, los amigos de la oficina de la Secretaría en Buenos Aires (Gabriela Amenta, Bettina Levy, Domique Babini, Gustavo Navarro, Catalina Saugy, Florencia Vergara, Javier Jiménez, Jorge Fraga, Florencia Enghel, Sabrina González, Ana María Barros y María Inés Gómez) me hicieron creer en el valor del trabajo de nuestro Grupo.

Para un Grupo que trabaja electrónicamente, el rol de su “facilitador” (el administrador de su red) es crucial: ése es el trabajo de Gabriela Binello. A despecho de las penosas condiciones laborales de los graduados jóvenes en la academia latinoamericana, Gabriela cumple ese papel con soltura y eficiencia.

Este libro tiene una deuda enorme con Eduardo Archetti, que inventó la posibilidad de que estos estudios existieran en la Argentina, y con su amistad y generosidad impulsó nuestro trabajo en la Universidad de Buenos Aires. Con su creatividad y su agudeza implacable, continúa hasta hoy regalando ideas y estimulando las discusiones.

Por último: a los compañeros de viaje en el equipo de investigación de la Universidad (María Graciela Rodríguez, Gabriela Binello, Ramiro Coelho, Mariana Conde, Pablo Domini, José Garriga, Betina Guindi, Hernán Guzzetti, Andrea Lobos, Analía Martínez, Verónica Moreira, Juan Sanguinetti y Ángel Szrabsteni). A los amigos británicos Gary Armstrong, Gerry Finn, Richard Giulianotti, John Sugden y Alan Tomlinson, y a los norteamericanos Joseph Arbena y Jeff Tobin, que tanto ayudan con su intercambio y su apoyo. A los colegas jóvenes de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (me abstengo de nombrarlos para no olvidar a ninguno), que también creen que en la Argentina y en América Latina se puede hacer investigación crítica sobre nuestras sociedades. Y a Mirta Varela, Agustín y Santiago Alabarces Varela, que soportan, apoyan, critican y creen. Aún con la leve ironía de decir: “Cuando sea grande quiero trabajar en lo mismo que vos: ir a la cancha y ver la tele”.

Pablo Alabarces

Introducción

*Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agendas*¹

◊ Pablo Alabarces*

Silencios

En 1996, en su introducción a *Sport, Identity and Ethnicity*, Jeremy MacClancy presentaba una justificación general de la necesidad de los estudios sobre deporte. Paradójicamente, lo hacía en el marco de una academia que ya lleva veinte años de desarrollo de este corpus temático. Allí afirma, entre otros motivos, que "...los deportes son maneras de fabricar en una forma potencialmente compleja un espacio para uno mismo en su mundo social (...) El deporte no 'revela' meramente valores sociales encubiertos, es un modo mayor de su expresión. El deporte no es un 'reflejo' de alguna esencia postulada de la sociedad, sino una parte integral de la misma, más aún, una parte que puede ser usada como un medio para *reflexionar* sobre la sociedad" (MacClancy, 1996: p. 4); para concluir:

Los deportes, en suma, pueden ser usados para llenar una plétora de funciones: para definir más agudamente los límites ya establecidos de comunidades políticas y morales; para asistir en la creación de nuevas identidades sociales; para dar expresión física a ciertos valores y para actuar como un medio de reflexionar sobre ellos; para servir como un espacio potencialmente contestatario para grupos opuestos. (...) Los deportes son vehículos de investimento de significado, cuyo status e interpretación están continuamente abiertos a negociación y sujeta a conflicto. (*idem*: p. 7-8)

*Profesor a cargo del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva (Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires). Investigador del CONICET-Instituto Gino Germani (UBA). Coordinador del Grupo de Trabajo "Deporte y Sociedad" de CLACSO. Autor de *Cuestión de pelotas* (1996, con María G. Rodríguez) y compilador de *Deporte y Sociedad* (1998), entre otros trabajos.

Tamaño optimismo epistemológico (más o menos compartido por una pléto-
ra de especialistas europeos y norteamericanos) no recibe, entre nosotros, la mis-
ma acogida. El deporte ha sufrido en América Latina una desatención paradójica
por parte de sus ciencias sociales. Hoy, quizás porque la expansión de la esfera
deportiva ha desbordado todos los límites tradicionales, parecemos asistir al fin
de esa ceguera.

La paradoja consiste en que, contrariando todas las tradiciones miméticas de
nuestras culturas y de nuestras prácticas académicas, el deporte se había consti-
tuido en objeto de estudio de las instituciones de los países centrales hace por lo
menos dos décadas. Sin embargo, los clásicos efectos de transferencia que domi-
nan nuestra producción de saber (según los cuales, lo que es digno de ser estudia-
do en Europa merece inmediatamente su aclimatación) no surtieron, en este caso,
el mismo efecto. Por el contrario: el deporte permaneció obturado hasta fechas
muy recientes como una posibilidad de discurso letrado, a excepción de la narra-
tiva ficcional (y con cierta parvedad), del costumbrismo y del periodismo espe-
cializado. En este último caso, inversamente, el desborde productivo apunta ha-
cia la saturación.

Las razones para ese bloqueo inicial (aunque prolongado: cien años) son
múltiples. El deporte latinoamericano integró durante todo este tiempo un lote
cada vez más reducido de prácticas culturales cuya puesta en objeto parecía pro-
hibida. Las ciencias sociales del continente, atentas por principio a las diferen-
tes maneras en que se estructuran la sociabilidad y la subjetividad, las identida-
des y las memorias, no constituyeron hasta tiempos muy recientes saberes espe-
cializados sobre estas prácticas. En el caso argentino, el más cercano a mi expe-
riencia de trabajo, operó una causa primera: justamente, el peso del deporte —
principalmente el fútbol— en la constitución de la identidad y la subjetividad. El
deporte se sobreimprime a situaciones identitarias clave: la socialización infan-
til, la definición de género —especialmente, la masculinidad—, la conversación
cotidiana, la constitución de colectivos. Situaciones que involucran al propio ob-
servador, que recorren su cotidianeidad. Frente a esta mixtura, la lectura del in-
telectual tendió únicamente a dos salidas: la exasperación de la distancia, hasta
superar los límites del silencio, o la asunción de la imposibilidad de esa distan-
cia, hasta suprimirla por completo. Los límites entre el amor incondicional (y
acrítico) y el rechazo exasperado se señalaron en la frontera que separa la inge-
nuidad del prejuicio.²

En el caso argentino, ese prejuicio tuvo nombre: el fantasma que recorre la
academia, el populismo. Éste, por su peso en la historia política, económica, cul-
tural y social de la Argentina, funcionó en este caso particular como una especie
de marca distintiva. Como un presupuesto: un objeto de las dimensiones —no só-
lo en un sentido cuantitativo— del deporte, sólo podía leerse con una mirada po-
pulista; por ello, cualquier tipo de mirada que se ejerciera fue tildada antes de

construirse. La incorporación al repertorio de visibilidad de objetos y prácticas consideradas *inferiores*, desplazadas por la economía axiológica del campo (los géneros de la industria cultural, las prácticas político-culturales de las clases populares urbanas, los rituales masivos, los repertorios del ocio, entre otros) había sido producida desde el llamado *populismo cultural*, en el campo más vasto de la lucha política de los sesenta, en los senderos abiertos por el gramscianismo y la sustancialización de los actores populares;³ por esa razón, por esta “legitimidad de origen” se creyó —se afirmó— la imposibilidad de construir saber fuera de esa matriz. Y en consecuencia, el objeto permaneció obturado.⁴ Más precisamente: sin constituirse.

Otra paradoja: si imaginariamente la única mirada posible era populista, se calificó una condición de posibilidad, una gramática, pero jamás un discurso. Cuando Juan José Sebreli intenta descalificar las aproximaciones populistas al fútbol hasta 1981 (el momento de su *Fútbol y masas*), sólo puede citar fragmentos de poemas o relatos, crónicas periodísticas, alguna metáfora perdida en el campo de batalla (“el alma está en orsay/ che bandoneón”).⁵ Si *Medios de comunicación y cultura popular* (Ford *et al.*, 1985) es la recopilación más importante que esta matriz del análisis cultural produjera en la crítica argentina, el deporte no ocupa ninguno de sus capítulos. Fortuna que sí obtienen el tango, la historietta, el melodrama, el radioteatro, la prensa popular, el cine de masas. *No hubo investigación académica sobre el deporte en la Argentina*: el fantasma —¿el estigma?— del mote parece clausurar el discurso; y desplazarlo a la charla de café — que, aunque próxima, no puede calificarse de sede académica— o, nuevamente, al costumbrismo. En el Río de la Plata, Fontanarrosa, Galeano, Soriano, Dolina, Sasturain: en la narrativa antes que en el ensayo, o en la ficción sentimental memorística antes que en la historia. Aun en el populismo de izquierda: las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de Galeano no son académicas (Galeano, 1995), a pesar de su incorporación rápida al repertorio de citas;⁶ cuando Sasturain trabaja “monográficamente” el objeto, lo desplaza hacia el humor y la observación *border* (Sasturain, 1987).⁷

Mapas

Si abandonamos la Argentina como soporte de nuestro mapa, el panorama es más variado, aunque hay continuidades y divergencias. El dato pionero parece ser brasileño: la publicación en 1982 de *O universo do futebol*, una compilación de Roberto Da Matta. Los trabajos anteriores de Da Matta, especialmente su ya clásico *Carnavais, malandros e heróis...*, de 1979 (Da Matta, 1983), habían bordeado el fútbol en su intento de analizar la cultura brasileña; el uso de la categoría de *ritual* que hace Da Matta será de gran importancia en los estudios culturales latinoamericanos posteriores, también en los dedicados al deporte.⁸ La compilación

de 1982 aborda el universo futbolístico, en lo que creemos es el primer intento sistemático en la academia latinoamericana. Sin embargo, hay que esperar hasta los '90 para que ese pionerismo se traduzca en producción intensiva, en la constitución de grupos estables, fundamentalmente en torno de tres núcleos: los vinculados con la historia del deporte y la educación física en la UNICAMP, los abordajes que cruzan la educación física, la antropología, la sociología y la historia en Rio de Janeiro (básicamente, en la Universidad Gama Filho y en la UERJ), y el grupo de *Esporte e Midia* en el marco de INTERCOM, la sociedad brasileña de estudios de comunicación, organizado en torno del trabajo de Sérgio Carvalho en la Universidad de Santa María (Rio Grande do Sul).⁹ Paralelamente, desde fines de los '80 puede leerse el trabajo de José Sergio Leite Lopes en el Museo Federal de Rio de Janeiro (la misma institución donde trabajaba Da Matta), dedicado a la historia del fútbol brasileño; si bien sus investigaciones cuentan con mayor difusión europea (por ejemplo, en las *Actes de la Recherche* dirigidas por Pierre Bourdieu), han sido objeto de intensas polémicas dentro de la academia brasileña —como lo señala el trabajo de Soares en este mismo volumen. La investigación brasileña sobre el campo es la más sistemática y extendida, ayudada por el nivel universitario de sus departamentos de educación física y la importancia y solidez de su posgrado. A pesar de ello, la colocación es periférica dentro de las ciencias sociales y no ha constituido, hasta hoy, una organización articuladora de toda la producción.

En el resto de América Latina y el Caribe, pueden verse intentos aislados, debidos a iniciativas personales —muchas de las cuales intentamos nuclear en el Grupo de Trabajo de CLACSO. El esfuerzo de Sergio Villena en Costa Rica permitió la publicación de otro intento supra-nacional: la pequeña compilación de 1996 realizada por FLACSO, titulada *Fútbol e identidad nacional*, donde además de un artículo de Villena (un adelanto de la investigación que puede leerse en este volumen) se editaron trabajos del colombiano Andrés Dávila Ladrón de Guevara y del boliviano Luis H. Antezana. En estos últimos casos puede leerse una de las posibles flexiones de la escritura académica sobre el deporte (en este caso, nuevamente, el fútbol): la tensión narrativa, vinculada con los ejercicios de Galeano y Sasturain en el Río de la Plata —de hecho, la cita de Sasturain es un eje del trabajo de Antezana—, combinada con la utilización de otros repertorios teóricos más cercanos a las disciplinas sociales (Villena *et al.*, 1996). Lo mismo puede verse en la compilación de trabajos periodísticos del sociólogo y narrador peruano Abelardo Sánchez León, *La balada del gol perdido* (1993) —autor también de una novela de “tema deportivo”, *La soledad del narrador*. Los textos de Sánchez León, originalmente publicados en medios periodísticos, trabajan esa tensión productivamente: el ejercicio del sociólogo se contamina con la flexión narrativa y periodística, pero la “contaminación” resulta en una mayor agudeza del ejercicio analítico.

En el caso peruano, sin embargo, deben anotarse otras dos iniciativas. En primer lugar, la de un grupo de sociólogos de la Pontificia Universidad Católica li-

meña, coordinados por Aldo Panfichi, que en 1997 editara una compilación breve bajo el título *Fútbol, identidad, violencia y racionalidad*, en el que se intenta un primer abordaje a las problemáticas de identidad y violencia (Panfichi, 1997). En segundo lugar, más recientemente, la publicación de un número especial de la revista *Contratexto*, de la Universidad de Lima, dedicada al fútbol desde perspectivas básicamente comunicacionales. La edición, debida al esfuerzo de Juan Carlos García Vargas, compila artículos procedentes de estudiosos de los fenómenos comunicacionales-culturales, con lo que las disciplinas y estrategias convocadas son las semióticas y el análisis de textos mediáticos antes que las socio-antropológicas (AA.VV., 1999). Pueden leerse colaboraciones peruanas, colombianas, argentinas y mexicanas, así como españolas (Miguel de Moragas Spa) e italianas (Nicola Porro). Los trabajos mexicanos pertenecen a investigadores jóvenes del área de comunicación (Claudia Benassini y Enrique Rivera Guerrero) que desarrollan su investigación fuera de marcos colectivos de inserción, ejemplificando nuevamente el aislamiento de los estudiosos del campo.

Los esfuerzos individuales pueden leerse también en Chile y Uruguay. El sociólogo chileno Eduardo Santa Cruz publicó una historia del fútbol chileno, en la que no se limita a la acumulación de datos sino que los pone en correlación con las series política y económica (Santa Cruz, 1995). El trabajo de Miguel Cornejo en la Universidad de Concepción ha desarrollado descripciones sistemáticas y propuestas innovadoras en el campo de las políticas públicas.¹⁰ En Uruguay, además de la presencia fuera del campo académico de Galeano, puede verse la aproximación desde la literatura publicada por Pablo Rocca (1991). Los testimonios de jóvenes investigadores uruguayos insisten en que el campo, al menos hasta hoy, está bloqueado en su universidad.

Los intentos de presentar colectivamente esta dispersa y *clandestina* producción son hasta hoy escasos. Es preciso señalar la publicación de la revista *Debate*, de Ecuador, en 1998, dedicada a *Fútbol, identidad y política*; así como el número 154 de la revista *Nueva Sociedad*, de Caracas, que publica en el mismo año un dossier *Fútbol y béisbol: los juegos de las identidades*, organizado por Sergio Chefjec (con trabajos de Archetti, Santa Cruz, Sánchez León, Leite Lopes y Albarces, entre otros). Desde 1996 la revista electrónica *Lecturas en educación física y deportes*, organizada desde Buenos Aires por Tulio Guterman, propone la difusión de artículos de autores de distintos países, incluidos muchos de los ya nombrados y otros colaboradores de este volumen. Los mejores panoramas de la producción latinoamericana, aunque inevitablemente incompletos, los ha producido un investigador norteamericano: Joseph Arbena, un historiador de la Universidad de Clemson que fue concentrando su atención en el área desde los años '80.¹¹ Pero la escasez de presentaciones colectivas y continentales, que nuestro Grupo y la publicación de este libro quieren ayudar a saldar, señala más las dificultades de la circulación de los saberes sobre el campo de estudios que su ausencia. Al relevar estos intentos y al comprobar el interés que despiertan, especialmente entre inves-

tigadores jóvenes de Latinoamérica y el Caribe, podemos afirmar que el problema central en el campo —o “subcampo”, si lo entendemos dentro del marco de los estudios sociales y culturales— sería, precisamente, no tanto la ausencia de interés y trabajo académico sobre la temática, sino el carácter periférico, aislado (nuevamente, *clandestino*) y desarticulado entre sí (como se desprende fácilmente de una revisión de las bibliografías de las distintas publicaciones) que ocupan estas investigaciones dentro de las ciencias sociales en la región.¹²

Excesos

Si finalmente se ha producido la aparición en sede académica de estos estudios, el ejemplo de lo ocurrido con otros objetos de la serie “consumos culturales populares” debiera servir como advertencia de sus peligros. Un primer riesgo: si el deporte constituye un objeto de primer orden en la vida cotidiana, se encuentra permanentemente expuesto a la banalización. Las prácticas culturales masivas, justamente por su carácter de masivas y cotidianas, necesitan una mirada fuertemente crítica y distanciada (lo que no significa apocalipticismo), so pena de enredarse en los pliegues de un discurso cálido: pasar de discutir la crisis de las representaciones nacionales a los avatares de la selección nacional de fútbol es un desplazamiento, aunque indeseado, frecuente. Un riesgo consecuente: la producción de banalidades (después de todo, la discusión deportiva cotidiana es uno de los mejores repertorios del lugar común y la obviedad disfrazada con tono de sabiduría). Y un riesgo que ha afectado a otros estudios sobre otros objetos: desatender las transformaciones en tiempo real que sufre la cultura latinoamericana, con la constante y avasallante captación que las industrias culturales producen sobre (¿todos?) los repertorios, las prácticas, las gestualidades. Y allí, al dejar de mirar la totalidad del sistema cultural para dedicarse obsesivamente a celebrar la “práctica finalmente liberada”, se puede no reconocer los signos del cambio. Si la telenovela latinoamericana (quizás el mejor ejemplo de este vaciamiento crítico y teórico) pudo ser reivindicada como la práctica perdida, fue porque habilitaba a leer lo popular desplazado o silenciado (especialmente, Barbero 1987). Pero seguir pensando la telenovela hoy en esos mismos términos, implica desconocer la fenomenal captación que la industria cultural produjo del género, desactivando minuciosamente su productividad de sentidos, transformándolo en un híbrido sin mayores consecuencias ni conflictos. Donde lo popular ya no puede ser leído, excepto como lo expulsado.

Algo así podría pasar con el deporte.

Hay otro dato que autoriza la invención del campo de los estudios sociales del deporte: su exceso. Nunca como hasta ahora el deporte había inundado todas las superficies discursivas: televisivas, radiales y gráficas, la conversación cotidiana y los graffitis callejeros o sanitarios. Asistimos a una suerte de *deportiviza* -

ción de la agenda cotidiana (que en la mayoría de los casos se naturaliza como *futbolización*), según la cual todo debe ser discutido en términos deportivos. Como dicen Armstrong y Giulianotti, a partir de la experiencia italiana de Berlusconi, asistimos a un "doble proceso de politización del fútbol y futbolización de la política" (Armstrong y Giulianotti, 1997: p. 16), enunciado que puede incluso hoy reconvertirse en la "*despolitización del fútbol y la futbolización de la política*". Esto, que podría sonar en otros tiempos a queja elitista, ha perdido referencia de clase: el deporte se instituye en nuestras sociedades (en el mundo) como práctica privilegiada de lo *elementalmente humano*, lugar donde la diferencia desaparece, el mundo se reconcilia y el conflicto cede para permitir gritar los goles de Salas, Ronaldo o Batistuta.

Quiero decir: el deporte es hoy la principal mercancía massmediática, el género de mayor facturación de la industria cultural, el espectáculo de mayor audiencia de la historia de la televisión galáctica. Y en ese panorama, se instituye en fenómeno doblemente peligroso: porque escamotea (una vez más) la desigualdad pero ahora a nivel global —el deporte es un ejemplo privilegiado de la mundialización de la cultura—, por un lado; por el otro, porque repone una diferencia nacional como forma vicaria del enfrentamiento. Si las relaciones internacionales son ahora supuestamente horizontales, globalizadas, las competencias deportivas internacionales falsean la continuidad imaginaria de una diferencia y la discusión ilusoria de un estatus planetario. Con los riesgos de nacionalismos y épicas chauvinistas, a un paso.

Más: en su exceso, el deporte parece desplazar al interior de cada sociedad toda forma clásica de constitución de sujetos para transformarse en única ideología en el sentido althusseriano. Expansivo, imperialista, el deporte conquista todos los territorios: inclusive, el género. Si en el caso argentino, y nuevamente debemos hablar de fútbol, organizaba el imaginario masculino, hoy tiende a expandir sus universos de representación para incorporar a la mujer.¹³ Y cada vez más públicos construyen, en su interior, una de las formas visibles de identidad que sobreviven en la escena contemporánea —otra (nuevamente, una práctica cultural de masas) es el rock. Ese exceso deportivista trabaja sobre una debilidad previa, ampliamente discutida por las ciencias sociales: la crisis de los relatos clásicos que constituían sujetos en el mundo moderno, unida al retiro del Estado, que abandona la producción de discursos unitarios y condena a sus sociedades a reiterarse en sus fragmentos, o a intentar angustiosamente reponer una totalidad escamoteada. Nuevamente el deporte: su productividad significativa le permite tanto relevar una totalidad falaz (según la cual un seleccionado nacional de fútbol, béisbol, básquet o atletismo designa metonímicamente la Nación toda), como regodearse en los infinitos fragmentos de las identidades regionales, locales, vecinales. Y en ese pequeño relato disipar, alienadamente, todo conflicto.

Exceso, productividad y ambigüedad: la deportivización contemporánea exhibe, desenfadadamente, la relación del deporte con la esfera política. Y esa pregnan-

cia lleva a lecturas simplistas por parte de actores encontrados: el político que cree asegurar su éxito en la abundancia de goles, el crítico que señala esa misma causalidad suponiendo alienaciones en masa. Sin embargo: ya en esa puesta en escena gigantesca del uso político del deporte que fueran los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 puede leerse la fluctuación (que va del desfile nazi y la militarización, a la “resistencia por colocación” del atleta negro Jesse Owens o del seleccionado peruano de fútbol). Y así sigue la serie: el festejo brasileño en 1970 por el Mundial de México (inversión carnavalesca de la jerarquía según Vogel —1982—, manipulación masiva según Brohm —1982—); las olimpiadas de México ‘68 y el ocultamiento de la masacre de Tlatelolco, pero también el puño enguantado y el *black power* de los atletas norteamericanos; la utilización del Mundial ‘78 por la dictadura argentina como garantía de legitimación, pero a la vez la recuperación de la calle como espacio de manifestación popular bajo el estado de sitio.¹⁴ Estas fluctuaciones dependen de posiciones teóricas y consecuentes apuestas interpretativas; pero señalan, ampliamente, un juego de posibilidades no excluyentes. Por lo menos, puede afirmarse provisoriamente que no hay relación de causalidad demostrada entre un hecho deportivo y un comportamiento político. Aunque la posibilidad de la politización de los comportamientos de los públicos está siempre latente, como en todo ritual de masas. Lo que agrega mayor necesidad a nuestro estudio.

Podemos sostener a la vez, entonces, la eficacia del deporte para cumplir con sus roles (los tradicionales, los propios, los ajenos y los agregados) y la necesidad de producir una lectura analítica con las herramientas a nuestra disposición. Trataremos de sintetizar una agenda (breve, y seguramente con olvidos) de lo que las disciplinas sociales pueden aprehender en este objeto.

Tópicos

¿Cuáles son los tópicos de este recorrido? En primer término, un lugar reiterado en la bibliografía, que aparece como autorización de la intervención: la idea de que el deporte puede leerse como arena dramática privilegiada, donde actores sociales ponen en escena una representación del deseo, o una inversión de la jerarquía, o su celebración. Hay aquí una serie que se remonta al tratamiento de Geertz en “Juego Profundo” y que el mismo Geertz retoma en “Géneros confusos” (Geertz, 1987 y 1994): la posibilidad de leer, homológamente, prácticas culturales como representaciones, donde las metáforas dominantes son la del teatro y la del juego. Pero además, de manera reiterada, aparece en la misma serie otra categoría antropológica, dominante en estos estudios: la de *ritual*.¹⁵ Para colmo, desaparecido el ritual político, el fútbol es a simple vista el ritual de masas más importante que persiste en la etapa posmoderna de la cultura.

En segundo lugar, debe señalarse la aparición de las interpretaciones vinculadas con una economía simbólica de lo corporal. Dato obvio, el deporte se sus-

tenta en una corporalidad desbordante —sin que eso signifique que el campo textual del deporte sea puramente corporal, en tanto está atravesado por textualidades variadas, por ejemplo las periodísticas—. Pero, malgrado su no-exclusividad, esa presencia *excesiva* del cuerpo (exceso en relación con un mapa cultural cada vez más aquejado de imágenes y virtualidad) habilita una importante serie interpretativa, vinculada a su vez a un nuevo tópico: la tradicional vinculación de las tácticas¹⁶ primordialmente corporales con las culturas populares. Esta rápida asociación cuerpo-*popularidad* (en su sentido fuerte y no en el lato de *masivo*) nos desvía hacia las posibilidades del deporte como puesta en escena de las tácticas de resistencia en el marco de la disputa por una hegemonía cultural, donde el deporte puede ser leído como lugar por excelencia de la afirmación de una distinción positiva por parte de las clases subalternas.

Estas posibilidades de interpretación son las que conducen, en algunas líneas del análisis cultural contemporáneo, a la afirmación de Messner:

Los grupos subalternos son capaces de usar los deportes como un medio para resistir (al menos simbólicamente) la dominación que se les ha impuesto. El deporte debe así ser visto como una institución a través de la cual la dominación no es solamente impuesta, sino también contestada; una institución en la que el poder está constantemente en juego (Messner, 1992: p. 13).

En el caso de los estudios que vinculan deporte y raza, estas afirmaciones son tajantes: “Los grupos subordinados de hombres usan a menudo los deportes para resistir la dominación racista, colonial y de clase, y su resistencia a menudo toma la forma de un reclamo de ‘masculinidad’” (*idem*: p. 19); la oposición entre una corporalidad blanca y otra negra, y el uso de esa corporalidad como herramienta de resistencia llevan a Carrington (1998) a afirmar que

Los deportes pueden entonces ser vistos en un nivel como un espacio transgresor liminal donde los hombres negros pueden intentar, bastante legítimamente, reimponer su identidad masculina subordinada a través de “golpear”, simbólicamente y a veces literalmente, al Otro, esto es, a los hombres blancos. (p. 280)¹⁷

Pero por otra parte, en la escena cultural contemporánea, podemos afirmar que la asignación restricta del espectáculo deportivo a las clases populares carece de precisión: el deporte —y muy especialmente el fútbol— aparece como formante universal de una cultura masculina, casi como una función fática (es decir, simplemente la constatación de que el canal de comunicación está abierto, pero sin intercambio de información) en el sentido jakobsoniano.¹⁸ Desde esa perspectiva, esta línea de trabajo exige su recolocación en un escenario múltiple, que abarca tanto la redelimitación de la categoría *sectores populares* como la reconsideración de la economía de intercambios simbólicos en una sociedad que ha transformado su habitual jerarquía de saberes. El privilegio de lo corporal no pue-

de ser ceñido a las clases populares; hoy deben pensarse los usos diferenciales y distintivos de los variados *cuerpos sociales*. Es decir, dónde termina un uso resistente del cuerpo y comienza la histeria.

El deporte exige pensar una línea más —entre otras: su relación (posiblemente negada) con una esfera lúdica. Si la constitución del deporte como práctica moderna en las *public schools* inglesas de mediados del siglo XIX significa el paso del *play* al *game* y luego al *sport* —para usar las posibilidades de diferenciación que la lengua inglesa permite— este tránsito no sólo lingüístico señala un desplazamiento y una ocultación: justamente, la del *play*, es decir, el juego entendido como práctica creativa, en la base de toda cultura, según la interpretación clásica de Huizinga (1931). Y esa desaparición se agrava en el tránsito al profesionalismo, y nuevamente con la aparición de las industrias culturales, que someten definitivamente el deporte a las reglas de la producción de mercancías.

Si la aparición de la mercantilización desplaza definitivamente lo lúdico, el deporte debe dejar de ser llamado *juego*. Y sin embargo, es mi hipótesis que la dimensión lúdica reaparece en los intersticios de la mercancía, en la improvisación permanente que el deporte exige a sus practicantes. Especialmente, saliendo del ámbito de su práctica institucional, el juego se instalaría en los espacios donde sujetos no profesionalizados persisten en ejercerlo, en el tiempo libre, fuera de la economía y muy cerca del deseo. Nuestro propio trabajo de análisis sobre los medios masivos en el espectáculo deportivo —obviamente, el último territorio a marcar en esta síntesis apretada— ha tendido a caracterizar la puesta en escena massmediática del deporte como representación de esta tensión entre maximización de la ganancia e imprevisibilidad, tensión en la que los actores encuentran campo abierto para la inscripción de nuevos juegos de sentido (Alabarces, 1998). Si la oposición básica que estructura la cultura deportiva es un Nosotros/Ellos (una parcialidad *versus* otra/s), el lugar del Otro suele ser ocupado por las industrias culturales, percibidas como enemigos, como emblemas de la intromisión del capitalismo.¹⁹ En este territorio analítico, el espectáculo massmediático supone la imposición de regulación y previsibilidad, lo que colisiona con una lógica donde el azar resulta componente fundamental.²⁰

Asimismo, la relación de los espectadores con el espectáculo deportivo (de nuevo: especialmente el futbolístico) constituye una zona de interacción novedosa: los sujetos participan de una acción doble, actor/espectador, donde la participación en el estadio supone una forma de intervención fuerte, que imaginariamente decide la suerte del juego (Portelli, 1993). Así, la colocación respecto del espectáculo massmediatizado resulta original, ya que evade toda posibilidad de pasividad y transforma, incluso, las narrativas puestas en juego.²¹

Marcos

Pero lo fundamental es ubicar esos estudios en un contexto de totalidad. Si sostuvimos que el deporte escamotea esa totalidad, reponiendo un contexto limitado al estadio o a los avatares de una pelota (y sus minucias cotidianas), nuestros estudios no pueden cometer ese mismo error. Pienso con Mangone —y con el espectro de Bourdieu que allí habita— que

Del mecanicismo poco dialéctico presente en la denuncia del uso político-alienante del deporte profesional se ha pasado al análisis fragmentado de las prácticas sin advertir la realidad social que las incluye. (...) Un diseño de investigación social y cultural debe recuperar una mirada jerarquizadora de los valores que ubique la práctica en un conjunto de prácticas y en correlación social con otras series, con los niveles de integración, con el nuevo lugar del tiempo libre en épocas de desocupación, con el nuevo protagonista de las clases sociales, el subconsumo de los deportes profesionales de las clases populares y el nuevo consumo simbólico de los deportes masivos por parte de la clase media; y advertir en este caso una fuerte identificación entre medios, deporte profesional y clase media (Mangone, 1998: p. 136).

En ese camino, reponer la complejidad del campo y la totalidad en la que se recorta exige evitar el fragmentarismo que acecha a las ciencias sociales. El deporte, dijimos, amenaza con ser un ejemplo privilegiado de la función fáctica jakobsoniana. Los estudios sociales del deporte pueden constituir, a su vez, una nueva fatigación, esta vez, académica.

Nuevamente, como ya señalamos, no se trata de aislar una práctica para someterla a una mirada especializada, sino estrábica: nuestro reclamo consiste en focalizar el deporte como un punto de vista privilegiado para la reflexión crítica sobre nuestras sociedades. Al hablar de deporte pretendemos señalar, con mayor o menor oblicuidad, otros diagnósticos: de nuestras culturas massmediáticas, de nuestros mapas de exclusión, de nuestras narrativas nacionalistas, del repertorio de tensiones que recorre Latinoamérica.

El Grupo de Trabajo “Deporte y Sociedad” de CLACSO

En 1996 organizamos, junto con un grupo de colegas de la Universidad de Buenos Aires, las I Jornadas Nacionales “Deporte y Sociedad”. Apartir de esa experiencia, que desembocó en la publicación de un volumen colectivo (Alabarces *et al.*, 1998), CLACSO nos propuso la organización de un equipo latinoamericano, en el marco del Programa de Grupos de Trabajo. Nuestra insularidad, radicalizada por la novedad del campo, nos obligó a importantes esfuerzos a los fines de nuclear investigadores del resto del continente. Un primer intento resultó en la organización de una reunión en Lima, en 1997, en el marco del Congreso de FELAFACS; allí

se reunieron varios colegas, fundamentalmente relacionados con la investigación en comunicación y cultura. Sin embargo, este esfuerzo se limitó a iniciar el intercambio electrónico e instalar la idea del Grupo; y, gracias al esfuerzo de Juan Carlos García Vargas en la Universidad de Lima, se llegó a la edición del número especial de *Contratexto* del que habláramos más arriba. A partir del apoyo de ASDI en 1999, reiniciamos la convocatoria, obteniendo progresivamente el concurso de distintos investigadores de los centros miembros de CLACSO. El encuentro con los colegas brasileños nucleados en las Universidades Gama Filho y Estadual de Rio de Janeiro (UERJ), que ya contaban con una extendida trayectoria institucional en el campo, permitió un impulso definitivo; la convocatoria de Miguel Cornejo para una comisión sobre deporte en el congreso de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología) en Concepción, Chile, culminó la conformación del Grupo. Hacia octubre de 1999, habíamos congregado ya cerca de quince investigadores, en su mayoría con antecedentes de investigación y producción en el área. Esto nos decidió a realizar, en diciembre de ese año, nuestra primera reunión.

La cordialidad de los amigos del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES) de Cochabamba, Bolivia, hizo el resto. Durante tres días nos reunimos a discutir nuestros trabajos (la mayoría de los cuales integran esta edición), así como las perspectivas generales sobre el campo, las dificultades compartidas, los repertorios comunes, las diferencias. Una primera comprobación redundó en una afirmación: nuestras proveniencias disciplinares eran disímiles, aunque nos unificaba la perspectiva del análisis de distintas textualidades sociales (escriturarias o no); llámese esto estudios culturales o más ampliamente análisis cultural —si queremos escapar al encasillamiento institucional—, lo cierto es que sociólogos, antropólogos, comunicólogos, economistas, historiadores, convergíamos en la convicción, antes afirmada, de que el deporte no era un objeto en sí mismo, sino que lo construíamos en la necesidad de leer críticamente nuestras sociedades; y que esa lectura precisa estrategias transdisciplinares, miradas complementarias y no excluyentes, el uso de los repertorios teóricos que las ciencias sociales ponen a nuestra disposición.

Esta compilación quiere señalar ese mapa posible. El criterio de organización es el campo, no una sola sección de sus problemáticas posibles. Damos por descontado que la continuidad del trabajo permitirá el establecimiento de investigaciones comparadas sobre objetos más recortados —sean ellos la violencia, el género, las narrativas, los medios, cualquiera de las posibilidades aquí enunciadas—; en esta primera incursión, preferimos que la “pauta que conecta” sea la producción de investigación sobre deporte, en sentido amplio. Apesar de la naturalización según la cual *deporte* suele igualarse a *fútbol* en casi todo nuestro continente, no nos hemos reducido a él (aunque la mayoría de los trabajos lo recorran como eje). El panorama se piensa amplio y representativo de las posibilidades de investigación; señala agendas, sin limitarlas; sugiere problemas, sin agotar su listado.

Hemos dividido el volumen en seis partes, a partir de las afinidades temáticas de los textos. La primera, *Cuestiones de género*, presenta el trabajo de Binello, Conde, Martínez y Rodríguez, que parten del análisis de dos empirias: textos periodísticos (gráficos y audiovisuales) producidos durante el mundial de fútbol de Francia en 1998, y entrevistas realizadas a hinchas argentinos entre 1996 y 1999. El análisis de Binello *et al.* les permite proponer una mirada novedosa sobre la aparición de públicos femeninos (masmediáticos o en el estadio) en la cultura futbolística argentina: no habría conquista de espacios propios, sino una nueva sujeción a las gramáticas masculinas. Las hinchas argentinas hablan una voz masculina, no pueden marcar un territorio propio; son transitadas por un lenguaje del que no pueden discutir sus condiciones de producción.

La segunda parte, *Transformaciones: globalización y exclusión*, presenta simultáneamente dos tensiones contemporáneas visibles en la cultura brasileña: por un lado, sus tendencias globalizantes, que en el caso del fútbol —como analiza Tarcyanie Cajueiro Santos— significan su transformación en mega-evento global, atravesado por las lógicas productivas de la industria cultural planetaria. Pero al mismo tiempo, como lo revela el trabajo de Carlos Alberto Pimenta, esa misma transformación, esa sobredeterminación impuesta por las lógicas del capitalismo de fin de siglo, señala el desplazamiento de los practicantes clásicos (básicamente, las clases populares) y de las narrativas del ascenso social a través del deporte: hoy los principales “clientes” de las *escolinhas de futebol* son las clases medias. El fútbol, entonces, otrora mecanismo “democratizador”, se convierte en un nuevo fenómeno de exclusión.

La tercera parte, *Mitologías: el héroe, la raza*, presenta dos trabajos. El artículo de Helal, a través del análisis de dos biografías del jugador brasileño Zico, interroga la manera en que las narrativas heroicas trabajan en la cultura del fútbol. La vida de Zico es presentada, según Helal, a partir de un modelo anglo-sajón, vinculado con la ética protestante del esfuerzo, y significa un cambio en relación con la presentación clásica del héroe deportivo brasileño, tradicionalmente vinculado con el modelo romántico del héroe y con la ética del *malandro*: como lo llama Helal, el modelo *macunaíma*.²² Asu vez, Antonio Soares trabaja de manera polémica la fundación de los mitos futbolísticos brasileños en su periodismo, especialmente a través de la obra de Mario Filho. La idea de Hobsbawm de las “tradiciones inventadas” es central: lo que Soares señala críticamente es que las ciencias sociales *historifican* los textos de Filho y lo transforman en fuente primaria, prescindiendo de datos históricos precisos. Así, cierto *freyrismo* popular (la vulgarización de la obra de Gilberto Freyre) se adueña de los trabajos históricos sobre el fútbol brasileño, mitificando la capacidad de éste para democratizar la cultura brasileña y para suprimir el conflicto racial sin ocuparse del conflicto social.

En la siguiente sección, *Narrativas y rituales de identidad: la región, la nación*, los artículos de Villena, Mendoza y de Ferreiro, Brailovsky y Blanco traba-

jan sobre otras dimensiones de lo identitario: Villena, tomando como textualidad de base la cobertura periodística de la campaña del seleccionado de fútbol de Costa Rica en el Mundial de Italia '90, describe los modos en que se construyen narrativas nacionalistas en torno del fútbol, isotópicas con los relatos tradicionales. Los futbolistas se constituyen así en *centro ejemplar*, según la calificación de Clifford Geertz, de la sociedad costarricense; Villena señala la pregnancia de estos rituales patrióticos en las sociedades periféricas, en un análisis factible de hacerse extensivo a buena parte de América Latina. Mendoza, a su vez, produce un preciso análisis de la discusión de la problemática de la altura (siempre polémica en los partidos eliminatorios para los Mundiales de fútbol), señalando cómo, en lugar de una discusión biologicista, nos hallamos frente a una discusión identitaria; la disputa por la altura permite leer dos modos del discurso colonizado, que sujeta políticas de identidad a configuraciones establecidas, reproduciendo los códigos dominantes establecidos. Sin embargo, en la discusión por la altura y en las escenificaciones futbolísticas, aún en las producidas por fuera del hiperprofesionalismo, las disputas de identidad se hacen presentes: “la altura no implica abandono, sino tránsito por el campo de las luchas simbólicas en actitud nómada”. Por su parte, Ferreiro *et al* analizan los mecanismos de construcción de identidades locales y regionales en su análisis histórico del fútbol de la provincia de Jujuy, donde a pesar de la condición marginal del territorio pueden leerse los trazos del centralismo porteño y a la vez la puesta en escena de las relaciones de dominación de base local. El artículo presenta la articulación simultánea de información teórica (donde los trabajos de Bourdieu y Turner son centrales), análisis de documentación histórica e información etnográfica.

La quinta parte, *Políticas*, está ocupada por el artículo de Miguel Cornejo y sus colaboradores. Desde su trabajo en la Universidad de Concepción, Chile, Cornejo *et al*, analizan la política deportiva de la comuna de San Pedro de la Paz, señalando la necesidad de producir una intervención activa del Estado en las políticas locales, a los efectos de democratizar la práctica deportiva.

La parte sexta, *Violencia(s)*, pretende retratar en su plural la complejidad de los fenómenos de violencia relacionados con el fútbol. El trabajo de Alabarces y sus colaboradores de la Universidad de Buenos Aires intenta caracterizar estos fenómenos y proponer hipótesis interpretativas que escapen a los monocausalismos estigmatizadores, habituales en el discurso periodístico argentino. El artículo analiza una empiria compleja: la cobertura periodística de hechos de violencia, la estadística, entrevistas a hinchas argentinos realizadas entre 1996 y 1999, y tres etnografías en curso entre hinchadas de equipos de primera división y de divisiones menores; la hipótesis central es la continuidad entre los fenómenos de violencia y la herencia que la dictadura 1976-1983 dejara en la sociedad argentina, al proporcionar un contexto de legitimidad para las acciones de violencia estatal y para-estatal.

Por último, la sección séptima, *Deporte y religión*, presenta dos trabajos. El de Hugo Lovisolo analiza la influencia de los textos de Kenneth Cooper, el “inventor” del aerobismo, desmontando sus mecanismos constructivos. En Cooper, señala Lovisolo, pueden leerse las transformaciones de una economía de lo corporal en las sociedades posmodernas; las relaciones estrechas que existen entre la obra de Cooper, el clima *new age* y los discursos religiosos contemporáneos son desmontadas minuciosamente. El de Lovisolo y Yara Lacerda, por su parte, analiza la autobiografía de Phil Jackson, el ex entrenador de los Chicago Bulls y actual de Los Ángeles Lakers, ambos equipos de básquet de la NBA norteamericana. El eje del trabajo es, en este caso, la manera cómo el texto de Jackson resuelve la contradicción entre una lógica industrial y mercantil como la del deporte superprofesionalizado americano y las gramáticas religiosas; el influjo del Weber de *La ética protestante...* es explícito y productivo.

Como dijimos, cada sección permitiría la confección de un libro autónomo. Para éste, nuestra primera presentación conjunta, hemos privilegiado el panorama de lo posible antes que la focalización parcial. Nuestro objetivo es doble: por un lado, que ese panorama señale las inmensas posibilidades del campo de estudios en nuestro continente, del cual el Grupo de Trabajo puede ser una importante instancia de articulación. Por el otro, entendemos que estos trabajos son una muestra de que los estudios sobre deporte y sociedad en América Latina son más que el registro de sus posibilidades; que la “inexistencia” del campo de trabajo es más un efecto de su colocación periférica en nuestras disciplinas antes que la ausencia de investigaciones reales. Ojalá el lector comparta nuestro diagnóstico y nuestro optimismo.

Bibliografía

- AA.VV.1998 *Fútbol, identidad y política*, en revista *Debate*, 43 (Quito), abril.
- AA.VV. 1999 *Fútbol: Deporte y comunicación*, en revista *Contratexto*, 12 (Lima: Universidad de Lima).
- Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. 1996 *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura* (Atuel: Buenos Aires).
- Alabarces, Pablo 1997 “¿De la heteronomía a la continuidad? Las culturas populares en el espectáculo futbolístico”, en *Punto de vista*, 57 (Buenos Aires: abril).
- Alabarces, Pablo 1998a “¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte?”, en *Nueva Sociedad*, 154, pp. 74-86 (Caracas: marzo-abril).
- Alabarces, Pablo 1998b “Futebol e television na Argentina: entre el jogo e la mercadería”, en Carvalho, Sérgio e Hatje, Marli: *Movimento e Mídia na Educação Física*, vol. 4 (Santa María: UFSM).
- Alabarces, P.; Di Giano, R. y Frydenberg, J. 1998 (eds.) *Deporte y sociedad* (Buenos Aires: Eudeba).
- Arbena, Joseph 1998 “En el fútbol hay entendimiento?”, ponencia ante el XXI Congreso Internacional de LASA(Chicago: setiembre).
- Archetti, Eduardo 1985 *Fútbol y ethos* (Buenos Aires: FLACSO, Serie Investigaciones).
- Archetti, Eduardo 1992 “Calcio: un rituale di violenza?”, in Lanfranchi, Pierre (ed.) *Il calcio e il suo pubblico* (Napoles: Edizione Scientifiche Italiane).
- Archetti, Eduardo 1997 “‘And Give Joy to my Heart’: Ideology and Emotions in the Argentinean Cult of Maradona”, en Armstrong, G. and Giulianotti, R. (eds.) *Entering the Field. New Perspectives on World Football* (New York: Berg).
- Archetti, Eduardo 1998 “El potrero y el pibe: Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en *Nueva Sociedad*, nro. 154 (Caracas: marzo-abril).
- Archetti, Eduardo 1999 *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina* (London: Berg).
- Armstrong, Gary and Giulianotti, Richard 1997 “Introduction: Reclaiming the Game – An Introduction to the Anthropology of Football”, en *Entering the field. New Perspectives on World Football* (London: Berg).

- Brohm, Jean-Marie 1982 *Sociología política del deporte* (México: fce).
- Carrington, Ben 1998 "Sport, Masculinity and Black Cultural Resistance", in *Journal of Sport & Social Issues*, vol.22, n° 3, August 1998: 275-298.
- Da Matta, Roberto 1983 (1979) *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro* (Rio de Janeiro: Zahar, 4ta. Edición).
- De Certeau, Michel 1996 *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana).
- Ford, A.; Rivera, J. y Romano, E. 1985 *Medios de comunicación y cultura popular* (Buenos Aires: Legasa).
- Galeano, Eduardo 1995 *El fútbol a sol y sombra* (Buenos Aires: Catálogos).
- Geertz, Clifford 1987 "Juego profundo: la riña de gallos en Bali", en *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa).
- Geertz, Clifford 1994 "Géneros confusos", en *Conocimiento local* (Barcelona: Gedisa).
- Huizinga, Johan 1931 *Homo ludens* (Londres).
- MacClancy, Jerome 1996 (ed.): *Sport, Identity and Ethnicity* (Oxford: Berg).
- Mangone, Carlos 1998 "Periodismo deportivo: la minucia cotidiana como determinación del campo", en Alabarces *et al, op.cit.*
- Messner, Michael 1992 *Power at Play. Sports and the Problem of Masculinity* (Boston: Beacon Press).
- Panfichi, Aldo *et al.* 1997 *Fútbol, identidad, violencia y racionalidad* (Lima: FCS-PUC, Temas en sociología).
- Portelli, A. 1993 "The Rich and the Poor in the Culture of Football" en Readhead, S. ((ed.): *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe* (Ashgate: Aldershot).
- Rocca, Pablo 1991 *Literatura y fútbol en el Uruguay (1899-1990) -La polémica, el encuentro-* (Montevideo: Arca).
- Sánchez León, Abelardo 1993 *La balada del gol perdido* (Lima: ediciones noviembre trece).
- Santa Cruz, Eduardo 1995 *Origen y futuro de una pasión. Fútbol, cultura y modernidad* (Santiago de Chile: Lom ediciones, Universidad Arcis, Colección Sin Norte).
- Sebreli, Juan José 1981 *Fútbol y masas* (Buenos Aires: Galerna).
- Sebreli, Juan José 1998 *La era del fútbol* (Buenos Aires: Sudamericana).

Tobin, Jeffrey 1998 "Soccer Conspiracies: Maradona, the CIA and Popular Critique", ponencia ante el XXI Congreso Internacional de LASA(Chicago: setiembre).

Villena, Sergio; Antezana, Luis; Dávila, Andrés 1996 *Fútbol e identidad nacional* (San José de Costa Rica: FLACSO, Cuadernos de Ciencias Sociales 91).

Vogel, Arno 1982 "O momento feliz. Reflexões sobre o futebol e o ethos nacional", en aa.vv.: *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira* (Río de Janeiro: Pinakotheke).

Notas

1. Una primera versión de este trabajo fue publicada en la revista *Nueva Sociedad*, de Caracas (Alabarces, 1998a). Ampliado y revisado, fue discutido en la reunión que el Grupo de Trabajo realizó en Cochabamba, Bolivia, en diciembre de 1999.

2. Para ampliar, ver "Pensar con los pies", en Alabarces y Rodríguez, 1996: 161-175.

3. Pienso fundamentalmente, en el caso argentino, en el trabajo de Aníbal Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano. Una década después, en Jesús Martín-Barbero en Colombia.

4. Excepuando, por supuesto, los trabajos fundacionales de E. Archetti (especialmente, 1985; 1992; 1997; 1998; 1999). Pero hasta tiempos más recientes, en que este panorama parece tender a revertirse, la circulación de los textos de Archetti fue muy limitada: su trabajo se desarrolló prácticamente por completo en el exterior, a excepción de dos artículos publicados en 1985. Hay que esperar hasta hoy para percibir una circulación mayor de sus hipótesis, la aceptación de un discurso ahora legítimo.

5. Debilidad en la que recae en 1998, con la publicación de *La era del fútbol*. No es recaída: la coherencia de nuestro "para-sociólogo" consiste en reeditar el mismo libro, aprovechando la segura oleada de ventas por la coincidencia de la publicación con el Mundial de Fútbol 1998, con sólo algunos agregados. A pesar de esta reedición diecisiete años más tarde, Sebreli sigue sin poder agregar a su lista condenatoria materiales más clásicos de intervención intelectual, fuera de la ficción o el periodismo (con la excepción de mi propio trabajo, que cae estigmatizado bajo su trazo grueso y fácil).

6. El libro de Galeano íntegramente dedicado al fútbol (el anterior, de 1967, era una compilación) ha tenido larga fortuna, no sólo de ventas, sino de traducción al portugués, al inglés y al francés, lo que lo transforma en excelente fuente pa-

ra muchos estudios producidos en Europa y Estados Unidos. Prueba de ello son los trabajos de Tobin (1998) y Arbena (1998). El libro combina una escritura deliciosa con la clásica predilección de Galeano por la argumentación narrativa a partir del relato de casos, en algunas ocasiones viñetas. Por supuesto, hay más para leer en Galeano que en Sebreli; Galeano evita el respaldo teórico, lo que es su debilidad a la hora de la argumentación, pero es su fuerte frente al manoseo teórico de Sebreli. Esa debilidad teórica de Galeano consiste en que en demasiadas ocasiones termina refugiado en cierto consabido sentido común futbolístico, con los tópicos de la resistencia cultural y la belleza a la cabeza.

7. Los últimos trabajos de Sasturain se desarrollan en ámbitos clásicamente periodísticos (edita la sección Deportes en el diario porteño *Página/12*). La matriz es similar a la de Galeano, quizás con una mayor capacidad de observación cuasi-etnográfica. Al igual que en sus trabajos sobre historieta, Sasturain presenta un sólido respaldo teórico, pero encubierto detrás de la superficie de la escritura, sin necesidad de ostentar su sistema de citas. Lógica productiva del periodismo, sí, pero ya olvidada: el periodismo hoy parece no encubrir sus sistemas de citas, sino evitarlos por completo, lo que es un tanto más grave. No es el caso de Sasturain, que intenta a toda costa (y exitosamente) alejarse del territorio de la banalidad tan en boga en el periodismo deportivo (con contadas excepciones).

8. Como puede verse en este volumen en varios de los artículos, no sólo los brasileños.

9. El grupo carioca participa en este volumen con varios trabajos.

10. Puede verse su artículo en este volumen.

11. Puede verse Arbena, 1998.

12. Debo esta observación a Sergio Villena.

13. Ver Binello *et al*, en este mismo volumen.

14. Hasta hoy, no ha sido convenientemente explorado el estudio de los comportamientos de las hinchadas futbolísticas argentinas en los últimos tramos de la dictadura '76-'83. Creemos que, junto a los movimientos de derechos humanos y los recitales de rock, el fútbol constituía un espacio donde desplegar una contestación simbólica. Esta tesitura ya está en Bayer, 1990, pero es evitada minuciosamente, en una lectura más clásicamente conspirativa, en Gilbert y Vitagliano, 1998.

15. Como ya señalamos, la importancia de la obra de Da Matta es en este sentido fundamental.

16. Pienso la utilización del término *tácticas* en el sentido que le da de Certeau en la dicotomía tácticas (del dominado)-estrategias (del dominante) (de Certeau, 1996).

17. Los estudios sobre raza (también los de género, pero no voy a detenerme en su análisis) tienden a radicalizar de tal manera las situaciones de enfrentamiento que colocan constantemente en la superficie la disputa politizada por la hegemonía. Los estudios de campo de Carrington, basados en el Caribbean Cricket Club en Leeds, parecen apoyar sus tesis. Pero también hay buena empiria sosteniendo otras posibilidades, al menos fuera de los estudios sobre raza y deporte. Mi propio trabajo, originalmente vinculado a estos “optimismos”, hoy asiste con más dudas que certezas a estas lecturas (Alabarces y Rodríguez, 1996; Alabarces, 1997 y 1998a). Como veremos, Soares discute estos tópicos en este mismo volumen.

18. La discusión sobre la relación entre fútbol y culturas populares está desarrollada en Alabarces, 1997.

19. Un caso reciente y muy interesante es el ocurrido con la oferta de compra del club Manchester United, el más importante de Inglaterra, por parte de Rupert Murdoch, el mayor magnate multimédios. La compra fue duramente resistida por grupos organizados de hinchas (así como por intelectuales alarmados por la expansión del pulpo populista de derechas –Murdoch es el dueño del diario *Sun*, entre otros— y por medios rivales), que festejaron alborozados la prohibición de la operación por parte del gobierno laborista, alegando la posibilidad del monopolio. Los hinchas sostenían que la venta implicaría la transformación del club en pura mercancía, moneda de canje en intereses extrafutbolísticos. Cabe señalar que el club es una sociedad privada accionaria.

20. Ver especialmente Portelli (1993) y su análisis en términos de la “cultura de la pobreza”.

21. Ver un primer desarrollo teórico en “Fútbol de Primera...”, en Alabarces y Rodríguez, 1996: 93-106. Un segundo momento del análisis está en Alabarces, 1998b. Un reciente trabajo de recolección de entrevistas etnográficas confirma de manera fuerte estas hipótesis.

22. Modelo también dominante en la presentación argentina, ejemplarmente en el caso Maradona.

1. Cuestiones de género

*Mujeres y fútbol:
¿territorio conquistado o a conquistar?*

◀ Gabriela Binello, Mariana Conde,
Analía Martínez y María Graciela Rodríguez*

“El relato no expresa una práctica. No se limita a expresar un movimiento.
Lo hace.” (Michel de Certeau)

Históricamente, la mirada sobre el deporte ha sido una mirada construida desde el punto de vista del varón, una arena simbólica de un ethos masculino escenificada públicamente. No sólo en las retóricas del espectáculo, en donde la presencia femenina es exaltada desde los atributos físicos del género sino también desde las escasas aunque peculiares prácticas de algunas mujeres que, como en los casos de la “Gorda Matosas” y “La Raulito”,¹ fueron objeto de un registro corporal (allí donde las propias prácticas masculinas se inscribían en cuerpos femeninos para luego ser narradas por los hombres). Pero también en los productos específicos sobre el tema deportivo, sean estos del género documental, periodístico o ficcional, el enunciador por excelencia es el varón. Es posible, en suma, afirmar que las gramáticas de producción que sostienen al discurso futbolístico provienen mayoritariamente del universo masculino. De hecho el fútbol ha servido como acontecimiento co-fundante de una identidad nacional y popular argentina.²

* Gabriela Binello, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A; Mariana Conde, alumna avanzada de la carrera de Ciencias de la Comunicación-U.B.A; Analía Martínez, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A, Becaria del CONICET y María Graciela Rodríguez, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A, Becaria del CONICET. Integrantes del Proyecto UBACyT TS-55, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales (U.B.A.) y del PIP0181/98 del CONICET.

Posiblemente, si se rastrea la historia del fútbol en clave de género, parecería el momento de su institucionalización, hacia mediados del siglo XIX, como el momento decisivo en que esa práctica es capturada por las instancias de escolarización primero, de esparcimiento después y de profesionalización por último, y, en esta captura, las mujeres, que en épocas pre-modernas jugaban, junto con niños y adultos varones, a una especie de fútbol recreativo,³ quedaron definitivamente afuera. Con la modernidad, la práctica, el discurso de esa práctica y su representación, se constituyeron como un mundo masculino en el cual las reglas objetivas y los valores que circulan interna y externamente a ella, pertenecen a su dominio.

¿Qué ocurre entonces cuando las mujeres, especialmente en los últimos años, se introducen en un mundo en el cual enunciadores y enunciados son del orden de lo masculino? Si, como afirman Bourdieu y Wacquant, el poder simbólico y la autoridad para imponerlo provienen simplemente de “el poder de constituir lo dado, enunciándolo” (1995: p.106), la aparición de un “otro” que está afuera del discurso, se presenta como un extranjero que perturba el campo y al que es necesario definir. Dicho en otras palabras, si el fútbol es narrado por los hombres, es el discurso del “otro” el que definirá el campo de las prácticas de las mujeres, sean éstas espectadoras massmediáticas, deportistas, asistentes a los estadios, hinchas militantes o barras bravas (que las hay). De ahí que la identidad de la mujer respecto de este particular universo necesariamente deba constituirse en forma heterónoma, es decir con las reglas y los valores del otro.

Aunque ello no signifique que estas prácticas no puedan constituirse de manera alternativa, la ausencia de lucha simbólica así como de otras formas de conflicto entre géneros parece indicar, en una primera mirada, que la aparición de las mujeres en el universo futbolístico no se presenta como una amenaza, ni siquiera como un desafío que implique la posibilidad de modificar el actual estado de las cosas. En otras palabras, el fútbol no es un territorio a conquistar: es un territorio conquistado.

Los propios valores masculinos que circulan al interior del campo parecerían definir la ausencia de conflicto inter-géneros en tanto que el eje nosotros-otros instalado en el discurso de las hinchadas se construye no a partir del género sino a partir de la oposición del “macho” con quien no posee esa condición (Archetti, 1992). En este sentido, Archetti afirma que el fútbol, en tanto arena expresiva, constituye un ethos masculino, que afirma la virilidad en torno a dos ejes contrapuestos: el de homosexual y el de púber (o no-iniciado). Ambos serían formas de identidad de valor negativo: en uno por la ausencia de virilidad y en el otro por su asociación con la madurez, la autonomía, la independencia y la capacidad de ejercer la propia voluntad que poseen los adultos (Archetti, 1985).⁴

Estos atributos de masculinidad que señala Archetti no remiten específicamente a lo contrario de la femineidad, y dejan afuera por ende al par oposicional

“ser hombre-ser mujer”: el fútbol, en tanto ritual masculino, reafirma las diferencias padre/hijo y macho/homosexual. De allí los cantitos que remiten a “hijos nuestros” y/o a sometimientos sexuales. Las mujeres que actualmente aparecen en las canchas de fútbol no pierden sus atributos femeninos, antes bien, los exponen. Y esto indica que hay una aceptación si se quiere dócil de su presencia en los estadios por parte de los hombres, porque estas mujeres no desafían ni cuestionan su masculinidad, en tanto no amenazan su heterosexualidad.

Sin embargo, en los últimos años se produjo un incremento de prácticas femeninas que interrumpen la continuidad del espacio del estadio y de nuevas textualidades que producen discontinuidades en la superficie massmediática, cuyo target de público tradicionalmente masculino parece estar expandiéndose.

Partiendo de este señalamiento y frente a un escenario en el cual la súbita aparición de las mujeres produjo la creación y circulación de imágenes de una suerte de extranjeras en un campo tradicionalmente vedado, nos interesó analizar las distintas formas en que se constituye la identidad femenina, tanto desde las representaciones massmediáticas como desde las percepciones de sí y del otro. En torno a las representaciones emergieron como un indicio fuertemente significativo las narrativas de los medios sobre mujeres-hinchas que aparecen ligadas a los Mundiales de fútbol, especialmente a partir del Mundial de Italia '90⁶ y que decrecen durante el período de cuatro años entre Mundiales. Su representación coyuntural nos indicó que un articulador privilegiado estaría relacionado con la mujer y con la abarcadora, inclusiva y generosa identidad nacional como una forma de legitimar la característica inclusiva del Mundial-espectáculo. De qué modos e interpelando qué valores, es parte del tema de este análisis.

Por otra parte, en un primer trabajo⁶ habíamos observado cierta problemática en torno al eje razón-pasión como un par que define, inversamente a lo que ocurre en la vida cotidiana, las identidades emocionales de género cuando de fútbol se trata: la pasión, atribuible por el sentido común masculino a la mujer, se le niega en este campo. A propósito de esto, nos interesó profundizar sobre los mecanismos retóricos que así definen las identidades y también sobre la percepción de las mujeres respecto de esta atribución de sentido para intentar ver allí las distancias existentes entre la representación (masculina) y la construcción intersubjetiva (femenina).

Para el tratamiento de la primera de las cuestiones hemos recortado un corpus textual que abarcó soportes tanto gráficos como audiovisuales. En cuanto a los soportes gráficos, se seleccionaron los principales medios en cuanto a tirada y repercusión en la opinión pública.⁷

En cuanto al soporte audiovisual se privilegió a *Fútbol de Primera*, el programa futbolístico de televisión abierta de mayor audiencia en la Argentina y que también se transmite en vivo a casi toda Latinoamérica.⁸

Para la segunda cuestión hemos relevado alrededor de trescientas entrevistas realizadas a actores de ambos géneros, los cuales comparten la característica que define su práctica de asistencia a los estadios de fútbol y que, en el marco del proceso de investigación institucional, hemos denominado genéricamente “hinchas militantes”.⁹

La representación coyuntural de las “hinchas” nacionales

Si la constitución de identidades se configura en y a través de los distintos imaginarios sociales que dan marco a las prácticas de los sujetos, su construcción requiere de un tráfico simbólico que las sitúa, singulares, en el conjunto general siendo objeto de una representación cultural. El imaginario que ha construido y construye los roles de género no sólo ha definido el predominio material y simbólico del género masculino, sino que también ha delimitado, al mismo tiempo, los ámbitos prevalecientes de actuación en la divisoria de lo público y lo privado.¹⁰

De allí que una entrada significativa al tema sea la cuestión de la representación de una mujer que se inserta en un escenario público el cual, a la vez que le es ajeno, participa en un proceso fuerte de constitución de identidades nacionales como es el fútbol. De hecho, la inclusión de las mujeres en las pantallas y textos massmediáticos futbolísticos forma parte de los referentes desde los cuales la industria cultural consensúa los nuevos valores que conforman la identidad nacional, toda vez que ésta se ha desplazado de los repertorios tradicionales hacia símbolos fuertemente marcados por las clases populares y por la cultura de masas.¹¹ Las mujeres, en el marco de esta estrategia medial, se convierten en un objeto preciado en el mercado, y su valor se incrementa con la espectacularización del fútbol y de los temas asociados a éste que circulan en la agenda de los medios. Como afirma Villena Fiengo: “Un factor importante es que el fútbol no sólo ha tenido una amplia difusión geográfica, sino que también ha experimentado una difusión intensiva, permeando (...) a prácticamente todos los sectores de la sociedad, atravesando fronteras regionales, de clase, generación, étnicas y —cada vez más— de género” (Villena Fiengo, 1999: p. 4). Y en la construcción y permanente reconstrucción de símbolos y valores que otorguen densidad significativa a la constitución de una identidad nacional, los medios ocupan un lugar privilegiado.

La objetivación de los nuevos actores de género femenino que son representados en este territorio forma parte de algunos de los esquemas que se aplican en el campo massmediático y que acompañan la espectacularización creciente del deporte en general y del fútbol en particular. En función de las narrativas del espectáculo y de la necesidad de convocar audiencias cada vez más extendidas e inclusivas, la interpelación massmediática a la mujer durante las competencias internacionales produce una temporaria sobre-representación de ella que luego decae significativamente. Y si bien el lugar otorgado en esta maquinaria está atra-

vesado por su tratamiento como objeto de la mirada masculina, la mujer parecería reconocer y aceptar las reglas de este juego para, en todo caso, utilizarlas como vía posible de acceso al territorio futbolístico.

Desde el punto de vista icónico, el análisis de las imágenes de mujeres en los estadios mundialistas permite dar cuenta de la mirada masculina que opera sobre la mujer y que produce dos tipos de imágenes: o la representable y tradicional mujer doméstica (madre, esposa, hija) o la menos representable —pero eficaz en términos del imaginario masculino sobre el otro— mujer sensual. De manera que, en el nivel icónico, lejos de constituir un modelo-otro de mujer, se reproduce el orden dominante. Sin embargo, el eje de la nacionalidad debe necesariamente producir un nuevo sesgo diferenciador en tanto las imágenes están interpelando a audiencias femeninas localizadas. De allí que la mayoría de las imágenes femeninas analizadas correspondan a mujeres en donde se da una doble condición: la de la sensualidad (tradicionalmente atribuida al género femenino) y la del exotismo (como un mecanismo para hacer visible al otro).

Esto significa que no todas las mujeres asistentes a los estadios durante el último Mundial han sido capturadas por las operatorias massmediáticas, sino sólo aquellas que responden a esta doble condición. El efecto de sentido así construido produce la ilusión de una representación extendida de mujeres-hinchas de distintas nacionalidades que, además de desplegar atributos femeninos, se presentan como exóticas, coloridas y pintorescas.¹² Y aunque se pudiera observar allí una explícita diferenciación entre países, lo que se privilegia en realidad son los atributos de alteridad antes que la positividad de una identidad nacional, dando cuenta de este modo de una operación de carnavalización generalizada que, al tiempo que incluye nuevos públicos, redefine las lógicas y las reglas del universo masculino sin provocar discontinuidades o incómodas disrupciones. Como afirma Terry Eagleton, “el carnaval es un asunto *autorizado* en todos los sentidos, una ruptura permisible de la hegemonía, un desahogo popular contenido igual de turbado y relativamente ineficaz que la obra de arte revolucionaria” (1998: p.225).

Podría decirse entonces que esta operación de carnavalización, producida por los medios aunque siempre en la intersección con las conductas de los destinatarios interpelados, es una estrategia congruente con la lógica espectacular que atravesía, cada vez con mayor peso, la puesta en escena futbolística.

Por otra parte, desde un eje de análisis que privilegia lo verbal, existe una significativa continuidad con la operación de carnavalización realizada en el nivel icónico sobre las mujeres que ostentan la doble condición que mencionábamos: la mirada masculina que delimita la muestra de mujeres a las más *deseables* y la colocación de la mujer como representante del exótico otro.

Ejemplo de lo primero es el epígrafe, el día 22 de junio de 1998, de una foto de *Olé* tomada a una argentina sentada en un cordón: “Aesta santafesina, hincha

de Unión, los muchachos la piropeaban por las calles”. Por su parte *Perfil*, el día 22 de junio, dice a propósito de las jamaquinas: “La selección de Daniel Passarella goleó en la cancha, pero las jamaquinas se impusieron sin esfuerzo en las gradas francesas”. La operación contraria, es decir de denigración estética, es significativa en el siguiente comentario de *Fútbol de Primera* cuando, tras la derrota de Jamaica, las cámaras toman a las mismas jamaquinas que antes habían sido motivo de celebración en una actitud silenciosa, y Marcelo Araujo, el locutor del programa, comenta: “¿Qué le vas a hacer, gordita?”.

Respecto del exotismo como modo de hacer visible a un actor-otro, dos ejemplos sirven como síntesis: en *Perfil* del día 15 de junio, una foto de las jamaquinas lleva el siguiente epígrafe: “Jamaica perdió en la cancha pero ganó en la tribuna con estas ‘reggae boys’”. El 7 de julio, el mismo periódico titula la foto de unas brasileñas de esta manera: “Brasil juega lindo y en su tribuna la belleza y el colorido se multiplican”.

La visibilidad opera en torno a la doble condición señalada. De allí que nos inclinemos a pensar que se trata de una operación de reclutamiento específica, en donde el actor interpelado adopta ciertas posiciones de sujeto en virtud de una peculiar formación discursiva (Morley, 1996). De este modo, durante el período mundialista, estas mujeres situadas en torno al eje femenino-nacional resuelven sin conflictos evidentes la lógica de un mercado futbolístico cada vez más inclusivo. Y si, como afirma James Lull (1997), las lógicas y las reglas entrelazan la ideología con la vida cotidiana al contribuir a organizar la experiencia humana, la síntesis que resulta de ello participa de la construcción de la cultura.

Sin embargo, o quizás consecuentemente con ello, del análisis de las entrevistas realizadas surge que la pasión que define las identidades futbolísticas femeninas se fortalece en el plano de lo local, es decir, con el equipo del cual son hinchas y no con la Selección Nacional. La constatación de esta distancia entre la sobre-representación femenina durante los Mundiales y la propia percepción de las hinchas militantes amerita la hipótesis de que durante los Mundiales (y más especialmente durante los últimos) existe una eficiente aunque provisoria interpelación desde los medios, operación que cesa en ocasión del desarrollo de los distintos campeonatos locales y regionales. Por lo cual puede afirmarse que la mencionada sobre-representación es una estrategia massmediática tendiente a incluir a la audiencia femenina, y que la respuesta de la recepción es una respuesta negociada (Hall, 1980) en la cual habría cierta coincidencia con los significados propuestos por la producción aunque éstos se modifiquen en función de una adaptación localizada.

Sensibilidad y sentimiento

“...lo sensible es precisamente lo que, sin moverse de su lugar, puede frecuentar más de un cuerpo”. M. Merleau-Ponty

En el fútbol, la experiencia sensible es patrimonio de los hombres. De allí que no pueda frecuentar todos los cuerpos sino sólo aquellos que están legitimados para albergarla.

Cuando abordamos el tema de la afectividad conviene en primer lugar diferenciar las emociones de los sentimientos. Mientras que las primeras, siguiendo a Le Breton (1999) son las resonancias breves y explícitas de un acontecimiento (pasado, presente o futuro, real o imaginario), el sentimiento instala esas emociones en una línea temporal que diluye su existencia en una sucesión de momentos vinculados a través de una línea significativa. El sentimiento se envuelve así de un discurso con valores comunes, mientras que la emoción es la primera traducción íntima del acontecimiento tal como se lo vive en forma sensible.

Tanto las emociones como los sentimientos requieren una primera evaluación personal y una posterior confrontación con los otros individuos que componen el grupo o comunidad. En cierta forma, dicha confrontación permite reflexionar sobre la distancia existente entre lo efectivamente vivido y aquello que el grupo le atribuye para legitimar, ordenar, clasificar y adquirir un sentido de pertenencia. Parafraseando a Le Breton, cada individuo, bajo la mirada de sus *otros significativos*, interioriza sus reacciones y es convocado a compartir lo que siente con el resto del grupo.

El estadio, como afirma Christian Bromberger (1993), es considerado por sus fans como un espacio que les pertenece y que pueden administrar con sus propias reglas. Si los fans son y han sido en su inmensa mayoría varones, estas reglas suponen una demarcación de género en el dominio simbólico futbolístico que organiza los espacios, los actores y las prácticas legítimas. El universo futbolístico parece ser una arena especialmente apta para ofrecer a la comunidad masculina espacios, actores, acciones y prácticas conducentes a la producción y reproducción de un *ethos* que, en tanto conjunto de emociones culturalmente organizadas de un grupo o comunidad (Bateson, 1986), se constituye como una forma de educación sentimental masculina. En el fútbol, como plantea Archetti (1985), distintos actores comunican a través de prácticas sus orientaciones valorativas y afectivas. La arena expresiva que permite esta comunicación es un escenario público que adquiere significación social no sólo en la propia experiencia comunitaria sino además en la resonancia que su configuración massmediática genera.

En este sentido, si para Le Breton la identidad está constituida por un sentimiento que se desarrolla en la pluralidad de resonancias de las experiencias, es necesario que este sentimiento sea confrontado con los modelos simbólicos que dan forma al flujo de emociones y le atribuyen significación social. Dichas

“guías” son para Geertz (1990) imágenes públicas que trafican el sentido de un sentimiento. Y la identidad posicional, en este terreno, es la de una identidad de género. ¿Dónde mejor, si no en el fútbol, se aprende el repertorio de conductas masculinas? De algún modo, si la educación sentimental que se genera en el universo futbolístico es utilizada con fines cognitivos para ordenar objetos, acciones y discursos, este ordenamiento emocional excluye a la mujer.¹³

La exclusión que se ejerce sobre las mujeres opera sobre distintos ejes discursivos y adquiere diferentes modalidades prácticas según la dimensión que abarque. En un análisis realizado en otra oportunidad habíamos señalado que la presencia de la mujer en el terreno futbolístico no se presenta como una disputa en torno a un conflicto de género. Y que la relación de la mujer con el hombre en el marco de este territorio específico no es una relación necesariamente marcada por la confrontación, ya que asume diferentes modalidades según el eje sobre el que se esté operando.¹⁴

Como ya habíamos señalado, la demarcación de género en el territorio futbolístico puede rastrearse en al menos cuatro dimensiones: el saber, la carnavalización, la pasión y la violencia. El relevamiento producido en ese momento nos permitía afirmar que el discurso masculino futbolístico designa a la identidad femenina en torno a la negación, la aceptación, la resistencia y la exclusión respectivamente de estas cuatro dimensiones. Es decir que, si consideramos la respuesta del actor hegemónico, ésta no siempre es de resistencia a la incorporación de un actor-otro, sino que dicha incorporación se sostiene muchas veces en la estabilidad de los códigos culturales tradicionales.

Los diferentes comportamientos registrados dan cuenta de la complejidad no sólo del campo sino también de las respuestas de los actores. Así, por ejemplo, mientras que se celebra la apropiación carnavalesca (aún si adopta formas ritualizadas y no alternativas) y se la espectaculariza massmediáticamente, la mujer es protegida en las ocasionales situaciones de violencia que se producen en los estadios. Esta exclusión no opera como eje de confrontación sino que reproduce los códigos dominantes, y es soportada también por la propia percepción de las mujeres en relación con la protección que reciben e, inclusive, de sus fronteras, es decir, del momento en que se transgreden las reglas y la mujer queda expuesta:

“En la cancha, no siento discriminación. Al contrario, siempre si hay lío o no, la gente de la hinchada se fija si hay alguna mina al lado. Es como que si sos mina y vas sola te protegen bastante. Te tienen bastante respeto también cuando viajás. Pero hay códigos que tenés que respetar. Una mina no se puede colgar de un para-avalancha en la cancha de Boca. Una cosa es la hinchada. La hinchada te re-protege. Pero no te quieras meter como mina en la barra”. (Bárbara, 23 años)

Sin embargo, es en las dimensiones del saber y de la pasión donde se producen los cortes más disruptivos respecto de la convivencia de géneros: a la mujer se le niega el saber y es resistida su capacidad para experimentar la pasión. Estas dimensiones aparecen vinculadas a dos mecanismos de exclusión: el saber y la práctica. Ambos intrínsecamente relacionados entre sí, confluyen en configurar un imaginario futbolístico demarcado por el género.

La negación de un conocimiento empírico se produce en términos de un saber que se juzga necesario para comprender el juego en sí mismo y del que las mujeres, tal como aparece en el imaginario futbolístico, carecen. Se trata de un saber que integra lo afectivo y lo emocional, un saber corporal, en tanto el cuerpo forma parte de ese acto de conocer (Maffesoli, 1997). Esta dimensión se manifiesta como significativa porque la negación de este saber no se presenta en forma transparente sino que conduce, por vías más opacas, a la desvalorización de la sensibilidad femenina respecto del fútbol. Si el fútbol es una suerte de educación sentimental destinada a construir un ethos masculino, la adjudicación del 'no-saber' aparece vinculada a la ausencia de prácticas futbolísticas que, se supone, todos los hombres han hecho alguna vez. Dicha práctica otorga el derecho a la palabra a los varones y a la vez restringe el campo:

“Mujeres en el fútbol... me es indiferente, pero me molesta que relaten o comenten, ya que tienen que haber jugado al fútbol para saber (...) el fútbol es de hombres y lo juegan los hombres...” (Federico, 28 años)

La negación así producida adopta la forma de una especie de “persuasión clandestina” que, al decir de Bourdieu y Wacquant, es ejercida simplemente por el orden de las cosas, es decir, aquello que está dado. Y dicha negación parece encontrar un serio obstáculo en la posibilidad de acceder a la práctica, toda vez que el fútbol femenino, que podría considerarse un lugar, en este sentido, de ‘aprendizaje’, no es valorado por las mismas mujeres que sí se sienten atraídas, en tanto simples espectadoras, por el fútbol masculino como un espectáculo al que tienen derecho a asistir.¹⁵ De allí que sea posible conjeturar que la mujer que incursiona en el ámbito futbolístico reivindica su condición de espectadora y su ubicación respecto de cierta capacidad de valorar la estética deportiva y no de un supuesto “derecho participativo”:

“No me gusta y no lo jugaría (...) Yo vi un clásico Gimnasia-Estudiantes y me pareció grotesco (...) No es lo mismo que el fútbol de hombres. Así como me gusta más el tenis de las mujeres porque es más vistoso y menos agresivo, en el fútbol me gusta más la agresividad, la fuerza. Me gusta el juego limpio pero también el luchado. Y el fútbol femenino no es así, es mucho más lento” (Alicia, 46 años).

Pero lo que nos interesa resaltar aquí es que en este universo simbólico público, junto con la negación del saber, a la mujer también se la excluye de la po-

sibilidad de la pasión, sentimiento que parece quedar confinado al ámbito de lo privado (ver telenovelas, por ejemplo).¹⁶ La categorización tradicional que remite la razón a lo masculino frente a la pasión como patrimonio propio de lo femenino —que implica una operación de jerarquización/desjerarquización o positividad/negatividad— pareciera diluirse y organizarse de otra forma. En el fútbol, en tanto fiesta popular, los sistemas de juicios o convenciones oficiales y consagradas (Bajtin, 1987) no sólo son suspendidos sino también puestos en duda.

Las modalidades que atraviesan el imaginario en función de las operaciones de restricción de la pasión al campo masculino aparecen señaladas en diferentes dimensiones del discurso futbolístico. Una de ellas, la ubicación espacial, podría catalogarse como un ámbito de conflicto en tránsito, en tanto algunos estudios señalan las modificaciones que lentamente se están produciendo a partir de la apropiación de ciertos territorios por parte de las mujeres que asisten a los estadios.¹⁷

Estos cambios provienen ciertamente de una práctica de asistencia a los estadios más frecuente, lo que permite a la mujer ejercer cierta distancia reflexiva respecto de los lugares apropiados y los inadecuados y de realizar cálculos tácticos en función de modificar la situación. Esto significa que la práctica de concurrir asiduamente a los estadios posibilita reconocer los espacios permitidos y los vedados, aún cuando muchas veces la prohibición de acceder a estos últimos no es una restricción reglamentada por los hombres sino que deviene de particularidades o modalidades específicamente femeninas:

“Indirectamente te das cuenta de que es un lugar privativo de los hombres, no pensando que invadís, sino que te vas a sentir incómoda porque ahí los hombres actúan de otra manera. En una de éstas, si vas a una platea no te vas a sentir invadiendo un lugar de hombres. El ambiente que se vive en la popular hace que te des cuenta de que ese lugar no es para la mujer porque se te hace incómodo y no te van a decir ‘perdón, señora’”. (Alicia, 46 años)

Este mecanismo puede catalogarse, inclusive, como el de una autoexclusión:

“Yo nunca pensé que estaba invadiendo un lugar. Atrás del arco, por ejemplo, yo me di cuenta de que no era un lugar para mujeres porque saltan de otra manera, te empujan, la mujer es más tonta, no sabe caerse, no sabe agarrarse. Estamos con cartera, con cosas que cuidás para que no se caigan. No es el lugar ideal para la mujer”. (*idem*)

En cambio, cuando las reglas son impuestas por los actores tradicionales, la toma de conciencia de los límites es, si se quiere, más brutal. Respecto a si la barra de Boca es machista, Bárbara no tiene dudas:

“Sí, totalmente machista. No te podés subir a un para-avalancha porque ya te vienen a bajar. Hay ciertos espacios a los que no se puede acceder”. (Bárbara, 23 años)

Por otra parte, en el plano discursivo, resulta interesante observar la relación que se establece entre el sentimiento, la pasión, el amor y la popular en contraposición a la platea — ámbito más conveniente para las mujeres según perciben los entrevistados hombres y mujeres— en la que el partido no se “sentiría” de la misma manera:

“... A la platea no voy porque no me gusta. El clima es muy frío. Está llena de mujeres y de jubilados y el fervor que hay en la popular es único, se vive el fútbol tal cual es...” (Leonardo, 26 años)

“A veces me parece, a como está la gente a nivel violencia, lugar de empujes y manoseos, no me parece un lugar adecuado (la popular) para una mujer, pero... sí... bueno... la respeto”. (Sergio, 25 años)

Otra de las operaciones que restringen la pasión al universo masculino aparece simulada bajo la forma de falta de autenticidad o de ausencia de compromiso real con el fútbol. En las entrevistas tanto a hinchas hombres como mujeres, la *mujer fanática* es rechazada por estar realizando una representación simulada, una actuación que sería una respuesta a la interpelación de la moda.

“La verdad que no me molestan si van a la cancha, a mí no me afectan en nada. Creo que lo hacen más por caretear y para hablar con un tipo de fútbol con conocimiento de causa, pero no creo que lo hagan porque les nace del alma. Además hay muchas que van a acompañar a los novios, pero de esas que das cuenta por la cara de aburridas que tienen.” (Alejandro, 27 años)

En la misma operación, estas mujeres perderían su femineidad y adoptarían gestos y actitudes masculinas.

“En el momento me chocó ver mujeres demasiado fanáticas, me da la sensación de que emulan un poco al hombre. Creo que no hay una fanática de fútbol con una personalidad propia. (...) Las mujeres que yo vi que gritaban y hacían cantitos y todo tenían una actitud bastante masculina..” (Claudia, 32 años)

“Y, (el fútbol) es un deporte de hombres... pero ellos lo toman como un alivio, un gran amor, por ahí yo lo veo así. Hay gente que vive el domingo en función de un partido. En cambio no me gustan las mujeres machistas que van a la cancha, porque me choca ver a una mujer puteando.” (Dany, 23 años)

“Una mujer que se involucra en el fútbol como hincha pierde toda su femineidad, que por supuesto es lo más lindo que tienen las mujeres.” (Darío, 42 años)

La aparición, esporádica, de mujeres que expresan ese mismo ethos con rasgos masculinos, es tratada en algunos programas televisivos como notas exóticas o, inclusive, como aquello que no presenta diferencias en términos de atributos de género.¹⁸

Privadas de la pasión por el fútbol, y no demasiado interesadas en cambiar las reglas, a las mujeres les restaría acompañar a los hombres y gozar del espectáculo, tomar distancia y analizarlo o padecerlo. Y aunque las mujeres puedan participar y hasta disfrutar del fútbol, difícilmente alcanzarían los estadios emocionales que sí invisten las prácticas de los varones: el amor, la pasión, el alma, la “camiseta”. Los hinchas aceptan la presencia de la mujer, pero consideran que ellas nunca podrán sentir “como los hombres” la pasión por el fútbol.

“Pueden entender el fútbol desde el lado del deporte, sus reglas y sus técnicas, pero no pueden entenderlo desde el lado del sentimiento, porque el fútbol, mal que te pese, está hecho para hombres.” (Daniel)

“Ellas no sienten el fútbol. Cuando hablan con coherencia lo hacen desde un punto de vista objetivo. No entienden la esencia del juego...” (Alejandro, 27 años)

(Sobre cómo es eso de gritar un gol con el alma): “Si pudiera explicártelo, te lo diría, pero no sé. Además te das cuenta que a los que están al lado tuyo les pasa lo mismo y eso te hace gritar más. No sé... además vos sos mujer, así que no lo entenderías.” (Darío, 42 años)

Lo cierto es que en el proceso de apropiación del terreno del estadio, la mujer se encuentra reivindicando su capacidad de experimentar un goce tradicionalmente vedado:

“Eso sí: canto, grito, salto... me encanta. (...) Es como que a veces te despejás, vas y gritás, te expresás como querés... (...) Me encanta ir a la cancha, me encanta el marco, me encanta ver la cancha llena, la gente cantando, gente divirtiéndose. Me gusta”. (Virginia, 21 años).

“No son las cosas que hacés, es cómo te sentís”. (Sandra, 19 años).

“No es mi terapia porque no soy de ir a descargar de nada, voy más a buscar que a descargar. A buscar un momento gratificante, de alegría, de reunión con amigas o amigos, la parte social”. (Alicia, 46 años)

Y este goce se vincula con cierta “libertad” que experimentan, sobre todo en contraposición con otros espacios donde ésta se vería más restringida:

“En la cancha los estados de ánimo por segundo son tres millones y los cambiás continuamente.” (Virginia, 21 años).

“El estado de ánimo que tengas en la cancha varía mucho (...) A veces te sentís la mujer más feliz del mundo, a veces te querés matar... son muchas sensaciones. Por un lado la euforia que sentís en una cancha de fútbol no la sentís en ningún otro lado. Como mujer, quizás es uno de los lugares en donde más libre te sentís”. (Sandra, 19 años).

Sin embargo, dicha libertad se vería limitada para las mujeres a la hora de cumplir con algunos rituales tradicionales del juego y del carnaval futbolístico. En este sentido pudimos observar que las mujeres quedarían excluidas de los rituales de festejo por particularidades propias del género femenino:

“El fútbol tiene actitudes y códigos masculinos y machistas. ¿Vos te imaginás a una mina en medio de la 12 en el mismo momento en que Boca hace un gol? Es absurdo.” (Daniel)

Melodrama, pasión y ethos

Durante los Mundiales de fútbol aparece con grandilocuencia el cliché que advierte sobre los “peligros” que trae aparejado el consumo exacerbado de fútbol para las parejas. La clave para esta distinción es aquél que coloca al género melodramático como consumo aceptado de una audiencia femenina.¹⁹

Posiblemente haya pocas diferencias entre quienes se deleitan viendo los avatares de una telenovela y aquellos que se entregan a las derivas de un partido de fútbol, haciendo más borrosa la distinción: un partido de fútbol no difiere mucho de un melodrama.²⁰ Quizás ocurra que en el segundo los componentes básicos estén un poco más disfrazados, aunque en el fondo el alimento de una y de otra emoción descansa en el mismo mecanismo alejado de una cuestión de género.

Pero aun cuando se pueda aplicar el concepto de melodramático también a un partido de fútbol (con lo cual habría cierta simetría en la diferenciación, relativizando los argumentos del sentido común), lo cierto es que el fútbol ofrece la posibilidad a los hombres de ejercer su pasión legítima y públicamente. Un espacio narrado, vigilado y preservado por los hombres para dar rienda suelta a esa especie de “gasto improductivo” (Bataille, 1987) que representa la expresión de sentimientos y emociones y cuya lógica es contraria a la lógica económico-racional.²¹

Mientras que en el espacio del trabajo y del negocio al varón le está vedado ejercer la práctica del gasto improductivo, en el estadio se espectacularizan públicamente las apuestas por el honor, la gloria y la dignidad, valores asociados culturalmente a los varones. Y, a través de esta espectacularización, se construye y se reorienta una particular significación social masculina.

Contrariamente, el discurso masculino recluye a la mujer al ámbito doméstico-privado y es allí donde podría, si no apasionarse, al menos gozar del espectáculo futbolístico. Es decir, se le concede la capacidad del goce a través del consumo espectacular, cuando es interpelada como parte de una gran audiencia.

“Ahora lamentablemente hay más. No es que sea machista, pero en el fútbol específicamente, las mujeres no saben nada. Esa es la verdad, el que nunca jugó al fútbol, porque hay que estar, hay que patear una pelota alguna vez. Es clá-

sico que una mujer diga: ‘no puede patear así’, y no entiende que hay miles de factores. Las mujeres están más para la televisión y esas cosas. Ahora hay un marketing de los jugadores, cada vez son más lindos, entonces las mujeres se acercan más, pero lamentablemente no saben de fútbol”. (Diego, 20 años).

De ahí que sobre la mujer se ejerza una violencia simbólica que de algún modo le impide acceder a los mecanismos culturales que producen y reproducen ese particular ethos porque estaría amenazando su exclusividad de representarlo públicamente. El fútbol pareciera colocarse como aquel lugar que puede completar la esfera de lo público destinada históricamente al varón, aunque delineándose como diferente del resto de los espacios públicos. Si los otros lugares (el Parlamento, la Cátedra, el negocio) constituyen el eje de la racionalidad, el estadio permite la configuración de un espacio de expresión de la emoción, los sentimientos y la pasión que el hombre toma para sí en función de una completa representación social.

En otras palabras, el estadio es un lugar público donde los hombres pueden escenificar su ethos legítimamente, aun cuando esté regulado por las normas del autocontrol (Elias, 1992) y sea censurado cuando se exceden sus límites.

Finalmente y asimismo, la pasión pareciera intensificarse cuando se liga a lo local. Apesar de que los medios construyen narraciones espectaculares a partir de mitos inteligibles anclados en lo nacional para todos los espectadores —en mayor medida, como ya se argumentó, durante los Mundiales—, las identidades locales persisten. Así, los hinchas militantes, tanto mujeres como hombres, diferencian la pasión que sienten por los equipos locales de la que despierta la Selección argentina. El primero es un sentimiento permanente y supremo, que no puede ser modificado por nada, mientras que la otra es una “pasión transitoria” que responde a interpelaciones publicitarias, políticas y comerciales y que se diluyen pasado el Mundial.

Esa relación se ancla simbólicamente en la vivencia, en tanto pone el acento en la dimensión comunitaria de la vida social, subraya la mística y une a los iniciados entre sí, conformando de una manera misteriosa el vínculo que hace que la comunidad de hinchas sea causa y efecto de un sentimiento de pertenencia (Maffesoli, 1997). Un repertorio de creencias, estilos, valores y símbolos que constituyen procesos densos y dinámicos de producción de sentidos identitarios: una historia común de campeonatos vividos, de triunfos y fracasos deportivos, de gloria y de sufrimiento.

Final: Aguanten las Madres

Desde una perspectiva de género, tal vez optimista, podría argumentarse que este escenario, o, mejor dicho, estas escenas aisladas, formarían parte de un momento de transición desde la subordinación a una suerte de liberación femenina en este campo. Que la aparición de la mujer podría modificar, aunque en grado

mínimo, las retóricas y las narrativas futbolísticas. Y que su representación, aún sesgada por el discurso masculino y por la *violencia retórica* (Lauretis, 1994) que de él emana, sería un dato significativo que no habrá que olvidar para dar cuenta de mecanismos contestatarios o alternativistas.

Sin embargo, lo analizado hasta aquí permite inferir que tanto las representaciones como las prácticas reproducen las gramáticas de producción (e interpelan con unos códigos de reconocimiento) pertenecientes al universo simbólico masculino, y que no aparecen intenciones de prácticas que permitan habitar dominios culturales de la masculinidad de otro modo que no sean los modelos definidos culturalmente (Morley, 1996).

En otras palabras, ¿podría imaginarse, en este sentido, una práctica asociada a lo futbolístico que porte valores femeninos no heterónomos? Si la práctica del “aguante”²² es esencialmente masculina, ¿cómo sería, en estos términos, un “aguante” gestado autónomamente? ¿Portaría valores no-machistas, no homofóbicos, sería no-violento? Si el ejercicio de un verdadero poder alternativo significa la ruptura con los mecanismos tradicionales de dominación (Hooks, 1992), no parece haber aquí lugar para reconfigurar las prácticas.²³

Territorio conquistado y no a conquistar, un “aguante” de estas características sería imposible de ser pensado y más aún de ser representado. Las prácticas menos dóciles observadas en las mujeres, aquellas más alejadas de los códigos de reconocimiento de los atributos femeninos, aparecen como ritualizaciones, es decir, como prácticas que en un sentido goffmaniano no ofrecen una respuesta alternativa a las conductas esperadas. O como afirma José Nun: “Para que un movimiento sea genuino debe constituir una opción entre alternativas posibles; de lo contrario se trataría de un simulacro de juego...” (Nun, 1989: p.83).

Dicho de otro modo, para llegar a un punto en el cual las prácticas femeninas dentro del universo futbolístico se constituyan en contra-hegemónicas, habría que pasar por procesos previos que conduzcan a formar un espíritu de escisión y a una posterior organización (aunque ésta sea informal). Pero aquí, a pesar de que no está ausente el conflicto, ya que hay mecanismos de negación y exclusión, éstos conviven con mecanismos de aceptación e incluso de celebración (como la carnavalización). De hecho, como señala Bourdieu, la lógica de la dominación hace que a menudo el completo reconocimiento de una legitimidad cultural coexista con movimientos contestatarios. Y aún más, “la toma de conciencia política es a veces solidaria con una reafirmación -vívica como liberación- de la dignidad (...) implica una forma de sumisión a los valores dominantes y a algunos de los principios de la dominación, como el reconocimiento de las jerarquías” (Bourdieu, 1988: p. 401).

El análisis cultural consiste en desentrañar las estructuras de significación y en determinar su campo social y su alcance encarando una multiplicidad de es-

estructuras conceptuales complejas, muchas superpuestas o entrelazadas entre sí, que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas (Geertz, 1990). Entonces, sin desconocer que en el fútbol lo masculino constituye el marco que define las opciones posibles de las prácticas, los significados, las gramáticas y las representaciones, entendemos, siguiendo a Hall (1981), que no se trata de un estado de cosas dado y permanente sino que es una situación y una posición que deben ganarse y asegurarse activamente, porque también pueden perderse. Las mujeres y sus prácticas en el escenario futbolístico aparecen en las fisuras, las juntas y las grietas de las formas dominantes masculinas (Hall, 1985).

De allí que nos parezca pertinente situar estas prácticas como emergentes antes que como alternativas o simplemente nuevas. Es decir, como aquello diferente que puede incorporarse al campo y, en este sentido, como una emergencia activa e influyente de prácticas todavía no plenamente articuladas (Williams, 1977). Prácticas que, como parte de un proceso cultural, sólo pueden producirse en relación con un sentido cabal de lo dominante que es, en definitiva, la estructura de conjunto que les da sentido.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo 1996 “Polifonía y neutralidad en Fútbol de Primera: la utopía industrial”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 1996 *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura* (Buenos Aires: Atuel).
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 2000 “Football and Fatherland: the crisis of national representation in Argentinian football”, en Finn, Gerry y Giulianotti, Richard (eds.) *Culture, Sport, Society*, Nro. 3, Vol. 2, en prensa.
- Archetti, Eduardo 1985 “Fútbol y ethos”, en *Monografías e Informes de Investigación*, N° 7, FLACSO.
- Archetti, Eduardo 1992 “Calcio: un rituale di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (ed.) *Il Calcio e il suo pubblico* (Nápoles: Edizione Scientifiche Italiana).
- Bajtín, Mijail 1987 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (Madrid: Alianza).
- Bataille, George 1987 (1933) “La noción de gasto”, en *La parte maldita* (Barcelona: Icaria).
- Bateson, Gregory 1986 *La Cérémonie du Naven* (París: Biblio-Essais).
- Bauman, Zygmunt 1997 *Legisladores e Intérpretes* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).
- Binello, Gabriela, Conde, Mariana, Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela 1999 “Medios, mujeres y fútbol. Un estudio de la representación de la mujer en la Argentina durante el Mundial de Francia ‘98”, ponencia presentada ante el *XXII Congreso Brasileiro de Ciências da Comunicação*, Universidade de Gama Filho, Río de Janeiro, agosto.
- Binello, Gabriela y Domino, Mariano 1998 “Mujeres en el área chica”, en Alabarces, Pablo, Di Giano, Roberto y Frydenberg, Julio (comp.) *Deporte y Sociedad* (Buenos Aires: Eudeba).
- Bourdieu, Pierre 1988 “La elección de lo necesario”, en *La Distinción* (Madrid: Taurus).
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic 1995 *Respuestas. Por una antropología reflexiva* (Méjico: Grijalbo).
- Bromberger, Christian 1993 “Fireworks and the Ass”, en Steve Redhead (ed.) *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe* (Aldershot: Avebury).
- Conde, Mariana, Díaz, Griselda, Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela 1998 “Aliens en territorio prohibido. Un estudio de la relación entre la

- mujer y el fútbol en la Argentina”, ponencia presentada ante las *IV Jornadas de Investigadores de la Cultura*, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales (U.B.A.), noviembre 1998.
- de Certeau, Michel 1996 *La invención de lo cotidiano. Artes de Hacer* (Méjico: Universidad Iberoamericana).
- Elias, Norbert 1992 “La génesis del deporte como problema sociológico”, en Elias, Norbert y Dunning, Eric, eds. *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio* (Madrid: FCE).
- Eagleton, Terry 1981 *Walter Benjamin. O hacia una crítica revolucionaria* (Madrid: Cátedra).
- Fernández, Ana María 1994 *La mujer de la ilusión* (Barcelona: Paidós).
- Garriga, José 2000 “Violencia en el fútbol: la óptica del nativo”, mimeo.
- Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa).
- Goffmann, Ervin 1959 *The Presentation of self in everyday life* (Nueva York: Doubleday).
- Hall, Stuart 1980 “Encoding/Decoding”, en Hall, Stuart et al. (eds.) *Culture, media, language* (Londres: Hutchinson).
- Hall, Stuart 1981 “La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico” en J. Curran, M. Gurevitch y J. Woollacott, (eds.) *Sociedad y Comunicación de Masas* (Méjico: FCE).
- Hall, Stuart 1985 “Master’s session”, *International Communication Association* (Honolulu, Hawaii).
- Hargreaves, Jenifer 1994 *Sporting females. Critical issues in the history and sociology of women’s sports* (Londres: Routledge).
- Hooks, Bell 1992 “El poder de descreer”, en Chejter, Silvina (Comp.) *El sexo natural del Estado* (Buenos Aires: Altamira).
- Lauretis, Teresa 1994 “La violencia de la retórica. Consideraciones sobre representación y género”, en *Travesías* (Buenos Aires), Nro. 2, Año 2.
- Le Breton, David 1999 *Las pasiones ordinarias* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Lull, James 1997 *Medios, comunicación y cultura. Aproximación global* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Maffesoli, Michel 1997 *Elogio de la razón sensible* (Buenos Aires: Paidós).
- Mandell, Richard 1986 *Historia cultural del deporte* (Barcelona: Bellaterra).

- Merleau-Ponty, M. 1960 *Signes* (París: Gallimard).
- Morley, David 1996 *Televisión, audiencias y estudios culturales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Nun, José 1989 “Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común”, en *La Rebelión del Coro* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Ortiz, Renato 1985 *Cultura Brasileira e identidade nacional* (San Pablo: Brasiliense).
- Ortiz, Renato 1992 “Cultura, Espacio Nacional e Identidad”, ponencia ante el *VII Congreso de Felafacs, Acapulco*, Octubre. Traducción de Mirta Varela.
- Villena Fiengo, Sergio 1999 “La ‘Sele’ somos todos. Imaginario nacionalista y fútbol en la prensa costarricense”, ponencia ante *la I Reunión del Grupo Deporte y Sociedad*, CLACSO, Cochabamba, 7-10 de diciembre.
- Williams, Raymond 1977 *Marxismo y Literatura* (Barcelona: Península).

Notas

1. La “Gorda Matosas” fue una famosa hinchada de River Plate, de Buenos Aires, entre mediados de los ’60 y fines de los ’70. “La Raulito” fue su contraparte en el club Boca Juniors entre comienzos de los ’70 y fines de los ’80. Ambas se caracterizaron por una fuerte masculinidad manifestada en ropas, lenguaje y comportamientos.
2. Para ampliar ver especialmente Archetti, E. (1985, 1992) y también Albarces, P. y Rodríguez, M. G. (2000).
3. Tenido como una práctica popular, y en el marco de las numerosas festividades religiosas del calendario medieval, el fútbol que se jugaba no tenía más reglas que las propias de cada región. No sólo no había una delimitación del campo de juego, sino que tampoco estaban definidos el número de jugadores o el tiempo de duración. Aún más, los jugadores podían cambiar de equipo en mitad del juego (Mandell, 1986). La práctica era más violenta que pacífica, y terminaba habitualmente con gran cantidad de heridos. De allí que fuera prohibida en numerosas oportunidades durante la Baja y Alta Edad Media, y circunscripta a un calendario festivo impuesto por la iglesia (Bauman, 1997).
4. Cabe destacar que desde el primer trabajo sobre el tema (1985) hasta el de 1992, se observa en Archetti un giro conceptual respecto de estos atributos que aparecen como identidad negativa. Mientras que en 1985 va a hablar de que “el derrotado es despojado de su sexualidad” (p. 30), en 1992 dirá que en este ritual se afirma la virilidad, lo que indica una atribución de sexualidad a los homosexuales que antes parecía ausente.

5. Para ampliar ver Binello, G., Conde, M., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1999).

6. Conde, M., Díaz, G., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1998).

7. A saber: los suplementos deportivos *Francia 98* del diario *Perfil* y *Mundial 98* de *Clarín*, el diario deportivo *Olé* y el *Diario del Mundial*, todos ellos comprendidos entre los días 10 de junio y 14 de julio de 1998, y la revista *El Gráfico* entre los números 4100 del 5 de mayo y 4110 del 14 de julio de 1998.

8. El lenguaje audiovisual de *Fútbol de Primera* ha marcado un hito en la televisación y espectacularización del fútbol. No sólo en las modalidades de enunciación (Alabarces, 1996) sino también, y especialmente, en las producciones y ediciones de sus separadores, logos y presentaciones iniciales que constituyen gran parte de su innovación y atractivo. Por ejemplo, su sección “Lo que viene” estructura la lógica narrativa del programa anticipando, en menos de un minuto, lo que va ser emitido en el siguiente bloque. Por otra parte, sus presentaciones iniciales estructuradas en formato de video clips (aunque con una lógica secuencial) conforman un espacio en donde es posible hacer visible a aquellos sujetos situados en el exterior de los partidos: fundamentalmente el público asistente, aunque también se exhiben en menor medida comerciantes o policías. Es aquí donde se observa la mayor cantidad de imágenes relacionadas con la mujer. Para ampliar véase Binello, G. y Domino, M. (1998).

9. Llamamos hinchas “militantes”, a estos efectos, al hincha varón o mujer que acompaña, al menos de local, a todos los partidos de su equipo.

10. Como afirma Ana M. Fernández: “Si bien lo público y lo privado han tenido sustanciales transformaciones históricas, lo que estos cambios han sostenido como su idéntico (...) es que el espacio público ha sido tradicionalmente ocupado por varones y el espacio privado por mujeres, connotando atribuciones de lo masculino y lo femenino respectivamente” (Fernández, 1994: p.133).

11. Para ampliar véase Ortiz (1985, 1992) y también Alabarces y Rodríguez (2000).

12. La breve difusión, por ejemplo, de inglesas y japonesas sentadas en la tribuna con anteojos de sol mirando atentamente el partido, contrasta con la saturación de imágenes que provocó la aparición de dos jamaquinas exhibiendo sus cuerpos y de algunas nigerianas con peinados exóticos. Lo mismo puede decirse de las brasileñas, aunque en este caso hombres y mujeres fueran enfocados por igual.

13. Podría compararse este espacio público con los ejemplos del *kefi* en Grecia y el *dezedor* en Portugal que da Le Breton. Ambas prácticas constituyen espacios reservados para la expresión del ethos masculino, de los cuales están excluidas las mujeres.

14. Por ejemplo, en los estadios el conflicto sí aparece en relación con la posición de sujeto del *otro*, donde la policía es el enemigo por excelencia y donde esta confrontación atraviesa la cuestión de género. Ver Conde, M., Díaz, G., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1998).

15. De algún modo, este rechazo del fútbol femenino podría ubicarse como un desvío de ciertas prácticas políticas feministas vinculadas al derecho a la igualdad o a lo que Jennifer Hargreaves (1994) denomina separatismo y acción positiva dentro de los estudios de género en relación con el deporte.

16. De hecho, y aunque esta tendencia se ha modificado en los últimos años, en su formato tradicional las telenovelas se ubicaban en las grillas de programación en aquellos horarios considerados como “de la mujer”, especialmente por la tarde.

17. Cfr. Garriga, J. (2000).

18. En *El aguante* del día 30 de abril de 1997, por ejemplo, se muestra en un separador a una mujer con atributos masculinizados, subida al para-avalancha, que cuesta identificar como tal.

19. Un índice de esta división es que, por ejemplo, durante el Mundial de Francia de 1998, la estrategia del Canal 9, el único canal privado que no realizó emisiones de fútbol durante el Mundial, fue apuntar al target femenino programando, en el horario de la tarde, talk shows y telenovelas; es decir, apostó al género melodramático, un género que, según reza el cliché, es consumido fundamentalmente por las mujeres.

20. Es más, una de las claves para descifrar la pasión que despiertan los Mundiales de Fútbol es justamente su componente melodramático: la falta de certezas respecto del final; las tramas enredadas; el sinsabor de “ir a penales”; la injusticia de la muerte súbita; el despliegue de teorías conspirativas; la búsqueda de una identidad perdida, aunque en este caso no se halle en una hermana gemela separada al nacer sino en los colores de una camiseta.

21. Según Bataille, el énfasis del gasto improductivo está puesto en la pérdida, la cual debe ser lo más grande posible para que adquiera su verdadero sentido. Así, en la práctica del *potlach*, se ofrecen riquezas al adversario con el único objetivo de provocar y desafiar al rival, que se ve en la obligación de responder con otra oferta más importante aún para evitar la humillación pública.

22. En la cultura futbolística argentina, el “aguante” designa, brevemente, la capacidad de soportar todo tipo de dolores o sufrimientos, también psicológicos pero especialmente físicos, para respaldar a un equipo. El aguante significa, especialmente, la exposición del cuerpo como significante privilegiado.

23. En este sentido, aunque forzando un poco las comparaciones, sí puede definirse el “aguante” de las Madres de Plaza de Mayo como una práctica gestada desde la ruptura con modelos tradicionales.

*2. Transformaciones:
globalización y exclusión*

Globalização, Mundialização e Esporte: o Futebol como Megaevento

— Tarcyanie Cajueiro Santos*

Este trabalho visa compreender como está se estruturando o futebol na época da globalização dos mercados e da mundialização da cultura. Para tanto, traça-se um apanhado histórico deste fenômeno, abordando a introdução e as principais mudanças em sua trajetória de consolidação no Brasil até a época atual, na qual configura-se como um negócio rentável. Nesse sentido, procura-se investigar como as transformações produzidas neste esporte incidem sobre uma cultura cada vez mais internacionalizada, questionando-se, inclusive, se o futebol ainda pode ser caracterizado como um fenômeno intrinsecamente nacional, de modo a confundir-se com a identidade brasileira.

Fenômenos relevantes têm marcado a segunda metade deste século, como é o caso da emergência de uma sociedade global derivada de transformações radicais ocorridas no mundo durante as últimas décadas. Por se tratar de um processo em andamento, o impacto da globalização ainda não pôde ser apurado; no entanto, isso não nos impossibilita de traçarmos uma compreensão relativa deste fenômeno, na medida em que nele vicejamos mudanças estruturais que incidem sobre nossos comportamentos, valores, hábitos, em suma, sobre nossa própria existência.

* Mestre em Ciências da Comunicação pela ECA/USPe Doutoranda em Ciências/Jornalismo pela ECA/USP.

Diante de um mundo cuja tecnologia se torna força motriz, organizando a vida dos homens; quando ocorre a passagem de uma economia *high volume* para uma economia *high value*; a sociedade globalizada mostra com toda força os seus tentáculos, conferindo sentidos outros para as problemáticas nacional e cultural.

Aglobalização aparece como um rearranjo de fronteiras da economia, da sociedade e da cultura, “(...) pondo de lado esta engrenagem construtiva entre, de um lado, a política e o sistema jurídico, e, de outro, a circulação econômica e as tradições nacionais dentro da fronteira do Estado territorial” (Habermas, 1999: p. 5). Isso significa que na constelação pós-nacional outras perspectivas estão sendo forjadas.

Apona-se aqui para a desterritorialização de práticas culturais outrora consideradas nacionais, para o intercâmbio de comportamentos e para a consolidação de uma “cultura internacional-popular”, ou seja, de produções espirituais e materiais que já nascem globais (Ortiz, 1994).

Em tal cenário, o que se pretende é compreender como a globalização está se esboçando na esfera cultural, especificamente no futebol, que a partir dos anos 30 e 40 foi incorporado como um dos elementos da nacionalidade brasileira (Ortiz, 1990: p. 20), sendo caracterizado por seus pensadores como portador de uma identidade própria que o singularizaria perante outras nações.

Nesse sentido, cabe perguntar se diante de um mundo globalizado este esporte já perdeu a identificação com a “alma nacional” ou se esta identificação persiste, “servindo” como um produto cultural brasileiro (se é que assim podemos chamá-lo) que, por ser bom, é mundialmente exportado.

Com o advento das indústrias culturais, “o modo de produção industrial aplicado ao domínio da cultura tem a capacidade de impulsioná-la no circuito mundial” (Ortiz, 1994: p. 56), pressupondo um intercâmbio internacional complexo de imagens, produtos e valores, independente de suas origens.

Nesse aspecto, caberia reinterarmos a questão que o próprio Ortiz se coloca: “Sabendo que o processo de desterritorialização é imanente à modernidade, seria convincente estabelecer com tanta clareza esta oposição entre interno e externo?” (*idem*: p. 76). Com a popularidade mundial que o futebol possui e com o processo de mercantilização (os profissionais do esporte chamam de profissionalização) na época de fragmentação das fronteiras, ainda cabe pensar o futebol como uma manifestação imanente à cultura brasileira?

Se, como enfatiza Renato Ortiz, a mundialização da cultura revela-se através do cotidiano, expressando um mecanismo que reorienta a organização das sociedades atuais, através da alimentação, vestuário, filmes, supermercados, o futebol também pode ser expressão dessas mudanças, afinal, a sua abrangência planetária e o seu poder de penetração é de tal modo que todas as grandes companhias do mundo se voltam para ele.

Por conseguinte, cabe demonstrar as mudanças apontadas acima considerando a história do futebol brasileiro.

Assim, em 1894, ano considerado pela historiografia sobre futebol como o de sua introdução oficial no Brasil, ele já estava consolidado na Inglaterra como um esporte, tendo perdido seu caráter predominantemente elitista e universitário, pois penetrara nas camadas operárias deste país. Nessa época, o futebol vinha conquistando adeptos em toda a Europa, entre os países com os quais a Inglaterra mantinha relações comerciais.¹

A constituição do futebol –como esporte– esteve estreitamente ligada, tanto nos países da Europa como no Brasil, à industrialização e ao surgimento das grandes cidades. O futebol, como uma necessidade de aproveitamento esportivo nas horas livres (pelo menos assim se pensava no início do século), não pode ser desvinculado das condições históricas que marcaram o fim do século XIX e o início do século XX.²

Sendo um esporte apenas praticado (digo oficialmente) pela elite, o futebol se constituía como uma prática amadorística que só iria se profissionalizar nos anos 30. Isto decorre de sua imensa popularização no Brasil ao longo da década de 10, concretizando-se nos anos 20, na medida em que as “peladas” (partidas espontâneas, realizadas em campos improvisados ou na praia, jogadas geralmente de pés descalços por jovens de todos os níveis sociais) se tornavam uma prática cada vez maior, chegando a formar equipes entre as camadas de baixa renda.

Devido às próprias características do jogo, o futebol penetrou nas demais camadas da população. Para jogar o futebol, só era preciso uma bola de meia, de papel ou de borracha, um local livre e qualquer número de jogadores. Ademais, conforme alguns autores, foi através dos times de várzea e dos clubes de fábricas que o futebol paulista conheceu o processo de democratização.

Muitos autores apontam que as empresas, especialmente indústrias, desempenharam um papel importante na propagação do futebol no Brasil. O Athletic Club, fundado pelos ingleses em 1904, com o consentimento da fábrica C.I.A. Progresso Industrial Ltda., localizada no subúrbio carioca, bairro de Bangu, que lhe pôs à disposição um campo e importou material necessário para a criação do time, foi o primeiro clube suburbano e menos elitizado do país. Para os pesquisadores, ele representa o momento inicial de todo o processo posterior de democratização do futebol brasileiro, decorrendo mais em virtude de uma contingência do que da intencionalidade da diretoria do clube (cf. Mário Filho: 1964; Anatol Rosenfeld: 1964; Waldenyr Caldas: 1989). Isso quer dizer que o caráter democrático, que possibilitava a inclusão dos operários no clube, era devido à sua tortuosa localização que dificultava o acesso de outros ingleses ao bairro de Bangu.

As fontes utilizadas nesta pesquisa apontam São Paulo e Rio de Janeiro, das décadas de 20 e 30, como Estados que comportaram uma extrema competitividade

de do ponte de vista futebolístico, com a presença de um forte regionalismo no país.

A fim de mostrar sua força, cada um deles criou sua própria federação nacional. Autores como Caldas (*op. cit.*) dizem que a verdadeira disputa do futebol brasileiro começa com a criação, por um lado, da Federação Brasileira de Futebol pelos paulistas, no dia 25 de setembro de 1915; e, por outro, da Federação Brasileira de Esportes, pelos cariocas, em 15 de novembro do mesmo ano. Tais entidades se tornaram oficiais por congregarem o que havia de mais expressivo nos futebolis carioca e paulista, lutando pelo direito de representar oficialmente o futebol brasileiro no exterior, o que só era possível com o reconhecimento da FIFA. Esta apenas reconheceria qualquer associação brasileira se houvesse, no país, a unificação do futebol. Tal fato só ocorreu com a fundação da Confederação Brasileira de Desportos –CBD—, em 18 de junho de 1916, criada para representar internacionalmente o futebol nacional, unificando as duas entidades e dando fim ao impasse político entre São Paulo e Rio de Janeiro.³

No início da década de 20, o futebol se consolidara como o esporte mais popular do Brasil e, nos anos 30, ele já lotava estádios, estimulava rivalidade entre torcedores e produzia seus grandes ídolos, tornando-se um fenômeno de massa, auxiliado pelo jornal, anunciando e escrevendo sobre as competições, e pelo rádio que transmitia as partidas. Segundo Levine (1982: p. 29) “a transição do amadorismo para o profissionalismo foi ajudada substancialmente pelo crescimento na divulgação do rádio em meados dos anos 30, assim como o jornalismo popular, na sua infância, acompanhara a rápida emergência do futebol como esporte nacional antes da primeira Guerra Mundial”.

Até a oficialização do profissionalismo no futebol brasileiro, em 1933, coexistiam no Brasil as práticas amadorística e profissional. Em São Paulo, a APEA e a Liga de Amadores de futebol –LAF—, apesar de permitirem aos jogadores receberem salários dos seus clubes, defendiam um futebol praticado por pessoas que fizessem parte da alta sociedade.

As remunerações iam da oferta de presentes até um profissionalismo não declarado. Nesse caso, podemos dizer que, a partir do momento em que a APEA resolveu cobrar ingressos nos jogos, estavam lançadas no Brasil as bases do profissionalismo. O primeiro clube a assumir que oferecia gratificações aos jogadores foi o Clube de Regatas do Vasco da Gama, em 1923. O fato é que na década de 20, com a divulgação do futebol entre as classes populares, alguns jogadores negros, mestiços e pobres chegaram aos clubes da primeira divisão (Lopes, 1994: p. 70).

Através das competições internacionais e da concorrência entre os clubes para o recrutamento de jogadores fora do Brasil, a presença de jogadores negros e pobres que desejavam fazer do esporte sua profissão torna-se mais visível, de modo que “a primeira Copa do Mundo, a de 1930 no Uruguai, põe em movimento

uma rede internacional de futebol que não vai parar mais de crescer ao longo do tempo” (*idem*).

Com a demanda dos jogadores sul-americanos, na década de 30, para o futebol europeu e em particular o italiano, houve um êxodo daqueles que se consideravam lesados pelo “falso amadorismo”. Conta-nos Lopes que logo após a primeira Copa do Mundo ganha pelo Uruguai, e tendo em vista os preparativos da segunda Copa na Itália, Mussolini passa a estimular o futebol italiano com a promessa de construir um estádio para o clube que conseguisse se tornar campeão nacional. Com isso, os clubes italianos passam a recrutar jogadores no Brasil, Argentina e Uruguai, locais onde havia uma colonização italiana.

Waldenyr Caldas (1994: p. 45) aponta para o fato de que Getúlio Vargas, ao assumir a presidência do Brasil em 1930, apresentou um projeto intitulado “Programa de Reconstrução Nacional”, que visou a melhoria do país e acabou repercutindo beneficentemente para o futebol brasileiro e para os atletas. O item 15 do programa, segundo o autor, foi de suma importância para impedir que os cartolas continuassem com sua pretensão de manter o futebol no amadorismo, sendo um dos detonadores da regulamentação do futebol em 1933.

A crescente popularização e a conseqüente insustentabilidade do amadorismo no futebol fizeram com que a CBD, mesmo com certa relutância, adotasse o profissionalismo já nos idos da década de 30. Esta medida, ao dar formalmente a posição de empregados aos atletas, sob a jurisdição do Ministério do Trabalho, forçou a maioria dos amadores a sair dos clubes, seja porque não podiam, seja porque não queriam competir com os assalariados, grande parte provindos das classes baixas (Levine, *op. cit.*: p. 29).

Porém, se hoje o futebol é um negócio, naquela época e até aproximadamente a década de 50, o profissionalismo não apareceu sem os empecilhos colocados pelos grandes clubes, grande parte devido à cor dos jogadores. Como diz o poeta Armando Xavier:

A democratização do futebol brasileiro foi lenta e reveladora de preconceitos. Só em 1918, por grande pressão da imprensa, a Confederação Brasileira de Esportes (depois CBD, hoje CBF) autorizou o registro de negros nos clubes e entidades. No limiar dos anos 30, com a profissionalização, o negro já era, no esporte, sinônimo de estilo e sobretudo de qualidade (...). Dos traumas gerados pelas derrotas de 1950 e 1954 surgiram as políticas racistas na seleção brasileira. O primado ‘primeiro o homem, depois o craque’ promoveria um processo de ‘limpeza étnica’ que impediria que o mestre Ziza —o maior jogador do futebol brasileiro da sua época— passasse o cetro a Pelé em 1958. Falta de condições emocionais, inadaptação climática, ausência de alma guerreira e inferioridade racial mesmo foram alegações embranquecedoras do futebol (*idem*, 1994: p. 60).

Para muitos, 1933 foi um ano que provocou a maior revolução nos costumes do jogo da bola. De acordo com Helena Júnior, em 1934, ano que foi disputada a Copa do Mundo na Itália, o futebol brasileiro estava dividido.

De um lado, uns poucos que tentavam preservar o amadorismo, um amadorismo disfarçado, é verdade; de outro, os que lutavam pela implementação oficial e geral do profissionalismo, com os jogadores recebendo salários, luvas etc. A CBD, o órgão do futebol brasileiro que era filiado à FIFA, decidiu então tomar partido, para salvar sua participação na Copa da Itália e passou a contratar os jogadores que poderiam formar a nossa seleção (Helena Jr., 1996: p. 24).

Na década de 40, época da Segunda Guerra Mundial, o clima de intenso nacionalismo tornou insustentável a permanência de lojas, restaurantes, indústrias e clubes que levavam nomes estrangeiros. Neste clima, a nacionalização era necessária. Assim, tal como o Germânia, que virou Pinheiros, o Espéria, que passou a se denominar Floresta, o Palestra Itália tornou-se, em 1942, Sociedade Esportiva Palmeiras, posto que o uso de um nome estrangeiro e a ostentação de cores garibaldinas seriam considerados uma provocação pela opinião pública brasileira.

O fim da Segunda Guerra Mundial inaugura um período onde o Estado passa a controlar o esporte. Um exemplo elucidativo deste fato é que a rede de ligas, que se formara de modo disperso desde o início do século, torna-se regulada pelo Estado em 1941 (Lopes & Maresca, 1992: p. 25).

A partir de então, o futebol brasileiro começa a ser considerado um dos melhores do mundo, e nesse clima

vivíamos os anos dourados. Grandes seleções, grandes equipes. O Santos de Pelé, Gilmar, Pepe, Zito e companhia fatura o bicampeonato mundial. Garrincha é alegria do povo, que comparecia em massa ao Maracanã para ver o Botafogo vibrar com os lances daquele jogador de pernas tortas ou com a elegância de Didi e a categoria de Nilton Santos. Com tanto sucesso dentro de campo e com o público em lua-de-mel com o futebol, era praticamente impossível alguém reivindicar alguma mudança de sua estrutura (Brunoro & Afif, 1997: p. 18).

O advento da televisão e sua significativa introdução nos lares brasileiros nas décadas de 60 e 70 ampliou o alcance do futebol, que se já estava popularizado, tornou-se definitivamente um fenômeno em nível nacional. E apesar de por lei proibidos de lucros, os clubes passavam fundos para a CBD, federações regionais, municipalidade e propagandistas (Levine, *op. cit.*: p. 3), mostrando, deste modo, o poder que a penetração televisiva já possuía naquela época.

É, portanto, na década de 60, tendo como auge a Copa do Mundo de 1970, que o Brasil vive o sonho do “futebol-arte”,⁴ considerando o futebol como uma arte e o brasileiro um artista, dadas as características híbridas do nosso povo.⁵ Pa-

ra alguns adeptos desta linha, nós não precisávamos de técnicos nem de rigorosos esquemas táticos, pois a improvisação, o prazer, a individualidade e a relação entre a torcida e o jogador seriam características inatas do futebol brasileiro, que se oporia e seria superior ao “futebol-força” dos europeus; afinal, foi com esse “toque-de-bola” que o Brasil sagrara-se campeão em 1958, 1962 e 1970.

Contudo, após a derrota do Brasil para o “carrossel holandês” (como era denominada a seleção da Holanda), durante a Copa do Mundo de 1974,⁶ acabam-se pondo em dúvida os discursos e as práticas que associavam o nosso futebol com a arte e os nossos jogadores com malabaristas e dançarinos. Talvez não apenas isso como também a consolidação do mercado de bens culturais no Brasil⁷ tenham sido um dos condicionadores da substituição do romantismo futebolístico por um futebol baseado na tática, estratégia, racionalidade e força de conjunto, em 1976, época em que a profissão de atleta profissional foi regulamentada pela lei 6.354.

De acordo com Brunoro & Afif (*op. cit.*: p.18): “Pela primeira vez na história do futebol brasileiro, todos os jogadores profissionais passariam a ter carteira de trabalho e benefícios da Consolidação das Leis do Trabalho (CLT), como férias e Fundo de Garantia por Tempo de Serviço (FGTS). Essa lei ainda deu aos jogadores o direito de possuir seu próprio passe depois dos 32 anos de idade”. Conforme alguns autores, mesmo em termos de profissionalismo, esta lei ainda deixa a desejar.

Os anos 80 parecem ser um momento de redefinições e novos contornos, afirmando-se como o início de uma nova fase, em nível nacional, com o movimento pelas Diretas-já; e, do ponto de vista internacional, com a ascensão econômica do Japão, o fim do comunismo na então URSS e com a onda de redemocratização que assola a América Latina. Na perspectiva das tecnologias comunicacionais, aparece o fax, passando a ser rapidamente superado pelos microcomputadores, que se reduzem a laptops acoplados a telefones celulares, anunciando a Era da Informática dos anos 90.

O futebol não fica à deriva, a “democracia corinthiana”, considerada por muitos como um movimento de cunho político, cuja proposta era a de possuir um modelo democrático no futebol, transcendeu os muros do Sport Club Corinthians Paulista para tornar-se um exemplo para outros clubes, como foi o caso do Clube de Regatas Flamengo, que durante a campanha pelas eleições diretas em 1984 apoiou Tancredo Neves, exibindo nos gramados do estádio do Maracanã faixas alusivas a este candidato.

Segundo Waldenyr Caldas (1994), a “democracia corinthiana” foi um movimento bem pensado por seus criadores e líderes – Adilson Monteiro Alves, sociólogo, ex-vice-presidente de futebol do Sport Club Corinthians Paulista e os jogadores Sócrates, Walter Casa-Grande Júnior, Wladimir, Juninho, entre outros. A despeito de Biro-Biro e Leão, ela teve uma adesão quase maciça à sua causa, não

apenas dos jogadores corinthianos, como também dos jogadores pertencentes a outros clubes e das torcidas organizadas para continuar seu projeto democrático: “A ‘democracia corinthiana’ eliminou, pelo menos no departamento de futebol, uma estrutura montada em bases autoritárias, arcaicas e paternalistas, cujo resultado redundava sempre no desrespeito ao jogador profissional” (*idem*: pp. 46-7).

Ainda conforme Caldas, a “democracia corinthiana” conseguiu ir mais longe, na medida em que pessoas como Adilson Monteiro Alves, Sócrates e o jornalista Juca Kfoury, elaboraram um documento intitulado “Profissionalismo no Futebol e a Estrutura Atual”, em 1983. Este documento analisou o autoritarismo e o clientelismo praticado pelos clubes e seus dirigentes, mesmo após a implantação do profissionalismo, repercutindo na atualidade onde ainda vemos uma estrutura arcaica e precária, principalmente quando a comparamos com a estrutura europeia atual.

Por conseguinte, se na Europa o patrocínio de clubes por grandes empresas multinacionais já estava consolidado, permitindo a países de economia contida, como a Espanha, por exemplo, competir em nível de igualdade com ingleses, alemães e italianos; no Brasil, até meados de 1980, ainda era proibido por lei anunciar-se um produto comercial nas camisas dos clubes de futebol. Segundo Alberto Helena Júnior, esta interdição existia porque “de um lado, torcedores e dirigentes dos grandes clubes consideravam um absurdo permitir-se tal mácula. De outro, os anunciantes em potencial temiam que a associação de seu produto com determinado clube provocaria o boicote imediato dos torcedores dos clubes rivais” (Helena Jr. *op. cit.*: p. 94).

Contudo, o fato é que, mesmo com grande resistência por parte das agremiações e de torcedores, os clubes começaram a divulgar o nome de empresas em suas camisas, e o vôlei foi um dos principais condicionantes dessa medida, “pois foi o esporte que saiu na frente nessa área, primeiramente com a Pirelli e, depois, com o time da Atlântica-Boa Vista. Algum tempo depois, outras equipes começaram a agregar o nome da empresa ao time” (Brunoro & Afif, *op. cit.*: p. 33), gerando recursos para a equipe e para as empresas, na medida em que elas passaram a ganhar espaço na mídia espontaneamente.

Através do sucesso do voleibol e o nosso futebol beirando a falência coletiva, com a exportação maciça de nossos craques para engrossarem as safras do futebol do mundo inteiro, além do esvaziamento dos nossos estádios por força de campeonatos mal elaborados e devido ao alto preço dos ingressos, os dirigentes não viram outro caminho pelo qual percorrer, senão o do patrocínio. Assim, “com a regulamentação do patrocínio no futebol e o excelente retorno que ele propiciava, as empresas começaram a ver a importância de ter a marca em destaque na mídia” (*idem*). Todavia, como todo início é penoso, e levando em conta a antiga prática administrativa dos dirigentes e a conseqüente desorganização do futebol brasileiro, os clubes não estavam estruturados profissionalmente como as empre-

sas para entrar neste mercado. Além do mais, a tradição dos clubes, interferindo nos patrocínios, de modo que a marca das companhias só poderia ser usada nas camisas, acarretava uma ação de *marketing* tímida (*idem*).

A grande transformação no futebol em relação ao *marketing* esportivo ocorreu, segundo alguns autores como Brunoro, com o ingresso da Parmalat –multinacional da área de alimentação com sede na Itália— em 1992, que firmou uma co-gestão de sucesso com o Palmeiras. Já em 1993 este clube quebrou seu “jejum”, que durou mais de 16 anos, conquistando o Bi-Campeonato Paulista e o Campeonato Brasileiro. Em decorrência das vitórias, não existe argumento tradicionalista que resista e segundo Brunoro & Afif (*op. cit.*: p. 34),

podemos afirmar que o patrocínio do futebol, no Brasil, possui duas fases: antes e depois da Parmalat. A entrada da multinacional no esporte foi para atender a uma estratégia de *marketing* que visava, inicialmente, melhorar sua imagem institucional. Por experiência própria, vivida na Europa, essa empresa já sabia que o esporte é o melhor caminho para atender suas aspirações.

Neste acordo, a Parmalat emprestaria ao Palmeiras o dinheiro suficiente para montar um super-time, em co-gestão, da administração do futebol do clube. Este, por seu lado, teria um tratamento especial de empresa, com a presença de um profissional da área de esporte, representando a Parmalat e sendo contratado para este fim. No caso, José Carlos Brunoro, ex-astro do vôlei brasileiro, acabou sendo o responsável não apenas no Brasil, abrangendo também esta prática pelo resto do mundo (cf. Helena Jr., *op. cit.*).

Por conseguinte, as profundas transformações por que passara a sociedade pediram maiores mudanças na legislação do futebol. Uma das leis que mais causaram impactos em termos de legislação futebolística só ocorreu em 1993, quando Arthur Antunes Coimbra –o Zico–, ao ocupar o cargo de Secretário dos Esportes do governo federal, elaborou a lei que previa a possibilidade de criação de clubes-empresas no Brasil. Mais conhecida sob o nome de “Lei Zico”, essa lei recebeu o número 8.672/93.

Outro grande acontecimento no mundo futebolístico brasileiro foi a alteração da lei do passe, realizada pelo Ministro dos Esportes, Édson Arantes do Nascimento –o Pelé⁸. Esta lei propicia aos jogadores o direito de serem seus próprios “donos”, através da Resolução 1/96, além da transformação dos clubes em empresas. No entanto, dada a “mentalidade amadorística” dos dirigentes brasileiros, muitos dos quais nos cargos de representantes do Congresso Nacional, Pelé é pressionado, sendo obrigado a alterar a idéia original de sua proposta. Assim, ele cria uma tabela decrescente de idade e carência de anos para a sua aplicação e, com isso, apenas adquiriram direito ao passe livre, em 1997, os jogadores com a idade de 30 anos (deve-se dizer que já com 35 anos os jogadores são considerados velhos); em 1998, os jogadores com 27 anos; em 1999, os jogadores com 26 anos; e, no ano 2.000, todos os jogadores com 25 anos completos. Reiterando Brunoro & Afif (*op. cit.*: p. 19):

Exatamente um ano depois, em setembro de 1997, a Casa Civil do governo federal entrega ao Congresso o Projeto Pelé, que tem como pontos principais a transformação dos departamentos de futebol dos clubes em empresas, o fim do passe de jogadores em dois anos, a possibilidade da criação de empresas de prestação de serviços de arbitragem e a proibição da filiação das ligas às federações.

Como toda proposta, que visa mudanças, esta lei poderá ser, posteriormente, discutida e aprimorada. No entanto, segundo muitos profissionais que atuam na área de esportes, como jornalistas, consultores, etc, a Lei Pelé proporcionará um grande avanço na era dos investimentos globalizados. Suzy Fleury (1998: pp. 48-9) cita em seu livro *Competência Emocional: o caminho da vitória para equipes de futebol* estudos realizados pelo Ministério Extraordinário dos Esportes, que apontam para a sensível melhoria dos lucros no esporte, pois com a aprovação desta lei e sua prática, a presente movimentação esportiva anual de 800 milhões de dólares saltará para 2,5 bilhões de dólares no período de cinco ou seis anos. Repercutindo igualmente na criação de 1 milhão de empregos, na medida em que, com a definitiva profissionalização dos esportes brasileiros haverá um maior desenvolvimento na indústria, no comércio e no setor de serviços.

Apesar da significativa descontinuidade que o futebol brasileiro possui, Levine (*op. cit.*: p. 23) compreende quatro fases em sua história: 1894-1904, quando se manteve restrito aos clubes de imigrantes estrangeiros; 1905-1933, fase amadora, marcada por forte divulgação e pressão para melhorar o nível do futebol; 1933-1950, início do profissionalismo; e a fase pós 1950, onde se vê o reconhecimento do futebol brasileiro internacionalmente. Por meu lado, visualizo um outro marco no futebol brasileiro, o futebol como um investimento que visa resultados, ou seja, um esporte tratado a partir de uma visão mercadológica, com o apoio maciço de patrocinadores e dos *media*, além da alta tecnologia em gramados, estádios, materiais esportivos, especialização das funções na equipe, entre outros. Fase esta que ao meu ver se inicia na década de 90 quando o clube Sociedade Esportiva Palmeiras assina um contrato com a Multinacional italiana Parmalat e a “lei Zico” é aprovada, em 1993. Há uma forte inclinação a se pensar o futebol como um grande negócio e os torcedores como consumidores.

Inserido na época da globalização, o futebol é um *business* e, como tal, passa a transcender a nação da qual faz parte. Prova disso é a intensa perda de importância que os campeonatos regionais vêm sofrendo, de tal forma que alguns já falam em extinguí-los ou pelo menos reduzi-los em função da preferência que os torcedores têm mostrado pelos torneios nacionais pelo fato deles darem acesso aos torneios internacionais, considerados os mais importantes. Além disso, existem as propostas de unificação mundial do calendário futebolístico, visando à internacionalização deste esporte⁹, bem como a crescente inserção de empresas multinacionais que ao controlarem os principais times do país, passam a ter poder ilimitado para negociar contratos de televisão e publicidade.

No último Campeonato Brasileiro, por exemplo, o Corinthians foi o único integrante do Clube dos 13, a principal associação de clubes do Brasil, que se recusou a assinar com a empresa ISL (International Sports Leisure) os direitos de transmissão de seus jogos para o exterior. A HMTF pretende montar ainda neste ano um canal de TV paga para transmitir eventos esportivos na América Latina. A empresa também é sócia da agência Traffic, que comanda a programação esportiva da Bandeirantes. A poderosa ISL, por sua vez, acertou parcerias com o Flamengo e com o Grêmio (*Folha de São Paulo*, 09/01/2000: p. 42).

Com a automação industrial e a redução da jornada de trabalho, a tendência é que as pessoas tenham cada vez mais tempo para o lazer, principalmente na área de esporte, onde haverá um maior desenvolvimento. A revolução na comunicação, refletindo-se nos investimentos empresariais, faz com que o futebol seja pensado por muitos profissionais da área esportiva como um negócio em franca ascensão. E como tal, disputa “consumidores” (torcedores), em um mercado cada vez mais competitivo, composto por outras atividades relacionadas ao lazer humano, tais como a Internet, os jogos para microcomputadores, a televisão, os shows, o teatro e o cinema.

A Copa do Mundo realizada na França em 1998 é um exemplo expressivo desta tendência, não apenas apresentando-se como o marco do término deste século mas, sobretudo, porque consolida o futebol como um megaevento, isto é, estamos vivendo uma era que institui o futebol com um negócio mundializado e rentável. O custo da organização de um evento deste porte girou em torno de 330 milhões de dólares, com 2,5 milhões de ingressos colocados à venda; além disso, cerca de 2 bilhões de pessoas em quase todo o planeta assistiram pela televisão à decisão da Copa, no dia 12 de julho de 1998 (Fleury, *op. cit.*). As partidas foram transmitidas por cerca de 90 emissoras de televisão e 60 de rádio em todo o mundo. Elas tiveram a previsão de utilizarem em conjunto, até o encontro final, 5.760 horas de satélite. No dia trinta de junho já haviam utilizado quase 8.000, aumentando a produção de “features” para responderem à grande audiência que tiveram, como foi o caso da TVjaponesa que atingiu o pico de 90% do Ibope local, segundo o gerente da área Cristian Quidet (*Folha de S. Paulo*, 05/07/1998).

Com quinze países europeus, oito americanos, cinco africanos e quatro asiáticos, esta Copa, composta por 32 seleções, não foi apenas o evento mais assistido de todos os tempos, como também o mais lucrativo. Tal fato, complementado com a nova feição dos jogadores de futebol, agora *garotos-propaganda* de inúmeros produtos, e astros milionários (quando bem sucedidos), geraram críticas por parte de muitos, que excetuando-se a Croácia, considerada a única seleção com o sentido de país, interpretaram este campeonato mais como uma disputa entre marcas de material esportivo do que propriamente entre nações.

Desde os momentos que precederam a Copa do Mundo houve uma acirrada disputa entre empresas fabricantes de material esportivo, como a norte-americana-

na Reebok; as italianas Lotto e Umbro; a alemã Puma, a Kappa, a Aba Sport, a Shamel e a Asics, entre outras¹⁰; contudo, devido aos seus investimentos nos patrocínios das seleções, a alemã Adidas e a norte-americana Nike foram as protagonistas da competição. A Adidas, produtora oficial da bola usada na Copa, forneceu material esportivo para as equipes da Argentina, Alemanha, França, Romênia e Iugoslávia, além do destinado aos árbitros; a Nike, por sua vez, patrocinou o Brasil, a Coreia do Sul, a Holanda, Itália e Nigéria (*Folha de São Paulo*, 07/06/1998).

Tal como na economia, a globalização já se apresenta no futebol, mostrando-se cada vez mais através do intercâmbio de seleções, clubes e atletas pelo mundo. O desenvolvimento deste esporte está ocorrendo devido ao lucro que os seus patrocinados e os *media* dele tiram.

O mercado esportivo, considerando-se as diversas modalidades, movimentou algo em torno de 20 bilhões de dólares em todo o mundo. A Nike, por exemplo, faturou cerca de 6,5 bilhões de dólares em 1996, por meio de suas vendas através do planeta, sendo a líder das marcas de material esportivo, desde 1987, à frente da Reebok e da Adidas, que faturaram, naquele ano, 3,5 bilhões e 2,5 bilhões de dólares, respectivamente. E só para ter uma idéia de como o futebol tornou-se uma fatia significativa de mercado publicitário para os fabricantes de material esportivo, a Nike firmou um contrato de exclusividade com a CBF por dez anos, tornando-se patrocinadora da seleção brasileira por uma cifra estimada em 220 bilhões de dólares. Através desse contrato, ela tem o direito de usar a imagem da seleção brasileira, o que poderá render aos cofres da CBF 400 milhões de dólares se considerarmos os ganhos provenientes dos royalties incidentes sobre a venda dos produtos das empresa (Brunoro & Afif, *op. cit.*: p. 44).

Conforme os especialistas em esporte, mesmo recebendo investimentos de empresas nacionais e estrangeiras, os departamentos de futebol dos clubes brasileiros ainda apresentam uma estrutura organizacional precária. Assim, apesar de ser o esporte mais querido do Brasil e do seu progresso incontestável dentro de campo (nossos jogadores são os melhores do mundo), o futebol ainda é mal dirigido e pessimamente administrado, prejudicando não apenas os atletas e os próprios clubes, como também, os torcedores.

Com a crescente profissionalização, Brunoro & Afif apontam a necessidade de se encarar o futebol de forma séria e com uma “administração racional”, de modo que possa ser planejada toda a sua estrutura a médio prazo.

O espetáculo futebolístico pressupõe que sejam criadas condições necessárias, como bons gramados, estádios que ofereçam segurança, conforto, e mais: “Precisamos montar um calendário com datas organizadas e rígidas para o campeonato nacional, os estaduais e internacionais, a seleção brasileira, as férias e pré-temporadas, o que passa pela redução do número de clubes” (*idem*: 22).

A falta de recursos da maioria dos clubes brasileiros, em parte por causa das dificuldades econômicas do país, em parte devido às práticas amadorísticas dos seus dirigentes, podem ser sanadas, de acordo com esses autores, com o suporte de uma empresa de consultoria. Esta, através de profissionais de alto nível, poderá diagnosticar rapidamente os problemas, proporcionando aos clubes condições de implantar modelos de administração mais seguros e transparentes. Desse modo, as agências de propaganda, com interesse em investir no futebol, e o quadro associativo terão confiança nos clubes, o que não acontece atualmente pois muitas empresas ainda não vêem com bons olhos a estrutura do futebol no país, dada uma série de fatos (mudança de tabelas, adiamento dos jogos, escândalos, excursões fora de hora, etc.), que acabam inibindo as empresas em relação ao patrocínio.

Se nos Estados Unidos o esporte movimenta 87 bilhões de dólares por ano e a NBA (liga de basquete americano), especificamente, fatura 5 bilhões de dólares anualmente, o mercado esportivo brasileiro – o quinto do mundo – tem um faturamento de 6 bilhões de dólares por ano, “somando-se todos os negócios, como ingressos, patrocínios, comércio de materiais esportivos, cotas de televisão, compra e venda de jogadores, etc.” (*idem*: p. 36).

No Brasil, portanto, o futebol ainda está engatinhando, principalmente se comparado com o milionário futebol europeu¹¹. Muitas mudanças deverão ocorrer, sobretudo entre os atletas e os clubes, que deverão estar preparados para a modificação de idéias e atitudes. Dado o sucesso já alcançado em alguns clubes europeus e brasileiros, Brunoro & Afif (*idem*: p. 26) indicam algumas alternativas, tais como a aliança com grandes empresas que desejem adotar a filosofia do *marketing* esportivo para a divulgação institucional ou mesmo de seus produtos; a transformação do futebol em clube-empresa, posto que o time pode passar a receber recursos com a venda de ações na Bolsa de Valores; e a criação do sócio-torcedor.

Por conseguinte, se alguns consideram como inelutável e benéfico a transformação do futebol em um gigantesco negócio, outros consideram esse caminho como o fim de um tempo áureo onde o futebol era jogado e assistido com paixão. Contudo, mais do que um julgamento valorativo, cabe aqui a compreensão desse fenômeno. Creio que devemos nos perguntar não só o porquê da invasão das transnacionais na esfera esportiva, como também sua repercussão atual.

É interessante pensar como o futebol se insere na globalização de mercados, pois como um dos esportes mais populares do mundo, ele não fica imune às transformações que estão ocorrendo. Se analisarmos a literatura existente sobre o futebol veremos que ela tem se modificado. Na época em que o Estado-Nação tinha um grande poder, teorias de caráter nacionalistas foram engendradas em torno do futebol; ora enfocando-o como um elemento agregador e positivo de um país de etnia indecisa, ora de modo negativo, como expressão do nosso atraso e sub-

desenvolvimento. Se o futebol começara a ser incorporado como um dos elementos da nacionalidade brasileira a partir dos anos 30 e 40, é nas décadas posteriores aos anos 50 que ele se sagra definitivamente como esporte nacional e o Brasil como a terra do futebol, graças às vitórias da seleção brasileira em 58, 62 e 70, ao desenvolvimento do mercado cultural no país e ao projetos nacionalistas dos governos¹². Atualmente, o futebol cada vez mais se desprende do nacionalismo e do regionalismo para alcançar o mundo e o profissionalismo tão falado pelos *media* parece ser a nova ideologia ou pelo menos a palavra de ordem do dia.

Dado o forte investimento neste esporte, podemos encontrar nele algumas características da época atual como, por exemplo, a proeminência de uma nova cultura. Ser torcedor é ser *in*, ou seja, é fazer parte de um universo de valores, é estar “antenado” com o mundo. Não é à toa que o número de filiados em torcidas organizadas de futebol, em sua maioria jovens, venha crescendo tanto nas últimas décadas¹³, tampouco que em torno do futebol haja uma grande disputa entre empresas transnacionais; afinal, estas grandes socializadoras estão “fundando uma nova maneira de ‘estar no mundo’, estabelecendo novos valores e legitimações” (Ortiz, 1994: p. 33) e o esporte condensa em torno de si milhares de pessoas que depositam nele um forte investimento emocional.

Nesse sentido, as grandes corporações e os *media* agem como artífices mundiais da cultura, eles são socializadores que fornecem aos homens referenciais culturais para suas identidades. Afinal, em uma propaganda em que aparece Ronaldinho consumindo algo, reflete-se por trás disso, entre outras coisas, a imagem do produto acoplada a um garoto, quase menino, bem sucedido atleta, um dos melhores e mais ricos do mundo. Nela, como em outras propagandas que nos circundam todo o tempo, novos hábitos mundializados estão sendo engendrados. Hábitos estes que secretam um padrão, pois, como diz Ianni (1992: p. 48-9):

Nenhuma mercadoria é inocente. Ela é também signo, símbolo, significado. Carrega valor de uso, valor de troca e recado. Povo o imaginário da audiência, auditório, público, multidão. Diverte, distrai, irrita ilustra, ilude fascina. Carrega padrões e ideais, modos de ser, sentir e imaginar. Trabalha mentes e corações, formando opiniões, idéias e ilusões.

Bibliografia

- Brunoro, J. Carlos & Afif, Antonio 1997. *Futebol 100% Profissional* (São Paulo: Ed. Gente).
- Caldas, Waldenyr 1994 “Aspectos sociopolíticos do futebol brasileiro”. *Revista USP* (São Paulo), Nº 22, junho/julho/agosto.
- Caldas, Waldenyr 1990 (1989). *O pontapé inicial. Memória do futebol brasileiro (1894-1933)* (São Paulo: Ibrasa).
- Elias, Norbert 1990 *O processo civilizador* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Filho, M. 1964 (1947) *O Negro no Futebol Brasileiro* (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti).
- Fleury, Suzy 1998 *Competência emocional. O caminho da vitória para equipes de futebol* (Sao Paulo: Gente).
- Gil, Gilson. “O drama do ‘futebol-arte’: o debate sobre a seleção dos anos 70”, en: *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (ANPOCS), no. 25, ano 9, junho de 1994.
- Habermas, Jürgen 1999 “Nos Limites do Estado”, in *Folha de São Paulo*. Domingo, 18/07.
- Helena Jr., Alberto 1996 *Palmeiras: a eterna academia* (Sao Paulo: DBA).
- Ianni, Octavio 1992 *A sociedade global* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Levine, Robert 1982 “Esporte e sociedade: o caso do futebol brasileiro”, en Meihy, J. C. S. (org.) *Futebol e cultura – colêctanea de estudos* (Sao Paulo: Imprensa Oficial do Estado).
- Lopes, José Sergio Leite Lopes 1994 “A vitória que incorporou a pelada”, in *Revista USP* (São Paulo), no. 22, junho/julho/agosto.
- Lopes, José Sergio Leite & Maresca, S. 1992 “Amorte e a alegria do povo”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (ANPOCS), nº 20.
- Ortiz, Renato 1985 *Cultura brasileira e identidade nacional* (São Paulo: Brasiliense).
- Ortiz, Renato 1990 (1988) *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural* (São Paulo: Brasiliense).
- Ortiz, Renato 1998 (1994) *Mundialização e Cultura* (São Paulo: Brasiliense).
- Rosenfeld, A. 1993 (1974) *Negro, macumba e futebol* (São Paulo: Perspectiva).

Notas

1. Nos referimos ao futebol formalizado pelo *The Football Association*, uma espécie de CBF inglesa, que deu forma definitiva ao jogo, muito embora suas regras ainda tenham sofrido modificações.
2. Dele faz parte um processo complexo, denominado por Nobert Elias “processo civilizador”. A esse respeito vide: Elias (1990).
3. Este problema foi resolvido com a ajuda do embaixador Lauro Muller, que atuou como mediador de um acordo entre os representantes esportivos dos dois Estados. Ver Brunoro (1997: p.15) e Caldas (1989).
4. Segundo Gil (1994), o futebol-arte, que vai de 1930 a 1974, é considerado uma visão de mundo, que não se restringe ao futebol mas se caracteriza por atingir nossas propostas mais íntimas de nacionalidade, utopia social e cidadania.
5. Sobre as mudanças ocorridas no imaginário futebolístico na década de 70, enfocando “as alterações táticas e técnicas desse esporte tal como foram elaboradas e pensadas pela imprensa especializada e por aqueles dedicados a refletir sobre tal atividade produzindo uma ‘verdade’ com dinâmica própria e sensibilidade original”; ver: Gil, 1994
6. Este esquema de jogo, também conhecido como “laranja mecânica” (apelido em referência ao famoso filme de Stanley Kubrick), foi comandado pelo técnico Renus Michel, que entrou para a história do futebol mundial dado a sua filosofia tática. Mais do que resultados, sobre o qual é fundamentado o “futebol-força”, a equipe holandesa apresentou ao mundo um estilo de jogo diferente, cuja tônica residia a movimentação constante dos atletas. Ao trocarem seguidamente de posições, os atletas confundiam seus adversários (Rodrigo Bueno, *Folha de S. Paulo*, 1998).
7. Segundo Ortiz (1988), as décadas 60 e 70 se definem no Brasil pela consolidação de um mercado de bens culturais e uma outra visão de administrativa por parte do empresariado brasileiro.
8. Para uma leitura do projeto Pelé, bem como da Legislação do futebol brasileiro como um todo, ver Brunoro & Afif (1997).
9. Segundo uma pesquisa feita pelo Datafolha os paulistanos acima de 16 anos gostam mais de competições nacionais e não do Estadual. O Campeonato Paulista aparece atrás da Copa do Brasil e do Campeonato Brasileiro, na ordem das preferências. Dos entrevistados, 90% disseram se interessar pela Copa do Brasil; o Campeonato Brasileiro recebeu o apoio de 88%; já o Campeonato Paulista atrai o interesse de 80% (*Folha. de S. Paulo*, 02/03/1997: p.10).

10. Só para termos uma estimativa da importância do marketing futebolístico revelado nesta Copa, a Lotto patrocinou a Escócia, Inglaterra e Noruega; a Reebok foi responsável pelas seleções da Colômbia, Chile e Paraguai; a Puma vestiu as seleções da Áustria, Bulgária, Camarões, Irã, Marrocos e Tunísia; a Diadora forneceu material para a Bélgica; a Kappa foi fornecedora de material esportivo para a Jamaica e África do Sul; a Aba Sport patrocinou a seleção do México; a Hummel, a Dinamarca; a Shamel a Arábia Saudita e a Asics, o Japão (dados colhidos no Jornal *Folha de S. Paulo*, 02/07/1998).

11. Penso em termos de um mercado globalizado, que pressupõe condutas racionalizadas.

12. Conforme Renato Ortiz, os projetos nacionalistas variaram ao longo da história brasileira: racista no final do século XIX, modernista nos anos 20, autoritário no período getulista, desenvolvimentista nos anos 50 e a partir de 64, com a ditadura militar e sua ideologia de Segurança Nacional.

13. A primeira torcida organizada de futebol em São Paulo foi a Gaviões da Fiel, fundada em 1969.

*Novos Processos de Formação de Jogadores de Futebol e o fenômeno das “escolinhas”:
uma análise crítica do possível*

◀ Carlos Alberto Máximo Pimenta*

“(...). É hoje incontestável que, se desejamos compreender o Brasil, é preciso passar também pelos seus campos de futebol. É preciso compreender os modos pelos quais nos organizamos e nos representamos através do futebol” (Guedes, 1998: p. 15).

Da Investigação: a problemática em questão

No Brasil o futebol adentrou na rota dos “tempos privados”, das negociações e do marketing esportivo.¹ O negócio futebol, pouco a pouco, vem impondo novos procedimentos à formação de atletas, à relação contratual entre atleta e clube (Helal, 1997), às condutas dos torcedores nos estádios (Pimenta, 1999: pp. 131-145), ao gerenciamento das entidades esportivas (Lois & Carvalho, 1998), enfim, o futebol entra no rol das empresas privadas com a intenção de aferir lucros.

Na esteira dessas discussões proponho analisar uma delas: o fenômeno “escolinhas de futebol”. No texto, entendo “escolinhas de futebol” como sendo entidades privadas que passam a ensinar jovens à prática do futebol, mediante contra-prestação econômica, devidamente alinhadas às pretensões mercadológicas do futebol-empresa-lucro.

Aqui se pretende compreender as conseqüências dessa modalidade de iniciação, sob a ótica das Ciências Sociais,² no tocante ao processo de formação do futuro atleta de futebol, bem como demonstrar que o surgimento das “escolinhas”

* Professor de Sociologia e de Antropologia na Universidade de Taubaté, doutorando em Ciências Sociais pela Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, Brasil.

tem relação direta com os empreendimentos traçados pelas políticas desportivas gerenciadas na estrutura da Instituição.³

O mundo do futebol, embora aparente ser uma instituição apartada da realidade, é agregado e influenciado por um amálgama de idéias, valores, ambições, frustrações, tabus, regras, normas, sublimações, memórias, entre outras, que motivam e envolvem projetos individuais e coletivos à sua própria dimensão e potencialidade. E, por ser aparentemente apartado da realidade social, funciona como catalisador de quantidade considerável de massa jovem independentemente de classe social afinado com os sonhos e as ilusões produzidas pelos benefícios da fama, sucesso e status do jogador bem sucedido no futebol profissional.

O objetivo aqui permeado, portanto, é o de mostrar que o processo de modernização em jogo traduz-se em novas relações de subjetividades e de violências, como ocorre atualmente —a grosso modo— no projeto de construção do desenvolvimento da América Latina, em especial no caso brasileiro,⁴ no sentido econômico e político (Democracia Neoliberal).

As “escolinhas” fomentam o surgimento de novos mecanismos de produção de subjetividades e de violência, cujo alcance atinge aspectos de ordem psicológica, sócio-cultural, econômica, etc. Simoni Lahud Guedes (1998: pp. 117-136), ao indagar a construção do “campo” masculino nas “escolinhas de futebol”, mostra com clareza como se constroem, através do simbólico e do cultural, os domínios sociais do corpo masculino.

A indicação de que as pretensões mercadológicas fomentam violências subjetivas é resultado de investigação científica,⁵ em fase preliminar. Os resultados, embora incipientes, foram extraídos de pesquisa de campo e embasados em duas fontes: (a)- entrevistas abertas e questionários e (b)- análise de filmes cinematográficos. No primeiro momento, contataram, aproximadamente, 150 (cento e cinquenta) garotos com idades de 14 a 16 anos, de uma escolinha de futebol sediada na cidade de Taubaté, Estado de São Paulo, franquia do São Paulo Futebol Clube,⁶ entrevistando-se dois jovens e aplicando-se questionário aos demais iniciantes. No segundo momento, fez-se uma observação sistematizada, porém simples, dos filmes “Boleiros” (Giorgetti: 1998),⁷ centrado no capítulo sobre as “escolinhas de futebol” e “Futebol” (Fontes & Salles: 1998),⁸ sob o primeiro programa da série.

Nas entrevistas buscou-se medir, através da memória e do discurso dos jovens iniciantes, o grau de relação entre iniciante-futebol e atleta-expectativas de futuro. Buscou-se, ainda, na forma de questionamento e em caráter referencial, apenas, mapear o perfil sócio-econômico dos alunos filiados as “escolinhas”.

No cruzamento das entrevistas-questionamentos com os filmes *Boleiros* e *futebol* ficou patente, nunca é demais ressaltar, a força da imagem da mídia e do discurso econômico burguês na memória da juventude iniciante. O cruzamento

possibilita, também, o entendimento dos fatores sociais que motivam os desejos, os sonhos e as decepções da juventude com o futebol. O cruzamento possibilita, ainda, dar vida e sentido próprios ao objetivo aqui proposto, ou seja, mostrar que o processo de formação do futuro atleta de futebol, nos moldes da “modernidade”, produz violências subjetivas e objetivas indescritíveis tatuadas pela eternidade na memória da juventude iniciada.

Antes, porém, realiza-se rápida incursão contextual sobre a institucionalização do “jogo de bola”, no Brasil, até chegar no modelo atual. A contextualização, embora rápida, fornece elementos elucidativos de que a estruturação do *simples jogo de bola*, tradição inventada (Hobsbawm: 1984), ou melhor, reinventada, no caso brasileiro, por Charles Miller,⁹ caminha intrinsecamente imbricada com o discurso político-econômico-cultural dominante de determinado tempo e sociedade.

Deve-se deixar esclarecido que esse ensaio direciona-se para analisar o fenômeno mercadológico “escolinhas de futebol”, cuja natureza comercial constituiu-se de empreendimento empresarial voltado à privatização do lazer, mediante contra-prestação. O modelo em destaque capitaliza o lazer, em especial dos filhos da classe média brasileira e, ao que tudo indica, o futebol poderá deixar de ser esporte popular, tendo em vista que a produção dominante de futuros profissionais de futebol vem assumindo esse formato, contrariando os demais processos de formação de atletas.¹⁰

Ficam, diante das intenções da “modernização do futebol brasileiro”, os seguintes questionamentos: Em que bases sociais as transformações estruturais no futebol brasileiro inventam as “Escolinhas”? O projeto modernizador, em curso, conseguirá modificar o perfil dos atletas profissionais, pensado por Anatol Rosenfeld, Janet Lever e Mário Filho, adequando-os às novas exigências mercadológicas? Face ao descompasso entre este projeto e a realidade social brasileira, o futebol conseguirá abandonar suas características de acontecimento de massa e popular? Por fim, até que ponto as “Escolinhas de Futebol” sustentariam o novo processo e os empreendimentos acerca deste esporte?

De tudo, sabe-se que o “jogo” está apenas no começo, uma vez que diversos fatores e conflitos de interesses entram em campo, tornando o resultado incerto, mesmo com a grande margem de previsibilidade advinda dos bastidores das relações sociais.

Daqui para frente, na expectativa de visualizar respostas plausíveis às dúvidas suscitadas, de buscar o debate sobre “esporte e sociedade” e de fazer uma análise possível para explicar os processos de violência subjetiva impulsionados à juventude, traduzidos e inscritos em sonhos, decepções, frustrações, à luz dos tempos de “capitalismo moderno”, usa-se como referência investigatória temática assuntos sobre a instituição futebol.

A “Modernização” do Futebol: contextualização histórica

Para que se possa entender a “modernização” do futebol no Brasil e suas transformações estruturais faz-se imprescindível elaborar pequeno esboço sócio-político da introdução e sua institucionalização, pois nunca é demais aclarar que o esporte não foi e não é algo invertido e destacado dos contornos de nossa vida cotidiana. Esporte, negócio, política, economia, lazer e trabalho fazem parte do mesmo universo, estando intrínsecos na dinâmica das relações institucionais vivenciadas na sociedade em que são parte.

Estando esporte e sociedade imbricados, quais são os fatores sociais que poderiam provocar mudanças estruturais à instituição, no Brasil, no decorrer do século? Implantado no final do século XIX, originário da Inglaterra, institucionaliza-se no limiar desse século com motivações gerenciadas pela lógica, racionalidade, regras e códigos ocidentais. Inicialmente, a prática do “jogo de bola” era restrita aos brancos ricos, europeus e seus filhos, sendo sua estrutura essencialmente amadora e burguesa.¹¹

O futebol trata-se, segundo Anatol Rosenfeld, de um acontecimento associado aos reflexos das ações produzidas nas revoluções francesa e industrial. Rosenfeld sintetiza as motivações que deram suporte à proliferação do futebol, no Brasil:

Só a libertação definitiva dos escravos (1888), a Proclamação da República a ela vinculada e a imigração que a seguir começou de forma poderosa, mais os inícios da indústria e o rápido desenvolvimento das cidades, sobretudo o Rio de Janeiro e São Paulo (...) criaram as condições psicossociais prévias do esporte. Seu triunfo está estreitamente ligado, também na Europa, à industrialização e ao surgimento das grandes cidades (1993: p. 76).

Desde a introdução, em 1894, até, mais ou menos, aos anos trinta, pelo amadorismo se justificava a manutenção da Instituição. Esta situação balizou a relação jogador-dirigente-clubes, o que leva ao questionamento do que obrigou objetivamente alterações substanciais em sua estrutura, a partir deste período. A reversão e a modificação substancial dos seus traçados deve-se a dois motivos: **(a)** - a profissionalização dos jogadores e **(b)** - a profissionalização da administração e dos dirigentes esportivos.

À medida que a sociedade modifica seus valores, final da década de 20 e início da década de 30, e o Estado empreende uma política industrial nacionalista, ocorre, no futebol, a transição de esporte amador à condição de profissional. Getúlio Vargas, incentivador da massificação da cultura, utiliza-se desta estratégia, também, para mostrar a construção do Estado Novo. Antunes descreve muito bem qual foi o papel do Estado Novo no gerenciamento de políticas esportivas:

A contribuição do Estado ao esporte foi assegurada pela participação da configuração do sistema administrativo dos clubes, onde o governo intervinha na parte organizacional e burocrática nas associações esportivas, e o Conselho Nacional de Desportos ditava o modelo dos estatutos que deveria ser acatado por clubes de todo o país (1994: p. 102).

Com o surgimento do jogador profissional, o capitalismo “tardio” industrial brasileiro passa a atuar nas relações sociais e o futebol penetra no cotidiano das nossas cidades. No entanto, a administração dos clubes permanece amadora nas mãos de negociantes e industriais que geravam a possibilidade do atleta habilidoso, na *arte da bola*, trabalhar numa indústria ou no comércio e receber altos salários e, acima de tudo, adquirir prestígio social.

O Brasil torna-se, em 1970, a melhor seleção de futebol do mundo e o projeto “desenvolvimentista” dos governos militares propõe, através do futebol, a execução da construção da identidade nacional brasileira. Nesse período vê-se a criação de inúmeros instrumentos para alimentar a estrutura administrativa vigente com feições amadoras, corporativistas e, fortemente, vinculados aos interesses do Estado militar. O Estado subsidiou clubes e campeonatos, construiu estádios, controlou federações, entre outras coisas.¹²

Não vem ao caso, neste texto, questionar ou medir o papel do Estado, no gerenciamento das políticas esportivas, embora se denote que o Estado e o poder econômico, indistintamente da época e de interesses, utilizaram-se do futebol. Interessa, apenas, aqui, reforçar a idéia de que a administração dos clubes e das federações utilizava-se de métodos, indiscutivelmente, amadores e não assumiam a característica de empresa ou de entidade privada com fins lucrativos, nos moldes atuais.

A partir do início e meados dos anos oitenta, o futebol brasileiro sofre modificações gradativas e substanciais em função da crise vivida¹³ e da necessidade emergencial desta superação que se leva à profissionalização generalizada. A “modernização”¹⁴ é de cunho, exclusivamente, mercadológico adequado às sociedades privadas de nossos tempos.

Em outras palavras, o “avanço tecnológico” e “político” brasileiro, declinados por muitos otimistas de plantão, colocam em outros traçados o compromisso do Estado nacional, modificando o comportamento das relações políticas, culturais e sócio-econômicas. Então, a partir dos anos oitenta, podem-se observar novas frentes de empreendimentos, investimentos e visões aos eventos esportivos, aos clubes e às entidades que suportam o futebol profissional.

Nunca é de menos ressaltar que o futebol-empresariamento remete aos clubes o passaporte para a realização de grandes negócios. Assim, a nomenclatura *dirigente esportivo*, hoje, é imprópria, pois este se constitui em uma nova modalidade de empresário-administrador, o que torna obsoleto o modelo *Estado-Futebol*¹⁵

e, em conseqüência, o jogo-jogador-clube-torcedor se transforma verdadeiramente em objeto de mercado.

Por outra via de argumentação, face ausência financiadora do Estado, como aconteceu durante os governos militares (1964 a 1985), ocorre o esvaziamento do lazer popular. O futebol obriga-se a se inscrever na rota dos empreendimentos capitalistas e a sofrer modificações drásticas tanto quanto ao jogo como quanto aos torcedores, aos clubes e, sobretudo, ao processo de formação dos atletas.¹⁶ Roberto Ramos entende que no futebol: “a vitória e os campeonatos significam lucros. É um grande mercado, que produz e vende espetáculos (...). Contém um enfoque mercantilista” (1984: p. 111).

Nota-se, iniciada a profissionalização, que o formato da Instituição vem se modificando. O *modelo anterior*, direcionado pelo Estado Militar dá lugar ao *modelo atual*, inspirado nas leis do mercado e dos negócios privados. Portanto, o projeto de transformação da estrutura do futebol brasileiro pode ser pensado como reflexo das mudanças no eixo *político* —transição do regime militar ao regime democrático— e *econômico* —da passagem do Estado centralizador ao Estado privado, mínimo—.

Os acontecimentos decisivos e legais que criaram as condições às mudanças na estrutura administrativa do futebol, no sentido histórico e aos marcos que deram início as modificações pensadas, são calcados nos seguintes fatos:

a.) O caso do “Clube dos 13” - A Confederação Brasileira de Futebol, seguindo a tradição autoritária imposta pelos governos militares, em 1987 ignorou o regulamento do campeonato nacional e modificou as regras com a competição em andamento, favorecendo alguns clubes por interesses políticos. Nasce, como oposição aos desmandos da administração da CBF, o movimento *União dos Grandes Clubes Brasileiros*, o chamado *Clube dos 13*, composto pelo São Paulo, Palmeiras, Santos, Corinthians, Flamengo, Fluminense, Vasco, Botafogo, Cruzeiro, Atlético, Grêmio, Internacional e Bahia.

Importante ressaltar que o *Clube dos 13* trouxe, além do questionamento a postura autoritária da CBF, rompimento inicial e tímido com a estrutura *paterna-lista* sustentada no Regime Militar, abrindo espaço ao marketing esportivo e, principalmente, à privatização da administração dos clubes. Os clubes passam a buscar, segundo Lois & Carvalho:

as mais variadas fontes e recursos que possam levá-los a alcançar seus objetivos. A essa busca de recursos, de novos conhecimentos em áreas, como mercadologia, recursos humanos, finanças, etc., que proporcionam o desenvolvimento do esporte, denomina-se marketing esportivo (1998: p. 11).

b.) A “Lei Zico” / Lei nº 8.672/93 - O projeto de Lei interposto por Zico, então Secretário de Esportes do Governo de Fernando Collor de Mello, em 1990, ao

Congresso Nacional, promovia repercussões radicais na organização do futebol, como por exemplo: (1) o fim do escravismo na relação clube/jogador, dando aos jogadores mais autonomia e liberdade no término dos contratos firmados; (2) o rompimento com o modelo intervencionista do Estado às Confederações, às Federações e aos Clubes; (3) o surgimento do clube-empresa; e, (4) as modificações no sistema eleitoral da CBF e a liberdade de filiação. Sabe-se que por força política da CBF e dos Clubes ocorreu, apenas, a valorização do *marketing esportivo* e o surgimento, tímido, do *clube-empresa*.

c.) A “Lei Pelé” ou “Lei do Passe” - No primeiro mandato de Fernando Henrique Cardoso, o Ministério Extraordinário dos Esportes, comandado por Edson Arantes do Nascimento, o Pelé, retomou as discussões originadas pelo projeto de Lei impulsionado por Zico, institucionalizando a extinção do passe, ou seja, o fim do vínculo eterno entre jogador e clube.

d.) O Projeto “Morumbi 2001” - O projeto “*Morumbi 2001*”, a mais audaciosa indicação, no visor empresarial, de que o futebol deve ser um negócio. Em síntese, o estádio está sendo reformado (não é certeza que as intenções do projeto se concretizem) para ter alto padrão de prestação de serviços às pessoas que se aventurarem a assistir a uma partida de futebol e o estádio tem previsão de ar condicionado, acento numerado para todos os espectadores, entradas pagas com cartão eletrônico, vendas de produtos esportivos e outros serviços, um verdadeiro *Shopping*.

Com esses argumentos pode-se grafar que o Futebol se predispõe a ser utilizado pelo poder econômico e atuar como forte instrumento de propaganda do capital entre as massas. A decantada “modernização” obriga drásticas modificações no comportamento dos clubes e no esporte, de maneira geral, tanto no sentido de sobrevivência quanto no fortalecimento do capitalismo vigente. Há, sem sombras de dúvidas, fortes tendências na formação de uma organização empresarial, em torno do futebol, que resultará, cada vez mais, em investimentos maciços na mídia e pela mídia. Luís Fernando Pozzi discorre que:

Nosso mercado esportivo ainda é extremamente concentrado no futebol, com 70% a 75% dos investimentos na mídia esportiva (...), o que equivale a valores anuais em torno de US\$ 500 milhões. Se considerarmos as outras fontes de receita, o futebol movimenta cerca de US\$ 2 bilhões/ano (1999: p. 61).

Como pode ser observado, o mercado e a mídia fazem do futebol um acontecimento lucrativo. Simultaneamente, os clubes passam a realizar parcerias com empresas privadas e surgem as sociedades anônimas, os direitos de arena, as propagandas, os “jogos de azar”, a lei “Zico”, a lei “Pelé”, o projeto “Morumbi 2001”, as “escolinhas de futebol”, enfim, um rol de fatores que reforçam a máxima: o futebol está para a sociedade assim como a sociedade está para o futebol.

Para Ronaldo Helal, mesmo com toda essa transição de modelo, o *negócio futebol* deve:

(...) ir em frente, significando, em última instância, que a modernidade é uma rua de mão única. O segredo do sucesso está em promover a ‘modernização’ administrativa e preservar certos elementos ‘tradicionais’ do espetáculo futebolístico, com a presença de ídolos e o estilo ‘romântico’ de jogo (1994: p. 70).

Em que pese às pretensões de Helal, aos poucos o negócio futebol promove a elitização do espetáculo, do espectador e do jogador. Nesse traçado, o moderno intensifica as substituições necessárias entre esporte popular para atividade restrita às pessoas com bom poder aquisitivo. Em um dos diálogos realizados entre os personagens do filme “Boleiros”, de Ugo Giorgetti, indica-se tal assertiva:

Ex-jogador: “Ary, vamos falar claro: ‘não é se a gente ta ou não nadando em dinheiro, a gente ta é na merda!’”

Treinador profissional: “É, eu vou te contar: ‘Em geral ou você continua no futebol ou você não faz mais nada. Essa é que é a verdade ou você fica no futebol ou fica coçando’.”

Juiz: “Mas até que está melhorando, você pode virar jornalista que nem o Mário Sérgio,¹⁷ tem também as escolinhas de futebol’.”

Treinador da “escolinha”: “Não fala em ‘escolinhas de futebol’, juiz! Não fale em ‘escolinha’ ... porra! Esses moleques vão treinar de carro e acompanhado da mãe. O que é que é? Miss!”

Ao fazer a relação entre a modernização do futebol em nosso país e o objeto de análise desse texto (os jovens “estudantes” das “escolinhas”), aponta-se que no futuro próximo, pelo instrumento da dedução, o perfil dos futuros atletas profissionais de futebol será de origem das classes médias e altas.¹⁸ Em *pesquisa piloto*¹⁹ realizada constatou-se que 78% dos iniciantes são de classe média e seus pais ganham de US\$ 1800 a US\$ 5000, residem em casa própria e advém de centros urbanos não periféricos da cidade.²⁰ Nesse ponto, contraponho aos trabalhos de Mário Filho (1964), Anatol Rosenfeld (1993) e Janet Lever (1983) que muito bem souberam perceber no futebol um forte canal de ascensão social de negros mestiços e pobres, mostra-se que o futebol não mais parece ser um veículo eficaz de mobilidade social. É o que tentarei demonstrar a partir de agora.

Novos Processos de Formação: As “Escolinhas de futebol” como exemplo

O fenômeno “escolinhas de futebol” começa seus primeiros passos em princípio e meados dos anos oitenta, fruto das profundas transformações de cunho *econômico* (o processo de construção dos centros urbanos, impulsionado e refletido pela industrialização), *político* (encaminhamento organizacional ao setor pri-

vado de políticas públicas de lazer) e *cultural* (massificação do lazer e do tempo livre por empreendimentos mercadológicos).

As “escolinhas” só poderiam surgir diante desses caminhos trilhados pela sociedade brasileira que, seguramente, influenciaram modificações no âmbito da cultura. Conseqüentemente, o futebol, um lazer popular, tende a ser apropriado pela lógica econômica: o fim dos campos de várzea,²¹ os novos processos de formação dos futuros atletas e a institucionalização do clube-empresa.

Poderia se dizer que a origem dos iniciantes ao “jogo de bola” surgia das pedradas nas ruas da periferia e das praias, dos campos de várzea e das peneiras²² e os clubes, por sua vez tinham (e ainda têm) sistema de seleção de jogadores para as categorias de base, em formato de peneiras. A narrativa de trecho do filme “Futebol” mostra bem esse sistema:

(...) o garoto tem, em média meia hora para mostrar sua habilidade nas peneiras. (...) O mineiro já examinou mais de 700 meninos e o índice de aproveitamento é igual aos anos anteriores, de cada 1000 garotos só 2 ou 3 são aproveitados.

O jogador de futebol profissional advinha realmente da periferia, dos campos de várzea, das ruas e praias para os clubes. Advinham, posteriormente, também, das equipes de futebol de salão. Inclusive, no visor de investigadores estrangeiros encontra-se o registro de que o jogador brasileiro ainda tem essa origem. Entretanto, atualmente essas afirmações são incorretas, ou no mínimo, merecedoras de reparos, pois com o processo avassalador da urbanização e a organização empresarial em torno do futebol, gradativamente vêm-se inviabilizando “os jogos de bola” improvisados e descontraídos. Aos poucos, o interessado que quiser praticar futebol, compromissado ou não, tem que estar associado a algum clube ou outra pessoa jurídica disciplinadora da formação de futuros atletas.

Hoje, no processo de formação de futuros atletas, pode-se apontar que as denominadas “escolinhas” caracterizam-se em modelo a ser seguido e postulado como modalidade de novas frentes de trabalho (ex-jogadores, professores de educação física, administradores etc.), de reposição de mão de obra à prática do futebol, de ocupação do tempo livre juvenil, entre outras frentes. Faz-se razoável apontar, ainda, que as “escolinhas” surjam em face das complexidades oriundas da realidade social, a partir das condições promovidas pelo “desenvolvimento” industrial e tecnológico condutor de urbanização desarticulada e desorganizada.

De outro modo, tanto o modelo a ser seguido e postulado quanto à limitação dos espaços urbanos à prática livre do futebol (cada vez mais restritos aos condomínios e as propriedades privadas), formam o rol de alguns fatores que impulsionam o surgimento das “escolinhas”.

Portanto, as “escolinhas” nascem porque ocorre: (a)- a diminuição dos espaços, tendo em vista o crescimento populacional vertiginoso dos centros urbanos e em consequência da ocupação territorial; (b)- o futebol e seus agentes passam a incorporar o espírito empresarial e apostam na perspectiva de realização de grandes negócios; (c)- a privatização das políticas públicas de lazer; (d)- a preocupação da classe média com o preenchimento do tempo livre de seus filhos; (e)- a valorização da prática do futebol e, (f)- a formação, distribuição e reposição de mão de obra à manutenção do esporte.

Antes de avançar, pretende-se consignar que as “escolinhas” não são as únicas e exclusivas alternativas à iniciação dos jovens interessados à prática do futebol. Como descrito, anteriormente, há outros métodos de formação de futuros jogadores. No entanto, o que se quer, aqui, demonstrar é que diante dos fatores abordados no texto as “escolinhas” serão, em breve, no caso do Brasil, as maiores fornecedoras da mercadoria cada vez mais rara: o jogador bom de bola.

Na tentativa de ser Jogador: sonhos e delusões

De forma direta, entende-se que o futebol postula ser “rotulado” como um instrumento de fortalecimento das relações capitalistas,²³ criando em sua volta uma indústria: *a indústria do futebol* vai desde a difusão de “escolinhas” até as sociedades anônimas.

Se for correto afirmar que o futebol assume uma das frentes do fortalecimento das relações capitalistas, as “escolinhas” (enquanto local de ensino à prática de “jogar bola com os pés”, mediante contra-prestação econômica) funcionam como veículo de propaganda dos símbolos e dos códigos do capital moderno, ou seja, dinheiro, poder, fama, badalações, competição individualizada, alienação (do ponto de vista da consciência social e da crítica) e esvaziamento do sujeito coletivo. A fala no filme “Futebol” de Vinicius, menino que fez viagem de 800 km para fazer peneira no Clube de Regatas Flamengo (Rio de Janeiro), reporta o quando o futebol é um sonho e substitui as demais instituições de formação do sujeito social:

Por futebol eu faço sacrifício (...). É um sonho! Qualquer garoto quer ser jogador de futebol. Aqui no Brasil, desde pequeno, você já tem futebol na cabeça... Brasil treze campeão! E eu acho que é a profissão que todo mundo quer ter (sic).

Agora, afastando-se da análise sobre as transformações na sociedade e das condições que viabilizaram modificações no processo de formação do jogador profissional, bem como da estrutura do futebol brasileiro, adentra-se para desvendar o porquê desse processo deixar de ser prazeroso, saudável e lúdico, passando a ser atividade frustradora e decepcionante. Portanto, em quais construções sub-

jetivas está calcada a relação “jogo-negócio” para se inscreverem no corpo e na vida social do iniciante sonhos e desilusões com o futebol? Os atrativos do econômico, a mídia e as expectativas de mobilidade social amoldam os sonhos dos iniciantes e iniciados. As desilusões, ou seja, a constatação do fim do sonho, inscrevem-se para o resto da sociabilidade do jovem, no corpo e na vida social, deixando as marcas do insucesso, da baixa estima e da dependência. O depoimento de desespero de Jeosmar, um dentre milhares de jovens que tentam o sonho de ser jogador de futebol profissional, gravado no filme “Futebol”, da GNT, contrasta a busca, o insucesso e a expectativa de realização de seu sonho e aponta para a resposta da questão formulada:

(...). No ano 2000 eu vô ta bem, vô ta de bem com a vida, vô ta jogando, vô ta de carro, vô ta de celular, vô ta de menina bonita do meu lado (...). E vocês estão convidados por que eu vou fazer um churrasco lá em casa no ano 2000. Tudo mundo vai ta lá! Promessa é dívida. Eu to prometendo e eu vou cumprir (sic).

Para a multidão de jovens iniciantes, o futebol é um grande sonho, antes de ser um esporte ou uma arte. O sonho de ser Ronaldo, Rivaldo, Romário, etc., passa o discurso e o imaginário de todos os jovens entrevistados na pesquisa piloto, indistintamente da origem social. 99% dos jovens questionados quando assistem a uma partida de futebol pela TV sonham, um dia, ser um jogador famoso como Ronaldo, Rivaldo ou Romário. Na mesma proporção (99%), os jovens deixariam tudo de lado para obter sucesso na carreira. O contraste entre o desejo e a realidade é infinitamente grande e desproporcional. De cada 1000 jovens interessados somente 2 ou 3 chegam a iniciar e desses iniciantes somente 3% concretizam o grande sonho: ser jogador de futebol famoso.

As entrevistas realizadas confirmam que o jovem iniciante tem esperança e expectativa de se transformar em jogador de fama e prestígio, bem como deixaria escola, família, emprego, etc. para alcançar seu sonho:

(...). Na realização do meu sonho eu deixei de estudar e eu só penso em futebol. É futebol todos os dias cedo, tarde e noite e eu não consigo pensar em mais nada na vida. Pelo futebol eu faço qualquer coisa e qualquer sacrifício²⁴ (sic).

Na mesma esteira de argumentação Fabrício, personagem real do filme “Futebol” da GNT, deixa claro por quais motivos persegue o sonho (seu e de muitos jovens brasileiros) de ser jogador de futebol:

Quando vi os jogadores jogando, os jogadores nê: famosos! Jogadores famosos que estão ai na seleção. Sonhei... até sonhei. A gente imagina fazer as jogadas no sonho. A comemoração, os repórteres correndo, fotografando, a galera cantando o nome: **F A B R Í C I O**. As garotas dando em cima. Isso tudo passa na cabeça da gente. Saindo nas frentes dos jornais, na televisão dan-

do entrevista como jogador. Meu grande sonho é ser um grande jogador de futebol (sic).

O depoimento do empresário carioca Zé Mauro sobre os jovens Edmilson e Jeosmar, no filme *Futebol*, mostra o quanto os iniciantes são iludidos com a perspectiva de serem colocados num grande clube ou de realizar contratos milionários:

(...) são dois jogadores que eu pretende ganhar muito dinheiro com eles. Um jogador de 15-16 anos de excelente nível técnico ele vale hoje US\$ 500 mil dólares para frente. Uma tacada grande você ganha, assim, 5 milhões, 2 milhões, 3 milhões; de repente acontece. (sic)

As frustrações são grandes. Primeiro pela ocorrência de imprevistos. Segundo, por ser a competição muito concorrida. Terceiro, por que a “venda” das esperanças são maiores do que as possibilidades.

Os obstáculos são muitos. Os jogadores dependem da *sorte* (do treinador gostar do estilo de jogo do iniciante, de ter um empresário de prestígio, de ter apadrinhamento no clube, como exemplos), de *azar* (estar num momento infeliz, não sofrer lesões de natureza grave que inviabilize a carreira, entre outros), de *subordinação* (bom menino, boa imagem, humilde, obediência, etc.) e de *perseverança* (não se pode desistir nas primeiras negativas de teste para iniciação), como elementos mínimos ao sucesso.

Os processos seletivos para escolha de jovens que procuram os clubes para realização de testes são muito concorridos e desgastantes. Num período de peneira, em um clube de renome (o exemplo do filme *Futebol* foi o Clube de Regatas Flamengo, do Rio de Janeiro), como ficou consignado, anteriormente, chega a haver quase 1000 jovens candidatos, por vez. Sabe-se que os escolhidos ficam em torno de 1 ou 2 selecionados e, as vezes, nenhuma escolha. A frustração é marcante.

A mídia, os treinadores, os empresários, os dirigentes, enfim, os agentes esportivos funcionam, consciente e inconscientemente, como vendedores de sonhos aos jovens. Por sua vez, a juventude acrítica, esvaziada da sua capacidade de ser sujeito social,²⁵ incorpora a esperança de satisfazer um sonho: ser jogador de futebol famoso e bem sucedido. As possibilidades são mínimas e frustrante. Para Ricardo Melani a máxima de que o futebol é um grande instrumento de “mobilidade social” não é verdadeira:

(...). O modelo de exclusão é claro: No Brasil, por exemplo, apenas 3% total de jogadores profissionais de futebol têm contratos acima de dez salários mínimos; mais de 70% dos jogadores recebem até dois salários (...). A vida glamourosa e milionária do jogador profissional divulgada pela mídia não passa de aparência. Apenas 3% vivem no mundo de Romário, Marcelino Carioca, Ronaldinho e Companhia. (1999: p. 88)

O futebol, na esmagadora maioria das vezes, indica ser mais um (parece ser sensato permear por essa afirmativa) objeto de sonhos, desilusões e frustrações, do que um veículo importante de mobilidade social. Contudo, não se nega que muitos jovens de origem pobre (são os casos dos jogadores famosos citados) chegaram a fama, usufruindo-se de benefícios dos altos salários.

Ultrapassado os elementos subjetivos que estruturam a relação “jogo-negócio”, insiro a temática das “escolinhas” como sendo um elemento complicador para a satisfação dos desejos da juventude em ser jogador de futebol e famoso. A inserção é indicada (do ponto de vista do aumento das dificuldades de satisfação dos sonhos) pela via da exclusão econômica. Embora a possibilidade só se faça totalmente plausível e segura desde que o modelo “escolinha” passe a ser a principal fonte fornecedora de mão de obra às equipes, não se pode duvidar que, diante das transformações da estrutura e de empreendimentos capitalísticos em torno da instituição, quem não tiver capacidade econômica de “*estudar na escola para aprender a jogar bola*” ficará fora e se não ficar de fora, no mínimo, terá muitas dificuldades de acesso ao processo de iniciação nos clubes de futebol profissional.

No Brasil, ainda hoje, vende-se a imagem de que o futebol é excelente canal de mobilidade social às pessoas de baixo poder aquisitivo (negros, mestiços e pobres). As obras de Mário Filho (1964) e Janet Lever (1983), em tempos diferentes, têm o mesmo fio condutor, ou seja, defendem a idéia de que o futebol configura-se como instrumento de mobilidade social. Não deixa de ser um instrumento de mobilidade social. Todavia é muito mais um instrumento de frustração, de desilusão e de sonhos do que de acesso às esperanças construídas diante da expectativa de ser um jogador de futebol famoso.

Contrário às visões de Mário Filho e Janet Lever, acrescido a problemática das chamadas “escolinhas de futebol” que indicam novo perfil ao atleta profissional de futebol, pode-se intuir que os futuros jogadores poderão não mais advir das classes populares, mas sim advir das classes sociais com maior capacidade de suportar os dispêndios da ocupação espacial, temporal e econômica à formação de seus filhos.²⁶

Walter Gama,²⁷ ao pesquisar um grupo de 230 jogadores da divisão de elite do futebol paulista, na atualidade, chegou a conclusão que:

(...). Só 10% dos atletas saem dos campos da várzea, pois a maioria é formada nas escolinhas dos clubes. A família é a principal influência na escolha profissional de 61,30% dos entrevistados. (...) os pobres estão sendo cada dia mais alijados do futebol. A classe média passou a enxergar o futebol como um meio de vida para seus filhos, investindo em ‘escolinhas’ de futebol como quem investe em uma escola de língua. (...) Além disso o futebol moderno exige atletas com base alimentar mais sólida na sua infância, mais acessível à classe média.

Não se pode negar que as “Escolinhas de Futebol” fomentam o surgimento de mais um mecanismo de produção de subjetividade e de violência no processo de formação do futuro atleta profissional e do iniciante, de ordem psicológica, sócio-cultural, econômica, etc., contribuindo a mídia para reforçar as projeções, sonhos e ilusões no imaginário dos jovens que querem, a qualquer custo, ser Romários, Ronaldos, Rivaldos, entre outros milionários famosos.

Conclusão

O processo de formação dos futuros atletas profissionais de futebol, compreendendo nosso tempo e espaço sociais, promove novos formatos de violências, em face da modernização da sociedade e do futebol brasileiro que se alinharam aos interesses mercadológicos da privatização e da empresa/lucro, respectivamente, produzindo, aos olhos e aos sonhos dos iniciantes, a negação da possibilidade do futebol ser, inquestionavelmente, um instrumento de mobilidade social.

Em nenhum instante escamoteou-se que a caminhada para ser jogador de futebol profissional no Brasil é difícil e repleta de entraves. Inclusive, não se negou que, embora difícil à profissionalização, havia mobilidade social às classes populares,²⁸ mesmo de forma tímida. A mobilidade social ao que se indica era e é fechada. Talvez, quem sabe, as “escolinhas de futebol”, se consolidado como modelo indispensável à reposição e à venda da mão de obra do “jogo” funcionaram como um complicador aos sonhos dos jovens iniciantes, pela via do econômico. Por sua vez, a origem do jogador brasileiro poderá sofrer modificações se os futuros craques forem oriundos de “escolinhas”, pois aprendizado passa, necessariamente, pela capacidade econômica do iniciante.

A mobilidade social ao que se indica era e é fechada. Talvez, quem sabe, as “escolinhas de futebol”, se consolidado como modelo indispensável à reposição e à venda da mão de obra do “jogo” funcionaram como um complicador aos sonhos dos jovens iniciantes, pela via do econômico. Por sua vez, a origem do jogador brasileiro poderá sofrer modificações se os futuros craques forem oriundos de “escolinhas”, pois aprendizado passa, necessariamente, pela capacidade econômica do iniciante.

O fenômeno “escolinhas”, com as características aqui apresentadas, mostra-se como um grande negócio. Roberto Rivelino, ex-jogador tricampeão mundial pela Seleção brasileira de 1970, tem uma das mais renomadas “escolinhas”, possuindo mais de oitocentos alunos, entre meninos e meninas. As cotas mensais giram em torno de US\$ 50,00.-²⁹ por aluno.

Outros exemplos mais atualizados são as “escolinhas” de franquia com grandes clubes. Os clubes ganham determinado percentual na renda mensal de suas

representantes e se comprometem a acolher os iniciantes que despontam nas “escolinhas”. Por exemplo, a franquia do São Paulo Futebol Clube, sediada em Taubaté, tem aproximadamente 400 alunos, entre meninos e meninas, que pagam, individualmente, em média, US\$ 45,00.- mensais para aprenderem a jogar futebol ou para eliminar barreiras dos testes de admissão ao futebol profissional.³⁰

A violência à juventude indicada no texto resume-se no *futebol-negócio*, promotor, consciente ou não, da elitização do processo de iniciação e, nesse traçado, o “moderno” intensifica as substituições necessárias e diga-se de passagem que a “modernização” se encontra adaptada aos novos padrões impostos à sociedade brasileira. O futebol nada mais está fazendo do que aderir às regras de mercado, adentrando no esquema empresarial e cuidando a mídia de incorporá-lo, bem como mantê-lo, no imaginário da massa, enquanto atividade popular.

Em se tratando da profissionalização administrativa aqui pensada, surge a possibilidade da indicação de que o futebol atual produz violência subjetiva quando impõe à juventude o desejo, apenas, de tomar assento num mundo de sonhos e de excitações disponível somente à minoria.

Por outra via explicativa, a relação entre o futebol e o Poder Econômico não significa mostrar quantas cumplicidades existem entre esse processo e a formação do atleta, mas significa sim, a afirmação de que a Instituição Futebol compreende o seu momento geográfico, temporal, político e econômico e, sem sombra de dúvidas o cerceamento econômico da prática do lazer popular com o surgimento das “Escolinhas” pode ser explicável diante da decantada “modernização”.

Diante das “modernizações” propostas ao futebol e à sociedade brasileira fica a indicação de algumas possibilidades de indagações:

(a) - O futebol **não foi** (aos olhos dos saudosistas), **não é** (aos olhos dos críticos) e **nem será** (aos olhos dos otimistas) uma atividade exclusivamente lúdica e ingênua. No Brasil a Instituição Futebol, assim como a história da construção do Estado brasileiro, sofre influência dos ventos políticos, econômicos e sócio-culturais projetados pelo pensamento dominante, obrigando-se a se enquadrar ao momento ditado pelo discurso da ordem vigente (Helal, 1997; Lever, 1982; Pimenta, 1997: pp. 46-52; Ramos, 1984; Santos, 1981).

(b) – As “escolinhas”, na contra-ordem da arte de jogar futebol (Rosenfeld, 1993), colocam em risco a malandragem e a alegria do estilo brasileiro de jogar futebol, face aos movimentos empresariais e aos investimentos/retornos na formação do atleta, cuja preocupação é o resultado: lucro.

(c) - A violência subjetiva aflora no movimento de adequação futebol-formação-negócio e na configuração dos instrumentos de formação dos futuros atletas, exigindo-lhes condições econômicas para suportar os custos de sua formação profissional, cerceando a participação daqueles sem esta condição.

(d) – O não cerceamento do acesso popular ao “jogo de bola”, pela improvável não adequação do esporte ao mencionado projeto “modernizador”, poderá amenizar a extinção das práticas tradicionais de formação de atletas profissionais ou não inibir o viés empresarial em curso.

Ultrapassado as indagações, cabe reconhecer que os apontamentos e as análises contidas nesse artigo não são determinantes ou definitivas, mas são, sim, possibilidades latentes que, através do estudo sobre futebol e seus reflexos nos jogos de relações sociais, abre-se uma gama de argumentos para desvendarmos as facetas históricas, sócio-culturais, econômicas, políticas, etc. de nossa sociedade.

Bibliografía

- Antunes, Fátima Martin Rodrigues Ferreira 1994 “O Futebol nas Fábricas”, em *Dossiê Futebol* (São Paulo), nº 22.
- Arce, Gustavo (S/D *El fútbol: mucho más que una pasión, para infantiles, juveniles y mayores* (Buenos Aires: Ministério de Gobierno y Justiça / Instituto Bonaerense del Deporte).
- Baudrillard, Jean 1992 *A Transparência do mal: ensaio sobre os fenômenos extremos* (Campinas: Papyrus).
- Berthaud, Ginette & Brohm, Jean-Marie 1972 *Sport, Culture et Répression* (París: Librairie François Maspero).
- Bourdieu, Pierre 1998 [1989] *O Poder Simbólico* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- Caldas, Waldenyr 1994 “Aspectos sociopolíticos do futebol brasileiro”, em *Dossiê Futebol* (São Paulo), nº 22.
- Elias, Norbert & Dunning, Eirc 1992 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (Madrid: Fondo de Cultura Económica).
- Ferrer, Antonio Wanceulen 1982 *Las Escuelas de Fútbol: organización de la función social y de los aspectos físico-técnicos* (Sevilla: Librería Esteban Lanz Mártires).
- Florenzano, José Paulo 1998 *A Rebeldia no Futebol Brasileiro*. (São Paulo: MUSA).
- Foucault, Michel 1979 *Microfísica do poder* (Rio de Janeiro: Graal).
- Gramados, Santiago Romero 1997 *El fenómeno de las Escuelas Desportivas Municipales: nuevos Modelos y necesidades de cambio?* (Sevilla: Instituto de Deportes / Ayuntamiento de Sevilla).
- Guattari, Félix 1992 *Caosmose: um novo paradigma estético* (São Paulo: Ed. 34).
- Guedes, Simoni Lahud 1998 *O Brasil no Campo do Futebol: estudos Antropológicos sobre os significados do futebol brasileiro* (Niterói: EDUFF).
- Diórgenes, Glória 1998 *Cartografias da Cultura e da Violência: gangues, galeras e o movimento hip hop* (São Paulo: Annablume/Secretaria da Cultura e Desporto de Fortaleza).
- Helal, Ronaldo 1994 “Estádios vazios, ausência de ídolos: reflexão sobre a crise do futebol brasileiro”, em *Revista Pesquisa de Campo* (Rio de Janeiro), nº 0.

- Helal, Ronaldo 1997 *Passes e Impasses: futebol cultura de massa no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Lever, Janet 1983 *A loucura do Futebol* (Rio de Janeiro: Editora Record).
- Linaza, José & Maldonado, Antonio 1987 *Los juegos y Deporte en el desarrollo psicológico del niño* (Barcelona: Anthropos).
- Lois & Carvalho 1998 *A Co-gestão Esportiva no Futebol: o caso juventude-parmalat* (Passo Fundo: Ediupf).
- Filho, Mário 1964 *O negro no futebol brasileiro* (Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira).
- Mazzoni, Thomaz 1950 *história do Futebol Brasileiro* (São Paulo: Edições Leia).
- Melani, Ricardo 1999 "Futebol e Razão Utilitária", em *Futebol: espetáculo do século* (São Paulo: Musa).
- Morin, Edgar 1986 *Cultura de massas no século XX: o espírito do tempo*. (Rio de Janeiro: Universitária).
- Murad, Maurício 1996 *Dos pés à cabeça: - elementos básicos de Sociologia do Futebol* (Rio de Janeiro: Irradiação Cultural).
- Murphy, Patrick; Williams, John & Dunning, Eric 1994 *O Futebol no banco dos réus: violência dos espectadores num desporto em mudança* (Oeiras/Portugal: Celta Editora).
- Ortiz, Renato 1983 "Gostos de classe e Estilos de Vida", em *Bourdieu: Coleção Grandes Cientistas Sociais* (São Paulo: Ática).
- Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1996 "A Complexidade das Relações Societárias e os Novos Sujeitos: a violência como ponto de partida", em *Revista Ciências Humanas* (Taubaté), vol 2, nº 1.
- Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1997 *Torcidas Organizadas de Futebol: violência e auto-afirmação, aspectos da construção das novas relações sociais* (Taubaté: Vogal Editora).
- Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1998 "Torcidas Organizadas de Futebol: mimese do despotismo militar", em *Revista Ciências Humanas* (Taubaté), vol 4, nº 1/2.
- Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1999 "As transformações na estrutura do futebol brasileiro: o fim das Torcidas Organizadas nos estádios de futebol", em *Futebol: espetáculo do Século* (São Paulo: Musa).
- Pouillart, G. 1987 *Las Activités physiques et sportives: enseigner, animer, entraîner* (Paris: Éditions Amphora).

- Ramos, Roberto 1984 *Futebol: Ideologia do poder* (Petrópolis: Vozes).
- Rodrigues, Nelson 1994 *A pátria em chuteiras: novas crônicas de futebol* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Rodrigues, Nelson 1993 *À sombra das chuteiras imortais: crônicas de futebol* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Rosenfeld, Anatol 1993 *Negro, Macumba e Futebol* (São Paulo: Perspectiva-EDUSP-Editora da Universidade Estadual de Campinas).
- Santos, Joel Rufino dos 1981 *História política do futebol brasileiro* (São Paulo: Brasiliense).
- Santos, Marco Antonio S. 1999 “Periferia e várzea um espaço de sociabilidade”, em *Futebol: espetáculo do século* (São Paulo: Musa).
- Silva, Elisabeth Murilho da 1996 *As ‘Torcidas Organizadas de Futebol’: Violência e Espectáculo nos Estádios* (São Paulo: Dissertação de ME - PUC/SP).
- Strasser, Carlos 1999 *Democracia & Desigualdad: sobre la “democracia real” a fines del siglo XX* (Buenos Aires: CLACSO/ASDI).
- Toledo, Luiz Henrique de 1994 “Transgressão e violência entre torcedores de futebol”, em *Dossiê Futebol* (São Paulo), nº 22.
- Toledo, Luiz Henrique de 1996 *Torcidas Organizadas de Futebol* (Campinas: Editora Autores Associados/ANPOCS).
- Verdú, Vicente 1980 *El Fútbol: Mitos, Ritos y Símbolos* (Madrid: Alianza Editorial).
- Wacquant, Loïc J.D. 1997 “Da América como o Averso da Utopia”, em *Cultura e Subjetividade: saberes Nômades* (São Paulo: Papyrus Editora).
- Weffort, Francisco 1992 *Qual Democracia?* (São Paulo: Cia. Das Letras).

Filmes

- Giorgetti, Ugo 1998 *Boleiros* (São Paulo: Secretaria do Estado da Cultura do Estado de São Paulo – TV Cultura).
- Fontes, Arthur & Salles, João Moreira 1998 *Futebol* (Rio de Janeiro: GNT).

Notas

1. A Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, no mês de outubro de 1999, realizou seminário denominado *Futebol: Espectáculo do Século*, em

que se discutiu, entre outros assuntos, o tema *Futebol Empresa* e apontou-se para os novos rumos do esporte: os lucros e negócios.

2. A academia brasileira tem de forma esparsa e tímida, porém eficaz, promovido investigações científicas acerca do futebol e das mudanças em sua estrutura. No levantamento dessas investigações pode-se perceber que nos discursos temáticos aflora-se, de uma forma ou de outra, no caso do futebol, à dinâmica esporte e sociedade. Digo que o debate sobre futebol e suas transformações estruturais não é inédito. O que é inédito, sem sombra de dúvida, é a tendência da constituição de núcleos de investigação e da perspectiva de compreensão da sociedade através da leitura da Instituição Futebol.

3. O presente artigo (ensaio) não tem a pretensão de ser considerado como acabado e verdadeiro, pois trata-se de investigação inicial, cujos dados ainda estão em fase de coleta e análise. Porém, as argumentações exaradas no transcurso desse texto são reflexos das informações levantadas em campo.

4. A Democracia tem sido uma das grandes preocupações das Ciências Sociais na América Latina. Nos textos de Francisco Weffort (1992) *Qual Democracia?* (São Paulo: Cia. Das Letras) e de Carlos Strasser (1999) *Democracia & Desigualdad: sobre la "democracia real" a fines del siglo XX* (Buenos Aires: CLACSO/ASDI) pode-se ter uma grande idéia das subjetividades e violências de nossos "tempos democráticos liberais".

5. Trata-se, o presente texto, de um aspecto da investigação que venho desenvolvendo junto ao Programa de Pós-graduação, da Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, sobre o fenômeno das "Escolinhas de Futebol", os sonhos e as ilusões no imaginário da juventude."

6. O São Paulo Futebol Clube é um dos maiores clubes do Brasil, sendo bicampeão interclubes (mundial) nos anos 90-/91, contando, atualmente, com 12 milhões de torcedores.

7. O filme "Boleiros" de Ugo Giorgetti resume-se em produção cinematográfica, envolvendo ex-jogadores de futebol ou desportistas que se reúnem num bar para relembrar "casos" do futebol. Do minuto 27 a 37 do filme, aproximadamente, os desportistas fazem pequena referência à modernização do futebol no Brasil e tomam como exemplo as "escolinhas". Cabe informar que toda vez que for mencionado no texto o filme *Boleiros* refere-se a análise realizada do minuto 27 a 37 do filme.

8. A empresa de televisão brasileira GNT produziu sob a direção de Arthur Fontes e João Moreira Salles o programa de vídeo denominado "Futebol". Trata-se de uma série de três programas e pela narrativa de futuros, atuais e ex-jogadores de futebol vai se constituindo/construindo uma teia de relações complexas, instigantes e comoventes. Nossa atenção prende-se ao denomina-

do “Programa I” que mostra a busca de jovens ao sonho do profissionalismo. Cabe informar que toda vez que for mencionado no texto o filme *Futebol* refere-se a análise realizada do “Programa I” da série.

9. A literatura sobre história do futebol brasileiro (Thomaz Mazzoni e outros) e posteriormente as obras de Ciências Sociais levantadas, devidamente referidas na bibliografia desse artigo, indicam que o futebol foi introduzido no Brasil em 1894, através do filho de britânicos Charles Miller que estudou na Europa e que o “esporte bretão” entra na nossa cultura proliferando entre as massas populares, recebendo características próprias e universais.

10. As obras de Mário Filho, Janet Lever e os filmes “Futebol” e “Boleiros” (se constam nesta) mostram muito bem como são selecionados os iniciantes ao jogo de bola.

11. Ver Mário Filho *Op. Cit.* e Thomaz Mazzoni (1950) *História do Futebol Brasileiro* (São Paulo: Edições Leia).

12. A título de exemplo, no auge da repressão militar, o Estado determina as formas de organização e execução dos caminhos a serem seguidos pelos Clubes, Federações e Confederações de futebol. O Presidente da República, General Emílio Garrastazu Médici, em 1969, cria, juntamente com empresários, a declamada “Loteria Esportiva Nacional” na intenção de produzir receitas para financiar programas de governo e o esporte. Ver as obras de Janet Lever e Joel Rufino dos Santos que se constam nesta.

13. A década de oitenta foi um período em que ocorreu esvaziamento dos estádios de futebol, pela baixa qualidade dos jogos, campeonatos deficitários e desorganizados, entre outros problemas colocando em “xeque” a postura protecionista do Estado Militar, abrindo cada vez mais espaços ao debate sobre a necessidade da profissionalização da estrutura administrativa do futebol no Brasil. Ver: Ronaldo Helal (1994: pp. 61/70; 1997).

14. “Modernização”, aqui, é entendida como momento de transição da administração dos clubes e federações de futebol, de amadoras para profissionais e empresariais, sem, no entanto, adentrarmos nas discussões travadas nas Ciências Sociais sobre “modernidade” e “pós-modernidade”.

15. O *Estado-futebol* pode ser entendido como instituições amadoras subvencionadas pelo Estado, em tese, sem fins lucrativos que compreende o período de 1930 a 1988, aproximadamente.

16. Não se nega aqui que em outros tempos (1930, 1950, 1970, por exemplo) o futebol não sofria influência do capitalismo. Pelo contrário, o futebol só se difundiu no Brasil face ao processo de industrialização. Os marxistas, desde outrora, alertavam que “la influencia del capitalismo sobre el deporte es evidente, ello no significa necesariamente que, en su esencia, el deporte sea um

simple elemento del proceso de producción capitalista, un modo de relación específico de este sistema.” (Berthaud & Brohm, 1978: p. 8).

17. Mário Sérgio foi um grande jogador de futebol brasileiro que atuou no São Paulo Futebol Clube, no Grêmio de Futebol Portoalegrense e outras equipes. Ficou famoso, quando jogador, e recebeu o apelido de “Pistoleiro”, quando numa partida de futebol entre o Esporte Clube São José e o São Paulo Futebol Clube viu-se obrigado a sacar sua arma de fogo e atirar em torcedores revoltados contra a má atuação de seu clube.

18. Não se trata de uma afirmação prematura, embora merece maior aprofundamento e comprovação empírica, porém não se nega que vivemos num momento de empresariamento do lazer e do ócio e em breve poderá ocorrer o cerceamento das classes populares ao processo de formação do atleta profissional de futebol.

19. Toda vez no texto que contiver o termo “pesquisa piloto”, trata-se das entrevistas e questionamentos realizados junto aos alunos da “escolinha” do São Paulo Futebol Clube, franquia Taubaté, realizada em dezembro 1999.

20. Fonte: pesquisa piloto.

21. A várzea é, sem sombra de dúvida, a primeira forma de surgimento de atletas de futebol profissional e a restrição dos espaços de prática de futebol amador traduz-se em especulação imobiliária e em reflexo direto da urbanização desarticulada e acelerada, impulsionadas no período dos governos militares. O trabalho de investigação promovido por Marco Antonio S. Santos (1999: pp. 117-118) demarca as relações futebol, periferia e várzea.

22. “Peneiras” são os processos seletivos de meninos que procuram os clubes para realização de testes, cujo objetivo é escolher os que se destacam ou despontam como prováveis jogadores de futebol. Normalmente, a título de exemplo do grau de dificuldade da escolha, numa peneira de 1.000 interessados seleciona-se 1 ou 2 e muitas vezes nenhum.

23. Óbvio que essa interpretação não é a única possível, face às contradições e complexidades em jogo, mas é plausível tal assertiva, diante da enorme movimentação de capital, entre negociações e investimentos, em torno do futebol.

24. Fonte: pesquisa piloto.

25. Inúmeros pesquisadores vem trabalhando a questão do esvaziamento de *consciência crítica dos novos sujeitos sociais*. Ver Pimenta, Carlos Alberto Máximo (1996) “A Complexidade das Relações Societárias e os Novos Sujeitos: a violência como ponto de partida”, em *Revista Ciências Humanas* (Taubaté), vol 2, nº 1.

26. O filme “Boleiros”, de Hugo Giorgetti, mostra muito bem a afirmativa do texto.

27. Fonte: *Jornal do Futebol*, Julho 1994: p 01. A presente pesquisa consta na obra de Carlos Alberto Máximo Pimenta (1997) *op. cit.*.

28. As obras de Mário Filho (1964) e Janet Lever (1983) abordam a temática da mobilidade social aos negros, mestiços e brancos pobres, porém não era objeto de análise das referidas obras a problemática da violência subjetiva e objetiva no processo.

29. Os dados utilizados foram obtidos em pesquisa de campo realizada em 1994. Ver Carlos Alberto Máximo Pimenta (1997) *op. cit.*, p. 55.

30. Fonte: pesquisa piloto.

3. Mitologías: el héroe, la raza

As Idealizações de Sucesso no Imaginário Futebolístico Brasileiro: um estudo de caso

✉ Ronaldo Helal*

Introdução

Os êxitos e conquistas de ídolos e celebridades despertam a nossa curiosidade. Suas trajetórias de vida rumo à fama e ao estrelato costumam ser narradas na mídia de forma mítica, conferindo uma maior dramaticidade às conquistas. No Brasil, estas narrativas das trajetórias de vida dos ídolos enfatizam sobremaneira a genialidade e o improviso como características marcantes e fundamentais para se alcançar o sucesso. Isto torna-se ainda mais evidente nos universos das artes e dos esportes. Acredita-se, por exemplo, que as estrelas da música popular brasileira não precisam de muito “treino” ou “trabalho” para compor suas canções. O talento e a genialidade seriam suficientes. Outro exemplo poderia ser o da seleção brasileira que conquistou o tricampeonato em 1970, até hoje idealizada como uma equipe que não precisava treinar e tampouco necessitava de recomendações táticas, quando sabemos que, na verdade, a comissão técnica se utilizou de métodos de condicionamento e preparação física dos mais modernos da época. Ou ainda o da seleção que conquistou o tetracampeonato em 1994, criticada por parte considerável da mídia justamente por deixar claro a ênfase em uma “marcação forte” e uma rígida disciplina tática. Mesmo vencedora, o trabalho do técnico da seleção até hoje não foi reconhecido, como não foram também os trabalhos dos técnicos das outras conquistas (Rocha, 1996).

* Ronaldo Helal é professor da Faculdade de Comunicação Social da Universidade do Estado do Rio de Janeiro; Doutor em Sociologia pela New York University; Pesquisador do CNPq; Autor de *Passes e Impasses: futebol e cultura de massa no Brasil*, Editora Vozes, 1997 e de *O Que É Sociologia do Esporte*, Brasiliense, 1990.

Qual a relação das idealizações que os brasileiros fazem das conquistas e do sucesso dos ídolos com os “mitos” de sua cultura? Por que “constróem-se” narrativas que mitificam o êxito e o sucesso sem a ênfase no trabalho e no esforço? Por que falar em “esforço” seria um demérito neste país? Não existiriam também outros paradigmas de idealização de sucesso? E se eles existem, não seriam também vertentes brasileiras, mas pouco cultuadas? São estas questões que vão permear as reflexões deste artigo, que se propõe a analisar criteriosamente a idealização do sucesso contida na biografia do maior ídolo do futebol brasileiro nas décadas de 70 e 80: o atleta Zico, hoje um bem-sucedido empresário.

Ao tratar da biografia de um atleta esportivo, enfatizamos uma diferença básica entre ídolos deste universo e de outros, como música e dramaturgia. Enquanto os primeiros freqüentemente possuem características que os transformam em heróis, os do outro universo raramente carregam estas qualidades. A explicação para este fato reside no aspecto agonístico, de luta, que permeia o universo do esporte. O “sucesso” de um atleta depende do “fracasso” do seu oponente. É uma competição que ocorre dentro do próprio universo do espetáculo. Ambos, ídolos do esporte e ídolos da música, se transformam em celebridades, porém, só os ídolos do esporte são considerados “heróis”. Edgar Morin (1980) e Joseph Campbell (1995) chamam a atenção para a diferença entre celebridades e heróis. Enquanto os primeiros vivem somente para si, os heróis devem agir para “redimir a sociedade”.

Esta característica do “ídolo-herói” acaba por transformar o universo do futebol em um terreno extremamente fértil para a produção de mitos e ritos relevantes para a comunidade. Dotados de talento e carisma, o que os singulariza e os diferencia dos demais, estes “heróis” são paradigmas dos anseios sociais e através das narrativas de suas trajetórias de vida, uma cultura se expressa e se revela. De fato, o mito, conforme nos ensina Eco, é uma “projeção na imagem de tendências, aspirações e temores particularmente emergentes num indivíduo, uma comunidade, em toda uma época histórica” (1979: p. 239).

A quantidade de ídolos na história do futebol brasileiro é muito grande. Diferentes enquanto sujeitos, suas biografias podem ser agrupadas em alguns modelos ou arquétipos singulares, próprios da cultura. Enquanto paradigmas de alguns modelos de existência, as biografias destes heróis “editadas” pela mídia falam freqüentemente de trajetórias recorrentes (Coelho & Helal, 1996). Assim, agrupar alguns modelos de ídolos do futebol brasileiro e investigar a edição “midiatizada” de suas trajetórias podem nos ajudar a entender melhor a relação entre mídia e cultura popular.

A escolha da biografia de Zico deveu-se ao fato de se tratar do maior ídolo do nosso futebol durante as décadas de 70 e 80 e estrela de uma geração de jogadores vitoriosos em seus clubes mas que não lograram êxito em Copas do Mundo.² Figura muitas vezes contestada quando saía do universo do Flamengo, a bio-

grafia de Zico fala da luta do “fraco” contra o “forte”, da vitória através do trabalho e da determinação, e de uma sucessão de obstáculos e provações que ele teve que superar. Construída em uma época em que o futebol ainda não era um fenômeno totalmente “midiatizado”, a narrativa da figura mítica de Zico é um emblema de um modelo que une profissionalismo com paixão, determinação com prazer, esforço com alegria de praticar o futebol. Inclusive, o filme “Uma Aventura do Zico”, de Antônio Carlos da Fontoura, lançado em 1999, expressa exemplarmente estas junções presentes na biografia de Zico.

A análise concentra-se em duas biografias do atleta. Uma, *Zico: Uma Lição de Vida*, escrita por Marcus Vinícius de Bucar Nunes e publicada em 1986 pela Offset Editora Gráfica e Jornalística; portanto, com o jogador ainda em atividade e no auge da idolatria. A outra é *Zico Conta a sua História*, escrita por ele mesmo e publicada em 1996 pela FTD, quando já era um bem-sucedido empresário do ramo futebolístico. Notemos que a FTD é especializada em livros dirigidos para o público juvenil. A publicação da biografia de Zico nesta editora revela a crença na importância da sua história para a formação do caráter.

Mito, Talento e Esforço

Esforço e determinação como elementos fundamentais para se alcançar êxito são, muitas vezes, relegados a um plano secundário nos discursos construídos pelos cronistas brasileiros inseridos nos universos das artes e dos esportes. No caso específico do futebol, chega a ser até uma crítica contundente chamar um jogador de “esforçado”. Esta é uma maneira de se dizer que o sujeito não tem talento, porém se esforça. A forma oposta seria o talento puro, genuíno, inato, que não precisa de treino ou esforço para ser aprimorado, como se não fosse possível ser talentoso e esforçado ao mesmo tempo. Frequentemente, quando tratamos de ídolos do futebol brasileiro nos deparamos com uma narrativa que idealiza talentos inatos e irreverência como ingredientes do sucesso. A biografia de Zico fala de uma outra realidade, calcada primordialmente no domínio do esforço e da determinação como instrumentos basilares para se alcançar êxito. É justamente esta faceta da biografia de Zico que gostaria de chamar a atenção, pois ela nega uma ideologia de sucesso cultuada no imaginário brasileiro quando se trata de ídolos futebolísticos. A partir daí podemos entender como as narrativas das biografias destes ídolos, além de possuírem vários aspectos recorrentes e semelhantes, fundamentais na construção da figura mítica do herói, carregam também elementos diferenciados que servem para formar paradigmas distintos e aparentemente antagônicos no imaginário brasileiro.

Assim, temos na biografia de Zico uma ênfase inicial no passado relativamente pobre e no prazer e talento inato para jogar futebol que surgiram bem no início da infância.

Nasci numa rua chamada Lucinda Barbosa, em Quintino, um subúrbio do Rio de Janeiro (Zico, 1996: p.7). Minha mãe tem horror a hospital e por isso deu à luz em casa, com a ajuda de uma parteira amiga da gente —bem como Dona Matilde queria e como muita gente da vizinhança fazia naquele tempo. Sou o caçula de uma família numerosa (Zico, 1996: p.8).

Quintino, aquele bairro humilde da Zona Norte do Rio de Janeiro. (...) A casa dos Antunes continua ali na rua Lucida Barbosa, uma rua típica de cidade do interior. (...) Lá no alto, a casa (...) simples, com aquela varanda, um pequeno jardim e um portão rangedor, que chiava sempre quando era aberto, avisando a chegada de alguém (Bucar Nunes, 1986: p.15).

Futebol era o que mais me dava prazer na vida. Contam lá em casa que, depois de papai e mamãe, a primeira palavra que eu disse foi Dida —meu primeiro e até hoje meu maior ídolo no futebol (Zico, 1996: p.12).

Os seus brinquedos preferidos: a bola, depois a bola, e depois ainda, a bola. (...) Nas peladas, onde o valor individual era demonstrado na hora da escolha dos jogadores de cada equipe, passou a ser preferido.

- Par ou ímpar

- Par. Um, dois, três e já!

- Ganhei. Quero o Zico! (Bucar Nunes, 1986: p.17).

Geralmente, as biografias dos ídolos chamam a atenção para a infância pobre e o talento e a vocação como características inatas. Nisto a biografia de Zico não se diferencia das dos demais astros do esporte e até mesmo da música e do teatro, por exemplo. Em outra ocasião (Coelho & Helal, 1996) verificamos as mesmas características nas biografias do lendário jogador de beisebol Babe Ruth e da cantora Tina Turner. A ênfase na boa formação familiar de Zico é, no entanto, bem diferente das narrativas de Babe Ruth e Tina Turner, já que ambos tiveram perdas terríveis na infância. O fato é que a pobreza ou a infância simples ajudam na identificação com o homem comum, e o talento inato enquadra-se na ordem das coisas inexplicáveis, fazendo com que os ídolos sejam vistos como seres singulares, diferenciando-os dos demais. Assim, a infância simples e o talento como algo natural são facetas da história de vida de Zico que ajudam a humanizá-lo e mitificá-lo ao mesmo tempo. Em uma análise sobre a figura de Zico elaborada em meados da década de 80, o escritor Artur da Távola esclarece que:

Ele (Zico) despontou há alguns anos como o próprio herói da mitologia em sua primeira fase, chamada de “inocência”, ou “alheamento”, quando ainda é figura pura e sem mácula (...) A figura de comunicação de Zico presta-se à perfeição a essa primeira etapa; provém de uma família de subúrbio muito unida e amiga, vive no e para o lar, é um rapaz simples, incapaz de um gesto desleal e traz apenas o seu talento fora do comum para o futebol (a espada, o escudo ou o capacete ou a capa do herói) (Távola, 1985: p. 356).

De fato, a biografia de Zico é permeada por um constante processo de junção entre o homem e o mito, o ordinário e o extraordinário, fundamental para a identificação do ídolo com os fãs. Neste sentido, ao dizer que Dida é até hoje seu maior ídolo no futebol, temos, mais uma vez, o Zico reverente, humano, ordinário. É o extraordinário, juntando-se ao ordinário, ao “homem comum” que tem seus ídolos e os reverencia. De fato, os ídolos têm que conviver constantemente com o drama de ser dois: o homem e o mito. Como no futebol é comum o jogador possuir um apelido (pelo qual é conhecido e famoso), podemos dizer, por exemplo, que por detrás dos “homens” Edson, Diego e Arthur, surgiram os “super-homens” Pelé, Maradona e Zico. Notemos que esta “esquizofrenia” inerente ao ídolo ou essa divisão em duas *personas*, uma “público-mítica”, outra “privada-humana”, pode aparecer explicitamente nos discursos de alguns deles como Pelé, por exemplo, que sempre frisou a diferença entre “Pelé” e o “Edson”.

A partir deste processo comum em quase toda a narrativa mítica da figura do herói, a biografia de Zico passa a privilegiar o esforço e o trabalho como determinantes para se atingir o sucesso. De forma exemplar, é o próprio Zico quem diz no prefácio do livro de Bucar Nunes, *Zico: Uma Lição de Vida*:

Sempre entendi, desde menino, que ninguém será capaz de exercer bem a sua profissão sem se exercitar bastante e sempre para o exercício dela. Afinal, não aprendemos que o maior merecimento dos vitoriosos é confiar, apaixonadamente, na eficácia do trabalho? Acho que isto deveria ser, sempre, o objetivo maior de cada um de nós: lutar por aquilo que se gosta. A vitória será consequência. Mas, sem dúvida, muita luta, muito trabalho, muito suor existem no caminho da determinação de cada um (Bucar Nunes, 1986).

Este é um discurso mais próximo da ética puritana das sociedades anglo-saxônicas, afastando-se do modelo “Malasartes” e “Macunaíma” que parte da mídia tende a cultuar no Brasil, especialmente no domínio do futebol. Talvez um estudo sobre a construção da figura mítica de Romário, por exemplo, nos revelaria uma biografia muito mais próxima do modelo “Malasartes” e “Macunaíma”, exaustivamente analisado por Roberto da Matta (1979) que, inclusive, traz para o discurso acadêmico a narrativa do “malandro” como uma vertente tipicamente brasileira, corroborando, assim, a postura adotada por parte da mídia.²

O fato é que, em ambas as biografias de Zico, a postura “anglo-saxônica” é super enfatizada, tanto ou mais até do que o talento extraordinário do atleta.

A ascensão de Zico foi bastante gradual, com muitos obstáculos no caminho, a começar pelo seu corpo franzino que quase o impediu de, aos treze anos de idade, fazer um teste no Flamengo. Por isso, logo após se firmar na escolinha, Zico se submeteu a um árduo tratamento para reforçar a musculatura, o que o levou a renunciar a vários prazeres próprios da adolescência. Este período de sua vida ganha uma dimensão singular em sua biografia. Mais do que dificuldades finan-

ceiras, comuns nas histórias de vida dos astros do nosso futebol e que ajudam no processo de identificação com os fãs, esta passagem na vida de Zico fala de determinação, esforço e renúncia, dando início a uma trajetória repleta de obstáculos rumo ao posto de estrela maior do futebol brasileiro.

O despertador tocava no horário habitual: 5h30m da manhã. Com a roupa do colégio e devidamente alimentado com um café da manhã reforçado, partia para o ponto de ônibus ou para a estação de Quintino. A primeira parada de ônibus ou do trem era a Central do Brasil. Daí à Gávea (...). Chegava cerca de meia hora antes do treino, que iniciava às 9 horas. Mais ou menos às 11 horas estava deixando o campo número dois do Flamengo. Um banho rápido, almoço lá mesmo na cantina da Gávea, e pé na estrada, rumo à cidade, porque às 12h30m as aulas estavam começando. (...) Às 5 da tarde, no final da aula, tinha que tomar outra condução. O destino era, novamente, a Zona Sul da cidade onde, na Academia Paula Ribeiro, treinava firme até as 8 horas da noite. No retorno para Quintino, aí pelas 9 da noite, mesmo passando pela Central do Brasil para a tradicional ‘conexão’, o trânsito, facilitado pelo horário, era mais rápido: por volta das 10h30m da noite estava chegando em casa. Banho, um capricho na última alimentação do dia, e pumba... APAGAVA (Bucar Nunes, 1986: p. 38).

A partir daí, passa-se a enfatizar primordialmente a obstinação, o autocontrole e a disciplina de Zico. Bucar Nunes afirma que ele “tinha orgulho do seu autocontrole, da sua determinação, em busca do seu objetivo” (Bucar Nunes, 1986: p. 32) E mais adiante destaca as palavras do médico responsável pelo tratamento: “o que mais me encanta (...) é o seu senso de responsabilidade. É fora do comum a dedicação desse garoto. Nessa idade, a turma geralmente contesta (...). Ele, não. Vai sempre com o mesmo pique, com a mesma vontade, seguindo, literalmente à risca, as nossas determinações” (Bucar Nunes, 1986: p. 39). E o próprio Zico ao se lembrar daquela rotina, faz a seguinte reflexão: “Anos depois, quando sofri aquela contusão no joelho, alguém iria me dizer que na vida a gente precisa de duas coisas: paciência e memória; e precisa de memória principalmente para lembrar que precisa ter paciência” (Zico, 1996: p. 26).

Este tratamento a que se submeteu ainda bem jovem fez com que Zico ficasse conhecido no início da carreira como “craque de laboratório”. Ou seja, de um planejamento “científico”, com a ajuda de médicos, nutricionistas e modernas técnicas e aparelhos de educação física, surgiu uma grande estrela do nosso futebol. Era o racional, o objetivo e o matemático unindo-se ao lúdico, ao talento e à improvisação. É interessante notar, no entanto, que apesar das biografias enfatizarem positivamente a dedicação de Zico a este trabalho “científico”, à época a alcunha “craque de laboratório” era utilizada, muitas vezes, de forma pejorativa, significando um craque não genuíno, fugindo das características “artísticas”, “espontâneas” e “criativas” do nosso futebol.³

Provações, Derrotas e Conquistas

O que se evidencia nesta biografia é que o mito Zico surge ancorado primordialmente em características de sua personalidade. Este fato é decisivo na construção da figura mítica. Brandão fala de “honorabilidade pessoal”, “excelência” e “superioridade em relação aos outros mortais” como virtudes inerentes à condição do herói. A “superioridade” de Zico em relação aos outros mortais encontra-se mais na forma com que enfrenta os desafios, os obstáculos e as perdas que a vida impõe, do que em seu talento extraordinário para a prática do futebol. Neste sentido, a construção da narrativa mítica em torno de Zico enquadra-se no rol dos arquétipos universais de idolatria aos heróis. Ela nos mostra que não basta o ato heróico em si, de forma isolada —no caso, as vitórias, as realizações e os gols no futebol. O herói tem que preencher outros requisitos —tais como perseverança, determinação, luta, honestidade, altruísmo— para se firmar no posto.⁴ E Zico os preenche com bastante eficácia.

Ainda dentro desta idéia de arquétipo universal, observamos que a trajetória de vida de Zico é permeada por constantes desafios que ele superou com “armas” da sua personalidade para lograr êxito. Campbell explica que as “provações são concebidas para ver se o pretendente a herói pode realmente ser um herói. Será que ele está à altura da tarefa? Será que é capaz de ultrapassar os perigos? Será que tem a coragem, o conhecimento, a capacidade que o habilitem a servir?”. De fato, as provações na carreira de Zico começaram bem cedo. Depois do problema do corpo franzino, Zico sofreu uma grande decepção ao não ser convocado para as Olimpíadas de 1972. Seguindo o conselho do próprio técnico da Seleção Olímpica, Zico, que em 1971 já começara a jogar entre os profissionais, voltou para os juvenis a fim de ser convocado para as Olimpíadas que se realizariam no ano seguinte. A convocação não veio e Zico, a princípio, reagiu de forma “humana” e “ordinária”, com sentimento de revolta, decepção e muito abatimento: “alguma coisa, uma espécie de confiança nos outros, na justiça do mundo, tinha se desfeito. A seleção havia se classificado para os Jogos Olímpicos com um gol meu, eu confiara na promessa de convocação. Fiquei muito abatido e só pensava em largar o futebol” (Zico, 1996: pp. 33-34). No entanto, esta “derrota” na carreira do atleta o transformou em um “guerreiro” ainda mais lutador e obstinado: “a primeira semana de treino foi melancólica. Dura de chegar ao fim. Mas já na semana seguinte, ao lembrar da não convocação, treinava com mais garra ainda, transformando toda a sua revolta íntima em energia positiva para treinar” (Bucar Nunes, 1986: p. 52).

Porém, mesmo com toda esta dedicação e cada vez mais aprimorando a sua técnica, Zico levou um tempo para ser firmar na equipe profissional do Flamengo. Os técnicos temiam pelo seu corpo ainda franzino e ele passou o ano de 1973 no banco de reservas do time principal, sendo escalado em diversas posições durante as partidas. Contudo, até deste fato Zico tirou algo de positivo, enfatizando

que aprendeu a jogar em todas as posições do ataque, o que o tornou ainda mais versátil e completo para o futebol moderno (Bucar Nunes, 1986: p. 61; Zico, 1996: p. 36). Mas o que a biografia de Zico mais sublinha é o início de um caminho cheio de provações e obstáculos, superados através de um espírito de luta fora do comum: “foi um período difícil. Precisava me superar em cada jogo, em cada treino, provar a cada dia para todo mundo que tinha condições de ser titular” (Zico, 1996: p. 37).

A oportunidade para vir a ser titular da equipe veio em 1974, quando o técnico dos juvenis —que tinha sido campeão com Zico e que, portanto, conhecia todo o seu potencial— assumiu o comando do time profissional. Mais uma vez, uma surpresa: início do primeiro treino com o novo técnico no comando e Zico estava escalado na reserva. No entanto, este fato serviu para despertar definitivamente o espírito guerreiro e desenvolver o senso de profissionalismo: “agora a vontade maior era mostrar, imediatamente, a si próprio, que não iria faltar garra para dar a volta por cima mais uma vez. Com satisfação ou não, era profissional e estava ali para treinar” (Bucar Nunes, 1986: p. 63). O resultado foi que marcou dois “gols belíssimos” e os reservas venceram por 3 a 1 (Bucar Nunes, 1986: p. 64). Estava conquistada, de forma sofrida, a posição de titular. Deste momento em diante, Zico mitifica a camisa 10 do Flamengo, conhece a fama e transforma-se em um grande ídolo. Tudo isso, porém, em um caminho cheio de obstáculos e provações. Conforme ele mesmo diz:

Por toda a minha carreira, enfrentei diversas tentativas de desacreditar meu futebol. Já disseram que eu só era bom jogador no Maracanã, que não sabia jogar na seleção, que não suportava marcação à européia, e mais dezenas de acusações às quais respondia jogando. Era o que eu sabia fazer: jogar futebol (Zico, 1986: p. 45).

Aprendi com meu pai a respeitar meu trabalho e a valorizar o que consigo com meu esforço. Todo dia tínhamos que treinar finalizações e passes. São nossos instrumentos de trabalho. (...) Eu me habituei a ser o jogador mais cobrado. Estava em evidência o tempo todo, era minha responsabilidade, inclusive, dar o exemplo de dedicação e profissionalismo, não faltar aos treinos sem motivo justo, não perder vôos nem horários. (...) Eu queria fazer carreira, queria ser o melhor, ou pelo menos estar entre os melhores. Então, isso tinha um preço, havia responsabilidades incluídas nesse objetivo (Zico, 1996: pp. 56-57).

Referindo-se a um episódio ocorrido na vida de Zico em 1979, Bucar Nunes destaca de forma emblemática:

E foi com absoluta convicção que ele pôde comprovar, mais uma vez, que o TRABALHO com DETERMINAÇÃO (Os destaques são do autor) é o capital que menos falha. E, então, Deus ajuda. Os comentários, apesar do suces-

so do Flamengo e dos gols fora de série, que surgiam a cada partida, eram maldosos. Principalmente em relação aos jogos internacionais (...) Estava mostrando ao mundo que tinha condições de estar entre os melhores porque tinha trabalhado com afinco, desde criança, para vencer na sua profissão (Bucar Nunes, 1986: pp. 110-114) .

O que se verifica, de forma nítida, na biografia de Zico é a construção de uma narrativa na qual uma série de obstáculos, perdas e fracassos são sempre acompanhados de uma história de muito trabalho, determinação e profissionalismo: “nada acontece por acaso e para todas as coisas há um preço. Em qualquer atividade, treinamento e persistência são fundamentais” (Zico, 1996: p. 125). Dentro da explicação de Umberto Eco sobre o fascínio que o mito do super-homem exerce sobre nós, podemos dizer que do Zico “humano” —e as perdas das Copas do Mundo contribuíram para dar um tom ainda mais “humano” à sua biografia— surge o “ídolo”, um ser “extraordinário” que através de muita luta, treino, trabalho e esforço superou os obstáculos e atingiu a glória. No final das contas, estamos diante de um vitorioso, hoje um empresário bem-sucedido.

Assim, a biografia de Zico, ao enfatizar, de forma peremptória, o sucesso através do esforço e do trabalho, junta-se aos modelos de heróis mais próximos das sociedades anglo-saxônicas, permeadas por uma ética única do trabalho e do indivíduo. Este modelo é antagônico ao padrão predominante na construção da idolatria nas narrativas, por assim dizer, “oficiais” —nas quais a mídia é o instrumento legitimador— no Brasil. Aqui, temos freqüentemente um ideal “essencializado” de seres “moleques” e “irreverentes”. O ponto que quero chamar a atenção é que a biografia de Zico, mesmo contrariando este padrão “oficial”, também é uma vertente brasileira. Posto que se faz sucesso é porque “cola” com os anseios da comunidade. Mesmo que a maioria dos modelos de idolatria em nossa sociedade enfatize um padrão mais próximo do que “essencializamos” como sendo tipicamente brasileiro, há espaço para outras narrativas mais universalistas, mas que nem por isso deixam de ser brasileiras. É importante estarmos atentos para os discursos que fogem dos padrões considerados “oficiais”. Eles podem ser extremamente reveladores de faces do Brasil que não nos acostumamos a celebrar.

Bibliografia

- Brandão, Junito de Souza 1993 *Mitologia Grega, vol. 3* (Petrópolis: Vozes).
- Bucar Nunes, Marcus Vinícius 1986 *Zico: uma lição de vida* (Brasília: Offset Editora Gráfica e Jornalística).
- Campbell, Joseph 1995 *O Herói de Mil Faces* (São Paulo: Cultrix).
- Coelho, Maria Claudia e Helal, Ronaldo 1996 “A Indústria Cultural e as Biografias de Estrelas: as histórias de Babe Ruth e Tina Turner” in *Cadernos Pedagógicos e Culturais* v5 n. 1-2 (Centro Educacional de Niterói).
- Da Matta, Roberto 1979 *Carnavais, Malandros e Heróis*. (Rio de Janeiro: Zahar).
- Eco, Umberto 1979 *Apocalípticos e Integrados* (São Paulo: Perspectiva).
- Helal, Ronaldo 1999 “Mídia, Ídolos e Heróis do Futebol”, in *Revista de Comunicação, Movimento e Mídia na Educação Física*, vol.2 (CEFD/UFMS).
- Helal, Ronaldo 1998 “Cultura e Idolatria: Ilusão, Consumo e Fantasia” in Rocha, Everardo (org.) *Cultura e Imaginário* (Rio de Janeiro: Mauad).
- Helal, Ronaldo 1998 “Mídia, Construção da Derrota e o Mito do Herói”, in *Motus Corporis* vol. 5 n.2 (Rio de Janeiro: UGF).
- Helal, Ronaldo & Gordon J., Cesar Claudio 1999 “Sociologia, História e Romance na Construção da Identidade Nacional Através do Futebol”, in *Estudos Históricos* (Rio de Janeiro: FGV).
- Morin, Edgar 1980 *As Estrelas de Cinema*. (Lisboa: Horizonte).
- Rocha, Everardo 1996 “As Invenções do Cotidiano: o descobrimento do Brasil e a conquista do Tetra”, in *Pesquisa de Campo* n° 3-4 (Núcleo de Sociologia do Futebol/UERJ).
- Soares, Antonio Jorge G. 1998 *Futebol, raça e nacionalidade: releitura da história oficial*. Tese de Doutorado. Programa de PósGraduação em Educação Física (Rio de Janeiro: Universidade Gama Filho).
- Távola, Artur 1985 *Comunicação é Mito* (Rio de Janeiro: Nova Fronteira).
- Zico 1996 *Zico Conta Sua História* (São Paulo: FTD).

Notas

1. Muitas das observações aqui apresentadas foram extraídas, com algumas alterações, do artigo “Mídia, Ídolos e Heróis do Futebol”, publicado na revista *Comunicação, Movimento e Mídia na Educação Física*, vol.2 , ano 2, CEFD/UFSM, 1999.
2. Sobre uma discussão a respeito da reprodução de narrativas da imprensa pela academia ver Soares (1998) e Helal e Gordon (1998).
3. Esta observação está calcada em depoimentos tomados pelo autor de pessoas ligadas ao universo do futebol.
4. Para uma análise sobre o modelo universal da figura do herói, tendo como fonte de análise o filme “Herói por Acidente”, de Stephen Frears, ver Helal in Rocha (1998).

História e a invenção de tradições no futebol brasileiro

◀ Antonio J. Soares*

...devo dizer que,
se não há diferenças entre os fatos da história e da ficção,
então não faz sentido ser historiador. Eric Hobsbawm¹

Introdução

Ao recorrer à literatura, acadêmica ou jornalística, sobre o passado do futebol brasileiro, temos a impressão de estarmos sempre lendo os mesmos textos com variações não significativas. Em quase toda a produção sobre a história do futebol brasileiro encontram-se três momentos narrativos integrados ou amalgamados, que falam da chegada do futebol inglês e elitista ao Brasil, da sua popularização e do papel central do negro nesse processo. O primeiro momento narra a chegada do futebol e enfatiza a *segregação dos negros e dos pobres*, o segundo relata suas *lutas e resistências* e o terceiro descreve a *democratização, ascensão e afirmação* do negro no futebol. Esse tipo de narrativa, reproduzido no interior das ciências sociais, encontra sua origem e validade no livro *O negro no futebol brasileiro* (NFB),² escrito por Mário Filho, cuja primeira edição foi publicada em 1947 e a segunda, acrescida de dois novos capítulos, em 1964.³ Assim, o NFB funciona como história mítica que vai sendo atualizada adequando-se às demandas de construção de identidade e/ou às denúncias anti-racistas, independentemente do piso sociológico, histórico ou antropológico do qual os textos afirmam partir.

* Doutor pela Universidade Gama Filho, 1998; Professor do Programa de Pós-Graduação em Educação Física da Universidade Gama Filho-BRA; Professor do Centro Federal de Educação Tecnológica Celso Suckow da Fonseca - Rio de Janeiro. Autor do livro *Futebol, Malandragem e Identidade*. Vitória, Secretaria de Difusão e Produção Cultural/Universidade Federal do Espírito Santo, 1994.

A reiteração obsessiva de tal narrativa confirma, valida e faz verdadeira a história contada. Os “causos” e fatos descritos a partir do NFB assumem toda a carga explicativa, mais simbólica do que argumentativamente, do processo de exclusão, popularização, democratização e construção do estilo brasileiro de jogar futebol. A recontada história do futebol transforma-se em mito, tal como definiu Watt (1997: p. 16): “uma história tradicional largamente conhecida no âmbito da cultura, que é creditada como uma crença histórica ou quase histórica, e que encarna ou simboliza alguns valores básicos de uma sociedade”. Pode-se dizer que novas narrativas acabam por consolidar a tradição do futebol brasileiro (cf. Hobsbawm, 1997).

Mas, poder-se-ia perguntar, que problemas haveria em usar Mário Filho como fonte de fatos e interpretações da história do futebol brasileiro? De fato, não haveria problema algum se a obra fosse tomada como mais uma fonte de informação e contrastada ou cruzada com outras. O problema é que a obra em questão tem sido utilizada, no interior das ciências sociais, como prova para as interpretações, estabelecidas a priori sobre as relações raciais no futebol e sobre o singular estilo de futebol nacional. A carência de historiografia sobre o futebol converteu o NFB em clássico, na verdade em laboratório de provas, sem passar pelo rigor da crítica. Um dos sintomas da carência ou mesmo da ausência de fontes é o fato de os consumidores do NFB, que chamo de “novos narradores”,⁴ construirem legitimações acadêmicas da obra e de seu autor:

1 - [Em] *O negro no futebol brasileiro* Mário Filho faz uma verdadeira etnografia da relação do clube de fábrica com a vida social local dominada pela vida operária no bairro de Bangu. (Leite Lopes, 1994: p. 80)

2 - *O negro no futebol brasileiro* é uma obra de significativa importância para a história do futebol brasileiro (talvez a mais completa fonte historiográfica já levantada sobre nosso futebol) e, mais que isso, uma contribuição valiosa para a compreensão de nossa identidade. (Gordon Jr., 1995: p. 72)

Cabe ainda uma última palavra sobre o livro de Mário Filho. *O negro no futebol brasileiro* é um livro rico e interessante, um relato vivo e minucioso da luta do negro na sociedade brasileira, dentro de uma esfera particular e significativa - o futebol. Com ele, Mário Filho deixou um relato objetivo sobre a devida dimensão do futebol no processo de democratização das relações raciais no Brasil. (Gordon Jr., 1996: p. 77)

3 - Vale a pena citar Mário Filho, sem dúvida, o maior conhecedor do futebol brasileiro dessa época. Extremamente objetivo, o autor nos dá uma noção precisa da ascensão e perseguição ao Vasco, quando da conquista do campeonato em 1923. (Caldas, 1990: p. 46)

Os cientistas sociais que utilizam a obra de Mário Filho a qualificam de verdadeira, objetiva e completa. Parecem anunciar que, de fato, pouco se teria a di-

zer sobre o período coberto pela obra em questão. Contudo, a utilização acrítica de dados e interpretações do NFB faz com que os “novos narradores” acabem por incorporar o viés nacionalista que inspirou Mário Filho, embora desejem atacar a democracia racial e acentuar o racismo ou a segregação na sociedade brasileira. Deixam de considerar que o NFB e seu autor sofreram as influências dos anos 30 e 40, marcados, sobretudo, pela mentalidade nacionalista e pela esperança da conciliação racial. As elaborações de Mário Filho sofreram a influência não só do pensamento de Gilberto Freyre, mas também de um “freyrismo popular”.⁵ A visão de Mário Filho, como a de outros intelectuais, artistas e escritores de sua época, está condicionada pela crença em um Brasil que, em poucos anos, teria passado da escravidão para a integração racial, via mestiçagem, caldeamento, amálgama ou conciliação. A mensagem que se poderia extrair dessa visão é a de que não só o nosso racismo seria diferente, como estaríamos superando o racismo, embora os Estados Unidos, com todo o seu desenvolvimento, não o tenham feito. Por essa razão seríamos originais, especiais, e teríamos nossa própria história, identidade e futuro.

Mário Filho não escreveu história em sentido clássico, mas utilizou sua criatividade de prosador para escrever crônicas romanceadas sobre o futebol brasileiro. Construiu uma espécie de crônica-romance que é um épico do negro no futebol brasileiro, onde os fatos são lidos, remontados e reescritos como tramas raciais. Tanto é assim que sua narrativa opera com uma espécie de deslocamento de foco: qualquer “causo” ou fato serve para colocar em destaque a separação entre brancos e negros (ricos e pobres), a resistência dos últimos aos primeiros e a singular integração nacional a partir do futebol. A narrativa do NFB acaba por emitir a mensagem: o futebol, quando branco, era um produto importado; quando preto e mestiço, torna-se brasileiro. Observe-se que esse tipo de narrativa em muito se assemelha à estrutura do conto, no sentido de Vladimir Propp (1984).⁶ O racismo no NFB pode ser pensado como o “inimigo interno” que impedia a realização da nação, mas que acaba derrotado, no plano da narrativa, enquanto a nação se realiza em função da integração do negro e da afirmação do futebol brasileiro (cf. Hobsbawm, 1990). Assim, o racismo fica subordinado à unidade nacional na narrativa. De fato, o NFB pode ser pensado com um texto que se ajustou à construção do sentimento de nacionalidade de sua época.

Diante dessa alternativa de leitura, a utilização da obra de Mário Filho pelos “novos narradores” poderia ser qualificada como pouco virtuosa, talvez oportunista e, sobretudo, utilitária, por parte daqueles que se nutrem de seus dados e interpretações para denunciar o racismo, a segregação e a ideologia da democracia racial; para achar ou inventar os “processos de resistência do negro”; e, por fim, para elogiar a afirmação do negro no futebol e o processo de democratização. Os “novos narradores” ao combaterem a democracia racial salientando o racismo com dados e “causos” do NFB, acabam por ser tragados pela construção nacionalista de Mário Filho e terminam, mesmo sem desejarem, elogiando a integra-

ção nacional no símbolo do futebol. Os “novos narradores” continuam à narrativa de Mário Filho para manter viva as tradições inventadas sobre o Brasil e seu futebol. Essa é a principal hipótese que pretendemos desenvolver ao longo deste texto.⁷

O artigo está dividido em duas partes. Na primeira realizo uma síntese parcial da obra de Mário Filho e da estrutura de seu livro. Na segunda apresento como a estrutura narrativa do NFB está reproduzida no interior das ciências sociais.

O conto de Mário Filho e a invenção de uma tradição

A narrativa do NFB mais se aproxima do campo do romance, do conto ou da construção de uma história de identidade, no sentido de Hobsbawm (1997, capítulo 21). Se olharmos o NFB e a ordenação dos seus capítulos, veremos que a estrutura assemelha-se à do conto: a) ao herói impõe-se uma carência ou dano, uma proibição e o afastamento de sua comunidade; b) a proibição é transgredida, e o herói nessa etapa é enganado ou humilhado por seus antagonistas; c) o herói é submetido a provação, mas algo mágico lhe é doado auxiliando-o a superar as adversidades; d) o herói consegue o triunfo sobre as adversidades; a carência ou dano inicial são reparados, e assim ele retorna à sua comunidade reconhecido pelo seu feito; e) a continuidade do conto sempre levará ao herói uma nova imposição de dano que será mais uma vez reparada ao serem cumpridas todas as etapas subsequentes. Observemos que a narrativa do NFB apresenta mais ou menos essa estrutura.⁸

No primeiro capítulo do NFB, “Raízes do saudosismo”, o dano é imposto ao negro no espaço do futebol por Mário Filho. O capítulo inicia-se com a frase lapidar: “Há quem pense que o futebol do passado é que era bom” (Rodrigues Filho, 1964: p. 3). A crítica de Mário Filho não se dirige ao sentimento daqueles que pensam o passado como áureo e o presente como pura degradação. A intenção desde a primeira linha é armar um cenário ou trama para dizer que o passado do futebol não era idílico. O futebol seria, antes de tudo, um espaço reservado às elites. Por isso ele diz que “de quando em quando a gente esbarra com um saudosista. Todos brancos, nenhum preto” (*ibidem*). O saudosista não seria um reivindicador de qualidades do futebol do passado, mas apenas um crítico da popularização, um crítico ressentido de um futebol aristocrata e branco que se tornou popular e, conseqüentemente, negro. Assim, vai construindo Mário Filho a idéia de um passado inglório para explicar como uma história de glórias, via miscigenação e popularização, foi realizada no futebol.

A imagem do *saudosismo* representa separação social e preconceito no texto de Mário Filho.⁹ Representa que o futebol era inglês e que muitos membros da colônia inglesa dividiam esse espaço social com membros das elites brasileiras,

principalmente brasileiros que haviam estudado no exterior e lá aprenderam o nobre esporte bretão. Apesar de marcar a idéia de que o futebol era restrito às elites, logo não-negro, na continuidade desse capítulo o autor apresenta uma série de negros, pretos e mulatos que povoavam os clubes de elite.¹⁰

O capítulo termina com o anúncio do primeiro grande herói do futebol brasileiro, o mulato Friedenreich, filho reconhecido de alemão com mãe preta, que se tornou herói ao marcar o gol da vitória brasileira no Campeonato Sul-Americano de 1919. Contudo, o feito torna-se secundário. Mário Filho diz que Friedenreich não se tornara herói simplesmente por ter marcado o gol da vitória, mas, sobretudo, por ser mulato. A raça de Friedenreich o identifica com a massa do povo brasileiro. Apoiando-se em Freyre, Mário Filho diz que o imaginário popular prefere acariciar um herói ou santo com barba e cabelo carapinha do que um louro de olhos azuis (Rodrigues Filho, 1964: p. 54). Friedenreich, segundo Mário, teria feito o povo descobrir que “o futebol devia ser de todas as cores, futebol sem classes, tudo misturado, bem brasileiro” (*ibidem*); sentencia o autor: “o chute de Friedenreich teria aberto o caminho para a democratização do futebol brasileiro, democratização que viria lentamente, mas que não pararia mais, a despeito de tudo” (*ibidem*). Observe-se que Mário Filho em tom eloqüente anuncia o início o símbolo (Friedenreich) do processo de democratização do futebol brasileiro. Esse mito fundador do processo é reproduzido pelos novos narradores com frequência em seus artigos da mesma forma que anunciam o início e difusão do futebol no Brasil pelas bolas que Charles Miller trouxe da Inglaterra.¹¹

No segundo capítulo, “O campo e a pelada”,¹² a intenção de Mário Filho é narrar a forma pela qual as camadas populares, os negros em especial, se socializaram com o futebol. A separação entre brancos e negros, ricos e pobres, ainda é uma tônica nesse capítulo; o negro ainda se encontra afastado da comunidade do futebol dos “grandes clubes” e em situação de “dano”. Mas, aos poucos, Mário vai mostrando como os negros se socializaram e ganharam visibilidade nesse espaço social, entretanto, o autor ainda lembra que eles eram alvos de preconceito. A popularização e a socialização do futebol são momentos estratégicos na narrativa. O texto descreve novos personagens e renova funções de personagens já citados, bem ao estilo dos contos. Por exemplo, Friedenreich, que no capítulo anterior tinha sido elevado à condição de herói por sua raça ou por sua cor, perde agora a cor em função da necessidade do autor de marcar as distâncias entre negros e brancos.

Mais uma prova de que o futebol era um jogo de branco. Nenhum clube com mulatos e com pretos tinha sido campeão de 1906 a 1922. A exceção fora Friedenreich na seleção brasileira. pai alemão, não queria ser mulato. Nem mesmo quando se separou o branco do preto, quando se quis ver quem jogava mais, o branco ou o preto. Formava-se um escrete de brancos, um escrete de pretos e mulatos, Friedenreich não era escalado em nenhum dos dois.

Uma homenagem que se prestava ao autor da vitória do Brasil de 19. Nem branco nem mulato, sem cor, acima dessas coisas. (Rodrigues Filho, 1964: p. 119)

“O campo e a pelada” estabelece, inicialmente, a separação entre elites e populares. As elites possuíam o *ground ou field* para o aprendizado do futebol a inglesa, e os populares possuíam a pelada ou o racha nos terrenos baldios. Mário inicia o capítulo assim: “[O] jogador branco tinha de ser, durante bastante tempo, superior ao preto. Quando o preto começou a querer aprender a jogar, o branco já estava formado em futebol. O grande clube sendo uma espécie de universidade” (Rodrigues Filho, 1964: p. 59). Mário Filho diz que o branco aprendia o futebol na academia, com professor, e o preto e o mulato aprendiam na “escola pública”, isto é, na rua, sem professor. Mas, desse aprendizado sem professor, descalço, com bola improvisada, é que nasceria a forma do negro aprender a jogar o futebol à brasileira. Diz Mário: “O branco dos *fields*, dos grandes clubes, tendo ainda por cima um professor, o capitão do time, gritando sem parar em inglês, o preto das peladas, das ruas, não tendo ninguém. A única coisa que o ajudava era a intuição...” (*idem*: p. 60). Da escassez e da intuição nasceria o estilo brasileiro de futebol, isto é, o elemento mágico de que o herói precisa para vencer as adversidades. Uma coisa comum em países subdesenvolvidos e pobres é a crença que são mais criativos em função da escassez, entretanto, esses países possuem um baixo registro de patentes se comparados com os países desenvolvidos.¹³

Mário, depois de marcar o papel marginal do negro no aprendizado do futebol, anuncia que a vantagem do futebol branco estava com seus dias contados. O Clube de Regatas Vasco da Gama forma uma equipe multirracial e miscigenada —quase todos os jogadores eram semi-analfabetos e pobres, mas “diplomados” em futebol— e sagra-se campeão em 1923. Segundo o autor, o Vasco teria aberto as portas para pretos e mulatos seguindo a boa tradição portuguesa da mistura.

Desaparecera a vantagem de ser de boa família, de ser estudante, de ser branco. O rapaz de boa família, o estudante, o branco, tinha de competir, em igualdade de condições, com o pé-rapado, quase analfabeto, o mulato e o preto para ver quem jogava melhor.

Era uma verdadeira revolução que se operava no futebol brasileiro. Restava saber qual seria a reação dos grandes clubes. (*idem*: p. 128)

A reação dos grandes clubes à vitória vascaína, destacada pelo autor, foi à criação de uma nova liga de futebol como protesto, a AMEA (Associação Metropolitana de Esportes Atléticos).¹⁴ Aí estaria a prova do preconceito racial segundo a interpretação dominante. Diz Mário, já no capítulo seguinte: “[O] que acontecera em 23 precisava não se repetir mais. Era o que explicava a AMEA. Em 24 nascia a AMEA, uma liga de grandes clubes, sem o Vasco” (*idem*: p. 132). O autor, depois de deixar transparecer que a questão racial teria motivado a criação da

AMEA e a exclusão do Vasco desta liga, começa a inserir detalhes ou dados que fragilizam a interpretação racial que dá à primeira vista.¹⁵

No terceiro capítulo, “A revolta do preto”, Mário trata do contínuo processo de apropriação do futebol pelos estratos inferiores da sociedade, sem com isso deixar de relatar os avanços e retrocessos em direção à integração racial e à democratização do futebol. Os negros e mulatos revelam-se excelentes jogadores, e os clubes já não poderiam deles prescindir. Assim, a correlação de forças começava a mudar segundo as conjeturas realizadas por Mário Filho: a) o jogador passa a ser mais importante que o clube; b) a vitória do Vasco em 1923, a do São Cristóvão em 1926, representaram a resposta para aqueles que não acreditavam na mistura das raças e na competência do negro. Contudo, podemos achar no livro de Mário Filho descrições que indicam que essas equipes sofreram um processo intensivo de treinamento, idéia contrária a improvisação e naturalidade do jogador brasileiro. Todavia, a tônica do discurso é que essas vitórias significavam que o bom futebol não se joga à inglesa ou só com brancos, mas à brasileira, com pretos, brancos e mulatos, tudo bem misturado.

“A revolta do preto” assume diferentes sentidos. Descreve a insubordinação, a exploração, a doença e a luta do jogador negro. Entretanto, o fundamental nesse capítulo é o fato de indicar que o caminho para a ascensão social do negro estava aberto. Poder-se-ia dizer, em termos sociológicos, que a unidade nacional estava a caminho nesta parte do texto de Mário Filho, e que os “inimigos” estavam definhando. O herói tem sempre que passar por obstáculos e desafios para que a vitória final tenha o sentido dramático. Nos “novos narradores”, toda essa narrativa transforma-se em linguagem sociológica da resistência, sendo que essa categoria assume uma polissemia incontrolável em seus discursos.

“A ascensão social do negro”, título do último capítulo da primeira edição (1947), seria a conclusão à qual chega Mário Filho em 1947.¹⁶ O capítulo seria a resposta à trama montada: o negro excluído no início do futebol à inglesa, assistindo ao jogo da geral, se tornaria, nas décadas de 30 e 40, a expressão do futebol brasileiro. O negro que jogava “sabendo o seu lugar” passaria, nesse período, a afirmar-se frente à elite branca. Um encontro entre Friedenreich e Leônidas da Silva é descrito de forma que parece confirmar a tese de que o primeiro teria aberto o caminho para a democratização do futebol, e o segundo continuaria a saga do negro como herói: Friedenreich, herói do Sul-Americano de 1919; Leônidas da Silva, o maior ídolo do futebol dos anos 30 e 40 e o inventor da bicicleta. Ambos negros, por isso heróis de “barba e cabelo carapinha”,¹⁷ à imagem e semelhança do povo brasileiro (Rodrigues Filho, 1964: p. 54 e 375).

“Os pretos estavam por cima”, conjectura Mário Filho em função da conquista da Copa Rio Branco em 1932 (Rodrigues Filho, 1964: p. 214). O autor reforça essa idéia citando o texto que José Lins do Rego¹⁸ havia escrito para o prefácio do livro *A Copa Rio Branco*, 32, de autoria do próprio Mário Filho: “Os ra-

pazes que venceram, em Montevidéu, eram um retrato da nossa democracia racial, onde Paulinho, filho de família importante, se uniu ao negro Leônidas, ao mulato Oscarino, ao branco Martim. Tudo feito à boa moda brasileira” (*ibidem*).

Boa parte do capítulo “Aascensão social do negro” é gasta narrando a mobilidade social¹⁹ e a democratização que se operou no espaço do futebol. Na edição de 1947, Mário Filho sentenciava que “em *foot-ball* não havia o mais leve vislumbre de racismo. Todos os clubes com seus mulatos e seus pretos. Um preto marca um *goal*, lá vêm os brancos abraçá-lo, beijá-lo. O *goal* é de um branco, os mulatos, os pretos, abraçam, beijam o branco” (Rodrigues Filho, 1947: p. 293).

Esse e outros tipos de afirmação sobre o poder democrático do futebol e o fim do racismo foram suprimidos na segunda edição, ainda que o autor afirme ter mantido intacto o texto no prefácio escrito para essa edição. Com a supressão dos trechos conclusivos, Mário pôde acrescentar dois novos capítulos: “A provação do preto” e “Avez do preto”. Observe-se que os títulos indicam mais uma vez novas situações de “dano” e superação pelas quais o herói deverá passar ao longo da narrativa. As supressões de segmentos de textos, que indicam a realização da democracia racial na primeira edição, poderiam ser interpretadas como uma releitura de Mário Filho sobre o racismo brasileiro. Entretanto, os cortes realizados apenas servem para acrescentar dos novos capítulos acrescidos na edição de 1964.

No capítulo “A provação do preto” desenrola-se um roteiro que procura demonstrar que o negro ainda estaria em desigualdade. Mário faz voltar a cena do preconceito racial ou “dano” imposto ao negro num outro nível. O novo texto não omite que o negro havia conquistado um lugar ao sol no futebol brasileiro, nem que os grandes clubes possuíam negros em suas equipes. Apesar disso, o nosso autor crê que a preferência pelo jogador branco não se havia extinguido, pois em igualdade de condições o negro ainda seria preterido.

Neste capítulo pode-se observar uma narrativa que apresenta o jogador negro vivendo ambigüidades e contradições no futebol. Apesar de os anos 30 terem revelado Leônidas e Domingos, e de o futebol ser o maior meio de ascensão social para o negro, o racismo não acabara — não acabara apenas na segunda edição, pois na primeira, lembremos, era página virada na história segundo o autor. O negro mais uma vez estaria em situação de provação. Assim, “Aprovação do negro” começa enunciando a derrota do Brasil em 50, mas deixa a descrição desse drama para o último capítulo.

“Avez do preto” inicia-se com a descrição da derrota de 16 de julho de 1950. Este capítulo descreve o clima de euforia havia tomado a nação após a vitória do Brasil sobre a Espanha, no jogo que ficou conhecido como “Touradas de Madrid”.²⁰ O Brasil já era o campeão desde a véspera, e faltava apenas o Uruguai. Mário Filho faz questão de dizer que o excesso de confiança não vinha dos jogado-

res. A confiança desmedida vinha do torcedor, vinha do brasileiro, segundo Mário Filho. Todos estavam ainda embevecidos pela vitória sobre a Espanha.

Mário Filho, bem ao estilo de narração de um jogo transmitido pelo rádio, vai descrevendo o fatídico “desastre de 16 de julho” como um drama que se assemelha a um velório à italiana. Descreve tensões, ações e gols que fizeram a desgraça nacional. Enfim, detalha o cenário formado antes, durante e depois do jogo. Os brasileiros esperavam que a goleada sobre a Espanha se repetisse. O Brasil saiu na frente, o Uruguai empatou e virou o jogo. Mário Filho diz que quando o árbitro deu o apito final “o Maracanã transformou-se no maior velório da face da terra. Todo mundo queria ir embora, desaparecer.. Ouviam-se gritos de viúvas sicilianas” (Rodrigues Filho, 1964: p. 335).

A derrota do Brasil teria supostamente começado quando o uruguaio Obdúlio Varela (*El Gran Capitán*) deu safanões em Bigode (jogador brasileiro bastante viril, que tinha sido orientado a não reagir às provocações) e uma bronca em seu companheiro Gigghia, que viria a se empenhar muito no jogo e marcar o gol da vitória. Por esse episódio, identificou-se como o primeiro grande culpado do time brasileiro o negro Bigode, que se teria intimidado com os safanões de Obdúlio Varela. O segundo grande culpado foi o goleiro Barbosa.²¹ O terceiro culpado, Juvenal, outro negro, foi apontado pelo técnico Flávio Costa. “Assim três pretos foram escolhidos como bodes expiatórios: Barbosa, Juvenal, Bigode.²² Os outros negros ficaram de fora: Zizinho, Bauer, e Jair da Rosa Pinto” (*ibidem*). O fato de outros negros não terem sido culpabilizados torna pelo menos ambígua a idéia do *recrudescimento do racismo* cunhada por Mário Filho. Mais ainda, a pesquisa nos jornais da época não registra nenhuma referência à culpa pelo fato de os três serem negros. Porém, a narrativa de Mário prossegue tentando demonstrar que a derrota de “16 de julho” fizera reacender o debate e os preconceitos em torno da inferioridade racial dos negros.

O recrudescimento do racismo, segundo a análise que estou aqui realizando, parece apenas representar uma estratégia para Mário Filho anunciar dano, perseguição, injustiça, separação e, por fim, anunciar a vitória dos injustiçados e o retorno da unidade nacional; o retorno do Brasil multirracial e miscigenado.

Os novos problemas enfrentados pelo negro na derrota de 50 só seriam superados definitivamente com a vitória na Copa de 58. O mulato, Garrincha, e o preto, Pelé, saíam heróis nacionais nas Copas de 58 e 62. Mas é com a figura de Pelé que, definitivamente, Mário Filho vai demonstrar que o negro poderia ser negro e ter orgulho de sua raça. A narrativa indicaria Pelé com mais atributos de nobreza que os heróis anteriores. Friedenreich e Leônidas da Silva, também negros, se diferenciariam de Pelé por não terem o mesmo orgulho da cor ou da raça. De certa forma, vários negros haviam passado pelo futebol brasileiro, e quando ascendiam socialmente eram embranquecidos. A ideologia do branqueamento indica que a mobilidade social corresponde a “mobilidade racial”. Entretanto, Pe-

lé, na narrativa, teria ascendido socialmente sem requerer o embranquecimento. Mário Filho para afirmar Pelé como o grande ídolo o compara com Garrincha, demonstrando que o primeiro poderia ser o “rei do futebol” por ter tido uma estrutura familiar segura, enquanto Garrincha tinha uma história familiar desestruturada. Observe-se aqui que o ideal de família de Mário Filho é aquele que se assemelha ao modelo nuclear da família burguesa.

Observemos a seguir, como a tradição iniciada, por Mário Filho e sua geração, vai sendo atualizada e transformada pelos “novos narradores” nos momentos narrativos de *segregação*, *de luta e resistência* e de *democratização e afirmação do negro* no futebol.

Os “novos narradores” e a atualização da tradição. A segregação

O primeiro núcleo narrativo fala de *segregação* e reitera a idéia de que só as elites brancas ou aristocráticas tinham acesso ao futebol. Assim, o futebol, em seu início ou fundação no Brasil, seria elitista e racista, na medida em que os pobres, e especialmente os negros eram dele excluídos. Os “novos narradores” outorgam maior peso à exclusão dos negros que à dos pobres brancos. A história contada reitera o tom do dano que os negros sofreram com a introdução do futebol. O fato de o futebol, introduzido pelas e para as elites, ser encarado como segregação pode, por analogia, indicar que outras apropriações culturais (como a moda francesa, a literatura ou o hábito do *five o'clock*) eram também segregadoras. Observe-se que o conceito de segregação se confunde com o de distinção social no interior das novas narrativas.²³

Mário Filho, por sua vez, não usa a palavra segregação; ele trabalha com a idéia de barreiras raciais e de classes a partir das oposições futebol branco versus preto, time grande versus pequeno, times da cidade versus do subúrbio. Essas imagens aparecem como sinônimos de distinção social, divisão social, preconceito de classe ou raça. Os “novos narradores” “desambigüizam” sua fonte e enfatizam a idéia de exclusão, proibição e segregação. Utilizam estas palavras-conceito como se fossem sinônimas. A situação de dano, imposta ao negro por Mário Filho, transforma-se, nas novas narrativas, em linguagem de segregação. Nessa linha de construção, Murad (1994a: p. 72) afirma que,

o requintado esporte de elite, em seu momento inicial, o “violento esporte bretão”, como passou a ser conhecido, assumiu irrecusável posição de classe e produziu já na sua origem sua primeira forma de violência social e racial, bem como as primeiras vítimas, quando chegou ao *extremo de ser proibido a negros e pobres*, já fortemente discriminados e estigmatizados numa formação social dominada pelo colonialismo e pelo escravismo, enquanto constantes estruturais. (grifo nosso)

Gordon Jr. (1995: p. 80), nesse caminho afirma:

Note-se que essa *ausência de jogadores negros não era casual*: havia mesmo, até 1918, *uma imposição formal* da Federação Brasileira de Sports (à época, órgão regulamentador em nível nacional) *contra a participação dos negros* nas equipes esportivas. Foi somente em 18, cedendo às pressões de setores da imprensa, que a Federação autorizou formalmente os clubes e entidades regionais a aceitarem inscrições de negros. (grifo nosso)

As afirmações são feitas categoricamente sem que se apresentem documentos ou sem que as fontes utilizadas sejam tratadas criticamente e com rigor; os regulamentos ou leis segregadoras não são citados.²⁴ Gordon Jr., por exemplo, fundamenta sua afirmação baseada exclusivamente no Caderno Especial 100 *Anos de Futebol*, publicado pela *Folha de S. Paulo* em 16 de janeiro de 1994. Gordon Jr. não se questiona e não averigua a natureza dos dados utilizados para afirmar que existia uma imposição formal proibindo a participação de negros. Embora o autor pareça cruzar seu texto, empiricamente fundado no NFB, com outros estudos sobre as relações raciais, não acha suspeito afirmar que existia uma “imposição formal” aos negros após a Abolição. Um dos problemas que sempre tornou difícil a discussão do racismo brasileiro em comparação com o norte-americano, após a Abolição, é o fato de o Brasil não possuir estrutura legal de segregação enquanto os Estados Unidos possuíam leis segregacionistas até a década de 50.²⁵ Se existem provas de “imposições formais”, portanto escritas e documentadas, acredito que Gordon Jr. devesse dá-las a público. Isso faria rever, em certa medida, boa parte da historiografia e da sociologia sobre as relações raciais no Brasil. Mas, provavelmente, Gordon Jr. não possui fontes seguras para sua afirmação. Por outro lado, se Gordon Jr. estivesse atento ao seu inspirador —já que ele acredita ser o NFB a maior fonte historiográfica do futebol—, teria visto que Mário Filho afirma que,

[os] documentos oficiais me mostraram que a história verdadeira se escreve de outro jeito. Quem manuseasse, como duas vezes, de 6 a 23, os livros da AMEA, de 24 a 32, colocados à minha disposição pelo presidente da Confederação Brasileira de Desportos, Rivadávia Corrêa Meyer, além dos relatórios da própria Confederação, não descobriria, em parte alguma, nada da luta do negro, se não entrasse na intimidade dos fatos. As atas, a correspondência dos clubes, não falam de negros. As leis não tocam nem de leve na questão da raça. Limitam-se a levantar barreiras sociais, proibindo que trabalhadores braçais, empregados subalternos, contínuos, garçons, barbeiros, praças de pré e por aí afora, jogassem futebol em clubes filiados. (Rodrigues Filho, 1964, Nota ao Leitor)

Os “novos narradores”, com intenção de escrever uma história de identidade, enfatizam o conceito de segregação sem apoio empírico, sem fontes seguras e sem fineza analítica e, sobretudo, sem distinguir, como Freyre insistia, preconceito de segregação, para, subsequente, inventar uma linguagem de luta e de

resistência. Contudo, acabam reproduzindo a figura do dano presente no capítulo “Raízes do saudosismo” do NFB. Há que se destacar que essa idéia do dano aparece de forma mais complexa e ambígua no NFB.²⁶

Luta e resistência

O segundo momento elabora-se em torno da fase heróica: conta o processo de *luta e resistência* dos segregados para se apropriar desse bem cultural. As narrativas partem do entusiasmo quase instantâneo e crescente que teriam tido os populares pelo esporte, que, contra a profecia de Graciliano Ramos, tornou-se um fogo de palha insólito, por duradouro (cf. Soares e Lovisoló, 1997). Teria sido nas fábricas têxteis, nos campos de várzea ou nos terrenos baldios que a parte negra da sociedade brasileira teria tido acesso ao futebol. A fábrica significava acesso ao trabalho formal e ao futebol, segundo as interpretações até hoje formuladas. No caso do Rio de Janeiro, a descrição de Mário Filho, se mantém nos “novos narradores”, a saber: os técnicos ingleses (operários qualificados), vindos diretamente da Inglaterra para trabalhar na Cia. Progresso Industrial (firma formada com capital português), organizaram-se rapidamente para formar o *Bangu Football Club*. Mas, em função do número insuficiente de ingleses para formar duas equipes, foram obrigados a contar com a participação dos operários brasileiros. Assim, os negros e pobres teriam tido acesso ao futebol na fábrica. Observe-se que os “novos narradores” não analisam que a razão utilitária, nesse caso, parece ceder aos supostos impulsos racistas que animaram a introdução do esporte no país. A necessidade é posta como porta de entrada para explicar o processo de apropriação do futebol pelos operários negros, mestiços e brancos pobres. Estes, pertencentes à parte inferior da sociedade, teriam sido misturados aos “legítimos” brancos, os ingleses, para aprender e praticar as artes do esporte bretão. Mas poder-se-ia perguntar: aprender o quê já que os elementos básicos do esporte estavam no corpo do brasileiro (ginga, dança e capoeira)?

Pelo tom das narrativas as respostas assumem contornos contraditórios e quase mitológicos. Os operários teriam aprendido com os ingleses o já sabido, pois, segundo as narrativas, o futebol já estaria no “sangue” afro-brasileiro, estaria no sangue do corpo oprimido pela chibata, mas liberto nas rodas de samba e de capoeira. Desenvolver habilidades com o corpo teria sido para o negro o requisito básico para sua sobrevivência no passado escravo e, já no mundo da liberdade formal, ele teria encontrado no futebol uma arena naturalmente adequada para sua expressão e resistência à opressão (cf. Murad, 1994a: p. 183-190).²⁷ Nesse tipo de construção está suposto que os negros, se possuíam uma habilidade natural ou historicamente condicionada, apenas aprenderam o formato do jogo: os objetivos, as regras e as táticas do esporte. Observe-se que o argumento que soa como politicamente correto poderia conter as sementes de um certo “racismo inver-

tido” que se manifestou, tradicionalmente, no elogio da sensibilidade do negro para a música e de sua força, resistência e habilidade corporal. O negro seria “naturalmente” bom para o trabalho pesado e para a expressão estética na dança, na luta da capoeira e na música. A capacidade intelectual ou de razão e de condução ficava, por certo, fora do elogio. O argumento a favor do negro no futebol poderia tornar o preconceito tradicional virtude esportiva.

Assim, os “excluídos” teriam inventado, mediante a improvisação baseada numa densa experiência corporal, uma nova e sedutora forma de jogar o rígido esporte bretão; um estilo original cheio de floreios, de dança, de ginga e de malícia, às margens do aristocrático, disciplinado e coletivo jogo inglês. Esse tipo de construção, reproduzida pelos “novos narradores”, foi pioneiramente elaborada por Gilberto Freyre num artigo jornalístico intitulado “*Foot-Ball mulato*”.²⁸ A boa participação do Brasil na Copa da França de 1938 é vista como um elogio à mistura de raças na equipe para Gilberto Freyre:

Um repórter me perguntou anteontem, o que eu achava das admiráveis performances brasileiras nos campos de Strasburgo e Bordeaux”.

Respondi ao repórter (...) que uma das condições de nosso triunfo, este ano, me parecia à coragem, que afinal tivéramos completa, de mandar à Europa um time fortemente afro-brasileiro. Brancos, alguns, é certo; mas grande número, *pretalhões bem brasileiros e mulatos ainda mais brasileiros*. (...)

O nosso estilo de jogar futebol me parece contrastar com o dos europeus por um conjunto de qualidades de surpresa, de manha, de astúcia, de ligeireza e ao mesmo tempo de espontaneidade individual em que se exprime o mesmo mulatismo de Nilo Peçanha foi até hoje a melhor afirmação na arte política.

Os nossos passes, os nossos pitu`s, os nossos despistamentos, os nossos floreios com a bola, há alguma coisa de dança ou capoeiragem que marca o estilo brasileiro de jogar futebol, *que arredonda e adoça o jogo inventado pelos ingleses e por outros europeus jogado tão angulosamente*, tudo isso parece exprimir de modo interessantíssimo para psicólogos e os sociólogos o mulatismo flamboyant e ao mesmo tempo o malandro que está hoje em tudo que é afirmação verdadeira do Brasil” (Freyre, 1938: s/p; grifo nosso).

Pode-se notar que a opinião de Freyre, expressa acima, nos serve como uma das muitas evidências que existem para demonstrar como foi construída uma história da identidade brasileira via futebol. No entanto, não se pode tomar tal opinião como um argumento que legitime ou explique o sucesso do futebol brasileiro via integração racial, miscigenação ou embate racial no futebol. De fato, a identidade é construída ou inventada socialmente. Apesar de parte dos estudos sobre o futebol brasileiro aceitarem essa premissa, suas narrativas acabam naturalizando, tornando essencial e legitimando tal construção social através de uma história que se explica pelos atributos raciais do negro e da miscigenação.

É verdade que o “estilo brasileiro”, do qual são os jogadores negros ou mestiços os principais artesãos, afirma-se na medida mesma em que ele pode melhor aparecer e caracterizar-se através da criação de jogadas, estas micro-reinvenções do jogo, que se tornam associadas à individualidade de determinados jogadores. Tal é o caso da invenção acrobática da “bicicleta” por parte de Leônidas. (Leite Lopes, 1994: p. 75)

Leite Lopes, ao longo do artigo, como na citação anterior, não se reocupa em distinguir as demandas de construção de identidade no jornalismo esportivo das ficções e das evidências que toma do NFB. A citação acima indica que Leite Lopes toma como verdade e valor a idéia de que o negro realizou micro-reinvenções no jogo, e uma das evidências que toma é a “bicicleta” inventada por Leônidas. É interessante notar que essa jogada é denominada “chilena” nos países de língua espanhola da América Latina. Galeano (1995: p. 57) afirma que foi inventada pelo chileno Ramón Unzaga, e que David Unzaga a exibiu nos estádios da Espanha quando o Colo-Colo viajou à Europa. Não importa tanto qual é a verdade sobre a bicicleta ou chilena, mas é necessário reconhecer como são inventadas as tradições pela repetição e reiteração de quase-histórias, no sentido de Watt. Ainda que os “novos narradores” entendam que a originalidade do brasileiro e de seu futebol é construída ou inventada, ao nutrirem-se do NFB, acabam por naturalizar e reforçar essas tradições. Ausência de um olhar comparativo reforça o a atenção sobre a própria tradição tornando bem mais difícil uma atitude de distanciamento.

As histórias ou quase-histórias que subsidiam a invenção de tradições sempre apresentam entre os ingredientes um momento fundador. Assim, o estilo brasileiro de futebol também possui um fundador ou um herói que encarna essa fundação. O mulato Friedenreich volta à cena para continuar sendo o herói que encarna a fundação. A tradição de Mário Filho vai sendo constantemente atualizada. Observem-se as palavras de Joel Rufino dos Santos:

O cuidado que os primeiros clubes tiveram ao recrutar estes elementos tapa-buracos é curioso: não podia ser preto, naturalmente; nem procurado pela polícia. Mulatos serviam, desde que fossem excepcionais com a bola no pé (e, como o célebre Carlos Alberto, pudessem embranquecer com pó de arroz). Ali! Uma coisa importante: tinham que jogar à européia, repetindo os movimentos e jogadas ensinadas pelos folhetos ingleses que se vendiam junto com o material de jogo.

Foi aí que apareceu Friedenreich. “Incrível o que se viu naquela tarde de ontem, meus amigos! El tigre, El namorado de la América, com gingas espetaculares, driblou oito inimigos da Pátria. Embaixo dos paus, não quis fazer o goal, voltando até o meio do campo. Os inimigos arrancaram-lhe, de puro ódio, 12 dentes da boca...”;

(...) Ele foi o fundador da Escola Brasileira de Futebol: o drible desconcertante, a firula diabólica, a doce matada no peito, o passe que deixa o compan-

heiro cara a cara com o goleiro inimigo. Friedenreich rasgou os manuais ingleses que ensinavam a jogar futebol. (Santos, 1981: p. 18-9)

Numa linguagem mais antropológica, mas com pouco rigor e crítica do uso do NFB, Gordon Jr. também apresenta o início da democratização e fundação do futebol brasileiro:

No futebol, como no resto da sociedade, toda essa ideologia da amoralidade negra e mestiça (legitimada pelo “saber científico”) se fazia sentir de forma muito clara. Quando era preciso justificar as derrotas e invectivar os adversários, os argumentos recaíam sobre negros e mulatos: “fracos emocional e intelectualmente”, “imprestáveis”, como dizia o doutor Nina Rodrigues.

Ao lado dessa ideologia, no entanto, novos fatores agiam na direção inversa: contra a segregação, dando início a uma maior aceitação dos jogadores negros. O jogador mulato, que por um lado era objeto da carga preconceituosa, servindo de veículo para a manutenção de estereótipos, por outro, teve um papel central na democratização. E particularmente a figura de um mulato foi fundamental para dar início a esse movimento na direção oposta ao segregacionismo no futebol - Arthur Friedenreich.²⁹

Com esse nome nada brasileiro, o mulato Friedenreich (filho de um alemão com uma negra) se tornaria o maior ídolo do futebol brasileiro da época, marcando o gol da vitória da seleção no Campeonato Sul-Americano de 1919. Não tanto por ter feito esse gol tão importante, mas pelo fato de ser mulato (...) Através dele, uma grande parcela dos torcedores, e do povo em geral, começou a perceber que o futebol não precisava ser de uma só cor, nem só da elite. Podemos imaginar que a importância de Friedenreich se deve ao fato de que ele marca talvez o ponto-chave na identificação do futebol com o ethos nacional. (Gordon Jr., 1995: p. 85)

Gordon Jr. ataca em seu artigo a ideologia da democracia racial, a “fábula das três raças”, mas, ao referir-se ao herói fundador do futebol brasileiro, reedita as crenças que animaram a formação dessa ideologia. O Friedenreich de Mário Filho e dessa tradição, na qual se insere Gordon Jr., se teria tornado herói por ser mulato e não propriamente por seu feito; ou por marcar o *ponto-chave na identificação do futebol com o ethos nacional*. A imagem do mulato como redutor de antagonismos, como imagem do Brasil e dos brasileiros, é reeditada por Gordon Jr.³⁰ Ao reeditar o mito fundacionista do estilo brasileiro de futebol, Gordon Jr. e Joel Rufino dos Santos reeditam a idéia freyreana dos *mulatos ainda mais brasileiros*, mais brasileiros porque fruto da mistura, da miscigenação e, em certa medida, pela afirmação da “fábula das três raças”.

Nessa trilha a tradição vai sendo atualizada, recebendo novos contornos e acréscimos no processo de afirmação da identidade nacional. Observe-se a seguir a versão de Murad sobre o nascimento do estilo brasileiro do futebol:

Toda essa história antropológica de utilização do corpo foi condensada no futebol brasileiro. Quando começaram a jogar o futebol por aqui, os negros não podiam derrubar, empurrar, ou mesmo esbarrar nos adversários brancos, sob pena de severa punição: os outros jogadores e até os policiais podiam bater no infrator. Os brancos, no máximo, eram expulsos de campo. Esta redução dos espaços dentro das “quatro linhas”, subproduto de sua situação social, obrigou os negros a jogarem com mais ginga, com mais habilidade, evitando o contato físico e reinventando os espaços. Sim, porque o drible não é outra coisa que a criação de espaço, onde o espaço não existe. Indubitavelmente, *foi o jogador negro que imprimiu no futebol brasileiro um estilo próprio de magia e arte, diferente das formas arcaicas do jogo de bola, bem como de sua descendência inglesa imediata*. Fausto, Leônidas, Domingos, Waldemar, Petronilho desenharam este instante inaugural, cujo destaque pictórico é a bicicleta. Entretanto, *o negro não exigiu o título de propriedade, nem requereu certificado de direito autoral deste futebol-arte*. O negro foi socializado, e inúmeros e geniais jogadores brancos foram fundamentais para sua ampliação, divulgação e consolidação. (Murad, 1994a: p. 188; grifo nosso)

Murad nesse segmento nos fala de perseguição e desigualdade de tratamento aos negros no espaço do jogo. Da desigualdade imposta nasceria criativamente o estilo brasileiro de futebol. Os negros inventaram o drible e a ginga de corpo por serem “obrigados” a evitar o enfrentamento e o contato corporal com os brancos; inventaram um estilo de magia e arte tipicamente nacional. As narrativas desse tipo pretendem encontrar formas de resistência do negro ao espaço no futebol, mas acabam por reforçar a idéia de uma integração quase harmônica ou submissa do negro no futebol. O negro foi criativo porque aceitou o “jogo do branco”. O texto deseja ser politicamente correto ao inventar uma história de resistência, mas informa que o negro, mesmo igualado a qualquer jogador pelas regras, devia desviar-se, evitar o confronto e submeter-se. Assim, ao invés de lutar contra a injustiça, inventa um jeitinho, uma saída malandra se lermos a fundo as palavras de Murad. O estilo brasileiro poderia, então, ser pensado como produto da submissão e da falta de capacidade de enfrentamento e mobilização dos negros no Brasil? Tais construções, sem dados empíricos, funcionam mais como mitemas que explicam a face heróica da história do futebol brasileiro, mas também podem demonstrar as fragilidades do herói. É questionável que esse tipo de reconstrução imaginária realize algum bem para a causa da igualdade no Brasil, e talvez, no fundo, seja uma apropriação invertida dos preconceitos sobre a “mulatice”.

Tais histórias possuem como pano de fundo supostos conflitos entre elites e populares, brancos e negros, amadorismo e profissionalismo, times de subúrbio e times da cidade, num amálgama no qual é preciso distinguir, classificar e ordenar importâncias de questões e oposições. No entanto, domina, nas novas narrativas sobre o futebol brasileiro, o eixo constituído pelas tensões raciais, e seria o racismo que explicaria e organizaria o conjunto das oposições.

O racismo seria para o Brasil dos “novos narradores” como o parentesco para a sociedade primitiva. Podemos pensar se isso não é produto do peso da formação antropológica entre os novos narradores; contudo, não se distingue, como também manda a tradição antropológica, onde é possível fazê-lo.

As novas narrativas parecem formar uma “gangorra discursiva”: a idéia de segregação alterna-se com a de apropriação cultural sem que se expliquem e se apresentem os mecanismos e as provas empíricas de como se deu esse processo. O estilo de futebol brasileiro teria sido construído não só pelas “habilidades corporais do negro”, mas também em função do racismo dominante na sociedade brasileira que se refletia no espaço do futebol. De fato, a construção é mágica.

Mas os resultados dos primeiros campeonatos de futebol acabariam por ratificar toda essa série de estereótipos e preconceitos contra os negros e mulatos. Até 1923, todos os clubes campeões, no Rio de Janeiro, contavam somente com brancos... A derrota dos times “sem família” servia para demonstrar, no discurso popular, a superioridade do branco.

Obviamente, à distância nos faz perceber que isso se devia antes às boas condições de vida e à melhor infra-estrutura desses times do que a qualquer característica de cor e raça... Eram os “clubes de branco” os campeões em cima dos “clubes de preto”. Os ideólogos da inferioridade negra tomavam o esporte, e então o futebol, como mais uma prova irrefutável de que nas raças humanas os brancos ocupavam a posição mais alta. (Gordon Jr., 1995: pp. 80-1)

O texto de Gordon Jr. é quase uma reprodução literal dos termos e idéias de Mário Filho. Os ideólogos raciais utilizavam-se da vitória dos clubes de “branco” sobre os de “preto” para reforçar o preconceito e os estereótipos raciais. Poder-se-ia perguntar se Gordon levantou documentos que relacionam diretamente as ideologias racistas e seus ideólogos com o futebol. Sem provas, a suposta conspiração do passado apenas parece servir às construções de identidade étnica, numa versão do politicamente correto que se projeta no presente. É necessário destacar que não se está afirmando que não existia ou não existe preconceito racial na sociedade brasileira e no futebol. Seria absurdo pensar que não há preconceito racial numa sociedade que pouco tempo atrás mantinha a instituição da escravidão. Não é isso o que se discute. O que está em discussão é uma construção imaginária que se apóia nessa “verdade de bom senso” para realizar a invenção da tradição do futebol sem distinguir e sem apresentar dados empíricos que justifiquem essas genéricas afirmações.

Os exemplos são constantemente repetidos da fonte original: o NFB. A insólita e repetida “história” do jogador do Fluminense Football Club que passou pó-de-arroz no rosto para dissimular seus traços negros no ano de 1914,³¹ o preconceito racial de nove jogadores-sócios que se desligaram do América quando Man-

teiga,³² excelente ponta direita, integrou essa equipe, a exploração de jogadores negros que, como Fausto,³³ morreram na miséria e doentes no sistema do amadorismo marrom (semiprofissionalismo), são mitemas constantemente acionados para corroborar a “história oficial” do futebol e, por extensão, enfatizar o racismo na sociedade brasileira. Se esses exemplos representam o momento baixo da “gangorra”, outros servem para inverter a posição do brinquedo. O Clube de Regatas Vasco da Gama, que representava a colônia portuguesa, com um time formado por pretos, mulatos e brancos pobres e semi-analfabetos, foi campeão em 1923, mostrando à elite branca a força daqueles que eram considerados os “parias” da sociedade. Mas a vitória mestiça teria recebido de pronto a retaliação “branca”: os times de elite desligaram-se da Liga Metropolitana dos Desportos Terrestres (METRO), fundando a Associação Metropolitana de Esportes Atléticos (AMEA).³⁴ A mesma façanha do Vasco seria conseguida também pelo São Cristóvão em 1926 e pelo Bangu em 1933, todos seguindo a boa fórmula da mistura. As narrativas enfatizam que os negros teriam dado provas da força do estilo criado nas “peladas”, nos campos de várzea e nos terrenos baldios. De fato, a insistência na repetição parece indicar que se trata de uma “história exemplar”, de uma pedagogia ou de uma campanha de ideologização, ao invés de pesquisa e reflexão sobre a história.

Essas quase-histórias do Pó-de-arroz, do Manteiga e da perseguição ao Vasco são melhor explicadas pela tensão ocorrida nesse período entre o *ethos* amador, a popularização do futebol e as demandas de profissionalização. Observe-se que qualquer negro que aparecesse para jogar em time da primeira divisão, sem nome familiar de prestígio, tinha sua condição de amador colocada sob suspeita. Não se pode esquecer que naquela sociedade a maioria da população negra ocupava as posições inferiores como empregos subalternos, na maioria dos casos. A lógica de “quanto melhor condição social e econômica, maior a probabilidade de o jogador ser amador” governava o esporte. Assim, é provável que a desconfiança fosse maior em relação aos negros sem sobrenome de prestígio. No caso de um Joaquim Prado, membro de tradicional família paulista, negro e jogador do requintado Paulistano, não pairaria dúvida sobre sua condição de amador. Esse argumento pretende chamar a atenção para as confusões que se estabelecem entre distinção social e racismo. O preconceito racial provavelmente existia, mas se confundia ou desaparecia com a idéia de distinção social. Tal como no caso dos negros que por pertencerem às elites eram embranquecidos (cf. Soares, 1998-b).

O estilo negado e construído à margem do “futebol branco” não tardaria a emergir como símbolo do Brasil e dos brasileiros. Reconhecido, cantado e elogiado por jornalistas e cientistas sociais, passou o futebol a fazer parte da definição da identidade brasileira. Os caminhos foram rapidamente percorridos. Com a ampliação da prática do futebol nos centros urbanos sua popularização tornou-se inevitável, embora esse processo tivesse ocorrido pela mão de alguns acasos animados por “tensões raciais e de classe”.

Democratização e afirmação do negro

A democratização do futebol descreve o início das conquistas sobre o racismo, o negro triunfa. Seu estilo torna-se nacional e é reconhecido internamente e externamente. A força desse estilo teria começado a dar provas do que seria seu futuro pelos pés de Friedenreich no Campeonato Sul-Americano de 1919. Esse mulato teria sido o primeiro ídolo do futebol brasileiro. Friedenreich é uma metonímia da miscigenação bem-sucedida (filho de alemão e de negra). Depois, como já visto, o Vasco com seu time mestiço revoluciona o futebol em 23, seguido de outros clubes que adotaram a fórmula da mistura de raças e classes. Assim, a democratização e afirmação do negro no futebol tornam-se história escolar ou pedagógica.

O futebol se teria tornado, por volta de 1950, um meio de mobilidade social e econômica para aqueles que pertenciam à “metade inferior” da sociedade. Os negros teriam ganhado posições de destaque no futebol brasileiro. Apesar disso a perseguição ao negro não havia terminado. O racismo teria sido reativado com a derrota do Brasil para o Uruguai na decisão da Copa de 1950, como já visto. A derrota tornou-se motivo para que se apontasse a fragilidade emocional dos negros e de nossa “raça mestiça”. Diz Gordon Jr., reproduzindo Mário Filho, que:

O país cobriu-se de luto e vergonha, o povo tinha sido humilhado. Era preciso reconhecer os culpados. E como era de se esperar, os culpados foram reconhecidos nos negros. Não só em três negros do time, diretamente acusados pela derrota —Barbosa, Bigode e Juvenal— mas também na gota de sangue negro que havia constituído a própria civilização brasileira. A derrota para os uruguaios trouxe à tona toda a carga racista enraizada em nossa sociedade. As acusações, repletas de rancor racista, vinham de todos os lados. “Bigode se intimidara frente a Obdúlio Varela, apanhara, era um covarde”. “Aculpa é de Barbosa”. Por outro lado, o técnico Flávio Costa responsabilizava Juvenal, lembrando de seus defeitos: “cachaceiro” (Gordon Jr., 1995: p. 71).

Gordon Jr., ao reproduzir esse tipo de descrição apenas atualiza o mito. Observe-se que as acusações que descreve jamais poderiam ser encaradas como “repletas de rancor” racista. Bigode se intimidara por ter levado uns safanões de Obdúlio Varela (cena ou fato que Guedes diz não aparecer em nenhum dos periódicos que consultou em 1950 e diz que achou também em Mário Filho); Barbosa fora condenado por levar dois gols e Juvenal fora acusado de “cachaceiro” (com o sentido de irresponsável). Essas supostas injúrias poderiam ser consideradas racistas?

O racismo em 50 foi construído por Mário Filho para colocar o herói em nova situação de dano. A partir do levantamento de suas crônicas jornalísticas nos dias e nos anos que se seguiram à fatídica derrota, verifiquei que não aparecem nos jornais acusações, expressões e denúncias de sentimentos racistas.³⁵ O que se acha nos jornais são expressões como “falta raça e falta fibra”. Não se pode im-

putar racismo sem que se pesquise que significados ou representações sociais são atribuídas a esses termos na linguagem específica do esporte, no Brasil e no exterior, e no contexto histórico onde circularam tais expressões. É necessário destacar que a idéia de recrudescimento do racismo não aparece nas crônicas de Mário Filho nos anos 50; tal idéia só aparecerá na edição do NFB em 1964.³⁶ Como o próprio Mário Filho escreve em uma de suas crônicas, intitulada “Alição da derrota no melhor momento do *football* brasileiro”:

(...) Culpava Bigode, culpava Barbosa, culpava o scratch que não vencera o match que não podia perder. E o que mais me revoltava era o fato de ter o scratch brasileiro perdido para um adversário que normalmente tinha de ser batido.

Diante da indiscutível superioridade do scratch brasileiro o torcedor não encontrava outra explicação a não ser a falta de fibra. O torcedor brasileiro não podia acusar os jogadores do scratch brasileiro de desinteresse.

Eu também participei dessa opinião quando enfrentei a derrota. Foi preciso que deixasse passar horas, revendo o match, e o match todo começou na manhã seguinte à grande vitória contra a Espanha (...)

Para vencer o Uruguai, foi isto que o match da decisão mostrou, bastaria que Bigode não falhasse duas vezes. Bastaria inclusive, que Bigode só falhasse num dos goals ou que Barbosa, mesmo Bigode falhando, não falhasse num dos goals.

Bigode e Barbosa não falharam por falta de fibra. Falharam porque sentiram demasiadamente a carga da responsabilidade de dar ao Brasil o título de campeão do mundo. (*Jornal dos Sports*, 22/07/1950: p. 5).

Chama a atenção é o fato dos “novos narradores” não questionarem os dados e interpretações que consomem para construir sua “pedagogia” anti-racista. Não se perguntam por que apenas três negros foram escolhidos como bodes expiatórios, já que a seleção tinha outros que não foram acusados pela derrota. Como já foi visto, Barbosa, Bigode e Juvenal foram eleitos culpados, mas sobre Bauer, Jair da Rosa Pinto e Zizinho, todos com ascendência e traços de negro, não recaiu culpa alguma (Rodrigues Filho, 1964: p. 335). O óbvio é que os “bodes expiatórios” eram os jogadores da defesa brasileira que participaram direta ou indiretamente dos lances dos gols uruguayos. Uma explicação mais sublunar e menos conspiratória seria pensar que, em futebol, a defesa e o goleiro aparecem facilmente como culpados e vilões das derrotas. Mas, os “novos narradores” insistem, apoiados no livro de Mário Filho e nas quase-histórias sobre esse esporte, em utilizar o futebol como meio de política anti-racista. Ser anti-racista ou lutar contra o racismo é uma boa causa aqui e em outras latitudes, e é sem dúvida uma atitude louvável. O que não parece louvável é a atitude pouco distanciada que adotam para escrever uma história ou sociologia do futebol brasileiro que acaba, em função disso, convertendo-se em pura pedagogia anti-racista (cf. Soares, 1998-a).

As novas narrativas, incorporando a tradição, apontam que conspirações racistas sempre rondaram a formação dos selecionados brasileiros; essa idéia transforma-se em constante da história do futebol brasileiro. O racismo estaria na desconfiança de que pretos e mulatos não teriam o necessário equilíbrio psicológico em momentos decisivos. Contudo, o sentimento racista seria mais uma vez superado em 1958, apesar de o racismo também ter rondado a formação desse selecionado (Cf. Gordon Jr., 1996).³⁷ A façanha voltaria a ser realizada na Copa de 62. Apesar do racismo, o estilo dançado, gingado e improvisado do futebol brasileiro seria revelado ao mundo através do preto Pelé e do mulato Garrincha. O herói superou assim as provas na sua caminhada para o reconhecimento.

As novas narrativas não param em 62. Elas continuam a tradição de Mário Filho e de certa forma a estrutura do NFB é reproduzida. Maurício Murad propõe uma periodização para estudar o futebol brasileiro como uma forma privilegiada de entender a nossa sociedade. A periodização proposta, visivelmente inspirada nas descrições do NFB, enfrenta os problemas que não foram enfrentados por seu inspirador. Mário Filho não propõe nenhuma periodização explícita. Os recortes históricos propostos em ordenação cronológica geram problemas e mais problemas de coerência e consistência conceitual. Por exemplo, Mário Filho nunca afirmou categoricamente que os negros foram proibidos de jogar. Pode-se achar em seu texto a existência de preconceito, de preferência pelos brancos em relação aos negros, ou que o futebol inicialmente era restrito às elites. Isso não quer dizer, *pri - ma facie*, que restrição signifique segregação estrita. Por exemplo, a maior parte da população brasileira não joga golfe e nem por isso se sente segregada ou é segregada desse esporte. O NFB também não fixa cortes temporais tão precisos e então pode voltar, e mesmo se desdizer, sem aparentemente desdizer-se. Já a periodização proposta por Murad cai nesta armadilha:

1894/1923 - pré-história - elitização e proibição dos negros e pobres;
1923/1933 - clandestinidade - fase inicial do ingresso de negros e pobres;
1933/1950 - revolução - democratização e popularização do futebol;
1950/1970 - consolidação - auge do futebol brasileiro e conquista do tricampeonato, o 1o. na história mundial; 1970/1990 (Copa da Itália, última conjuntura estudada) - declínio - retrocesso e “rebranqueamento”, pela subtração de oportunidade a negros e pobres. (Murad, 1994b: p. 72)

Murad tenta criar uma nova situação de dano ao herói negro, afirmando que o insucesso na Copa de 1990 foi devido ao rebranqueamento da equipe. Sem nenhum argumento comparativo, afirma que houve rebranqueamento da seleção brasileira. É necessário observar que o referido texto foi escrito antes da Copa de 1994 e, pela lógica, poder-se-ia afirmar que o sucesso alcançado deveu-se à inclusão de negros. Observe-se que o referido autor acaba, mesmo que sem consciência, com este tipo de causalidade espúria quando propõe esse tipo de periodização.

Gordon Jr., na mesma direção, atualiza Mário Filho e propõe isolar:

(...) 3 momentos (obedecendo, de certa forma, à própria estrutura de Mário Filho) que podem ser distinguidos ao longo da história do negro no futebol e de sua ascensão na sociedade nacional. 1 - A democratização do futebol brasileiro, no período que vai até a metade do século, no qual vemos lentamente a aceitação do negro e do mulato dentro do esporte; 2 - A Copa de 50: a tragédia da derrota reacendendo a discussão sobre as deficiências da raça brasileira, as acusações contra os negros e contra nossa própria “civilização mestiça”; 3 - O tricampeonato mundial em 1970: a “revanche do preto”, centralizada na figura de Pelé. (Gordon Jr., 1995: p. 76)

Quanto ao terceiro momento, Gordon Jr. esclarece em nota que, “[na] realidade, a segunda edição (ampliada em forma definitiva) do livro de Mário Filho não vai até a conquista do Tri, finalizando com a Copa do Mundo de 1962. Incluí propositalmente a Copa de 70 porque acho que ela é o coroamento do processo descrito por Mário como a revanche do preto” (Gordon Jr. 1995: 76).

À vontade de Gordon Jr. de escrever o último capítulo da obra de Mário Filho é explícita, e prova suficiente de como os “novos narradores” foram tragados pela potente narrativa.

Considerações finais

O futebol que nasceu nos campos de várzea, na “metade inferior” da sociedade brasileira, num país pobre e mestiço, afirmar-se-ia e continua a afirmar-se diante das grandes potências, seguindo a boa tradição de Mário Filho, quando incluí em seus quadros a sabedoria da mistura racial. Os “novos narradores” são a complementaridade que faltava à tradição iniciada por Mário Filho, isto é, a legitimação acadêmica ou científica das suas histórias de identidade ou de uma pedagogia do anti-racismo que usa como recurso o futebol.

A pedagogia anti-racista e o ataque à idealizada democracia racial brasileira acabam sendo englobados ou engolfados pela força da narrativa de Mário Filho sobre a trajetória do herói negro no futebol. Contudo, o futebol não parece ser o local mais propício para observar o preconceito, a discriminação e a segregação que desejam apresentar os “novos narradores”, na medida em que eles próprios afirmam ter sido esse esporte um meio privilegiado de mobilidade social; e não somente no Brasil. Ao mesmo tempo, por também desejarem anunciar o futebol como elemento central da identidade brasileira, acabam apontando a raça, a miscigenação e o racismo como “causas” da construção desse sedutor estilo de futebol que encanta a eles próprios e ao mundo.

Enfatizando o já dito, e lembrando o alerta de Antonio Candido, o romance de tipo realista pode fornecer o clima ou uma certa visão da sociedade traduzida em termos de arte. Entretanto, para obtermos uma visão informativa, temos que

consultar documentos e fontes primárias (Candido, 1993: p. 31). Nesse sentido, necessitamos começar a realizar novas leituras e novos levantamentos empíricos sobre a história do futebol brasileiro, ao invés de promover um discurso romântico de construção da nação ou de militância politicamente correta.

Bibliografia

- Berlin, Isaiah 1982 *Vico e Herder* (Brasília: Editora da Universidade de Brasília).
- Bourdieu, Pierre 1990 “Elementos para uma sociologia do esporte”, em *Cosas Ditas* (São Paulo:, Editora Brasiliense).
- Caldas, Waldenyr 1990 *O pontapé inicial: memória do futebol brasileiro* (São Paulo: Ibrasa).
- Candido, Antonio 1993 *O discurso e a cidade* (São Paulo: Duas Cidades).
- Eco, Umberto 1976 *Apocalípticos e integrados* (São Paulo: Ed. Perspectiva).
- Freyre, Gilberto 1938 “Foot-Ball mulato”, em *Diário de Pernambuco*, 17-06-1938, s/p.
- Freyre, Gilberto 1959 *Ordem e progresso* (Rio de Janeiro: Livraria José Olímpio editora, vol I e II).
- Galeano, Eduardo 1995 *Fútbol a sol y sombra* (Buenos Aires: Catálogos).
- Gordon Jr., César C. 1995 “História Social dos Negros no Futebol Brasileiro”, em *Pesquisa de Campo/Revista do Núcleo de Sociologia do Futebol/UERJ*, n° 2 (Rio de Janeiro: UERJ, Departamento Cultural/SR 3: 71-90)
- Gordon Jr., César C. 1996 “‘Eu já fui preto e sei o que é isso’, História Social dos Negros no Futebol Brasileiro: segundo tempo”, em *Pesquisa de Campo/Revista do Núcleo de Sociologia do Futebol/UERJ*, n° 3/4 (Rio de Janeiro: UERJ, Departamento Cultural/SR 3: 65-78)
- Guedes, Simoni L. 1977 *O futebol brasileiro- Instituição Zero* (Rio de Janeiro: Tese de mestrado/Museu Nacional/UFRJ).
- Hobsbawm, E. 1997 “A Produção em Massa de Tradições: Europa, 1789 a 1914”, em *A invenção de tradições* (Orgs.) Éric Hobsbawm e Terence Ranger (Rio de Janeiro, Paz e Terra).
- Hobsbawm, E. 1990 *Nações e Nacionalismos desde 1780: programa, mito e realidade* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Leite Lopes, José S. 1994 “A vitória do futebol que incorporou a Pelada”, em *Revista da USP*, Dossiê Futebol (jun, jul, ago). n. 22 (São Paulo: USP: 64-83)
- Mandell, Richard D. 1986 *Historia cultural del deporte* (Barcelona: Edicions Bellaterra).
- Mattos, Cláudia 1997 *Cem anos de paixão: uma mitologia carioca no futebol* (Rio de Janeiro: Rocco).

- Murad, Maurício 1994a *Todo esse lance que rola. Uma história de namoro e futebol* (Rio de Janeiro: Relume Dumará).
- Murad, Maurício 1994b “Corpo, Magia e Alienação - o negro no futebol brasileiro: por uma interpretação sociológica do corpo como representação social”, em *Pesquisa de Campo*, n° 0 (UERJ/Departamento Cultural/ SR-3: pp. 71 - 78).
- Murad, Maurício (1996) “Futebol e Violência no Brasil”. In: *Pesquisa de Campo*, N. 3/4, (UERJ/Departamento Cultural/ SR-3: pp. 89-103).
- Propp, Vladimir. I. 1984 *Morfologia do Conto Maravilhoso* (Rio de Janeiro: Ed. Forense Universitária).
- Rodrigues Filho, Mário 1943 *Copa Rio Branco*, 32. Prefácio de José Lins do Rego (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).
- Rodrigues Filho, Mário 1947 *O Negro no Futebol Brasileiro*. Prefácio de Gilberto Freyre (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).
- Rodrigues Filho, Mário 1964 *O Negro no Futebol Brasileiro* (São Paulo: Civilização Brasileira).
- Rosenfeld, Anatol 1993 *Negro, Macumba e Futebol* (São Paulo: Editora Perspectiva).
- Santos, Joel R. 1981 *História política do futebol brasileiro* (São Paulo: Ed. Brasiliense).
- Scher, A. & Palomino H. 1988 *Fútbol: pasión de multitudes y elites: un estudio institucional de la Asociación de Fútbol Argentino (1934-1986)* (Buenos Aires, CISEA)
- Sevcenko, Nicolau 1994 “Futebol, Metrópole e Desatinos”, em *Revista da USP*, Dossiê Futebol (jun, jul, ago). N° 22 (São Paulo: USP: 30-37)
- Skidmore, Thomas E. 1994 *O Brasil visto de fora* (R J: Paz e Terra).
- Soares, A. J. e Lovisolo, H. 1997 “O futebol é fogo de palha: a profecia de Graciliano Ramos”, em *Pesquisa de Campo/Revista do Núcleo de Sociologia do Futebol/UERJ*, n° 2 (Rio de Janeiro: UERJ, Departamento Cultural/SR 3).
- Soares, Antonio. J. G. 1998a *Futebol raça e nacionalidade no Brasil.- releitura da história oficial* (Rio de Janeiro: UGF, PPGEF, tese de doutorado).
- Soares, Antonio. J. G. 1998b “O racismo contra o Vasco e a fundação da Amea: uma história de identidade”, em *VI Congresso de História do Esporte, Lazer e da Educação Física: coletânea*. (Rio de Janeiro: Editoria Central Gama Filho/IHBG/INDESP, vol. 6: p. 1 39-145).

Souza, Marcos A. 1996 “Gênero e Raça: a nação contruída pelo futebol brasileiro”, em *Cadernos Pagu (jun-jul) Raça e Gênero* (Campinas: Núcleo de Estudos do Gênero/UNICAMP).

Vianna, Hermano 1995 *O mistério do Samba* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.).

Vogel, A. 1982 “O Momento Feliz, Reflexões sobre o Futebol e o ethos nacional”, em *Universo do Futebol: esporte e sociedade brasileira*/Org. Roberto DaMatta (Rio de Janeiro: Pinakothek).

Watt, Ian. (1997). *Mitos do individualismo moderno*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar.

Notas

1. Entrevista dada a Revista *Estudos Históricos*, n. 6, Rio de Janeiro, 1990.

2. Utilizaremos aqui as iniciais NFB para nos referirmos ao livro.

3. No sentido de esclarecer o leitor, Mário Rodrigues Filho (1908-1966) foi um famoso jornalista que despontou na imprensa esportiva no ano de 1927 (no Jornal de propriedade de seu pai, Mário Rodrigues) e só parou em 1966 em função da morte tê-lo pegado de surpresa. Mário foi um inventor de tradições no campo da cultura esportiva no Brasil. Foi proprietário idealizador do primeiro jornal especializado em esportes no país e também proprietário do Jornal dos Sports. Seu Jornal e seu jornalismo nunca se limitaram a noticiar passivamente os fatos esportivos. O Jornal dos Sports, sob sua direção, atraiu intelectuais e homens da literatura para escrever sobre esporte, participou de polêmicas sobre o esporte nacional, criou a partir do seu jornal eventos esportivos para juventude e para o esporte em geral (Jogos da Primavera, torneios de futebol infantil e adulto, promoções esportivas no futebol profissional e promoveu competições esportivas em todos os níveis e categorias), foi um militante incansável a favor da construção do Maracanã para sediar a Copa de 1950 (Estádio que após sua morte em 1966 recebeu o seu nome). Em síntese pode dizer que Mário Filho fez dos esportes seu negócio, tema de sua literatura (escreveu a maioria de seus livros nesse campo, embora tenha escrito poucos romances), sua arena política e, segundo o falecido jornalista e dramaturgo Nelson Rodrigues (irmão de Mário Filho), sua razão de existência.

4. No sentido de delimitação tomo os texto que escrevem sobre o futebol academicamente como material empírico, os autores e seus texto assim funcionam como exemplares da tese que estou defendendo. Os principais são os seguintes: Murad (1994b e 1996), Gordon Jr. (1995 e 1996), Leite Lopes

(1994), Mattos (1997), Santos (1981) e Caldas (1990). Caso o leitor deseje uma visão mais densa sobre o material empírico consultar Soares (1998a).

5. Defino “freyrismo popular” como a crença em que no Brasil não existe racismo ou preconceito racial. Sabemos que Gilberto Freyre não compartilhava a idéia de que não existe racismo ou preconceito racial no Brasil. Essa idéia foi construída a partir da inspiração paretiana.

6. Nesse sentido ver também Umberto Eco (1976) quando analisa a cultura do romance entrelaçada com a cultura das “histórias em quadrinhos”. Em minha tese discuto as produções dos acadêmicos também a partir desta perspectiva.

7. Cf. Souza (1996). Este estudo trabalha com hipóteses semelhantes. O texto de Vianna (1995) em muito inspirou a construção de nossas hipóteses.

8. A referência básica para pensar o NFB como estrutura do conto foi a obra de Propp (1984). O estudo de Propp foi uma das referências que Lévi-Strauss utilizou para pensar a estrutura do mito.

9. O autor não utiliza a idéia de segregação, proibição explícita, pois, trabalha com a imagem de que os negros eram poucos nesse espaço social.

10. Mário Filho destaca jogadores negros que pertenciam às elites. Cita Joaquim Prado, jogador do aristocrático Clube Paulistano, Basílio Vianna, jogador e fundador do Clube de Regatas Botafogo, entre outros. Joaquim Prado é descrito como um lorde pela educação, pela forma com que se vestia e pelas posses. Mário Filho diz que as pessoas não viam Joaquim Prado como negro, mas quando o viam assim era para admirá-lo mais. (Cf. Mário Filho, 1964: p. 12-3)

11. Poder-se-ia dizer que pouco importa se Charles Miller foi ou não o primeiro a introduzir ou anunciar esta prática esportiva entre nós. A história da origem é, no mínimo, pouco significativa. Se se leva em consideração a penetração inglesa no Brasil, em investimentos e recursos humanos, nada mais fácil de supor que os ingleses trouxeram o futebol e as bolas vendidas pelos comerciantes. Boa parte das importações, senão a maior, provinha da Inglaterra, tendo o pico entre o final do XIX e início do XX. Uma forte colônia inglesa gerenciava negócios financeiros e industriais no Brasil. Assim, os produtos e os hábitos ingleses, o estilo de vida inglês, penetrava o cotidiano das grandes metrópoles. O *tea o'five* era um hábito muito comum entre as elites brasileiras ou, se preferir, entre o “leite” local. Acompanhar um estilo de vida europeu significava, para as elites brasileiras, aderir aos marcos da civilização, do progresso e construir a distinção social, sem contar com o fato que nossas elites se formavam na Europa não ibérica, e que Coimbra já havia deixado de ser o pólo de formação de nossa cultura. Parece mais plausível, dian-

te desses dados, pensar que o futebol e outros esportes surgem no Brasil numa configuração da formação das metrópoles e de um novo estilo de vida. O processo de padronização técnica e industrial, os novos ritmos e destrezas impostas ao corpo pela metrópole, as necessidades de integração de uma massa de imigrantes, a adesão aos estilos de vida considerados civilizados, fizeram do esporte um elemento adequado a estas novas demandas que se formavam nas metrópoles de Rio e São Paulo. Sevcenko (1994) aponta que futebol no Brasil teria seguido dois caminhos: “[U]m foi o dos trabalhadores das estradas de ferro, que deram origem aos times de várzea, o outro foi através dos clubes ingleses que introduziram o esporte dentre os grupos de elite” (p. 36). Portanto, a questão se foi Charles ou outro que trouxe o futebol para o Brasil é secundário e até certo ponto infantil do ponto de vista histórico.

12. No sentido de auxiliar algum não brasileiro que venha a consultar este texto, esclareço que pelada ou racha significa um jogo de futebol onde o campo de jogo e as regras são improvisadas.

13. Esse argumento esta nas elaborações do sociólogo italiano Domenico De Mais.

14. A AMEA é fundada em 1º de março de 1924.

15. O próprio Mário Filho comenta que o Botafogo em 1923 quase teria sido rebaixado para a divisão inferior e relata o conflito que surgiu a partir dos grandes clubes, quando estes reivindicaram mais cotas de poder no interior da antiga liga de futebol. Cf. Soares (1998-b).

16. Observe-se que esse título muito se assemelha ao título do último capítulo da primeira edição de *Sobrados & mocambos*, “Ascensão do bacharel e do mulato”. Cf. Soares (1998-a), especialmente capítulo 5, “Gilberto Freyre e o negro no futebol”.

17. Observe-se que Mário Filho cita *Sobrados & mocambos* em nota de rodapé para fundamentar essa crença nos santos.

18. Publicou importantes romances que tinha como tema o cenário nordestino, econômico, político e seu povo, pertenceu a Academia Brasileira de Letras, publicou durante muitos anos uma coluna esportiva. Lins do Rego era amigo pessoal de Gilberto Freyre e foi por seu intermédio que Mário Filho se aproximou e tornou-se amigo de Freyre.

19. Cf. Rosenfeld (1993). O autor diz que Mário Filho confunde mobilidade econômica com *status* ou mobilidade social. Por exemplo, pode-se ter mobilidade social sem se ter necessariamente mobilidade econômica.

20. Cf. Guedes (1977) e Vogel (1982). Ambos os textos realizam interessantes análises sobre as representações de morte coletiva a partir das categorias de Victor Turner.

21. Mário Filho, no capítulo “A provação do preto”, prepara o terreno indicando que suspeitas eram levantadas quanto à capacidade moral e psicológica dos negros, principalmente para ocupar a posição de goleiro.
22. A história se transformou em mito, pois, a cada nova versão acréscimos e supressões são realizadas. Cf. Soares (1998-a), especialmente o capítulo 8.
23. Acredito ser essa uma questão de cunho teórico que deva ser levada em consideração em análises deste tipo.
24. Freyre destaca, em *Ordem e progresso*, a surpresa dos estrangeiros por não existir no Brasil escravocrata nenhuma lei que estabelecesse diferenças de direitos civis entre brancos, negros e mulatos. Esta é uma das marcas que diferenciam, para Freyre, o preconceito racial no Brasil da segregação institucionalizada nos Estados Unidos. De fato, confundir preconceito com segregação institucionalizada leva a uma indiscriminação sociológica. Cf. Freyre (1959: 298-337).
25. Cf. Skidmore (1994), especialmente o capítulo “O negro no Brasil e nos Estados Unidos”.
26. Observe-se que toda a descrição de proibição anunciada por Mário Filho diz respeito aos critérios de definição do jogador amador, e esses critérios eram mais ou menos universalizados em todos os países onde o esporte não se tinha profissionalizado. O amadorismo deve ser pensado como um código de distinção social. Cf. Mandell (1986), Sacher & Palomino (1988) e Bourdieu (1990).
27. Observe que as elaborações do Professor Maurício Murad caminham na direção de naturalizar a idéia de cultura quando analisa o estilo brasileiro de futebol. Suas construções são românticas ao estilo de Herder. Cf. Berlin (1982).
28. *Diário de Pernambuco*, 17/6/38.
29. Observem como os termos preconceito e *segregação* são equivalentes no texto.
30. Observe-se que Gordon Jr. ataca a democracia racial e não relaciona o livro de Mário Filho como um típico exemplar dessa ideologia. Diz Gordon Jr. (1995: 74): “A constatação dessa lenta mudança, no entanto, não pode ser confundida com a idéia de plena ‘democracia racial’ ou com a ilusão de que por intermédio do futebol pusemos fim ao racismo. O livro de Mário Filho nos apresenta fatos que constituem um processo de democratização das relações raciais dentro da sociedade brasileira, no qual o futebol exerceu um papel de grande importância. Mas um processo que, não custa repetir, está longe de seu término”. O erro de Gordon jr. é não ter consultado a primeira edi-

ção do NFB (1947) e observado que Mário Filho retirou as frases e parágrafos que tinham posto fim ao racismo no futebol para acrescentar dois novos capítulos na segunda edição.

31. Cf. Soares (1998-a), onde se demonstra que o racismo no sentido imputado ao “caso do pó-de-arroz” se enfraquece a partir da própria fonte utilizada. Carlos Alberto era jogador do América e, junto com outros jogadores, se havia transferido para o Fluminense. Conta a versão fundadora que Carlos Alberto teria sentido mais o peso de sua “mulatice” no Fluminense do que no América e por essa razão empouou o rosto para disfarçar sua cor.

32. Cf. Soares (1998-a). O jogador Manteiga era negro e praça da Marinha, e sua ida para o clube pequeno-burguês teria causado reações racistas.

33. Cf. Leite Lopes, (1994: 82). Esse autor cita caso do jogador Monteiro, que morreu de tuberculose, como “caso-limite e vítima do excesso de atividade, de abnegação pelo clube-empresa e do desgaste do amadorismo do jogador proletário”, descrito na obra de Mário Filho. Observe-se que a análise de Leite Lopes é quase ficcional se pensarmos que a tuberculose não batia à porta somente de proletários e pobres naquela época.

34. Cf. Soares, 1998-b.

35. Cf. Soares (1998-a). Esse é mais um dos mitos construídos a partir do jornalista Mário Filho.

36. Acompanhei as crônicas de Mário Filho no *Jornal dos Sports* de julho de 1950 a agosto de 1954.

37. Especialmente seus comentários: a nota 8 que diz que essa versão de Mário Filho não é aceita de forma unânime. Mas muitos dos “novos narradores” a citam; Murad é um exemplo destes reprodutores.

*4. Narrativa y rituales de identidad:
la región, la nación*

*Imaginando la nación a través del fútbol:
el discurso de la prensa costarricense sobre
“la hazaña mundialista de Italia ‘90”*¹

— Sergio Villena Fiengo*

“...ni un solo ciudadano digno y amante de
su país debe dejar de dar apoyo a la Selección”
Frase atribuida a un anónimo obrero costarricense (LN 3/VI/1990; pp. 2C)

“...the national phenomenon cannot be adequately investigated without careful attention to the ‘invention of tradition’” Eric Hobsbawn, *The Nation as Invented Tradition*

Las efusivas —cuando no exaltadas— celebraciones nacionalistas que acompañan a los espectáculos futbolísticos en un espectro cada vez más amplio de la geografía mundial, parecen justificar la contundente y premonitoria frase de Albert Camus: “Patria es la selección nacional de fútbol”. En América Latina, la articulación entre nacionalismo y fútbol constituye, pese a su aparente inmediatez y obviedad, un complejo y aún insuficientemente conocido fenómeno cultural, al cual las ciencias sociales sólo en los últimos años han comenzado a prestar una adecuada atención.²

Este artículo pretende aportar a ese esfuerzo colectivo desde una perspectiva transdisciplinaria, buscando responder al interrogante de cómo los discursos que los medios de comunicación masiva emiten en ocasión de ciertos espectáculos deportivos contribuyen a la conformación de comunidades e identidades nacionales. En particular, me interesa estudiar cómo, bajo determinadas condiciones institucionales, ideológicas y tecnológicas, los encuentros de fútbol de selecciones pueden adquirir un carácter de acontecimientos sociales simbólicamente densos, de juegos profundos o de dramas sociales, en los que cada sociedad reflexiona y se imagina —y por tanto constituye— a sí misma.

* Licenciado en Economía, Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba-Bolivia). Maestro en Ciencias Sociales, FLACSO (México, D.F.). Candidato a Doctor en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (México, D.F.). Desde 1995 es Coordinador Académico Regional en la Secretaría General de la FLACSO, con sede en San José de Costa Rica.

Para abordar ese problema, me apoyo en la teoría comunicativa del nacionalismo de Benedict Anderson (1983), buscando enriquecerla con las categorías antropológicas de ritual y drama de Víctor Turner (1994, 1977), así como con la “interpretación densa” de Clifford Geertz (1990).³ Mi hipótesis es que el fútbol, debido a su particular forma de institucionalización y a sus propias características internas, es una práctica social total que ofrece ricas posibilidades de ritualización y, por lo tanto, para la conformación de imaginarios e identidades sociales. Ahora bien, para conocer cómo el fútbol contribuye a la imaginación de comunidades nacionales, es imprescindible analizar los discursos públicos emitidos a propósito de los encuentros entre selecciones por/a través de los medios de comunicación de circulación masiva. Desde una perspectiva pragmática, eso implica analizar esos discursos como macro-actos de habla orientados a constituir/reforzar una identidad nacional.

Para lograr ese objetivo, estudiaré el caso de Costa Rica, buscando comprender la importancia que para el nacionalismo costarricense tuvo la participación de la Selección Nacional de Fútbol en la fase final de la Copa del Mundo Italia '90. Me interesa conocer el papel que jugó el periodismo deportivo en la asignación a *la Sele* de la función simbólica de pivote para la emisión de interpelaciones nacionalistas orientadas a movilizar a la ciudadanía, así como a codificar la experiencia —emocional, moral e intelectual— y a moldear el comportamiento social de los *ticos* en términos de un marco de sentido ajustado al modelo oficial de identidad nacional vigente en Costa Rica.⁴ Realizaré esta aproximación recurriendo principalmente —aunque no exclusivamente— a fuentes periodísticas escritas.⁵

Los orígenes

“Nuestros *pueblos típicos* tenían una plaza de fútbol —enfrente de una iglesia que miraba hacia el poniente— alrededor de la cual se ubicaban sus centros vitales: algunas pulperías, una escuela, un local político (...) y algunas casas ligadas a los gamonales, los comerciantes, el maestro, el sacerdote y los vecinos un poco más adinerados” Jaime González Dobles, en “*La patria del tico*” (1995: pp. 78; cursivas y paréntesis míos)

“Fue en las fiestas campesinas donde se difundió y popularizó el fútbol”
Rodrigo Soto, en “*La tierra prometida*” (LN, RD 25/IV/1999)

El origen del fútbol en Costa Rica data del último cuarto del siglo XIX, cuando esa práctica fue introducida tanto por los ingleses que construyeron el tranvía en San José, como por algunos de los costarricenses que habían aprendido a jugarlo mientras realizaban estudios en Inglaterra. Este juego pronto encontró adeptos en la sociedad local y, a principios del siglo XX, cuando la sociedad desarrollaba una sensibilidad urbana gracias al auge de la explotación cafetalera, se crearon los pri-

meros clubes. Tras repetidos y fracasados intentos por organizar el fútbol costarricense, en 1921 se conformó la Liga Nacional de Foot-Ball, con la participación de siete clubes. Esta organización, que después se llamaría Federación Costarricense de Fútbol (FEDEFUTBOL), se afilió a la FIFA en 1927.⁶

Poco a poco el fútbol fue ganando centralidad y penetración social, así como reconocimiento cívico y político. Esta novedosa práctica cultural fue incluida al poco tiempo de su llegada a ese país entre las principales actividades de entretenimiento, registrándose ya entonces la presencia de altos funcionarios del Estado en los campos de fútbol. Se tienen noticias de que en 1903 había sido incorporada a los festejos cívicos de fin de año (cf. Enríquez, 1996), y de que el 11 de abril de 1911, la celebración del principal acontecimiento fundador de la nacionalidad, la batalla de Rivas, incluyó un *match* que estuvo dedicado a un distinguido espectador: el presidente de la república (cf. Urbina, 1996). Sin proponérselo, esa celebración marcó una pauta de la importancia que el fútbol tendría en los acontecimientos cívicos y la atención que los presidentes de la república le otorgarían a partir de entonces.⁷

La articulación institucional del fútbol con el nacionalismo se realiza también en 1921, cuando se conforma la primera selección nacional con el fin de representar a Costa Rica en el primer certamen deportivo internacional que tuvo lugar en América Central: los Juegos Centroamericanos del Centenario de la Independencia, realizados en Guatemala.⁸ El debut triunfal de esta selección, que obtuvo el título de campeón invicto, habría dado inicio a lo que es ya una larga historia de exaltaciones nacionalistas realizadas en ocasión de los espectáculos futbolísticos.⁹ La exaltación “patrioter”, en la que la prensa habría tenido —y tiene aún— un lugar central, contribuyó a reforzar el postulado de la superioridad costarricense sobre los otros países de Centroamérica (cf. Urbina, 1995), tan usual en el discurso nacionalista actual. Desde entonces, también se forja “patria a través del fútbol”, y la selección nacional se convierte en un nuevo símbolo nacional.¹⁰

De esta forma, el fútbol se incorporó a la cultura local en un período cuyo inicio coincide con el momento en que, según el historiador S. Palmer, “el Estado costarricense y sus intelectuales habían adquirido la capacidad de representar, en forma coherente y convincente, la ‘comunidad política imaginada’ que (...) es la nación” (1992: p. 170), y concluye en 1921, cuando su práctica se institucionaliza. En ese período, la *intelligentsia* nacionalista había logrado configurar lo que, a partir de entonces y hasta hoy, se consideran los rasgos esenciales de la identidad nacional, a saber: el establecimiento de la “Campaña Nacional” de 1856 como acontecimiento fundador (*ibid*) y la constitución del “sencillo y humilde labriego” como héroe nacional.¹¹ Ambos elementos, plenamente consagrados gracias a su incorporación en la letra del actual Himno Nacional, compuesta en 1903 por José María Zeledón, son continuamente actualizados en rituales cívicos diversos, incluyendo los encuentros de fútbol de selecciones, desde luego.¹²

Por azares del destino, entonces, el fútbol entró a formar parte de la cultura nacional en un período en que el Estado había afirmado su voluntad de ser, elaboraba un imaginario nacionalista oficial, y encaraba la tarea de implantar el mismo en las masas. Por ello, con algo de osadía podría tal vez decirse que el fútbol se incorporó de manera temprana en el imaginario nacionalista oficial todavía en elaboración, antes que en el marco exclusivo de lo que Billig (1998) ha denominado el “nacionalismo banal”, es decir, la fase de la reproducción de una ideología nacionalista ya canonizada. En su fase de difusión ya institucionalizada, el discurso sobre el fútbol no sólo promovía las lealtades nacionalistas, sino que también cumplía la función de morigerar las costumbres y promover el abstencionismo político (Urbina, 1999) entre los sectores populares, que por entonces se hacían eco de las interpelaciones de corte anarquista y marxista, sobre todo en sus sectores urbanos artesanos y proletarios. Así, pareciera que desde entonces el fútbol se convierte en un refugio para el discurso nacionalista de la “domesticidad” (González, 1995), es decir, de la glorificación de las virtudes privadas antes que de la actividad política como base de la democracia campesina.¹³

Desde luego, esa incorporación temprana fue favorecida porque en Costa Rica el fútbol penetró, con mayor rapidez que en países como Brasil, en todos los estratos sociales, manteniéndose desde entonces como deporte y entretenimiento tanto de la élite como de los sectores subalternos, sirviendo de *interface* comunicativa entre los distintos sectores sociales, diferenciados por clase, región, categorías étnico-raciales, e incluso de género.

Pero el fútbol es considerado actualmente no sólo un deporte multclasista, sino también, como señala el epígrafe de esta sección, una parte importante de la tipicidad idílica del mundo rural, imaginada en el primer cuarto de este siglo: la articulación del fútbol con el nacionalismo en gestación ha sido tan profunda que ese deporte es considerado parte importante de la tradición campesina nacional. Este rasgo de ruralidad del fútbol no parece encontrarse en otros países latinoamericanos, como Argentina, donde se lo considera una práctica predominantemente urbana que habría contribuido primero a construir nuevos vínculos sociales para los inmigrantes europeos en el espacio del barrio, y después, sobre todo durante el populismo peronista, como un puente hacia la nacionalidad para los llamados “cabecitas negras”.

Por otro lado, siguiendo con el epígrafe, que la plaza de los pueblos haya sido un campo de fútbol muestra cómo, a diferencia de otros países donde durante mucho tiempo la práctica de ese deporte se realizaba en espacios periféricos, en Costa Rica pronto ocupó el centro social y cívico de los pueblos, rodeado por las sedes del poder religioso, político, económico e intelectual, adquiriendo así un carácter de acontecimiento público extraordinario. Esa centralidad en la topografía política quedó tan arraigada que hasta hoy los ticos denominan “plaza” a los campos de fútbol, al tiempo que suelen lamentar su relativamente reciente susti-

tución del cuadrante central de los pueblos por los “parques”. Tal vez esa centralidad contribuya también a explicar el significativo hecho de que el traspaso presidencial que se realiza cada cuatro años tenga lugar, precisamente, en el “Estadio Nacional” (el lugar del pueblo) y no en el edificio del Congreso Nacional (el lugar de los notables), como es usual en otros países.

La apoteosis: Italia, 1990

(los ticos) “...hemos esperado más de 30 años para esto y nos han dado (los jugadores) *lo más maravilloso que ha ocurrido en la historia costarricense (...) lo más grande que nos ha dado Dios.*” Presidente Rafael Angel Calderón (LN 21/VI/90: pp. 10D, paréntesis en el original; énfasis míos)

El papel desempeñado por la Sele en Italia ‘90 constituye el mayor logro en la historia del fútbol costarricense, puesto que clasificó para los octavos de final y ocupó el puesto número 13 en el *ranking* mundial, el más alto de su historia futbolística.¹⁴ Como se desprende del tono profundamente nostálgico con el que continuamente la prensa rememora esa actuación, y de las celebraciones que la misma motivó, ese evento se convirtió en el acontecimiento de mayor exaltación nacionalista-patriótica en la historia contemporánea de Costa Rica.

Designada hiperbólicamente por los periodistas como “Gesta heroica”, “Hazaña” y “Proeza”, la única participación de la Sele motivó una vivencia profunda y festiva de la *communitas* nacional, adquiriendo el carácter de momento fundacional o constitutivo de la nacionalidad para los y las costarricenses contemporáneos.

El grado de profundidad emotiva y compromiso ético de efecto nacionalizador que tuvo ese acontecimiento está plasmado en el epígrafe inicial de este ensayo, que constituye una verdadera interpelación ciudadana: para los aficionados, apoyar a la selección es un verdadero deber cívico, del que no puede sustraerse ningún “ciudadano digno y amante de su país”, independientemente de que le guste o no el fútbol. Por contraparte, como señala una canción compuesta en ocasión del mundial de 1990 que los medios de comunicación audiovisuales utilizan desde entonces para convocar a los ticos cuando la Sele actúa, los jugadores fueron compelidos a cumplir la misión patriótica de defender el honor de los ticos (“Agárrense de las manos”; La Nota, 1990).

Los partidos que la selección de Costa Rica disputó, presenciados en tiempo real en todo el país gracias a la transmisión “en vivo” de la televisión y al asueto declarado por el presidente Calderón (LN 8/VI/90: pp. 12C)¹⁵, dieron lugar a celebraciones que alcanzaron dimensiones apoteósicas, las cuales, según la prensa y la población en general, nunca antes –ni después– habían sido vistas. Una multitud inédita, entre la que se encontraba, “como un ciudadano aficionado más”, el presidente de la república, tomó las calles para festejar los logros de la Sele en

un ambiente de profunda emotividad comunitaria jamás antes experimentado. La euforia fue tal que, según una nota del periódico *La Nación*, la ciudad capital se convirtió en un verdadero “Manicomio gigante”:

Glorioso día, jamás visto antes. Un verdadero carnaval. La gente efusiva. La capital envuelta en *un solo sentimiento de emotividad*.

¡Qué emoción, qué felicidad! *Estamos* entre los 16 mejores del mundo.

Lágrimas, besos, abrazos, con o sin banderas, en carros, a pie, gritando vivas. Así celebró ayer *este pequeño país*, de casi 3 millones de habitantes, la clasificación a la segunda ronda.

La gente volcada en las calles, algunos bailando, otros enarbolando *la bandera tricolor*, todos llenos de emoción.

Jamás faltó la mirada hacia el cielo para dar gracias a *Dios y a la Virgen de los Angeles* por el triunfo. (21/VI/90: pp. 18D; cursivas mías)¹⁶

Pero esta experiencia masiva profunda y espontánea de la nación no estuvo al margen de la participación del Estado, puesto que los festejos realizados para recibir a la selección fueron organizados por una “Comisión de Recibimiento” en la que participaron la presidencia de la república, la FEDEFUTBOLy otros patrocinadores. El “triumfal recibimiento” (LN 26/VI/1990: pp. 2D) de la selección nacional fue un elaborado acto cívico. Este empezó con la convocatoria general: “¡¡TODOS AL ESTADIO!!”, emitida por la presidencia de la república y otras instituciones (LR, 28/VI/1990: pp. 3-A) y el envío de una aeronave de la compañía de “Bandera Nacional” para que trasladara a la Sele desde Miami, realizando un sobrevuelo por todo el país antes de aterrizar en el aeropuerto “Juan Santamaría”.¹⁷

Posteriormente, los “héroes nacionales” fueron recibidos en el salón diplomático del aeropuerto por el presidente, la primera dama, miembros del gabinete ministerial y autoridades deportivas y eclesiásticas. Luego, se desplazaron en carrozas “adornadas y escoltadas” en un recorrido por tres de las siete provincias que conforman el país, hasta llegar al Estadio Nacional. A través de todo el trayecto, los seleccionados fueron vitoreados por “los costarricenses”, que portaron 60.000 banderas nacionales donadas por una empresa privada.¹⁸ Una vez que la delegación, “impecablemente vestida”, arribó al “Máximo Coliseo”, se realizó un solemne acto de un notable contenido cívico-nacionalista.¹⁹ Según la crónica:

...cientos de banderas tricolor se agitaron como accionadas por *un impulso eléctrico*, acompañadas de un coro: ‘Costa Rica, Costa Rica, Costa Rica, Costa Rica...’

Todos (los seleccionados) con los brazos en alto recibieron los aplausos del público y dieron las gracias por ese sentido homenaje que les tributaba el *pueblo costarricense*. ‘Gracias, muchachos’, ‘Perdón, Gabelo’, ‘Lo dieron todo’, ‘Bienvenidos, héroes’, fueron parte de los cartelones que se leían en las graderías.

El público en ningún momento dejó de aplaudir o corear el nombre de los jugadores de Bora (Milutinovic, director técnico de la Sele), así como de repetir calurosamente el ‘Viva Costa Rica’”.

Ayer no hubo fútbol en el Estadio Nacional. Pero sí alegría, alegría de *un pueblo agradecido para con sus héroes: la Selección Nacional*” (LN, 29/VI/1990: pp. 8C; cursivas y paréntesis añadidos)

Concluidos los actos principales, los seleccionados se trasladaron a sus comunidades de residencia, donde también fueron homenajeados por las autoridades locales y los vecinos. Entre los sucesivos actos de celebración, merece destacarse la visita por parte de los seleccionados al santuario de la Virgen de los Ángeles, como acción de gracias.²⁰

Así, tanto las manifestaciones espontáneas como las organizadas tuvieron un evidente carácter de celebración nacionalista, de reafirmación pública de las pertenencias y las lealtades a la nación. El símbolo que movilizó a la comunidad imaginada fue la Sele, interviniendo en papel subordinado también otros símbolos, de carácter estatal, como el himno, la bandera y el presidente; religiosos, como la Virgen de los Ángeles; o folclóricos, como los trajes típicos. Durante toda la celebración, el nombre emblemático que resume a todos estos símbolos se pronunció como una letanía: “Costa Rica, Costa Rica...”²¹

De esa forma, la participación de la Sele en el mundial del noventa derivó en una verdadera fiesta cívica: generó una movilización general que hizo posible una masiva ceremonia patriótica, provocando una profunda inmersión en la *communitas* nacional: los sentimientos de totalidad, unidad, solidaridad e igualdad fueron intensamente experimentados por quienes se identifican como costarricenses. La participación del “equipo de todos”, más exitosa de lo previsto, motiva aún un profundo orgullo patriótico y una emoción singular: transcurridos nueve años desde entonces, con pocas excepciones, las personas entrevistadas —sin importar edad, condición social, profesión, género o procedencia geográfica— señalan espontáneamente como el momento en el que más orgullo sintieron de ser ticos, e incluso el momento más feliz de su vida, a la “hazaña mundialista” de Italia ‘90. Como un mito de origen, ese momento es continuamente rememorado y actualizado por los medios masivos de comunicación con un tono de dramatismo notable, con el fin de transmitirlo a las nuevas generaciones.²²

La participación de la Sele en el mundial de Italia ‘90 constituye, para la sociedad costarricense, un verdadero momento liminal, una línea divisoria entre el “ahora” y el “después”, un verdadero “cambio en la historia” (LN TS, 8, 6/V/1997: pp. 2), que marca la “mayoría de edad” del fútbol costarricense, su entrada en la historia universal. Como ocurre en los rituales de inversión, “*Nuestros embajadores en Italia ‘90*. Se fueron como ‘cenicientas’ y regresan consagrados” (LN, 28/VI/1990: pp. portada)²³; David, “este pequeño y pobre país de sólo

51 mil km² y de tres millones de habitantes”, venció a Goliath, encarnado en las potencias futbolísticas de Escocia, Suecia... y Brasil.²⁴ En fin, esa “hazaña” se ha constituido en el parámetro para evaluar el pasado y avizorar el futuro, generando un sentimiento de continuidad histórica de la comunidad. El propio presidente de la república de entonces, declaró “Sudoroso, afónico y *como un aficionado más*” que ese logro fue “*lo más maravilloso que ha ocurrido en la historia costarricense (...) lo más grande que nos ha dado Dios.*” (LN 21/VI/90: pp. 10D, paréntesis en el original; énfasis míos)

Así, el fútbol se constituye en una parte importante de la tradición y de la historia nacional, generando una experiencia profunda de la *communitas* que fortalece los sentimientos de pertenencia y trascendencia en la comunidad entre los miembros de la nación, a los cuales la prensa interpela como ciudadanos-aficionados, así como de continuidad histórica de la nación. La nación no es sólo una experiencia efímera, sino que se convierte en una comunidad de origen y en una comunidad de destino. En todo este proceso, la prensa cumple un importante papel en la elaboración, difusión, y conmemoración pública y en clave nacionalista de este evento.²⁵

El centro ejemplar

La identificación de los individuos con la sociedad requiere la transmisión de mapas cognitivos, los cuales hacen posible —aunque sólo sea de forma precaria— la definición de la singularidad del grupo respecto a sus similares y la conformación de la solidaridad comunitaria. La urdimbre de las identidades nacionales puede considerarse, en esta perspectiva, un proceso de elaboración, difusión y adquisición de estereotipos sociales, de tipos ideales, que cristalizan o condensan, en estado puro, todo aquello que se considera distintivo de ese “nosotros esencial” que es la nación.

Esos modelos deben ser capaces de representar, y a la vez de motivar, la adherencia comunitaria de los individuos que cumplen los requisitos de membresía, según un patrón de conducta específico: son modelos ejemplares, un deber ser que, una vez interiorizado, se convierte en *habitus*, en guía inconsciente del actuar. Estos modelos tienen, además de su dimensión cognitiva, moral y praxeológica, una función emotiva, que consiste en brindar una identidad gratificante: la alquimia nacionalista convierte cualquier rasgo propio en virtud, el plomo en oro; el nacionalismo —como señala Billig (1998)— es un espejo de Narciso.

Con fines didácticos que otorguen continuidad a la nación y trascendencia a sus miembros, esos modelos son permanentemente actualizados y transmitidos a las nuevas generaciones. Esos modelos reencarnan continuamente en héroes, próceres, prohombres y otros personajes, los cuales constituyen el “centro ejemplar”

de la nación.²⁶ Sus hazañas son narradas una y otra vez en rituales conmemorativos que movilizan las energías psíquicas de los individuos con el fin de inspirarles, esto es, de generar en ellos una profunda identificación con el patrón de comportamiento ideal considerado propio del grupo.

Mi hipótesis es que en Costa Rica los periodistas deportivos actúan como verdaderos mitógrafos y divulgadores de la nacionalidad, articulando sentimentalmente el nacionalismo a los espectáculos futbolísticos, convirtiendo a los futbolistas en los “nuevos héroes nacionales”. Los discursos de la prensa en torno al fútbol incorporan, como parte del melodrama ontológico de corte nacionalista, la elaboración, la transmisión y el aprendizaje de concepciones pre-teóricas sobre el ser o la identidad nacional, así como el aprendizaje de aquellos valores morales y cívicos considerados fundamentales desde un punto de vista que fomenta el patriotismo, es decir, que promueve la adquisición de lealtades nacionales y la memoria comunitaria.

La Sele, en el discurso periodístico, es una suerte de “cristal de masa” (Cannetti, *op. cit.*) que sintetiza en estado puro el “espíritu de la nación”, y que por tanto asume la tarea de representar a ésta frente a los otros, así como de servir de “centro ejemplar” para los miembros de la comunidad. Gracias a esta doble vía de representación y ejemplaridad, la “masa” interpelada desborda ampliamente a los participantes directos, produciendo una identificación profunda entre los seleccionados y “el jugador nº 12”, equivalente deportivo del “soldado desconocido”: el *slogan* de *La Nación* “la Sele somos todos” condensa muy bien este proceso. La Sele es la representación sinecdótica de la nación, la portadora de los rasgos esenciales que caracterizan a los ticos en el discurso nacionalista: la humildad y sencillez campesina, así como la hidalguía y el coraje con que defienden el honor de su patria.²⁷ Veamos.

“Lo daremos todo”: la economía moral del sacrificio

“(U)stedes nos han demostrado que cuando hay dedicación, disciplina, corazón y espíritu de lucha, los costarricenses podemos llegar muy alto y enfrentar cualquier cosa. Gracias por infundir esa fe y respeto en la juventud costarricense.” Presidente Rafael Ángel Calderón (PL-AS Deportivo, 23/VI/1990)

El fútbol de selecciones parece haberse apropiado de lo que Anderson denomina la magia del nacionalismo, magia que convierte el azar en destino y hace posible la trascendencia comunitaria del individuo. Si bien todos los “ciudadanos dignos y amantes de su patria” son compelidos a poner bien en alto el nombre de Costa Rica, sea en el papel de ciudadanos comunes o de representantes nacionales, los jugadores seleccionados son los elegidos para conducir a su pueblo hacia la gloria y para redimirlo de sus fracasos. Este discurso mesiánico asigna a los jugadores la gran responsabilidad de representar a la comunidad y de dar todo por

ella, de señalar el rumbo a la nación. Su triunfo es de todos. Su fracaso también, aunque siempre se busquen chivos expiatorios.²⁸

La asignación de la trascendental misión de representar a la nación en las lides internacionales que los discursos periodísticos de corte nacionalista hacen a los jugadores, ha sido plenamente interiorizada por ellos, como se puede entrever en las siguientes declaraciones publicadas por la prensa con ocasión de la participación de la Sele en Italia '90: “moriremos en la cancha por ustedes”, “daré todo lo que esté a mi alcance”, “si es necesario dejaré el pellejo en la cancha” (LN 11/VI/1990: pp. 3C).²⁹ Pero este discurso del sacrificio por la patria y la ejemplaridad no interpela sólo a los jugadores hombres, sino que también alcanza a las mujeres que los rodean, a las cuales se asigna la función de apoyar a sus hijos, esposos y padres de manera incondicional, como lo remarcó en repetidas ocasiones Gloria Bejarano, por entonces primera dama de la república (p.e., LN, 27/VI/1990: pp. D).³⁰ De esa forma no sólo se promueve una movilización general de la ciudadanía, sino que también se refuerza el modelo patriarcal de la familia.

En el discurso épico sobre el fútbol, “mojar la camiseta” equivale a “derramar sangre”: la “sangre-sudor” es el fluido sagrado que se derrama en el cáliz de la comunión nacionalista. Metafóricamente, quienes lo dan todo en el “campo de batalla”, “mueren por la patria”. Independientemente del triunfo o la derrota, son los héroes de la patria: a ellos les está reservado el corazón del pueblo, la memoria, el agradecimiento eterno, el museo, las canciones, los poemas, los desvelos, los reportajes, etc. Si los jugadores lo dan todo, incluso las derrotas deportivas se convierten en triunfos morales/cívicos.

“Lo daremos todo”, lema y promesa de la selección nacional en su campaña mundialista de 1990, resume con economía esta moral del sacrificio por la patria. El cumplimiento de esa promesa los convirtió en héroes nacionales: “héroes nacionales”, “valientes”, “sacrificados”, “hidalgos”, “ídolos”, “modelos”, “ejemplos”, “orgullo”, “se partieron el corazón”, “se partieron el alma”, “disciplina”, “coraje”, “arrojo”, “dignidad”, “entrega”, “amplia disposición”, son algunas de las expresiones con las que la prensa calificó la actuación de “los valientes guerreros” en la “hermosa guerra” de Italia '90 (LN, 50 años; 100 años, 10).

Podría decirse que, así como hacia el último cuarto del siglo pasado la “campaña nacional” de 1856 fue convertida por los intelectuales orgánicos del liberalismo en una guerra de la independencia sustituta (cf. Palmer, *op. cit.*), la épica nacionalista elaborada por el periodismo deportivo contemporáneo en torno a las “campañas” de la selección nacional constituye a éstas en un sustituto o prolongación de la casi inexistente historia militar en uno de los pocos países que ha abolido el ejército (en 1948). Es sugerente el hecho de que el técnico de la selección, Bora Milutinovic, buscara motivar a los jugadores recordándoles precisamente las glorias de 1856. En esta larga historia, Italia '90 sería el cronotopo de la máxima victoria de ese ejército sustituto que es la Sele.³¹

El refuerzo de la economía moral del sacrificio patrio a través del fútbol adquiere un valor importante especialmente porque se considera que la sociedad costarricense está atravesando por una etapa de dramática pérdida de valores y sentimiento patriótico. Según este discurso, que puede escucharse cotidianamente en Costa Rica de manera continua en los medios de comunicación –una suerte de crisis perpetua,– los costarricenses serían cada vez menos sacrificados por la patria y solidarios entre sí. En la siguiente sección analizaremos cómo el periodismo deportivo incorpora la narrativa futbolística en la búsqueda de respuestas a esta crisis ontológica mediante una postura nostálgica de regreso a la “edad de oro” del idilio campesino.

Las virtudes campesinas: el jugador como humilde y sencillo labriego

Un rasgo destacado del nacionalismo oficial costarricense aún vigente es que, pese a haber sido promovido por la oligarquía cafetalera de fines del siglo pasado, el modelo de identidad nacional elaborado tiene un profundo anclaje en la cultura campesina, asumiendo así el carácter de un nacionalismo cultural con rasgos populistas. Este orden del discurso nacionalista de corte bucólico deposita el rol de la ejemplaridad social no entre las elites, sino en un modelo idealizado del pueblo: su héroe mítico es el “sencillo y humilde labriego”. La clase dominante no ha generado una ideología de contenido oligárquico, una *high culture* que la convierta, además de elite económica y política, en elite cultural. Por el contrario, renunciando a constituir a los sectores subalternos a su imagen y semejanza, las elites han elaborado un nacionalismo que les permite mimetizarse con la imagen mítica del pueblo.³²

Sin embargo, las elites han asumido el papel de “guardián de la tradición” y de “educador del pueblo”, enseñando a éste cómo debe ser y hacer, y condenando su actuación cuando se desvía del modelo ideal. El personaje que viene a condensar este discurso del deterioro moral y cívico del pueblo es el “pachuco”, término con el que se designa a quien ha abandonado las míticas virtudes campesinas de la sencillez y humildad para abrazar las del cinismo y la corrupción moral, convirtiéndose así en el antihéroe nacional. El “pachuco” es el pueblo en su rol de villano.³³ Esto nos lleva a interrogarnos quiénes cumplen, en la narrativa nacionalista, la función de modelos ejemplares. El neocostumbrismo periodístico actual, bajo la consigna de “rescatar la tradición” y “recuperar nuestros valores”, se ha dedicado a la búsqueda del último labriego sencillo y humilde en los rincones recónditos de la patria y/o en los campos de fútbol. Si el tema privilegiado de la “literatura nacional” de principio de siglo fue el idilio campesino, el tema preferido de los periodistas deportivos, nuevos forjadores del imaginario nacionalista, es el “sencillo y humilde futbolista” de origen campesino.³⁴ Si hace cien años los escritores glorificaban al humilde labriego que daba todo por la patria sin pe-

dir nada a cambio, trocando la herramienta en arma, hoy las páginas de los periódicos destacan hasta la saciedad el sacrificio y la entrega de los nuevos paladines de la nación: los futbolistas.

En el discurso de la prensa, estos héroes encarnan no sólo su vocación de sacrificio patrio sino también las “verdaderas” virtudes campesinas, la fe en Dios y la fortaleza de la familia patriarcal.³⁵ Quienes representan adecuadamente esta epopeya para educar a las masas urbanas y para proyectar una imagen positiva del país en el exterior en el marco del nacionalismo oficial, reciben no sólo la recompensa del éxito profesional, personificando el mito de la movilidad social ascendente como premio al apego a las raíces campesinas, sino que, por sobre todo, se hacen merecedores de la admiración y la gratitud de “todo un pueblo”. Por supuesto, en este drama social, aquel jugador que no siga el guión y se salga del redil, se convierte en villano y merecedor de la censura absoluta por parte de la prensa, y en general de “los costarricenses”, siendo condenado al olvido, cuando no al papel de ángel caído y ejemplo negativo para “la juventud”.

En este discurso puritano y patriótico se aprecia más el espíritu de sacrificio y la entereza moral que las aptitudes técnicas y estéticas de los jugadores, las cuales son desde luego necesarias para formar parte de los elegidos. Así, los ídolos deportivos personifican a los héroes preexistentes de la mitología nacionalista, que vagan por los discursos periodísticos en busca de actores que representen su epopeya para las masas urbanas, ansiosas de movilidad social, y a la vez nostálgicas por un pasado supuestamente idílico: gracias a la prensa nacional, el “humilde y sencillo labriego” renace en los estadios. Estos personajes liminales, que tienden un puente entre el pasado mítico y el presente incierto, entre la tradición y la modernidad, no son rebeldes poco respetuosos del orden establecido, como Maradona o Chilavert, que hilvanan genialidades con los pies y las manos y hacen declaraciones irreverentes que resquebrajan la mitología nacionalista oficial. Para el periodismo tico, la cancha no es un lugar para jugar, sino un campo ritual de batalla donde sus héroes deben hacer manifiestas sus virtudes morales y su vocación patriótica antes que sus dotes artísticas. Estos futbolistas son héroes banales, no poetas malditos.³⁶

Conclusiones

En este ensayo he explorado algunas hipótesis sobre la articulación entre fútbol y nacionalismo en Costa Rica. Apoyado teóricamente en la antropología procesual de V. Turner, en la interpretación densa de Geertz y en la teoría comunicativa del nacionalismo de B. Anderson, analicé el discurso nacionalista que la prensa local ha emitido respecto a la participación de la Selección Nacional de fútbol en la fase final de la Copa Mundial realizada en Italia en 1990. He mostrado cómo este discurso ha convertido este acontecimiento en un verdadero mo-

mento fundacional de la nación, en un quiebre simbólico en la historia de Costa Rica, que enmarca la profunda experiencia de la *communitas* entre los “ticos” contemporáneos en términos nacionalistas.

La “inolvidable hazaña” ha sido incorporada a las narrativas nacionalistas con una gran riqueza simbólica que exalta y rememora permanentemente la totalidad, la unidad y la igualdad de todos los costarricenses en torno a la Selección Nacional. Mostré también cómo el discurso periodístico acerca de esta fiesta cívica se orientó a moldear la vivencia comunitaria y la conducta social en términos de un modelo canónico de identidad nacional, asignando a la Sele la función simbólica de centro ejemplar. Los jugadores, como nuevos héroes de la nación, encarnan a los labriegos sencillos y humildes que, haciendo suyo un código de honor caballeresco aplicado a las masas, defienden a su patria como valientes guerreros, apoyados por sus abnegadas familias y bendecidos por Dios. El éxito en su misión les ha permitido trascender en la comunidad e ingresar en la mitología nacionalista.

La prensa dramatiza, elabora y amplifica el discurso nacionalista orientado a provocar la adhesión simbólica y emotiva, de corte apolítico antes que pragmático o utilitario, de los costarricenses, fortaleciendo los vínculos comunitarios y las lealtades hacia la nación, a la vez que reproduciendo un modelo específico de identidad nacional, el cual destaca como fundamento de la nación a la tradición cultural compartida (y a menudo inventada) más que a la voluntad asociativa. Este discurso inculca en la población un sentimiento de continuidad y diferencia comunitaria, ya que inserta al fútbol en una narrativa histórica que se inicia hacia fines del siglo pasado y se prolonga hasta hoy, incorporándolo como un elemento fundamental de las tradiciones nacionales de origen y, por tanto, de la identidad nacional: Costa Rica es un “pueblo que ama al fútbol”.

Lo señalado hasta aquí tiene, empero, un carácter relativo, puesto que el fútbol también está sujeto a la multivocalidad de los símbolos, lo cual hace necesario estudiarlo desde una perspectiva procesual de más largo plazo. En ocasiones como Italia '90 puede generar una movilización general y una vivencia comunitaria profundamente emotiva y gratificante tanto para los apocalípticos como para los integrados. Sin embargo, en otras puede provocar más bien sentimientos de frustración, vergüenza y desencanto, produciendo resquebrajamientos y reelaboraciones en el discurso nacionalista. En este ensayo he sugerido una posible fisura que surge de comparar el acontecimiento de Italia '90 con el gran fracaso de la Sele en su camino a Francia '98, cuando la exaltación nacionalista cedió lugar a una crisis ontológica que derivó, a la vez, tanto en una profunda reflexión de la sociedad sobre la identidad nacional, como en una profunda nostalgia por la “edad de oro”. Pero ése es otro partido.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo y Graciela Rodríguez 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (Buenos Aires: Atuel).
- Alabarces, Pablo y Graciela Rodríguez 1998 “Fútbol y patria: La crisis de la representación de lo nacional en el fútbol argentino” en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital* (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista>), n° 10, mayo de 1998
- Alfaro, Antonio 1998 *Piso 'e tierra. Mauricio Montero. Relato autobiográfico de un ídolo*, (San José: s.e., s.f)
- Anderson, Benedict 1993 (1983) *Imagined communities* (Londres: Verso).
- Antezana, Luis H. 1998 *Un pajarillo llamado Mané. Notas al pie de su fútbol* (La Paz: Plural).
- Archetti, Eduardo 1998 “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en *Nueva Sociedad* (Caracas), n° 154, marzo-abril.
- Billig, Michael 1998 “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”, en *Revista Mexicana de Sociología* (México D.F.), n° 1/98
- Calvo, Rodrigo y Mayela Solano 1994 *Aventura tricolor. Tomo III. Costa Rica en Italia '90* (San José: Ed. Trejos Sucesores).
- Canetti, Elías 1995 *Masa y poder* (Madrid: Alianza).
- Carballo, Reinaldo 1990 *El lenguaje no verbal del fútbol* (San José: U.C.R., Tesis de Licenciatura en Comunicación).
- Cubillo, Mayela 1986 *El fútbol, una perspectiva sociológica* (San José: Alma Mater).
- DaMatta; Roberto et al. 1982 *Universo do futebol. Esporte e Sociedade Brasileira* (Rio de Janeiro: Edicioes Pinakothèque).
- Elias, Norbert y Eric Dunning 1996 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica)
- Enríquez, José “Las fiestas cívicas en San José (1825-1930)”, en *Temas de Nuestra América* (Heredia), n° 25.
- Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (Buenos Aires: Gedisa).
- Geertz, Clifford 1992 *Observando al Islam* (Buenos Aires: Paidós).
- González, Alfonso 1995 *Costa Rica, el discurso de la patria* (San José: Editorial UCR).
- González, Jaime 1995 *La patria del tico. Interpretación del ser costarricense* (San José: Logos).

- Hobsbawm, Eric 1983 "Introduction: Inventing Traditions", en E. Hobsbawm y T. Ranger (Ed.), *The Invention of Tradition* (Cambridge: CUP).
- Láscaris, Constantino 1994 *El costarricense* (San José: Educa).
- Ovares, F.; M. Rojas; C. Santander y M. E. Carvallo 1993 *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: Editorial UCR).
- Palmer, Steven 1992 "Sociedad Anónima, Cultura oficial. Inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)", en I. Molina y S. Palmer (editores), *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: Porvenir-Plumsrock Mesoamerican Studies).
- Palmer, Steven 1993 "Getting to Know the Unknow Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, (1880-1900)", en *Journal of Latin American Studies* (Londres), vol. 25 part 1, febrero de 1993.
- Quesada, Alvaro 1998 *Uno y los otros*. (San José: Editorial UCR).
- Rojas, Margarita y Flora Ovares 1995 *100 años de literatura costarricense* (San José: EUNA).
- Seguro, Santiago (editor) 1999 *Fútbol y pasiones políticas* (Barcelona: Debate).
- Smith, Anthony 1997 *La identidad nacional* (Madrid: Trama Editorial).
- Smith, Anthony 1996 "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales", en *Revista Mexicana de Sociología* (México, D.F.) n° 1/98, México, D.F.
- Smith, Anthony y John Hutchinson (editores) 1994 *Nationalism* (Oxford/New York: Oxford University Press).
- Turner, Víctor 1994 (1974) *Dramas, Fields, and Metaphors. Symbolic Action in Human Society* (Ithaca: Cornell University Press).
- Turner, Víctor 1977 "Process, System, and Symbol: A New Anthropological Synthesis", en *Daedalus*, vol 106, n° 3..
- Urbina, Chester 1996 *El fútbol en San José. Un estudio histórico social acerca de su origen (1989-1921)* (San José: U.C.R., Tesis de Licenciatura en Historia.)
- Urbina, Chester 1999 "Fútbol, política e identidades en Costa Rica (1922-1950)", ponencia inédita al IV Simposio Panamericano de Historia, San José de Costa Rica.
- Van Dijk, Teun 1990 (1980) *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información* (Barcelona: Paidós).
- Villena, Sergio 1996 "Fútbol, mass media y nación en Costa Rica", en

AA.VV., *Fútbol e identidad nacional* (San José: FLACSO Sede Costa Rica, Serie Cuadernos de Ciencias Sociales n° 91). Publicado también en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), n° 10, mayo de 1998.

Villena, Sergio 1998 “El fútbol como ritual nacionalista”, en *Ecuador Debate* (Quito), abril de 1998, n° 43 (Número especial dedicado a “Fútbol, identidad y política”).

Villena, Sergio 1999 “Con manos de tierra y corazón de león. Fútbol e imaginario nacionalista en la prensa costarricense”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), n° 14, mayo de 1999.

Villena, Sergio 2000 “El tercer milenio: ¿era del fútbol transnacional?”, en *Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital*, (Buenos Aires, <http://www.sirc.ca/revista/>), marzo del 2000.

Villoro, Juan *Los once de la tribu* (México: Aguilar).

Vinnai, Gerhard 1991 *El fútbol como ideología* (México: Siglo XXI).

Fuentes periodísticas (abreviaturas utilizadas)

La Nación (LN)

“Especial de 50 aniversario. Héroes y leyendas” (50 años), Suplemento especial de *La Nación*, 1996.

“Tiempos de Selección”(TS), Suplemento especial de *La Nación*, en 12 fascículos, 1997.

“100 años de deportes. Hitos nacionales. Éxtasis del fútbol” (100 años), n° 10, Suplemento especial de *La Nación* 1999.

“Revista Dominical” (RD), Suplemento especial de *La Nación*.

La República (LR)

La Prensa Libre (PL)

Ediciones digitales

FEDEFUTBOL: <http://www.fedefutbol.org.cr/>

FIFA: <http://www.fifa.org/>

“La Nación Digital” (LND): <http://www.lanacion.co.cr/>

Lecturas: Educación Física y Deportes, Revista Digital: <http://www.sirc.ca/revista/>

Notas

1. Agradezco a María del Carmen Araya, informante incansable y crítica incisiva, a Diana Miranda por su valiosa colaboración en la recopilación de información sobre el Mundial de 1990, así como a Canal 7 y a la Dirección de Museos, ambos en Costa Rica, por la información que me brindaron. Versiones preliminares de este ensayo ha sido presentadas en la reunión del Grupo de Trabajo sobre Deporte y Sociedad de CLACSO (Cochabamba, diciembre de 1999), así como en el III Congreso Centroamericano de Antropología (Ciudad de Panamá, febrero del 2000).

2. Ver, además del clásico de Da Matta et al. (1982), el N° 154 de *Nueva Sociedad* (1998), el N° 43 de *Ecuador Debate* (1998), Antezana (1998), Villena et al. (1996), Alabarces y Rodríguez (1996), etc. La revista virtual “Lecturas: Educación Física y Deportes” es la más completa y accesible fuente actual para los/las interesados/as en esta temática. CLACSO, por su parte, mantiene un grupo latinoamericano de trabajo sobre la temática “Deporte y Sociedad” (ver www.clacso.org)

3. El marco teórico que guía este ensayo está desarrollado en mi artículo “El fútbol como ritual nacionalista” (Villena, 1998). He planteado algunas hipótesis sobre el futuro de la articulación entre fútbol y nacionalismo en un breve ensayo titulado “El tercer milenio: ¿era del fútbol posnacional?” (Villena, 2000). El abordaje teórico y metodológico de los discursos mediáticos impresos que realizo en este artículo se basa en Van Dijk (1990).

4. Usualmente, los ciudadanos de Costa Rica se autodesignan “ticos” y denominan a la selección nacional de fútbol mayor como “la Sele”. Utilizaré ampliamente ambos términos aquí, eliminando las comillas para alivianar el texto.

5. Mi fuente principal es *La Nación*. Se revisó también *La República* y *La Prensa Libre*. Estos son los tres periódicos de circulación nacional de mayor tiraje (se calcula por encima de 50.000 ejemplares para cada uno). Se analizaron además algunos videos periodísticos, así como reportajes televisivos realizados entre 1996-1999. Finalmente, se realizaron entrevistas a aficionados y algunos actores, así como observación participante en lugares públicos durante los partidos que jugó la Sele en el pre-mundial de Francia 1998. Los científicos sociales interesados en el deporte en Costa Rica tienen como una de sus tareas urgentes la de conformar un archivo documental, gráfico y audiovisual de carácter público.

6. La FEDEFUTBOL es una institución privada de interés público, sin ingerencia directa del Estado, que regula la práctica del fútbol profesional y amateur en sus distintas divisiones y modalidades, tanto en selecciones como en clubes. Respecto a éstos, aunque existen un par de equipos con una afición

de alcance nacional, la conformación de clubes “profesionales” sigue básicamente un criterio de tipo “representación territorial”, cuya importancia en la formación de identidades provinciales, municipales, cantonales y barriales está aún por estudiarse.

7. Por ejemplo, Oscar Arias (1996-1990) apoyó a la Sele en su trayectoria a Italia '90, Rafael Ángel Calderón (1990-1994) tuvo un papel protagónico en las celebraciones de Italia '90, José Figueres Olsen (1994-1998) viajó a Guatemala a apoyar a la Sele en 1998 y Miguel Ángel Rodríguez (1998-2002) comenta por radio los partidos locales algunos domingos. Pueden verse también, en la televisión, imágenes de la participación de la Sele en Italia '90 incorporadas en algunos *spots* políticos, como los de la actual campaña reeleccionista de Oscar Arias y la campaña presidencial de Rolando Araya. También se han utilizado imágenes de la Sele en la promoción de artículos comerciales, con frases del tipo “Mi equipo es la sele y mi pollo es...”, emitida por un ex-seleccionado.

8. Hasta hoy no existe una articulación institucional clara de la FEDEFUTBOL con el Estado. Se ha documentado que, pese a la temprana presencia de políticos en los campos de fútbol, el Estado comienza a apoyar a este deporte sólo en la segunda mitad de los años '40, a discreción de funcionarios influyentes (cf. Urbina, 1999). Esta modalidad se mantiene aún pese a que desde 1975 existe también una vía más institucional, a través del Instituto Costarricense del Deporte y la Recreación (ICODER), adscrito al Ministerio de Juventud y Deportes, creado el mismo año. Hoy, la prensa y los dirigentes se quejan con frecuencia por la falta de apoyo económico y de regulación estatal al fútbol. Anteriormente se había creado la Dirección General de Educación Física y Deportes (1966).

9. Este triunfo motivó la construcción de lo que el periodismo local denomina el “máximo coliseo nacional”, el “Estadio Nacional”, inaugurado en 1924 con la primera “justa internacional” celebrada en Costa Rica.

10. La Sele se suma, desde lo deportivo, al arsenal simbólico de la nación, conformado por: la bandera, el escudo y el himno nacional (símbolos políticos), la Virgen de los Ángeles (símbolo religioso), la guaria morada y el yigüirro (símbolos naturales), el punto guanacasteco y el traje de campesino (símbolos étnico-folclóricos). Por ello, siempre que designa a la Sele, la prensa usa mayúsculas.

11. Entre 1880 y 1910 se constituyó la “imagen pictórica y literaria de lo costarricense en que se funda la identidad nacional” (Rojas y Ovaes, 1995: pp. 34): se compiló la primera antología de poesía costarricense, la *Lira Costarricense* (1890-1891) y se publicó la “primera novela costarricense”, *El Moto* de Joaquín García Monje (1900), así como la obra poética fundacional,

Las Concherías de Aquileo Echeverría (1905). Carlos Gagini publicó el primer léxico costarricense (1892, obra inicialmente titulada “Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica” y después “Diccionario de Costarriqueñismos”) y Ezequiel Jiménez pintó la casa de adobes, icono de la vida campesina que hoy sirve de decorado en varios programas y comerciales televisivos neo-costumbristas. El “Himno al quince de septiembre” (1886), componente central del cancionero cívico con el Himno Nacional (1903) y “La patriótica costarricense” (1856), así como los primeros periódicos, la *Gaceta oficial*, el *Diario de Costa Rica* y el *Otro Diario*, datan también de ese período (Palmer, *op. cit.*: pp. 202-203).

12. En un ensayo anterior he mostrado cómo este discurso canónico funciona usualmente como “orden del discurso” para la crónica deportiva en general, y del fútbol de selecciones en particular (cf. Villena, 1999).

13. Digo “refugio” porque la llamada generación del “Repertorio Americano” asume, entre 1920 y 1945 aproximadamente, una postura crítica frente a la producción literaria de la generación del “Olimpo”, la cual elaboró el imaginario nacionalista (cf. Quesada, 1998: *passim*).

14. Desde 1961 Costa Rica es parte de la Confederación del Norte, Centroamérica y el Caribe de Fútbol Asociado (CONCACAF). En agosto de 1999 ocupaba el lugar nº 68 entre los 203 asociados a la FIFA, y el quinto entre las 35 federaciones que forman CONCACAF, por debajo de México, USA, Jamaica y Trinidad y Tobago (*ranking* FIFA/Coca Cola). Hasta ahora, los “Amos del área” centroamericana (LN, TS 3, 1/IV/1997: pp. 1) han participado en 12 pre-mundiales, a partir de 1958, clasificando sólo en una ocasión.

15. Entre las manifestaciones de apoyo a la Sele, la prensa registra: un desfile escolar en San Ramón (LN, 8/VI/90, 10C), el viaje del ex-presidente Oscar Arias (LN 5/VI/90: pp. 4D; 8/VI/90: pp. 10C), el asueto decretado por el gobierno para que todos los funcionarios públicos y los estudiantes pudieran ver el partido por televisión (LN 8/VI/90: pp. 12C), e incluso la suspensión de la Reunión Cumbre Centroamericana por una hora (LN 17/VI/90). El Ministerio de Cultura y Deportes instaló una pantalla gigante en una sala de cine, donde “el Presidente y sus Ministros” presenciaron el primer partido (LN 8/VI/90: pp. 12C). También se grabaron discos y, cómo no, los diputados suspendieron sus actividades.

16. En provincia se reportó: “Los desfiles se organizaron espontáneamente unos pocos minutos después de la conclusión del partido, y *nadie*, de los más pequeños hasta los de mayor edad, se perdió la celebración de la hazaña. / En cada cabecera de provincia y en cada cantón aparecieron rostros pintados con la Bandera Nacional, ruido de instrumentos musicales, bocinas, ollas, cualquier cosa, para hacer patente el júbilo (...) / *Así vivió todo el país la proeza*

de la Selección Nacional de Fútbol que, con su triunfo, llenó de fe y esperanza a los costarricenses” (LN 21/VI/90: pp. 20D; énfasis añadido)

17. “Para que *todos los costarricenses* tengan la oportunidad de saludar a los futbolistas y a los miembros del cuerpo técnico, el avión (...) hará un recorrido por todo el país a la altura más baja permitida (...) *los costarricenses* podrán enviar su saludo a los futbolistas con espejos que reflejen su brillo en la aeronave”(LN 28/VI/1990: pp. 1D; paréntesis y cursivas añadidos)

18. “...las banderas se repartirán en el aeropuerto (...), en la entrada del Estadio Nacional y en distintos puntos del desfile, con el fin de que *todos los aficionados* puedan *rendir tributo a sus héroes* (...) Diferentes edificios de la capital adornaron sus ventanas con banderas de Costa Rica y en las principales carreteras del área metropolitana muchas personas hicieron ‘su agosto’ con la venta de emblemas tricolores. También fueron decorados con banderas los postes del alumbrado público de la autopista General Cañas”. (LN 28/VI/1990: pp. 1D, énfasis añadido)

19. PROGRAMA(extraído de LN, 26/VI/1990: pp. 2D): 1) Himno Nacional, interpretado por la Sinfónica Juvenil; 2) Palabras de los miembros de la FEDUTBOLy de los seleccionados; 3) Interpretación de “O sole mío”, a cargo del barítono italiano Bruno Becario, con el acompañamiento de la Sinfónica de Heredia; 4) “La patriótica costarricense”, interpretada por la Sinfónica Juvenil; 5) Tedeum a cargo del arzobispo de San José, Monseñor R. Arrieta; 6) Palabras del Presidente de la República, Lic. Rafael Ángel Calderón (y de la Ministra de Cultura); 7) Concierto con La Pandylla (sic), La Banda y La Nota, grupos que compusieron canciones para la Selección: “Lo daremos todo” (La Banda, con el acompañamiento vocal de los seleccionados), “Agárrense de las manos” (La Nota) y “Mi Costa Rica” (La Pandylla).

20. En el acto de homenaje la delegación portaba una imagen de la Virgen de los Ángeles, a la cual “el equipo siempre tuvo consigo”(29/VI/1990: pp. 3C). Un entrevistado me señaló que un periodista tico, refiriéndose en otra ocasión a las disputas “clásicas” entre las selecciones de México y Costa Rica, señaló: “la Virgen de los Ángeles y la Virgen de Guadalupe ya se han enfrentado muchas veces”.

21. El único símbolo nacional con una convocatoria semejante es la Virgen de Los Ángeles, “Patrona de Costa Rica”, con ocasión de los aniversarios de su aparición (2 de agosto), el cual, según informes de la prensa, logró movilizar en 1999 a poco más de la mitad de la población nacional. Sin embargo, puede señalarse a modo de hipótesis que este evento tiene un carácter más religioso que cívico, puesto que los romeros se limitan a hacer manifestación pública e individual de su devoción a la Virgen. A diferencia de lo que ocurre en México en el santuario de Tepeyac, los peregrin-

nos no portan símbolos nacionales ni realizan actos que expresen su lealtad o pertenencia nacional; de igual forma, de la respuesta de varios entrevistados (y de una observación de los exvotos ofrendados) se puede inferir que las rogativas y promesas tienen un carácter personal o familiar antes que nacional, e incluso comunitario (lo que no descarta, desde luego, que se le ruegue a la “Negrita” por un triunfo de la Sele). Debe destacarse empero el esfuerzo de la prensa en esta ocasión -sobre todo del SINART (Canal 13), que realizó cobertura total durante más de 36 horas continuas- por semantizar este acontecimiento como un evento profundamente nacionalista.

22. Por ejemplo, un reportaje publicado con el título “La hazaña de Italia 90” señala: “Al comenzar el mundial, desde el presidente Rafael Angel Calderón Fournier hasta el más humilde trabajador se unieron a esta fiesta deportiva.” “Jugó con clase, con garra y sin complejos. / Se lució bajando el balón, dominándolo y haciéndolo correr a ras del césped, defendiéndose con gallardía y hasta metiendo un gol tras un pase de taquito. / En el Campeonato Mundial de 1990, efectuado en Italia, Costa Rica dejó boquiabiertos a tirios y troyanos y su labor fue colmada de elogios por la prensa de todo el mundo (...) causaron asombro en todo el planeta. Y qué decir en el pueblo de Costa Rica, que durante diez días caminó sonámbulo, rebosante de una alegría nunca antes vista.” (LN-RD, 9/6/96; paréntesis mío)

23. Esta frase contiene dos elementos que destacar: el primero es la experiencia del viaje como parte del “rito de paso”, del salir y volver al mismo lugar habiendo sufrido una transformación. El segundo también se asocia al viaje: es la “extraterritorialidad” del acontecimiento, que convierte a los jugadores en embajadores. Al respecto, la prensa destacó con ahínco cómo los ticos “conquistaron” el corazón de Mondoví, su “centro de operaciones” en Italia y, más ampliamente, cómo conquistaron un lugar en el mundo.

24. Antezana ha señalado que la axiológica del fútbol es clara: se gana, empatata o pierde, según quién meta más goles. Sin embargo, los comentarios en tiquicia después del partido Costa Rica-Brasil, con resultado 0-1 (16/VI/1990), ponen en duda esta axiológica: “1 x 0 no es derrota” e, incluso, “El resultado ante Brasil fue un gran triunfo” (LR, Revista Italia '90, 17/VI/1990: pp. 15). Es evidente que, más que los triunfos deportivos, aquí importan las victorias morales: en último término, la consigna es “perder con dignidad”.

25. Por ejemplo, en 1998 *La Nación* publicó una revista denominada “Tiempos de Selección”, recibiendo mayor atención los eventos de 1921 y de 1990. Este diario también ha publicado un “Especial de 50 aniversario” (1996) y una serie denominada “100 años del deporte” (1999), en los que la “gesta mundialista” ocupa la parte central. *La Nación digital* también incluye videos

de los goles y parte de las celebraciones. Por otra parte, el más ambicioso proyecto de elaboración de una historia del fútbol nacional ha publicado sólo uno de los tomos previstos (el tomo III), dedicado precisamente a la “hazaña” mundialista de 1990.

26. El concepto de “centro ejemplar” fue elaborado por Geertz (1994) cuando estudiaba la función simbólica que cumplían los gobernantes javaneses para su pueblo. Ahí, según la ideología cósmica del reino, la corte asumía el papel de paradigma microscópico que cumple la función de diseminar, mediante exhibición, la civilización: la capital es como el sol, y el reino es como su aureola. Según se puede apreciar cotidianamente en las encuestas y artículos de opinión, en Costa Rica difícilmente la clase política podría cumplir ese papel ejemplar.

27. Pese a que sus rasgos de hispanidad han sido atenuados en las narrativas nacionalistas, la figura del campesino mítico sigue siendo central en la identidad costarricense: “Somos campesinos. La fuerza de la cultura campesina entre nosotros, no tiene equivalente ni comparación. Esa cultura campesina que reúne (no siempre armoniosa, a menudo dialéctica y conflictivamente) lo indígena, lo europeo y lo caribeño, es nuestra única raíz profunda y verdadera. Olvidarla, dejarla de lado, sepultarla o despreciarla, es nuestro suicidio como nación y como pueblo” “Los campesinos no están sólo en el pasado ni pertenecen a la historia, como para desgracia piensan muchos. No, los campesinos también son el presente, y una cosa es cierta, y es que si algún futuro tenemos como nación, será también con ellos y por ellos” (Soto, *op. cit.*)

28. Por ejemplo, un editorial (LN, 17/XI/1997) dedicado a la eliminación de la Sele en su camino a Francia '98 señala: “...esta desorganización programada (del fútbol) le está causando daño al país en el orden deportivo y en general (...) por cuanto el fútbol, dadas su extensión nacional e internacional, así como su raigambre en el pueblo costarricense, se ha insertado en nuestra cultura y, como tal, es un espejo y una escuela. Un espejo de nuestros defectos y una escuela de deformación nacional”. El fracaso de la Sele de entonces, considerada por el periodismo como “la mejor selección de nuestra historia”, como “una constelación de estrellas”, provocó una verdadera crisis de seguridad ontológica entre los ticos, generando variadas e interesantes reflexiones sobre la identidad nacional.

29. Aunque en general los jugadores asumen públicamente esa representación, también la resienten, sobre todo en privado, porque consideran que la responsabilidad que se les asigna es excesiva: como me señaló un ex-seleccionado del '90, un fracaso fácilmente los convierte de “héroes” en “villanos”.

30. Se trata del consabido discurso de que “detrás de cada gran hombre, hay una gran mujer”: “si algo se reafirmó en Mondoví fue el profundo significa-

do de la familia, y el amor que se siente por ella” (Gladys López, LR-RI’90: pp. 29/VI/1990). En los últimos años, empero, este rol secundario de la mujer está siendo cuestionado, puesto que su participación es creciente como aficionadas, jugadoras, periodistas y dirigentes de fútbol. Por ejemplo, la selección femenina realizó un mejor papel que la masculina en los Juegos Panamericanos de Winnipeg (Canadá, 1999), donde obtuvo la única medalla que logró la delegación costarricense. Sin embargo, me parece que, pese a este triunfo, pasará todavía mucho tiempo antes de que el fútbol femenino se convierta en una “pasión nacional”.

31. La militarización del léxico futbolístico fue muy evidente durante las eliminatorias para el mundial de 1998, cuando *La Nación* utilizó ampliamente términos como “artillería”, “legionarios”, “trinchera”, etc., así como una iconografía belicista. Alcanzó su máxima expresión en la polémica -y “disgusto” diplomático- provocada por las declaraciones del nada discreto tercer técnico de la selección, quien refiriéndose al partido que jugarían Costa Rica y EE.UU. en territorio norteamericano señaló que los ticos atacarían la Casa Blanca con todo el armamento pesado del que disponían (Ver Villena, 1998: pp. 103- n. 20)

32. En general, me parece que el triunfo de los “costumbristas” frente a los “modernistas” hacia fines del siglo pasado ha generado una ideología, vigente hasta hoy, que al mismo tiempo glorifica la cultura campesina y estigmatiza el refinamiento y el cosmopolitismo cultural. Hoy es común, aún en el ámbito universitario, censurar a quien utiliza un vocabulario más extenso que el estándar, con frases irónicas como “ay carajo, esas palabritas de domin-guear”. También es usual que se considere más importante el culto del cuerpo que el del espíritu.

33. La creciente violencia que en los estadios protagonizan las “barras bravas” ha introducido al “pachuco” en el discurso periodístico sobre el fútbol. Se distinguen, al respecto, tres posiciones: una conservadora, que la trata como un índice de deterioro moral de la sociedad; una “amarillista”, que siendo también conservadora estimula estas prácticas, y finalmente una “puritana”, que se niega a otorgar importancia a estos hechos con el fin de mantener una postura “positiva” del fútbol como generador de valores en la sociedad. Ninguna señala como posible causa de la violencia en el fútbol a la frustración generada por el contraste entre los discursos triunfalistas de la prensa y los sucesivos fracasos que sufren los equipos.

34. Se pueden encontrar sin esfuerzo ejemplos en la prensa de la asociación entre “campesino” y “futbolista”, aunque ninguna como en el caso de Mauricio Montero. Con ocasión de su apoteósica despedida de la vida activa como jugador, se dijo que tenía “manos de tierra” y “corazón de león”, es decir, la humildad y el coraje del campesino mítico, lo que lo convertía en el

“último caudillo” que había estado dispuesto a “matar” por la patria (ver Villena, 1999)

35. La dimensión religiosa de los discursos sobre el fútbol se puede apreciar no sólo en las crónicas, sino también en el discurso de los actores: jugadores, dirigentes, políticos, etc. En 1990, una de las dimensiones más destacadas del comportamiento ejemplar de los jugadores fue su fe católica en Dios. *La Nación* publicó un póster del máximo héroe, Gabelo Conejo, el “portero que reza”, arrodillado con las manos juntas en señal de oración.

36. Por su parte, la prensa actúa a menudo como celoso guardián de esta ejemplaridad, sobre todo de su utilización política: “Uno de los aspectos más negativos de la celebración de ayer fue el papel protagónico de quienes no eran los festejados. Aunque los *verdaderos héroes* fueron los futbolistas, no eran ellos precisamente los que ocuparon los primeros lugares en la rampa del Estadio Nacional. Presidía el Presidente de la República, algunos de sus ministros y asesores. Los seleccionados estaban atrás.” (LN 29/VI/1990: pp. 6C, cursivas añadidas)

*Identidad y poder en el fútbol:
algunas reflexiones a partir
de la experiencia jujeña*

◀ Juan Pablo Ferreiro, Sofía Brailovsky y Elisa Blanco*

“El fútbol aparece como una “arena pública” en la que se desarrollan algunos de los dramas de una sociedad y es, por lo tanto, un vehículo de su cultura. [...] Es interesante preguntarse por la eficacia simbólica del fútbol, y ver las diferencias con otras sociedades y culturas en donde este deporte es tan importante ...” (Archetti, 1984, pp. 3-4)

De las primeras reflexiones surgidas del trabajo de campo, que representan la complejidad por donde habitualmente discurre nuestra búsqueda, surge como punto de partida la de considerar al fútbol como un ritual de masas, tal vez el más potente y perdurable del siglo, expresado a través de un deporte “de combate”. Esta concepción ha sido desarrollada por diversos autores, entre los cuales se encuentran Pierre Bourdieu y Norbert Elías. Precisamente éste último nos provee a través de sus análisis una perspectiva general, desde la cual proponemos que “en todas sus variedades, el deporte es siempre una batalla controlada en un escenario imaginario, sea el oponente una montaña, el mar, un zorro u otros seres humanos...” (Elías y Dunning, 1996, pp. 68; Bourdieu, 1988).¹

En países como la Argentina, este tipo de práctica se ha transformado en un verdadero ritual político,² cuya naturaleza proponemos entender “como una tecnología experimental destinada a afectar el flujo de poder en el universo, [que] es particularmente idónea para responder a las contradicciones creadas y engendra-

* Juan Pablo Ferreiro: Antropólogo. Profesor Adjunto Ordinario. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Director del Proyecto 08/C072 “Fútbol: pasión de multitudes, guerra de símbolos”, financiado por la SECTER, Universidad Nacional de Jujuy. Sofía Brailovsky: B. S. en Cs. Pedagógicas, Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto. Elisa Blanco: Técnica Superior en Antropología. Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto.

das (literalmente) por los procesos de transformación social, material y cultural; procesos representados, racionalizados y autorizados en nombre de la modernidad y sus diversas coartadas ('civilización', 'progreso social', 'desarrollo económico', 'convención' y otros semejantes)...” (Comaroff & Comaroff, 1993.). Pero además de sus aspectos políticos, dichas prácticas y ceremonias se constituyen en un auténtico ritual de la violencia a través del cual se interpela al poder social, y al mismo tiempo sirven para poner en juego el complejo conjunto de elementos que conforman el proceso de creación y recreación identitaria, ya que a través suyo tienden a estabilizarse, a estandarizarse, pero también a disputarse, la membresía, la pertenencia y la exclusión de/a un determinado sector. Precisamente, tales particularidades definen una ambivalencia que implica considerar que todo lenguaje político es un lenguaje vinculado a los procesos identitarios, y que éstos no pueden sino ser procesos políticos,³ de manera tal que el ritual opera de articulador entre ambos polos.

Este vínculo, consustancial al origen del fútbol,⁴ se revela en toda su profundidad y extensión en el ámbito que nos toca analizar hoy. Los británicos, que trajeron el fútbol al Río de La Plata, también lo afincaron en Jujuy, de la mano de la industrialización azucarera y el ferrocarril. Allí, el registro de un primer cotejo nos retrotrae a la década de 1890, cuando británicos y criollos ya aparecían mestizados en deportivo fervor. Sobre todo en el interior del país, el fútbol se desarrolló al compás de la producción local, al principio siguiendo el camino de ésta a través de su transporte: el tren. Así nacieron buena parte de los equipos más tradicionales de la porción septentrional de la Argentina: los diversos Central Norte (Tucumán, Salta, Perico), Central Córdoba (Rosario, Tucumán, Santiago del Estero), Tucumán Central, Villa Mitre (Tucumán), Talleres (Córdoba), Mitre (Santiago del Estero), Rosario Central, etc.

Así como el ferrocarril implicaba el “disciplinamiento” y organización de la producción local, estos elementos, implícitos en la práctica del fútbol, se aplicaron sin cortapisas.

Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de disciplinamiento? Básicamente, a que el fútbol reitera la misma lógica organizacional que el trabajo industrial, disciplinado, organizado, colectivo, en el que cada hombre tiene su puesto previamente estipulado en el cual desarrolla sus capacidades. A través de esta lógica, la misma que anima las modernas sociedades democráticas, igualitarias en el derecho y profundamente desiguales en los hechos, se establecen los patrones y performances aceptables para tales roles; se regula y canaliza la violencia (de otra forma “desbordante”) que implica el juego, se “enseña” a ganar y a perder, a “comportarse” en una sociedad racional y democrática, y a establecer cuáles son los vínculos reales entre el desempeño y la aspiración individuales y las necesidades y prácticas colectivas.

Basta hacer un breve recorrido por los orígenes del fútbol argentino para advertirlo. Un dato aparentemente menor, el nombre (el *quién*, como diría Américo

Castro), se muestra eficaz en la sugerencia. Designaciones como Juventud Antoniana de Salta (fundado, como su nombre lo indica, por los franciscanos a partir de la actividad deportiva colegial) o Argentinos del Norte -el “sagrado”, que comenzó como campus deportivo de un colegio religioso de la elite tucumana y cuya camiseta, significativamente, ostenta el diseño y colores de la enseña nacional- indican el sentido que proponemos.⁵ En Jujuy, más que representar la surgente industrialización nacional, lo que parecía manifestarse a través de una poética particular era la voluntad política de construcción de un sentido de pertenencia nacional. Argentino del Norte, Regimiento 20, Tiro Federal, Escuela de Artes y Oficios, Alba Argentina, General Belgrano, son algunos de los nombres-insignia de esa búsqueda de identificación con lo argentino emergente,⁶ o si se prefiere con el *ethos* nacional, como diría Eduardo Archetti. Proceso que completaba su sentido con la presencia, en el ámbito de la dirigencia y organización, de los notables del momento. Esto es, el tradicional y dominante tema del avance de la “civilización” sobre la “barbarie”, o el disciplinamiento de una mano de obra aún indócil. Conjunto éste de carácter heteróclito, que representaba en toda su extensión y con todas sus consecuencias a los ‘otros’ culturales, sociales, étnicos. Por un lado los pobladores del interior del país, que se sumaban al proceso de industrialización experimentado por la sociedad argentina, y cuya socio-categorización tradicional incluía (incluye) un contenido étnico velado (“los cabecitas negras”). Por otro los inmigrantes, europeos pobres y del resto del continente americano, quienes se fusionaban con la población nativa y eran vistos como potencialmente peligrosos (pero económicamente útiles) para los intereses de los sectores que detentaban el poder en el país. El fútbol comenzaba a actuar como un puente que, más allá de fronteras lingüísticas, étnicas, religiosas o culturales, permitía que los trabajadores expulsados por el campo se entendiesen con los trabajadores expulsados por Europa.⁷

Pero a la vez, sobre él se montaba una estrategia con fines claramente pedagógicos, esto es, de construcción y publicitación deliberadas de una clara hegemonía social y étnica, que no sólo se expresaba en la lógica de denominación, sino que además animaba a todo el proceso fundacional. En los comienzos, figuras tales como el canónigo José de La Iglesia⁸ fundaron clubes (Atlético Belgrano) que servían como mecanismo de control de la juventud,⁹ en los cuales también participaban activamente las autoridades militares de la ciudad¹⁰ y se destacaban algunos apellidos clásicos del patriciado local.

De esta manera, el proceso de control social implícito se vinculaba lógica y materialmente con las necesidades identitarias de una sociedad en estado de emergencia permanente desde su independización política.¹¹

Hacia mediados de siglo, el fútbol actualiza su contenido y organización en función de los cambios producidos en el resto de la sociedad. El desplazamiento del orden conservador-oligárquico tradicional por el populismo laborista-peronista-

ta se manifiesta en la presencia en la estructura de la liga, en carácter de representantes de clubes, de los tres caudillos más importantes de la segunda mitad del siglo: Humberto Martiarena, Horacio Guzmán y Guillermo Snopek.¹² Hoy, las vinculaciones entre el poder político y el fútbol local son fluidas y densas.¹³

Sin embargo, esta relación no se agota en el fenómeno de la “domesticación social”, sino que expresa también procesos de gestación de identidades colectivas: aún a pesar de este tipo de lógica social, dentro de tal esquema anida el conflicto potencial, ya como enfrentamiento faccioso, ya como interpelación a lo social y sus jerarquías. Precisamente, como afirma Patrick Mignon: “La popularidad del fútbol reside por igual en el hecho de que entiende tanto al conflicto como a la competición como formas normales de la vida en sociedad: se opone a todas las formas de neutralización de las relaciones entre grupos, y a la creencia en la pacificación definitiva de la sociedad. De hecho, considera que la cuestión de la relación con el otro no puede ser evitada...” (Mignon, 1998, pp. 29)

Este tipo de proceso actúa según lo que Bromberger ha denominado “lógica partisana”, la cual se funda en un antagonismo bipolar básico fundado en la pertenencia territorial, cultural, étnica, de clase, religiosa, etc.¹⁴ y, echando mano de todo tipo de señales y símbolos a fin de desacreditar y degradar al rival eventual, intenta afectar el resultado del encuentro. A ello se suma, desde luego, la exposición en forma actualizada de enfrentamientos previos y originarios de otros ámbitos. (Bromberger, 1998, pp. 74-76)

Tal es el principio que opera en categorizaciones como “cirujas/decanos; bosteros/millonarios; negros/ojitos verdes; tatengues/sabaleros, santos/quemeros, jujeños/periqueños, etc.”, algunas de las cuales no ocultan su contenido clasista, y a las cuales se suman, ya en las décadas de 1980 y 1990, otras de fuerte contenido étnico (“bostero bolita, paraguayo”) que juegan un papel importante en la redefinición de la identidad adscripta al otro, en su valoración social y en la constitución de su más completa ajenidad (social, étnica, cultural, política, etc.). Esto es lo que parece traslucirse en una nota cuyos fragmentos transcribimos a continuación:

Al considerarse una nota del Club General Belgrano en la que formula una seria protesta por un atentado contra la cultura deportiva llevado a cabo el 8 de julio en el field del stadium durante el partido realizado entre el combinado local y Atlético San Pedro, donde a raíz de una jugada prohibida verificada por el wing izquierdo del team visitante en contra de un jugador local, el público exteriorizó su desagrado por medio de gritos y silbidos, el jugador sampedreño, en forma airada e inculca, llevándose las manos a las partes genitales de su cuerpo, contestó al público al mismo tiempo que realizaba gestos obscenos. (Acta 1: p. 61, 1928)

En esta nota el Club General Belgrano dice que no es la primera vez que los clubes de San Pedro evidencian en forma concluyente que carecen de toda

noción de cultura y al efecto se recuerda el escándalo producido el año pasado en el stadium cuando los jugadores de Newell's Old Boys fueron apedreados por el público y hubo hasta tiros resultado de esta refriega: tres heridos pertenecientes al club visitante [...] los casos citados exponen la incultura deportiva de los jugadores de San Pedro y que tienen una educación muy pobre. Además que la liga en nada se beneficia en concertar encuentros con tales clubes porque ninguna enseñanza dejan a los cuadros locales, ni puede existir confraternidad y al contrario, sólo se recibe manifestaciones injuriasas... (Acta 1:62, 1928).

En realidad, lo más importante del mensaje, en este caso, no es lo que se dice, sino aquello que no se dice. La "salvajización" de los jugadores sanpedreños difícilmente podría haberse sostenido de no haber existido previamente un extendido prejuicio acerca de ellos. Lo que no se dice es, precisamente, que este prejuicio está vinculado con la presencia de una muy numerosa población aborigen¹⁵ utilizada como mano de obra en las plantaciones de esa zona de la provincia, donde se desarrolla la industria azucarera, a la vez que constituye la principal zona de asentamiento de los administradores y técnicos británicos.

Tales formas de categorización y clasificación constituyen el fundamento socio-antropológico de cualquier proceso de construcción o resignificación identitaria. Jenkins plantea que toda socialización es categorización. El reconocimiento de este hecho es decisivo en los procesos identitarios, ya que implica situar al poder, a los fenómenos de hegemonía y contra-hegemonía, en el plano de las agencias (Jenkins, 1995).

Las prácticas clasificatorias son el puente, además, entre el individuo y el grupo, y poseen también una constitución dual. En el ámbito de las relaciones cara a cara, de la interacción personal o de pequeño grupo, se puede reconocer un doble mecanismo de clasificación: el primero se vincula a la designación de la que es objeto un individuo en relación a un colectivo mayor, que puede remitir al ámbito del género, de lo étnico, de lo socio-laboral, de lo local, de lo deportivo, etc. Se reconoce a través de ésta una pluralidad de identidades que habitualmente se segmentan de manera jerarquizada. El segundo, en cambio, involucra las consecuencias prácticas de las designaciones anteriores en el ámbito de la experiencia cotidiana. De esta forma, un conjunto de categorizaciones específicas -por ejemplo hincha de Boca Juniors y originario de una provincia interior- puede tener consecuencias totalmente distintas para los agentes que la ostenten dependiendo de las situaciones específicas a las que se enfrenten.

El segundo aspecto de esta dualidad se relaciona con el ámbito que supera las relaciones cara a cara, donde los individuos y los grupos a pequeña escala se vinculan con otros similares constituyendo colectivos mayores. En este nivel, esta forma particular de configuración social generadora de procesos identitarios que es una hinchada, comienza a funcionar como lo que B. Anderson denominó *co-*

munidad imaginaria.¹⁶ Es imaginaria porque su tamaño supera habitualmente el contacto cara a cara, y en consecuencia sus miembros no se conocen unos a otros personalmente aunque todos forman parte de esa imagen colectiva. Es *limitada*, aunque su volumen pueda ser muy grande (el caso de las grandes hinchadas de extensión nacional como Boca, River, etc.). Posee límites o fronteras más allá de los cuales se ubican formaciones semejantes y por lo tanto rivales. Al mismo tiempo, reclama al menos simbólicamente un territorio que le es propio y original (Boca y su barrio porteño, Ciudadela y San Martín de Tucumán, Villa Crespo y Atlanta, Cuyaya y el barrio homónimo en San Salvador de Jujuy, Talleres y Ciudad Perico, Lavalle y el barrio Mariano Moreno, etc.). Reclama, por tanto, ser una comunidad más allá de la existencia de ubicaciones física, social y económicamente diferenciadas; más allá de la existencia de dirigentes, dirigidos e hinchas que remiten a diferencias de clase o sectores de clase (Anderson, B., 1993, pp. 6). A su vez,

La relación entre los grupos es, para decirlo de algún modo, no natural: es el contacto externo azaroso entre las entidades que tienen sólo un interior (como una mónada) y ningún exterior o superficie externa, con excepción de esta circunstancia particular en la que es precisamente el borde externo de lucha, no del grupo —mientras permanece irrepresentable— el que roza con el del otro. Hablando llanamente, entonces, deberíamos decir que la relación entre los grupos debe ser siempre de violencia, dado que la forma positiva o tolerante que tienen de coexistir es apartarse uno del otro y re-descubrir su aislamiento y su soledad. Cada grupo es, por lo tanto, el mundo entero, lo colectivo es la forma fundamental de la mónada, que carece de ‘ventanas’ y de límites (por lo menos desde adentro) [...] Porque el grupo como tal es, necesariamente, una entidad imaginaria, es decir, ninguna mente individual es capaz de intuirlo concretamente. El grupo debe abstraerse o fantasearse sobre la base de contactos individuales aislados y de experiencias que nunca pueden ser generalizadas si no es de forma burda. Las relaciones entre los grupos son siempre estereotipadas en la medida en que implican abstracciones colectivas del otro grupo más allá de cuan adocenadas, respetuosas o liberalmente censuradas sean. (Jameson y Zizek, 1998, pp. 104-105)

Algunos de estos estereotipos, los que poseen un contenido étnico valorativo, se asocian al proceso de migraciones regionales hacia la Argentina acentuado por las políticas neoliberales aplicadas en todo el continente. El resultado se manifiesta en las conductas de los aficionados y en la composición de los distintos equipos del fútbol nacional. Debido a sus cercanías geográficas y a la composición de sus planteles, éstos comenzaron a asociarse con determinadas corrientes migratorias nacionales: por ejemplo, el recordado caso del hoy desaparecido club Mandiyú, de la provincia de Corrientes, que llegó a tener en sus filas a tres seleccionados paraguayos (a pesar de que este club era en realidad un emprendimiento deportivo-comercial de una empresa algodonera cuyos propietarios eran de ori-

gen armenio); o el caso que más interesa a nuestros fines, el de Gimnasia y Esgrima de Jujuy, que al llegar al Nacional B de la AFA durante los '90 ya es categorizado como un equipo "boliviano", a pesar de que la inclusión de jugadores de esa nacionalidad recién comienza a darse una vez ascendido el equipo a la 1ra división, a fines de esa década, y del hecho de que desde su fundación es reconocido como el equipo de los "turcos", la comunidad sirio-libanesa local, ayer representativa de la inmigración "pobre" y hoy sinónimo de ascenso social exitoso.

Este tipo de prácticas es particularmente visible en, con y para los simpatizantes jujeños en el contexto de la primera división del fútbol argentino, pero también son reproducidas a nivel local al acentuar la división entre los equipos de la capital vs. los equipos del interior: por ejemplo al identificar a los simpatizantes de Talleres de Perico con la inmigración boliviana,¹⁷ y en general con lo ajeno a la ciudad de Jujuy. Este tipo de categorización, que funciona eventualmente como un estigma, también actúa en los enfrentamientos interprovinciales, por ejemplo con equipos y simpatizantes de la provincia de Salta, con quienes existe además una rivalidad tan marcada que podría definirse como co-constituyente de la identidad futbolística local. Allí son los salteños quienes acusan a los jujeños de ser bolivianos, mientras que ellos mismos, mediante un desplazamiento semántico, pueden sufrir la misma acusación cuando juegan contra otros equipos del país (por ejemplo, tucumanos y cordobeses en el Nacional B).

Tales mecanismos, sobre todo cuando están enmarcados en una situación de profundos cambios estructurales a nivel nacional y regional, resultado de la aplicación de un programa gubernamental neoconservador, generan fuertes conflictos intra-sectoriales. Dichos antagonismos van desde el enfrentamiento larvado al choque frontal y violento entre tipos particulares de hinchas (*barras bravas*). En algunos casos tales disputas pueden establecerse alrededor de rivalidades tradicionales entre grupos similares, y en otros pueden constituirse en abiertos enfrentamientos con la autoridad pública, en disputa por el monopolio legítimo de la fuerza. Dichos fenómenos, vinculados a lo que en la teoría social anglosajona se ha denominado *hooliganismo*, delimitan áreas de conflicto en torno a grupos de edad, género, ocupación, pertenencia política, origen territorial y/o étnico, grupos de status y adscripción de clase.

Pero además se torna decisivo para un análisis de este tipo considerar que el fútbol, además de ser un hecho socio-antropológico de masas, es también un producto de consumo. Posiblemente se trate de *el producto* de consumo de fin de siglo si atendemos a los volúmenes de dinero y público que afecta, generando además de lo ya expuesto una dinámica particular a su alrededor.

El fenómeno del fútbol como massmediático, masivo y universal es relativamente reciente. Su comienzo efectivo puede tal vez situarse durante el Mundial de México, en 1986, y acompaña al -o es efecto del- proceso general de instauración de un orden neoliberal promovido desde los países más desarrollados. Uno

de los efectos principales es el abandono del Estado de su rol tradicional de contralor, con la consecuente modificación de la noción de Estado-Nación, instancia históricamente clave en la constitución de identidades regionales y nacionales. El espacio abandonado por el Estado fue ocupado progresivamente por el mercado, el cual inficionó todos los ámbitos con su lógica, lo cual implicó la generalización y desarrollo de la noción de consumo y su agudización a partir de la crisis.¹⁸

Uno de los efectos sociológicamente más importantes ocurridos como consecuencia directa de ello ha sido la modificación de la noción de “ciudadanía”, junto con la importancia creciente de la noción de “consumidor”.¹⁹ En esto hay, según la opinión de algunos autores como García Canclini, un desplazamiento del desempeño ciudadano hacia las prácticas del consumo (García Canclini, *op.cit.*).²⁰

Ello tiene efectos evidentes en la conformación de las identidades involucradas, y en consecuencia también sobre la constitución y reconstitución de los grupos de consumidores-aficionados (hinchas). Se trata además no ya de un proceso unidireccional, sino de un complejo sumamente dinámico de flujos y reflujos. Este conjunto de fenómenos inter-vinculados, que designaremos como “globalización”, expresa toda su carga de ambigüedad precisamente en los procesos identitarios. En su composición se reconoce por un lado la conjunción de las fuerzas de integración socioeconómica y política que se traducen en una lógica globalizante: la transformación de todo el mundo, por parte de los estados modernos y la economía, en un mercado de consumo gigantesco y en un nuevo sujeto, el “consumidor universal”. Paralelamente, ese mismo proceso generativo demuestra ser completamente ineficaz para contener y orientar el sentido que adquieren la transformación y recreación de las identidades personales y grupales.²¹

La causa principal de esta situación es que el consumo se realiza y efectiviza en términos locales y socioculturales de escala más restringida. Es en este último nivel donde se producen su fragmentación y jerarquización, ya que implica el reconocimiento del valor público de un bien o servicio, y por lo tanto reclama una toma de posición que define niveles de integración y distinción/exclusión dentro de una configuración social dada. En este sentido resulta muy útil atender a la reflexión propuesta por De Certeau, quien considera que

A la producción de los objetos y de las imágenes, producción racionalizada, centralizada, ruidosa, espectacular y expansionista, corresponde otra producción disimulada en forma de consumo, una producción astuta, dispersa, silenciosa y oculta, pero que se insinúa por doquier. Esta producción no queda marcada por productos propios, sino que se caracteriza por maneras propias de emplear los productos difundidos e impuestos por un orden económico dominante. [...] La producción del practicante está enmascarada por el producto que utiliza sin haberlo fabricado. Por la manipulación que hace del producto el practicante es el autor de una producción secundaria que se oculta

en el proceso de utilización. [...] Los usuarios trafican con y dentro de la economía cultural dominante (De Certeau, en Alabarces, 1997: 296)

Pero ese ejercicio de apropiación que implica el consumo, atendiendo a la ya señalada ambivalencia del fenómeno, indica por un lado el carácter limitado y fragmentario de los agentes históricos en esta etapa,²² y por otro que la diferencia y la desigualdad cultural y social, y sus desarrollos identitarios resultantes, se originan en ese nivel pero no se resuelven, sino que remiten al proceso general altamente complejo que las subsume en un conjunto de prácticas y lógicas universalizantes. La identidad, entonces, es el resultado de esa tensión global-local, y servirá para distinguir a los agentes involucrados a partir de un cierto conjunto de *habitus* vinculados de manera directa con el consumo y con las prácticas a él asociadas.

Aún cuando no fue Bourdieu quien propuso este término originalmente, tomaremos su conocida formulación por tratarse de la más desarrollada y la que ayuda a comprender una mayor cantidad de fenómenos, y por permitir, finalmente, la vinculación entre lo estructural y la práctica de los agentes concretos.²³

En este contexto, entonces, cabe decir que asistimos a una verdadera explosión de identidades como producto de la disolución de los lugares desde los cuales los sujetos universales hablaban. Lejos de implicar la desaparición de los grandes colectivos identitarios, como las clases,²⁴ su valor explicativo como categoría macro-social se ha reducido, y su misma participación en tanto que constitutiva del sujeto histórico también se ha modificado sustancialmente. Sin acudir en su reemplazo, pero sí desplazándola del centro de la escena, ha tenido lugar la emergencia de la multiculturalidad, un universo social “estallado” en múltiples fragmentos, cada uno de los cuales es o puede ser agente o detonante de procesos identitarios de género, etnia y/o clase.

En este sentido resulta útil

pensar el fútbol como lugar donde la actuación ritual es un componente fundamental [porque] permite poner en acción la categoría y dispararla hacia nuevos problemas; si las sociedades post-industriales nos hablan de homogeneización, globalización, homeostasis, podemos discutir de qué manera prácticas culturales especialmente señaladas por grandes escenarios ritualizados (y masivos) fragmentan el continuum global para demarcar territorios espaciales y simbólicos donde ejercitar y constituir identidades operativas... (Alabarces y Rodríguez, *op. cit.*: pp. 82)

Los ámbitos así constituidos requieren de los agentes participantes el desarrollo de estrategias políticas, esto es, de vías diversas de vinculación con el poder social. En consecuencia, es en la articulación/separación entre estos diversos fragmentos, en la frontera entre un “nosotros” y un “otros”, donde se sitúa el punto nodal de nuestro interés, ya que constituye el modelo configuracional básico

sobre el que se asientan los fenómenos arriba comentados y es además el nexo conceptual que vincula el ámbito de la estructura²⁵ con la performance individual. Es necesario aclarar aquí que partimos de una perspectiva que articula al hombre y la sociedad no como entidades reificadas y aisladas, sino como dimensiones constituyentes de un mismo proceso. Aún siendo determinadas por éstas, las acciones individuales nunca son enteramente reductibles a fuerzas sociales, que no son la mera suma de los actos individuales.

Así, las diferencias entre “nosotros” y “otros” pueden (y en este caso deben) observarse como una configuración cambiante, en el sentido en que la definiera Elías:

Lo que se entiende aquí por figuración es el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones en sus relaciones mutuas. Como se ve, esta figuración constituye un tejido de tensiones. La interdependencia de los jugadores, que es la premisa para que constituyan entre sí una figuración específica, es no sólo su interdependencia como aliados sino también como adversarios.

Se reconoce mejor el carácter de una figuración como tejido de juego en el que puede existir una jerarquía de varias relaciones ‘yo’ y ‘él’ o ‘nosotros’ y ‘ellos’ si se piensa en un partido de fútbol... (Elías, 1982, pp.157).

De este modo, proponemos comprender al fútbol como “una ficción, un modelo, una metáfora” de la estructura social jujeña, tal como presenta Geertz a la riña de gallos balinesa, aunque en nuestro caso consideramos que el fútbol sí mitigará o exacerbará las pasiones sociales dependiendo de la situación.²⁶

Esta diferencia esencial con el planteo de Geertz significa reconocer que las relaciones al interior de y entre los grupos que forman parte del “ocio rigurosamente vigilado” se fundamentan en muchos casos -y éste es uno de ellos- sobre la exclusión y la subordinación de unos a otros. (Geertz, *op. cit.*)

El fútbol es un universo con categorías propias de conocimiento, donde están presentes la política, la economía, la ética, la estética. Pero éstas, lejos de obstaculizar las percepciones o las gratificaciones que como jugador o como espectador nos depara, las dirigen, amplifican y dramatizan.

Bibliografía

- Actas de la Liga Jujeña de Fútbol*, libro 1, año 1928
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol / deporte / sociedad / cultura* (Buenos Aires: Atuel)
- Alabarces, Pablo 1997 “Intersticios, alteridades, tráficos. Apuntes para una teoría de la cultura de las clases populares”, en Margulis, M. y Urresti, M., *La cultura en la Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires: CBC-UBA), pp. 289/300
- Anderson, Benedict 1993 *Imagined Communities* (London: Verso)
- Archetti, Eduardo 1984 “Fútbol y Ethos”, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras Secretaría de Publicaciones, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires)
- Archetti, Eduardo 1985 “Fútbol, violencia y afirmación masculina”, *Revista Debates* (Buenos Aires, abril-mayo, N° 3)
- Augé, Marc 1995 (1994) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1988 (1987) *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1997 (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; (Barcelona: Anagrama)
- Comaroff, Jean & Comaroff, John 1993 *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa* (Chicago: Chicago Univ. Press).
- Elias, Norbert y Dunning, Eric 1996 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: F.C.E.)
- Elías, Norbert 1982 (1970) *Sociología Fundamental* (Barcelona: Gedisa)
- Galeano, Eduardo 1996 *El fútbol a sol y a sombra* (Buenos Aires: Siglo XXI)
- García Canclini, Néstor 1995 *Ideología, cultura y poder* (Buenos Aires: F.F. y L.-C.B.C.-UBA)
- Geertz, Clifford 1987 (1973) *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa)
- Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj 1998 *Estudios multiculturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (Buenos Aires: Paidós)
- Jenkins, Richard 1995 *Rethinking ethnicity* (London, Verso)
- Karasik, Gabriela A. y Benencia, Roberto 2000 “Apuntes sobre la migración fronteriza: trabajadores bolivianos en Jujuy”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, (Buenos Aires), n° 40

Marcus, George 1994 "Notes on the hyperinterest in questions of identity in contemporary social and cultural analysis, with some comments on trends in Latin American studies", *VIº Coloquio Internacional Identidad y Cultura en los Andes*, Grupo de Trabajo de Historia y Antropología andinas-CLACSO, Centro Bmé. de las Casas-UN Jujuy.

Martínez De León, Hugo 1999 *El superclásico. Boca-River: historia y secretos de una pasión* (Buenos Aires: Grijalbo)

Notas

1. En este sentido, y continuando con el análisis desarrollado por los autores, entendemos que tal tipo de mecanismos se debe a que "La naturaleza mimética de un enfrentamiento deportivo como una carrera de caballos, un combate de boxeo o un partido de fútbol, se debe a que ciertos aspectos de la experiencia emocional asociada con una lucha física real entran en la experiencia emocional que brinda la lucha 'imitada' de un deporte. Pero en la experiencia deportiva, lo que sentimos durante una lucha física real es trasladado a un mecanismo de transmisión distinto. El deporte permite a la gente experimentar con plenitud la emoción de una lucha sin sus peligros y sus riesgos..." (Elías y Dunning, *op.cit.*: pp. 65)

2. Remitimos para un análisis detallado de este punto a los trabajos de Eduardo Archetti, 1984 y 1985, y también a los diversos artículos editados por Alabarces y Rodríguez, 1996.

3. Nuestra posición representa una enfatización de un planteo realizado originalmente por Marc Augé, quien propone que "La actividad ritual en general conjuga las dos nociones de alteridad y de identidad y apunta a estabilizar las relaciones siempre problemáticas entre los hombres [...] El lenguaje de la identidad es un lenguaje ambivalente en el sentido en que es ambivalente una realidad que junta dos cualidades: puede uno ser una persona privada y una persona pública [...] El lenguaje de las pertenencias o de las identidades de 'clase' esencializa las categorías y presenta las cuestiones atendiendo a la inclusión y a la exclusión [...] Ya se trate del lenguaje del consenso, ya se trate del lenguaje del terror, el lenguaje político es un lenguaje de la identidad. Sin duda, se puede aventurar la idea de que todo lenguaje de la identidad, inversamente, tiende a ser político..." Augé, 1995: pp. 84/5. Una posición similar, aunque partiendo de otras referencias teóricas, es manifestada por Alabarces y Rodríguez, *op.cit.*

4. El proceso que dio origen a la mayoría de los deportes masivos actuales tuvo lugar en Inglaterra entre 1820 y 1840, como vía para controlar el "desorden" colectivo generalizado que existía en los colegios de la elite británica de aquel entonces.

5. Tampoco parece casual que en las tres provincias del Noroeste Argentino (NOA) donde se desarrolló de manera central la expansión ferroviaria y agroindustrial (Tucumán, Salta y Jujuy) se encuentren sendos clubes con este nombre. En el caso jujeño, esta divisa ya no se conserva.

6. La lista completa de los equipos fundadores de la liga Jujeña de Fútbol en 1928 es la siguiente: Argentino del Norte; Regimiento 20; Escuela de Artes y Oficios; Juventud Antoniana; Alba Argentina; Juventud Unida; Sportivo Comercio; Mariano Moreno; Sportivo Comercio (La Mendieta); General Belgrano; Independiente; 23 de Agosto. Sólo uno de los nombres, Sportivo Comercio, no está vinculado a esta épica nacional-local, aunque representa a la actividad más característica de la región desde su misma fundación.

7. O como lo expresara poéticamente Eduardo Galeano: “el esperanto de la pelota unía a los nativos pobres con los peones que habían atravesado el mar desde Vigo, Lisboa, Nápoles, Beirut o la Besarabia y que soñaban con hacerse la América levantando paredes, cargando bultos, horneando pan o barriendo calles.” Galeano, E., 1995: pp. 33-34.

8. No parece una mera coincidencia que de La Iglesia haya sido, también, vicario foráneo que atendía la diócesis de Ocloyas, poblada por aborígenes. En realidad, desde nuestra perspectiva ambas actividades parecen confluir en un mismo significado histórico, político y social.

9. Es fácil advertir en maniobras como ésta la huella de antecesores que, con idénticos fines, crearon clubes de relevancia nacional. Basta recordar al sacerdote Lorenzo Mazza y a sus “Forzosos de Almagro”, que con el tiempo se transformarían en San Lorenzo de Almagro, el “cuarto grande” del país detrás de Boca, River e Independiente.

10. Esta presencia del poder militar/izado se advierte hasta en su ausencia. Por ejemplo: ante un partido amistoso con un combinado boliviano, en la necesidad de convocar a todos los jugadores del combinado local, el delegado del club Artes y Oficios, Dr. Héctor Carrillo propone “declarar ausente a todo jugador que sin motivo justificado deje de concurrir al acuartelamiento [sic] por dos noches consecutivas o tres alternadas, debiéndose computar cada dos llegadas tarde sin justificación, por una falta completa.” (Acta 1: p. 114). Ni en el plantel ni el en cuerpo técnico había ningún militar; pero “la concentración” se realizaba en el Regimiento nº 20 de Infantería de Montaña “Cazadores de Los Andes”. Esto viene a demostrar, por una vía indirecta, que el DT y las concentraciones no son “inventos modernos”, sino que responden a una lógica bastante precisa, vinculada a la función original del fútbol-deporte, relacionada estrecha y directamente con la “disciplina” corporal y moral.

11. Este es precisamente el sentido que le otorgan también otros estudiosos del tema: “los estados modernos latinoamericanos necesitaron echar mano de

formantes tradicionales y populares —en el más estricto sentido de clase—: así proyectan samba, carnaval y fútbol en mitos brasileños, así transforman gaucha, tango y fútbol en emblemas de argentinidad. Dejando de lado las discontinuidades y no simultaneidades de estos procesos, lo que sí permanece es la visión de los caminos modernizadores como complejos, transactivos, no unidireccionales. La resultante: una identidad nacional, aunque propuesta desde el poder, no necesariamente debe ser administrada por él; las posibilidades de su polisemia mantienen su funcionamiento autónomo de imposiciones de sentidos absolutos, de bajadas de línea monolíticas y aparatadas.”Albarces y Rodríguez, 1996: pp. 32.

12. Estos tres personajes representan a los tres grandes caudillos históricos de la política local. Los tres fueron gobernadores en distintos períodos. Martiarena y Snopek por el Justicialismo, Guzmán por el Movimiento Popular Jujeño.

13. En las últimas elecciones nacionales se presentaron en una misma lista, auspiciada por el Partido Justicialista, el presidente de Gimnasia y Esgrima, Ulloa; el caudillo político y dirigente histórico del Club y barrio de Cuyaya, José Nassif; y el ex-integrante de la Comisión Directiva del Club Gorriti, Ibarra. Por otra parte, en algunos casos la campaña de ciertos candidatos se basó en “bancar” económicamente la actividad y/o parte del plantel de algún equipo de su localidad. Tal el caso del apoyo explícito brindado por un ex-intendente de la ciudad de Perico a la campaña del club Central Norte de Santo Domingo, que finalizó abruptamente al ser derrotada su lista en las elecciones. Finalmente, mientras escribimos estas líneas, otro Martiarena, descendiente del viejo caudillo populista, asume como presidente de la liga jujeña de fútbol.

14. Este mecanismo, su institución e historia, han sido descriptos para el caso Boca-River, San Isidro-Barracas, por Martínez de León, 1999.

15. Los grupos mayoritarios presentes en esa zona, que sirvieron como mano de obra barata para el sistema de los ingenios azucareros fueron Toba, Wichí (conocidos como Mataco) y Chiriguano-chané (denominados despectivamente “chaguancos”)

16. “En los hechos, todas las comunidades mayores a las aldeas primordiales establecidas sobre el contacto cara a cara (y quizás aún estas también) son imaginadas. Las comunidades se distinguen, no por su falsedad o autenticidad, sino por el estilo en el que son imaginadas...” Anderson, Benedict, 1993: pp. 6

17. La ciudad de Perico, principal núcleo urbano de la zona agrícola-industrial más importante de la provincia y segunda en relevancia en el territorio, es el segundo destino histórico más buscado por los migrantes de origen boliviano en Jujuy (Karasik y Benencia, 2000).

18. En el caso jujeño, uno de los resultados de este complejo proceso fue la modificación de la estructura urbana de la ciudad, lo cual conllevó la fragmentación del espacio y su rearticulación en nuevas unidades, habitualmente no coincidentes con los espacios previamente existentes. Esto implicó la modificación del sentido de pertenencia territorial para vastos sectores de la ciudad, y también la identificación con el “equipo del barrio”.

19. Un análisis pormenorizado y agudamente crítico de este proceso es el proporcionado por F. Jameson, quien analiza las consecuencias de la “univervalización” de la figura del consumidor. (Jameson y Zizek, *op.cit.*)

20. Es de utilidad para nuestro trabajo el análisis que dicho investigador ha realizado sobre el particular, ya que prefigura la necesidad de integrar la dimensión conductual y la estructural, lo cual es intención manifiesta de la presente investigación: “ser ciudadano no tiene que ver sólo con los derechos reconocidos por los aparatos estatales a quienes nacieron en un territorio, sino también con las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y hacen sentir diferentes a quienes poseen una misma lengua, semejantes formas de organizarse y satisfacer sus necesidades [...] Re-concebir la ciudadanía como ‘estrategia política’ sirve para abarcar las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad, y, a la vez, para entender el lugar relativo de estas prácticas dentro del orden democrático y buscar nuevas formas de legitimidad estructuradas en forma duradera en otro tipo de Estado. Supone tanto reivindicar los derechos de acceder y pertenecer al sistema sociopolítico como el derecho a participar en la re-elaboración del sistema, definir por tanto aquello en lo cual queremos ser incluidos. Al repensar la ciudadanía en conexión con el consumo y como estrategia política, buscamos un marco conceptual en el que puedan considerarse conjuntamente las actividades del consumo cultural que configuran una dimensión de la ciudadanía, y trascender el tratamiento atomizado con que ahora se renueva su análisis...” (García Canclini, Néstor, 1995: pp 19-21)

21. Este punto de vista se deriva de la discusión presentada por George Marcus, 1994: pp. 15

22. A pesar de la intensa polémica existente sobre este punto, apoyamos nuestra posición en los sólidos y relevantes argumentos esgrimidos exitosamente por autores relevantes a nuestra perspectiva como García Canclini y Marcus (*op.cit.*)

23. “El habitus es, en efecto, a la vez principio generador de prácticas objetivamente clasificables, y sistema de clasificación (*principium divisionis*) de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen el habitus, la capacidad de producir prácticas y obras clasificables, y la capacidad

de diferenciar y apreciar tales prácticas y sus productos (gusto), que se constituye el mundo social representado, es decir, el espacio de estilos de vida [...] Estructura estructurante que organiza las prácticas y la percepción de las mismas, el habitus es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es, él mismo, producto de la incorporación de la división en clases sociales. Cada condición es definida, inseparablemente, por sus propiedades intrínsecas y por las propiedades relacionales que debe a su posición en el sistema de condiciones que es, a la vez, un sistema de diferencias, de posiciones diferenciales, es decir, por todo aquello que la distingue de lo que no es, y en particular de aquello a lo que se opone: la identidad social se define y afirma en la diferencia [...] El habitus, como sentido del juego es el juego social incorporado, vuelto naturaleza [...] El habitus, como social inscrito en el cuerpo, en el individuo biológico, permite producir la infinidad de los actos de juego que están inscritos en el juego en el estado de posibilidades y de exigencias objetivas; las coerciones y las exigencias del juego, por más que no estén encerradas en un código de reglas, se imponen a aquellos -y a aquellos solamente- que, porque tienen el sentido del juego, es decir el sentido de la necesidad inmanente del juego, están preparados para percibirlos y cumplirlas...” (Bourdieu, 1988: pp.71/91)

24. Es nuevamente Bourdieu quien ofrece una perspectiva que contempla a las clases sociales no sólo como un juego de posiciones estructurales distintas en relación con los medios de producción, sino que además incluyen necesariamente el consumo, a través de la importancia dada a los estilos de vida generados a partir de éstos: “La clase social no es definida por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital), ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, edad, de origen social o étnico —blancos y negros, por ejemplo, originarios e inmigrantes, etc.—, de ingreso, nivel de instrucción, etc.), ni tampoco por una cadena de propiedades, todas ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición con respecto a las relaciones de producción), en una relación de causa-efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confieren su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que éstas ejercen sobre las prácticas [...] Va de suyo que los factores constitutivos de la clase construida no dependen unos de otros en el mismo grado, y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos que tienen el peso funcional más importante: es así que el volumen y la estructura del capital otorgan su forma y su valor específicos a las determinaciones que los otros factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas...” (Bourdieu, 1997: pp. 117 y ss.)

25. Debemos precisar, que, en realidad, “Lo que llamamos ‘estructura’ no es, de hecho, sino el esquema o figuración, de los individuos interdependientes

que forman el grupo o, en un sentido más amplio, la sociedad. Lo que denominamos 'estructuras' cuando vemos a las personas como sociedades son 'figuraciones' cuando las vemos como individuos. Las figuraciones constituyen el núcleo central de la investigación cuando se estudian los deportes..." Elías y Dunning, 1996: pp. 190.

26. Con el fin de aclarar más nuestra alusión transcribimos la siguiente cita, extractada de la obra referida: "Siendo una imagen, una ficción, un modelo, una metáfora, la riña de gallos es un medio de expresión; su función no consiste ni en mitigar las pasiones sociales ni en exacerbarlas (aunque este jugar con fuego determina un poquito de ambas cosas), sino que consiste en desplegarlas en medio de plumas, sangre, muchedumbre y dinero [...] sólo en la riña de gallos se revelan con sus colores naturales, los sentimientos en que dicha jerarquía [social, n.p.] reposa. Envueltos en una niebla de etiqueta, en una espesa nube de eufemismos y ceremonias, de gestos y alusiones en todas las otras esferas, esos sentimientos se expresan en la riña sólo con el disfraz más tenue de una máscara animal, una máscara que en realidad los muestra más efectivamente en lugar de ocultarlos..." (Geertz, 1987: pp. 364 y ss.)

La altura en el banquillo de los colonizados

⇐ Adolfo Mendoza Leigue*

El formulario contenía una pregunta: ¿el postulante tendrá problemas para adaptarse a la altura de 2.250 msnm de la ciudad de México? El médico miró detenidamente al ciudadano de las alturas andinas. Estaba tentado de escribir en el certificado “tendrá problemas”. Con cierto brote de nacionalismo salpicándole el rostro, el médico dibujó una sonrisa y completó su idea preguntando: ¿tendrá usted problemas para adaptarse en una ciudad con sólo dos mil doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar? Un silencio cómplice se apoderó del ambiente. La cartografía tradicional se desmoronó al comparar dos ciudades de altura, y en el aire flotó el ser suramexicano como algo mucho más próximo al mundo bolivariano, con más conexiones de las que habitualmente estamos acostumbrados. Y como no podía ser de otra manera, entre risas, se empezó a hablar de fútbol.

Ya en su casa, el ciudadano intenta tejer algunas hipótesis. Los textos están desparramados sobre la mesa y la TVhabla por sí misma de la altura. Sus ojos se cierran adormecidos por la discusión que tiene lugar en el programa de televisión. Las últimas palabras que escucha antes de que estalle en su cabeza un murmullo ensordecedor son: “Es inhumano jugar en la altura”, “elegir una sede para las eliminatorias es un acto de soberanía nacional”, “la altura...”.

* Sociólogo, Universidad Mayor de San Simón (UMSS), y Maestro en Estudios Latinoamericanos, con mención en Estudios Culturales, Universidad Andina Simón Bolívar (UASB). Investigador asociado del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), Cochabamba – Bolivia.

Murmullos y más murmullos. El escenario colonial abre sus puertas. Poblaciones enteras trasladadas a punta de látigo desde África, aventureros holandeses, migrantes italianos, súbditos de la corona inglesa, soldados y barbas (barras) bravas de Castilla, Aragón y Portugal, luteranos alemanes y franceses, misioneros y reducidos nahuas, aztecas, guaraníes, mapuches, aymaras y quechuas. Todos ellos se entrecruzan en las graderías de la historia. Unos pintados de blanco, cobrizo o negro. Otros que combinando trazos se asemejan a tierra húmeda, arena candente o ribera de río. Los grupos llenan poco a poco los espacios vacíos conformando un mosaico inmenso, movedizo, que parece dibujar las letras que designan sus sentidos de pertenencia, sus posiciones en el campo de juego, en las graderías y en la pantalla televisiva observadas por otras multitudes presentes –“identidades nacionales”, “identidades étnicas”, “identidades regionales”– que en el escenario colonial ayudan a disputar el tema de la altura.

Física de las diferencias sociales

Todos cargamos sobre las espaldas estigmas y estigmatizaciones que impregnan nuestros actos de rasgos comunes. Como la carga suele pesar, transferimos nuestras distinciones grupales a la lógica de los cuerpos y, maquillándonos los rostros, ejercitando nuestra expresión corporal, actuamos en el espectáculo de la vida. Para obtener un lugar en ese espectáculo inventamos tradiciones, nos apropiamos del trabajo generacional previo, y así como somos dibujados dibujamos mapas de ubicación precisa del mundo social. Pero eso no garantiza el actuar por siempre. Entonces, para mantener nuestra posición en el espectáculo, las invenciones nos ayudan a naturalizar las diferencias.

Ninguna construcción identitaria escapa de los esencialismos, que en sus extremos sitúan a la pureza de la existencia propia como el lugar desde el que se mira al otro, a partir del cual es posible otorgar al otro un reconocimiento. En la práctica, ese reconocimiento opera bajo sistemas de clasificación tributarios de cierto orden social. Uno de esos sistemas de clasificación es la determinación geográfica de la identidad grupal. De tal modo transita ese sentido común por la historia del mundo, que los prejuicios de la identificación física son la celebración de la creencia en que las montañas nevadas petrifican la existencia humana o que los bosques tropicales permiten transpirar sensualidad.

En torno a ese sistema de creencias compartidas late sin pausa el darwinismo social, bombeando los indicios raciales de la comprensión de la altura. La raza como modelo de clasificación, siempre presente en la práctica, asume alter/nativa/mente un rostro político al designar las diferencias regionales, y un perfil culturalista al ensalzar lo étnico. Rostro o perfil, ambas opciones son la cara culta de la transformación en diferencias físicas de lo que en realidad son diferencias sociales.

La fisicalización de las diferencias camina a la par de las posturas sobre la altura. Por eso, la creencia común enseña que jugar en México D.F., Bogotá, Quito, Arequipa, La Paz o Calama, por selección natural más que por lugares de práctica de selecciones nacionales de fútbol, es jugar inevitablemente con todas las ventajas -o desventajas, según el caso- que otorgan las leyes biológicas. Pero también el sentido común indica que jugar en las zonas más altas, donde la barbarie abunda y la civilización escasea, es forzar la resistencia humana. Cómo no recordar relatos sobre la interpelación racista a partir del absurdo geográfico y la culpabilidad andina en Bolivia hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX; cómo no encontrar en la física de las diferencias sociales la presencia de los prejuicios raciales.

Vetar la altura es rechazar con co/razón racista lo humano que contiene, y defender la altura es afirmar la fisicalización de las diferencias. Armarse de argumentos sobre los peligros de la altura es afirmar el fatalismo geográfico, y oponerse al veto es rechazar la posibilidad de comprenderse más allá del absurdo geográfico. Por ambas vías se alimenta la física de las diferencias sociales naturalizadas. Por esos senderos continúa abriéndose paso el prejuicio racial. Y todos hacen fila para obtener un lugar en el escenario colonial.

En torno al murmullo colonial

La mayoría de los defensores del veto “a la altura” pertenecen a formaciones sociales en las que la población indígena no es significativa en términos cuantitativos. En Uruguay, Brasil y Argentina, el temor a la altura parece impregnarse de dubitaciones frente a lo desconocido, a lo negado y rechazado por la historia de distinción de sus Estados nacionales, que va de la mano sin mucho esfuerzo de la propia construcción colonial latinoamericana. En tanto no conocido y no reconocido, lo desconocido en sus recientes experiencias nacionales es la intimidad con lo indígena. Aunque se coquettee con la perorata de la diversidad, se hace una gambeta a lo indígena, intentando dejar fuera de juego los malos recuerdos del genocidio y, al mismo tiempo, aproximándose sin paciencia a los beneficios raciales que por siglos fueron de exclusividad europea. Así, sus proyecciones identitarias no se agotan en las asimetrías internas, que en el caso argentino polarizan la construcción simbólica de la nación entre el país porteño y las provincias no por nada unidas al Río de la Plata, y que en el caso brasileño despedazan los sentimientos amazónicos, la samba afroamericana y un clásico colonial y republicano: el bandeirante.

Y no se agotan en lo interno porque las proyecciones identitarias, representadas por quienes intentan orquestar la prohibición de jugar en la altura, están marcadas por la búsqueda de reconocimiento como países modernos, dominantes en la región y practicantes activos de la ideología de la globalización. Quién sabe si la arremetida contra la altura sea uno de los ecos de las esperanzas puestas en el Mercosur frente a la paulatina debilidad del Pacto Andino.

Afirmarlo puede ser exagerar los términos, pero acordemos que toda empresa económica siempre va de la mano de una política cultural. Arremeter contra la altura es como decir “allí no se puede jugar” y, en efecto, la centenaria persistencia de los mercados andinos brinda variados ejemplos en los que las apuestas modernizantes sucumbieron frente a las tildadas de tradicionales.

Sea como fuere, el fútbol parece aportar varios ejemplos de la disposición modernizante del Mercosur deportivo. Se “exporta” a otros continentes, en especial a Europa, jugadores que ganan fama: auténticas maquinarias productoras de plusvalor identitario, ampliando el capital simbólico de los Estados nación y que, de yapa, fortalecen la comunión latinoamericana. Y esta comunión no requiere de la altura. El temor a lo desconocido, a lo que no se desea reconocer, es también ausencia de la idea de la altura en la lógica de la ampliación del capital simbólico. Por eso, jugar en la altura es inhumano. No corresponde a la idea de humanidad en juego. Lo humano es exportar, es buscar reconocimiento como competidor válido en la economía mundial de bienes simbólicos. Lo humano es una empresa civilizatoria, es reproducción simbólica del genocidio. Y el fútbol su encarnación, o por lo menos la obra evangelizadora. La gente que se aferra a la deidad de la altura no merece gozar de la salvación.

Cuando se menciona el veto a la altura, es la colonia la que habla. Lo colonial, uno de los horizontes históricos constitutivos de sistemas de clasificación que circulan por las calles del rostro sudamericano del Atlántico, enseña su presencia en cada transmisión de partidos de fútbol en los que participan equipos y selecciones del mundo andino, en cada declaración de entrenadores y jugadores antes y después de los eventos. El equipo “altiplánico”, esa especie de identidad imputada también constitutiva de la identidad boliviana, es una extensión de la definición colonial de configuraciones territoriales inmersas en la economía de la plata, que posteriormente dio nacimiento a la tormentosa Charcas y que luego, conocida como Bolivia, fue simbólicamente mutilada en sus verdes extensiones amazónicas desde dentro y fuera por el coro del colonialismo interno sudamericano. Todos le cantaron, para bien o para mal, al país minero.

Ese canto es el que imprime a la altura un significado particular, oculto tras bambalinas, respirando historia y transpirando política cultural, traduciendo en palabras los alcances de nuestra práctica colonial y colonizada. Pero ese canto no termina ahí.

El acompañante ideal de esta construcción colonial de la altura es otro referente identitario que marca el contrapunteo a la arremetida atlántica: el andino centrismo. Encaramado en el área grande de la altura, lo que recuerda la disposición defensiva de más de uno de los equipos del Ecuador y Bolivia, el andino centrismo reproduce la lógica a la cual supuestamente enfrenta.

Parece evidente que las características poblacionales y la posición de esta región en la economía colonial son fragmentos de condiciones objetivas de organización

del mundo social primero en relación con España, luego en vínculo con Gran Bretaña, y finalmente bajo la dirección técnica de EE.UU. Ese mundo social es el que permitió –y permite– la aparición de lo andino como sistema de clasificación. Pero al mismo tiempo, lo andino contribuye a organizar el mundo social colonial: da curso a la existencia del otro metropolitano. Aferrarse a la identidad andina es otra manera de esencializar la construcción colonial, y si uno de sus emblemas en el fútbol es la altura, ya no importa hablar sobre ella como sinónimo de tantos metros sobre el nivel del mar. Interesa elaborar un discurso sobre la altura para encontrar un lugar privilegiado en el banquillo de los colonizados. Quienes defienden el derecho a jugar en la altura entonces pues el mismo estribillo colonial, aunque con diferente ritmo. Esa, en parte, es la famosa idea de la diversidad andina.

Conjeturas sobre identidades nacionales en juego

Los olores coloniales de la altura impregnan de conflictividad al campo de luchas identitarias. Con ellos, la sazón de cada comunidad imaginada es una mezcla exquisita de los sabores del poder. En los casos boliviano y ecuatoriano, el condimento ‘altura’ de la identidad nacional marca la diferencia entre lo andino y lo amazónico, entre la sierra y la costa. Adicionalmente, la aceptación de la altura como emblema identitario nacional oculta los bajos instintos del centralismo, que legitima mediante esa vía, con el fútbol y a pesar de él, los beneficios económicos de ser sede de eliminatorias al Mundial y, sobre todo, la importancia simbólica de las capitales políticas de cada país. No es casual que en el tema de la altura se movilicen, demandando respeto a la soberanía nacional, periodistas de redes televisivas cuyo centro de operaciones es la sede de gobierno y dirigentes deportivos que gozan de las atenciones kafkianas de la burocracia estatal, y que junto con altos personeros gubernamentales constituyen la auténtica autoridad política del fútbol.

Los cronistas deportivos merecen especial atención. El sostenimiento de las diferencias sociales se dibuja en sus rostros, se torna corporal. Gestos, tonos de voz, entonaciones, se transmiten punto a punto por la pantalla de televisión, irradiando la imagen de portadores de la opinión pública. Son ellos los que informan sobre los avances en la negociación de la altura, sus principales especuladores en la bolsa de valores del fútbol, reproduciendo con eficiencia una economía de los bienes simbólicos de la mano con la comercialización de las prácticas deportivas. En general, si aceptamos que el fútbol se transforma en un gran espectáculo televisivo, la especulación identitaria de la altura en TV alimenta su producción como mercancía-signo. Resulta pues tentador afirmar que ya no se puede negar que la televisión es un eficaz medio de conservación del orden simbólico.

Sin embargo, la grandeza de ese espectáculo oculta otro campo de juego. Mientras las cámaras le roban el alma a los partidos de fútbol en los llamados “principales escenarios de juego”, en los rincones no consagrados de centros ur-

banos y de áreas rurales, especialmente los fines de semana y los días festivos, se continúa imprimiendo al deporte su carácter lúdico. El ritual del fútbol permite plasmar pactos cotidianos entre actores que se disputan el prestigio en el barrio o en la comunidad, entre equipos que trasladan al campo de juego el lugar de sus comunidades, sus “compadrazgos” y redes sociales, sus sistemas de alianza y oposición. Lo no dicho en estas prácticas, en realidad su sentido práctico, vigoriza el abigarrado tejido de lo nacional en lo local y, al mismo tiempo, la edificación imaginaria de lo nacional desde la heterogeneidad cultural.

Los colores de los uniformes, producidos unos bajo la marca de la creación artesanal local y otros incorporados desde Taiwan por los complejos circuitos comerciales tildados de informales, recuerdan siempre a equipos nacionales y latinoamericanos emblemáticos. Esta construcción subalterna de identidades nacionales y regionales devela lo subterráneo de la conflictividad intercultural. Allí la altura no cuenta. Y sin embargo, luego de los partidos, en el segundo tiempo del ritual, jugado al ritmo del repique de las campanas de la libación y de la consagración culinaria, el fantasma de la altura emerge del sentimiento patrio. Se sienta en la mesa y los sistemas de alianza y oposición se regeneran encontrando, tal vez, en –con– la altura el cierre ideal del tiempo festivo.

Sin mucho esfuerzo podríamos encontrar distintas formas de manipulación de la altura. La más clara es la que resulta de la oposición de su construcción como efecto del centralismo y la concentración de poder frente a su elaboración como resultado local de la aprehensión de lo nacional. Pero la tarea de ver sus efectos sobre distintos jugadores sociales sobrevive a las oposiciones entre lo nacional estatal y lo nacional popular. El centralismo puede dar pie a evidenciar el tipo específico de nacionalismo en juego, que en el caso del Ecuador imprime a Quito un rol tan protagónico como el de La Paz en el caso boliviano. Sin embargo, por esta vía no avanzamos mucho, pues lo propio acontece con Buenos Aires en Argentina, Santiago de Chile, Lima en Perú, y así sucesivamente. Tal vez si concebimos a la altura como una creencia, las apuestas varíen.

Estemos o no de acuerdo con el lugar de las capitales “nacionales”, en Bolivia o en el Ecuador el sentimiento que despierta la altura es el de ganador. Paralelamente, oculta tras el tenue manto de la creencia, la desconfianza devela que jugar en otro lugar no cuaja con ese sentimiento ganador. Si toda alegría es un instante, y ese instante es una búsqueda continua de placer, el proceso de producción sentimental en el fútbol es el que alimenta la idea de la altura, encumbrándola como sentido preciso de identidad nacional. En la fiesta del fútbol, la altura resume la posibilidad de alegría y placer. Pero esto sólo es posible porque el acto festivo implica superposición de narraciones posibles de identidad. Esa superposición, sin embargo, contiene un orden en el cual creencias como la altura ayudan a sostener rechazos, aceptaciones, alianzas y oposiciones. Es decir, constituyen un punto neurálgico de la disposición de los sujetos en las luchas simbólicas.

En buenas cuentas, la superposición de narraciones traduce el estado de la correlación de fuerzas entre actores sociales inmersos en el sistema festivo que explota, una y otra vez, con cada partido de fútbol. Por ejemplo, en la zona de los valles interandinos en Bolivia, cuando el oncenio “migrante” (residentes bolivianos en Argentina) viste la camiseta de Boca, la identidad nacional se mezcla con la experiencia migratoria al extremo que esa experiencia parece revivir la tensión vivida entre el estigma de formar parte de un país andino y el estigma de ser parte de la “identidad bolita”. De modo que, en la conflictividad de las narraciones identitarias, la altura no implica abandono, sino tránsito por el campo de las luchas simbólicas en actitud nómada, garantizando la continuidad de identidades étnicas y regionales que en otros campos de batalla implicarían ruptura con la idea oficial de identidad nacional.

Des/cuento

La TV sigue encendida. El partido está por concluir. El murmullo ensordecedor era el coro que acompañaba el enfrentamiento entre las selecciones de Bolivia y Brasil en la ciudad de La Paz por las eliminatorias al Mundial. Confundidas con los spots publicitarios, las imágenes de racismo, colonialismo, nacionalismo y toda suerte de ‘ismos’ todavía estaban presentes, sin que se sepa cuál es la frontera entre la ficción y realidad. Los brasileños eran derrotados -¿por primera vez?- en un partido por eliminatorias al mundial, poniendo nuevamente a la altura en el banquillo de los colonizados. El ciudadano concluye que la altura es una palabra-trampa, pero ¿por qué despierta tanta pasión?

5. Políticas

*Las políticas públicas y su relación con el
desarrollo de la actividad físico-deportiva:
el caso de la Comuna de San Pedro de La Paz
(VIII Región del Bío-Bío)*

Prof. Dr. Miguel Cornejo A.
Karina Mellado M., Pablo Melgarejo B.*

Introducción

El desarrollo del deporte contemporáneo continúa abriendo nuevos tipos de manifestaciones deportivas, al tiempo que aparecen nuevas necesidades de comprenderlas, como fue el caso de los deportes californianos (Vigarello, 1988), o de las nuevas formas de práctica que representan manifestaciones urbanas de tipo informales y espontáneas, que deben inducir a un posible control y planificación cuando se trata de situaciones que demandan nuevas formas de expresión que escapan de los conceptos tradicionales de la práctica deportiva (Cornejo, 1998). La rapidez con que el deporte y la actividad física se desarrollan se ha convertido en uno de los elementos más característicos de nuestra sociedad, en la medida en que éstos se transforman en objeto de atención de los poderes públicos sometándose a la acción política.

El deporte y la actividad física, al ser objeto de planificación social, exigen más que nunca el conocimiento de su realidad social, de las interrelaciones entre las principales variables del sistema deportivo, de los mecanismos que explican los cambios de la población con respecto al deporte y a los hábitos de una actividad física y recreativa.

*Prof. Dr. Miguel Cornejo A.: Doctor en Sociología del Deporte; Laboratorio de Estudios Sociales de la Actividad Física, Universidad de Concepción, Chile. Karina Mellado M., Pablo Melgarejo B.: Laboratorio de Estudios Sociales de la Actividad Física, Universidad de Concepción, Chile.

Las dificultades que ocasiona el atender criterios de cantidad y calidad a las demandas crecientes por parte de la población de más actividades físico-deportivas, obligan a introducir criterios cada vez más rigurosos de racionalización y planificación en la gestión pública y privada, de los equipamientos deportivos y en general de los recursos materiales que se dedican a la promoción del deporte.

Proponemos en ese sentido el análisis del sistema deportivo de la Comuna de San Pedro de la Paz, creada en el año 1995 con una población de 75 mil habitantes. Es una de las últimas comunas creadas en la VIII Región del Bío-Bío (Chile), y uno de sus roles es el de planificar y realizar la gestión del deporte considerando que esta actividad debe mantenerse durante toda la vida de los habitantes de la comuna. Si bien hoy en Chile los municipios comienzan a desarrollar un rol más participativo de las actividades de la comuna, el actual proyecto de ley sobre deporte destaca en algunos de sus artículos la labor activa que estas corporaciones deben mantener en la actividad física.

Conceptos Generales

Es difícil hoy en día encontrar un municipio de tamaño superior a los pocos miles de habitantes que no se plantee la necesidad de una intervención pública en la organización de las actividades físicas y deportivas de su territorio, es decir, la oferta de actividades que permitan a sus habitantes desarrollar prácticas de manera permanente. Esto no es sólo el producto de las obligaciones legales que están indicadas para las corporaciones locales, sino también fruto de la gran evolución que el fenómeno deportivo ha sufrido dentro de la sociedad.

Esta evolución y su impacto social han obligado a que no sea necesario indicar el planteamiento previo de política y deporte: no será ineludible argumentar políticamente algo a lo que el más elemental sentido común daría su plena aprobación. Se observará con naturalidad que el Estado favorece la actividad físico-deportiva de sus ciudadanos, al igual que lo hace con el cine, el teatro o la educación en general.

Sin embargo, Callede (1991) enuncia en su libro *El deporte y la política* los postulados ideológicos y políticos de ciertos dirigentes deportivos:

La tesis del capitalismo deportivo, cuyos portavoces más ilustres son los propios dirigentes olímpicos (Chappelet J.L., 1991), como situación ideal la independencia total de la práctica deportiva con respecto a la política, es decir que el deporte debe permanecer por encima o al margen de los avatares políticos, tanto en el ámbito de las relaciones internacionales como al nivel de las luchas políticas.

Esta despolitización del deporte o “mito del apoliticismo deportivo” no resiste una aproximación intelectual medianamente seria. En el fondo de este planteamiento subyace la idea de la política como algo nocivo y penoso en abierta confrontación con la vieja tesis aristotélica de la política como una dimensión propia del ser humano. La naturaleza política y social del ser humano, y la consiguiente mejora de su personalidad, hacen de la política una noble tarea, “un gran juego”, una acertada simbología entre la política y el deporte.

Otra cosa son las determinadas políticas concretas de un determinado gobierno, parlamento, universidad o club deportivo. Aquí naturalmente se producen disparidades, aciertos o errores, y a veces ciertas manipulaciones. Un organismo público, una iglesia, un club deportivo o una empresa hacen y desarrollan política, es decir, son grupos humanos en cuyo seno se producen relaciones sociales encaminadas hacia un fin.

Indudablemente esta idea de política precisa para su cultivo un estado democrático pluralista, en la medida en que el Estado pueda impulsar y favorecer la participación social, económica y política de sus ciudadanos. Con Estados de estas características, el deporte forma parte de su función política e ideológica.

La política es la búsqueda de lo que es bueno o útil para la sociedad, como indica Varas (1997); es la determinación del bien común. El deporte representa desde esta perspectiva una realidad científica incuestionable, mejora la calidad de vida de los individuos, lucha contra los males que deterioran la sociedad (drogas, alcoholismo, etc.); por lo tanto su fomento y desarrollo constituye uno de los objetivos políticos del Estado. En un contexto político democrático las decisiones importantes para el deporte pasan por el parlamento y se discuten públicamente, enmarcándose de manera coherente dentro de un conjunto de medidas que permiten un mejor desarrollo de esta actividad.

Junto al fomento de las actividades físico-deportivas, la realidad de algunos países más desarrollados muestra que los Estados promueven y desarrollan el deporte de élite, como por ejemplo los países que formaron el eje socialista, los países que forman la Comunidad Europea, algunos países de África y Asia, algunos países de América del Norte, etc. Sin entrar en valoraciones morales y políticas sobre la conveniencia social de privilegiar y fomentar la búsqueda de la elite deportiva entre los más jóvenes o bien proveer y estimular el espectáculo deportivo por razones de imagen social o política, el Estado puede con toda legitimidad realizar una determinada política deportiva que sea propia a su identidad sociocultural.

La Comuna de San Pedro de la Paz

El estudio realizado en la comuna de San Pedro de la Paz tiene por objetivo analizar la relación que existe entre el discurso de políticas públicas y las impli-

caciones y relaciones que pueden figurar en la imagen y concepción del deporte y la política en una comuna nueva beneficiada de un entorno geográfico privilegiado con respecto a las otras comunas más próximas.

La comuna de San Pedro de la Paz se crea a través de la Ley 19.436 promulgada el 29 de Diciembre de 1995 por el Presidente de la República, don Eduardo Frei Ruiz-Tagle; es a partir de ese momento que esta Municipalidad empieza a funcionar el 6 de Diciembre de 1996 con la asunción del Alcalde Socialista señor Jaime Soto Figueroa, elegido por votación popular.

San Pedro de la Paz es una de las comunas ribereñas de la provincia de Concepción Chile. Tiene una población de 75 mil habitantes y se espera para el primer año del siglo XXI una población de aproximadamente 100 mil habitantes.

Desde un punto de vista social, la comuna abarca a grupos sociales opuestos, es decir, tanto grupos sociales privilegiados económicamente como grupos que presentan una gran desventaja social y económica.

Desde la perspectiva del deporte la comuna posee dos grandes lagunas que permiten la organización de deportes acuáticos (natación, vela, etc.); la infraestructura deportiva está principalmente relacionada a la práctica del fútbol, es decir que la presencia de varios terrenos (canchas) para la práctica de este deporte demuestra de manera evidente la fuerte influencia cultural que tiene el fútbol tanto en la comuna como en el país. Al mismo tiempo existen en la comuna una serie de clubes privados de carácter cerrado, que se caracterizan por permitir un ingreso restringido de socios por la vía del pago de una cotización o de una acción. Este tipo de clubes se puede dividir en clubes de carácter comunitario o clubes de tipo comunitario-étnico, que representan a culturas extranjeras (alemanes, ingleses, españoles, etc.) y privilegian el mantenimiento de su propio idioma (Cornejo, 1998). Este tipo de instituciones no se relaciona con la Municipalidad ni participa de actividades deportivas en común.

De acuerdo a las características de la comuna y a la política de desarrollo de su plan estratégico para los próximos años, el desarrollo de las actividades físico-deportivas se encuentra dentro de las prioridades de la agenda municipal, orientada principalmente hacia el sector escolar municipalizado que está bajo el control de la municipalidad.

La Política Deportiva Municipal

Podemos indicar que una política deportiva municipal es un proceso en continua interacción, en el que la administración local realiza una actuación mediante la puesta en práctica o implementación de decisiones tomadas por el poder político, las cuales conducirán a resultados y a un impacto social determinado (Chifflet, 1990).

Hay distintos aspectos de esta definición que necesitan ser ampliados. Podemos destacar primeramente que toda actuación pública se desarrolla en un marco social determinado, compuesto por un entramado de actores institucionales (las entidades deportivas, las entidades públicas, los participantes, etc.) que constituyen un sistema constante de interrelación, de influencia mutua, y que actúan complementariamente en el desarrollo del sistema deportivo municipal.

Es en este contexto donde se ubica la actuación municipal como proceso dinámico. Un proceso en el que hay que establecer objetivos de actuación y las estrategias o alternativas para conseguirlos, tomar decisiones, ponerlas en práctica y evaluar los resultados según los objetivos propuestos. En definitiva, un proceso en el cual los niveles de participación de la sociedad tienen al deporte como actividad física que se regula y es organizada por instituciones como la política, la educación y la economía de cada país. Por lo tanto, es necesario referirnos a las diversas connotaciones o contenidos figurativos que ha recibido a lo largo de la historia.

La Política Comunal de Deportes y Recreación

Para cumplir su misión en todo el territorio nacional, la DIGEDER (Dirección General de Deportes y Recreación) tiene una Política Comunal de Deportes y Recreación cuyo propósito es contribuir a que las Municipalidades y otras organizaciones deportivas y recreativas cumplan sus roles dentro de una unidad de sistema con un racional empleo de los recursos públicos y privados relacionados con el deporte y la recreación. La política comunal apunta a impulsar la existencia de planes comunales que se actualizan año tras año, y en cuya formulación participan todos los entes deportivos adscritos a los Consejos Locales de Deportes y aquellos que los municipios aconsejan, quienes a través del Alcalde concurren a la formulación y ejecución del Plan Comunal.

Plan Comunal de Deportes y Recreación

El Plan Comunal es una declaración acerca de cómo los vecinos, las organizaciones deportivas y recreativas y las demás organizaciones comunales, en conjunto con la Municipalidad, deciden de manera democrática cómo desean que se desarrollen las actividades deportivas y recreativas en su territorio. Este plan contiene descripciones ilustrativas sobre los tipos y formas de actividades que se desea practicar y fomentar de acuerdo a la demanda real de la población, las instalaciones necesarias y los tipos de organizaciones en que dicha participación se apoyaría. De esta forma se puede determinar su financiamiento y la asignación de recursos a sus distintos objetivos, priorizándolos en función de los marcos presupuestarios dispuestos por DIGEDER, por los Municipios, y en algunos casos por los propios recursos adoptados por el Consejo Local de Deportes (COLODYR).

El Plan Comunal de Deportes y Recreación es un plan de mediano y largo plazo que debería formar parte del Plan Comunal de Desarrollo que ha de formular la Municipalidad, la que tiene por objetivo satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el progreso económico, social y cultural de la comuna. La Ley Orgánica Constitucional que regula a las Municipalidades establece entre sus funciones las de fomentar el deporte y la recreación.

Para cumplir dicho rol las municipalidades establecen líneas de acción, generalmente en consulta con las organizaciones deportivas y recreativas así como con otras organizaciones comunitarias del sector. Algunas de ellas se apoyan en los Consejos Locales de Deportes que existen en todo el país, y que en la gran mayoría cumplen el rol que corresponde al municipio (Cornejo, 1998: p.50), aunque existen algunos municipios que han creado sus propias estructuras asumiendo el mandato establecido en la Ley Orgánica Constitucional, es decir, atender las demandas comunales del sector.

El Plan establece también la coordinación del sector deporte y recreación de la comuna con los planes comunales de educación, vivienda, salud, social, etc., buscando disminuir las amenazas y multiplicar el aprovechamiento de las oportunidades.

La formulación o actualización de un Plan Comunal de Deportes y Recreación considera:

- Los intereses de los vecinos por participar en Deportes y Recreación, que se pueden detectar a través de estudios y de la recopilación de planes o aspiraciones de las instituciones existentes. Se deben considerar las demandas de los actores involucrados.
- La realidad física, económica, política, social y cultural de la comuna.
- El nivel actual de desarrollo de la participación en Deportes y Recreación y la cultura deportiva de la población comunal (su identidad).
- Las políticas de desarrollo social, y en especial las políticas de Deportes y Recreación en todos sus niveles: nacional, regional y local (comunal).

A fin de que el Plan Comunal de Deportes y Recreación exprese fielmente los deseos y necesidades de la comunidad, se elabora con una amplia participación de la Municipalidad, el Consejo Local de Deportes y las organizaciones deportivas y recreativas, mediante comisiones comunales de deportes y recreación de tipo permanente con facultades que les permiten sancionar el respectivo Plan Comunal y los proyectos que de éste se deriven.

El Plan Comunal requiere de una amplia divulgación en la comunidad y de una permanente actualización. Representa un instrumento cuya utilización proporciona una mayor seguridad de que los recursos asignados sean eficientemen-

te utilizados desde el punto de vista social, y con una transparencia en todos los procedimientos asociados con su preparación y realización. Por lo tanto, este Plan debe ser referente obligado de todo proyecto de fomento de la participación o de inversión en infraestructura deportiva y recreativa que requiera ser financiado total o parcialmente con subsidios públicos.

Organización Administrativa del Municipio

De acuerdo a la normativa de la Ley Orgánica, los municipios deben adoptar una estructura de carácter funcional cuyos niveles sólo pueden llamarse Dirección, Departamentos, Sección u Oficina.

La Ley estipula que las municipalidades pueden adoptar dos tipos de estructuras diferentes de acuerdo a la cantidad de habitantes que posea la comuna, determinada por el Censo vigente. Así se confecciona una estructura administrativa para aquellas comunas que posean una población superior a los 100 mil habitantes y otra para aquellas comunas que no sobrepasen esa cantidad.

En el caso de la comuna de San Pedro de la Paz, que sólo alcanza a 75 mil habitantes, el organigrama está determinado por el Alcalde, un Secretario Municipal, un Administrador Municipal y las correspondientes unidades o direcciones, que suman alrededor de nueve. El deporte y la recreación forman parte de la Dirección de Desarrollo Comunitario (DIDECO).

Para esta comuna, la distribución de las diferentes direcciones o unidades depende de sus características y necesidades. Las autoridades tienen las atribuciones de poder estructurar sus unidades municipales de acuerdo a su situación geográfica o con alguna visión estratégica: pueden adecuar su organización interna según las características y conveniencia en base a las dificultades particulares que se presenten en la comuna.

De acuerdo a las características establecidas en la conceptualización de política, el estudio especialmente desarrollado en una comuna de reciente creación nos permite situar la relación existente entre política pública y su rol con la actividad físico-deportiva de la comuna de San Pedro de la Paz.

La razón del estudio está muy relacionada con el deporte y la política. Los conceptos sociológicos y los métodos que son afines se utilizan para describir y explicar el deporte como un fenómeno social en permanente evolución.

En nuestro concepto, la mayor dificultad con que el deporte ha tropezado en nuestro país es fundamentalmente la ausencia de una política deportiva nacional reguladora y propulsora de la actividad en todo el ámbito de la nación. Ello ha provocado una gran confusión conceptual, superposición de esfuerzos, y constantes cambios ocasionados por la Ley de Deportes 17.276 que rige el deporte ac-

tualmente. Sin embargo, el nuevo proyecto de Ley tiende a democratizar y clarificar las funciones que corresponden a los municipios en el desarrollo del deporte y la recreación.

La Ley del Deporte es sólo un instrumento legal de la política deportiva nacional, por lo que la actuación del municipio de la comuna de San Pedro de la Paz puede escapar de sus márgenes limitativos: el grado de libertad y de “main d’oeuvre” va a depender exclusivamente de la política interna que ésta posea.

La organización interna del deporte en la comuna

En relación al resto de las comunas del país, en la comuna de San Pedro de la Paz no existe un Consejo Local de Deportes que vincule el movimiento deportivo local y el municipio. Por ello, el deporte en la comuna es responsabilidad del Departamento de Deportes y Recreación, organismo a cargo del desarrollo de todo el deporte local.

La política deportiva que se desarrolla en la comuna está evidentemente condicionada por la magnitud socioeconómica de que se disponga. Esto trae consecuencias al momento de tomar decisiones acerca de la gestión y los profesionales con quienes se trabaja tanto para impartir las actividades como para la administración del Departamento de Deportes.

Desde esta perspectiva, el Alcalde está de acuerdo en señalar que la comuna es pobre, por lo que el indicador socioeconómico limita las decisiones en cuanto a los profesionales que deben administrar el deporte local. En consecuencia, la organización interna del sistema deportivo comunal será deficiente, con una tendencia a privilegiar a los grupos sociales más vulnerables de la comuna.

La política deportiva local de San Pedro de la Paz

Si bien existe un Plan comunal de Deporte y Recreación de manera teórica, la práctica parece indicar lo contrario: las actividades que se desarrollan en la comuna obedecen principalmente a situaciones espontáneas, producto de la demanda de grupos sociales determinados que según su influencia permiten priorizar algunas actividades sobre otras.

Dada la cultura deportiva que existe en la comuna, una de las actividades de mayor influencia es la práctica del fútbol, ya sea a través de clubes organizados en asociaciones o de grupos informales que demandan un espacio para su práctica. Esta actividad se ve reforzada por la organización de escuelas de fútbol en barrios desfavorecidos, que permite reafirmar esta cultura tradicional.

La oferta de otras prácticas como el canotaje y el remo representa a grupos selectivos de la comuna; en otras palabras, el nivel socioeconómico medio-alto representa un indicador importante en esta actividad.

En esta perspectiva se puede observar que la política deportiva de la comuna dista de ser una política solidaria y democrática como la indicada en los discursos y los planes de desarrollo comunitarios.

El equipamiento deportivo local

San Pedro de la Paz es una comuna joven. En ella conviven instituciones privadas que poseen sus propias instalaciones y recintos, y también existen recintos municipales que presentan condiciones de manutención deficientes.

Existen 29 recintos deportivos municipales convencionales construidos con la intencionalidad de realizar una práctica deportiva. También existen dentro de la comuna dos importantes lagunas que permiten la práctica de actividades acuáticas y de natación. De los recintos deportivos considerados convencionales, la gran mayoría corresponden a terrenos de fútbol que no poseen las condiciones mínimas de seguridad y de higiene para los deportistas.

Geográficamente, toda la infraestructura se encuentra ubicada en los sectores de bajo nivel socioeconómico de la comuna, siendo la administración de los recintos de los propios pobladores, quienes hacen la manutención y gestión de los terrenos municipales. En aquellos sectores de mayor nivel socioeconómico que no poseen una infraestructura municipal, un gran porcentaje de los pobladores participa en clubes privados que ofrecen todo tipo de instalaciones y de actividades. Aquellos pobladores que no pertenecen a grupos favorecidos ni a grupos sociales desfavorecidos se encuentran en un terreno intermedio que no les permite acceder a ningún tipo de beneficio social o deportivo. Esta percepción de la actividad física que se desarrollan en las comunas viene a reafirmar lo indicado por Cornejo (1998: p. 148): “el deporte en Chile representa una clara trasgresión a los derechos de los ciudadanos, ya que toda práctica deportiva es determinada por la clase social”.

La falta de una infraestructura adecuada pone en manifiesto la ausencia de una política urbanística de la comuna que permita un desarrollo racional y adecuado de equipamientos deportivos o de recreación de acuerdo a las demandas y evolución de la comuna.

Conclusiones

En las nuevas condiciones en que se encuentran los Municipios del país, las políticas públicas son un instrumento importante para aportar de manera decisiva

a la democratización en curso. Al mismo tiempo, para contribuir adecuadamente a este propósito, las políticas públicas deben incorporar deliberadamente su papel constructivista de lo público. De la misma forma, éstas deben incluir con gran énfasis la dimensión participativa y el rol evacuativo que se le pueden asociar.

Con relación al estudio en particular realizado en la comuna de San Pedro de la Paz, se observa una contradicción entre la noción de política pública planteada desde la perspectiva conceptual y la concepción de política pública aplicada en esta comuna, en particular en el área del deporte y la recreación.

Esta situación se puede explicar por el hecho de que, específicamente en dicha área, la política pública del Estado chileno posee falencias entre el cuerpo teórico y la realidad. La política en materia deportiva es algo muy incipiente. La falta de solidez por un lado, y la gran influencia que tiene la práctica del fútbol en sus diferentes estratos y niveles con una estructura organizativa vertical por el otro, hacen que los programas deportivos y el activismo realizado por la comuna sean considerados como instrumentos publicitarios eficientes en desmedro de programas que se proyecten en el tiempo.

El nuevo proyecto de Ley de Deporte presentado al Congreso formula algunos lineamientos que fortalecen el rol de las municipalidades en el desarrollo del deporte y la recreación, incitándoles a cumplir una función más democrática y activa sin distinción de grupos y clases sociales.

La influencia del discurso sobre el tema deportivo generado en los últimos años lo ha llevado a ser considerado como un efectivo movimiento de masas desde el punto de vista político. Podemos ver que en esta comuna se reafirma lo anteriormente citado, es decir, la no-participación de los actores institucionales en las decisiones de un plan estratégico a largo plazo que esté enmarcado en las políticas generales de la municipalidad.

Bibliografía

- AA.VV. 1996 Proyecto de Ley del Deporte presentado por el ejecutivo al Congreso Nacional, Título IV De los Consejos Regionales de Deportes y los Consejos Comunales de Deportes, párrafo 2° “Consejos Comunales de Deportes” art. 44-46.
- Aguilar L. 1996 *El Estudio de las Políticas Públicas* (México: Editorial Miguel Angel Porrúa).
- Aguilera A. 1992 *Estado y Deporte, Legislación, Organización y Administración del deporte* (España: Editorial Comares)
- Callede J.P., Dane M. 1994 *Sociologie des politiques sportives locales. Trente ans d'action a Begles (Gironde)* (Talence, M.S.H.A.)
- Chappelet J.L. 1991 *Le Systeme Olympique* (Grenoble: Presse Universitaire de Grenoble)
- Chifflet P. 1988 Logique fédérale et logique communale, in *Sport dans la cité* n°117.
- Chifflet P. 1990 *Les federations sportives, politiques, stratégies publics. Logiques de fonctionnement du systeme sportif francais* (Service de documentation et publications: Université Joseph Fourier Grenoble)
- Cornejo M. 1995 *L'action organisée de l'offre sportive de l'agglomération Concepción-Talcahuano dans le periode 1983-1993* (D.E.A.: Université Joseph Fourier Grenoble)
- Cornejo M. 1998 *Les acteurs Institutionnels du sport a Concepción Chile* (These doctorale, Université Joseph Fourier Grenoble France)
- Loret X. 1987 Culture sportive “analogique” et structure sportives “digitales”, in *Sport et Changement Social*, actes des premières journées d'études (Bordeaux: M.S.H.A.)
- Navarro I. 1994 *Cuatro años de realizaciones de DIGEDER, 1990-1994* (Santiago: Ediciones Paulinas)
- Pociello C. Col. 1981 *Sport et Societés, approche socioculturelle des pratiques* (Paris: Vigot, coll. Sport et enseignement)
- Santa Cruz E. 1996 *Origen y Futuro de una pasión Fútbol, cultura y modernidad* (Santiago: Ediciones LOM, Arcis Universidad, Colección Sin Norte)
- Urzúa R. ed. 1997 *Cambio Social y Políticas Públicas* (Santiago: Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile)
- Varas A. 1997 “Democratización y políticas públicas”, en *Cambio Social y Políticas Públicas* (Universidad de Chile: Centro de Análisis de Políticas Públicas)
- Vigarelo G. 1985 *Techniques d'hier... et d'aujourd'hui, Une histoire culturelle du sport*, Revue APS (Paris: Robert Laffont)

5. Políticas

*Las políticas públicas y su relación con el
desarrollo de la actividad físico-deportiva:
el caso de la Comuna de San Pedro de La Paz
(VIII Región del Bío-Bío)*

⇐ Prof. Dr. Miguel Cornejo A.
Karina Mellado M., Pablo Melgarejo B.*

Introducción

El desarrollo del deporte contemporáneo continúa abriendo nuevos tipos de manifestaciones deportivas, al tiempo que aparecen nuevas necesidades de comprenderlas, como fue el caso de los deportes californianos (Vigarello, 1988), o de las nuevas formas de práctica que representan manifestaciones urbanas de tipo informales y espontáneas, que deben inducir a un posible control y planificación cuando se trata de situaciones que demandan nuevas formas de expresión que escapan de los conceptos tradicionales de la práctica deportiva (Cornejo, 1998). La rapidez con que el deporte y la actividad física se desarrollan se ha convertido en uno de los elementos más característicos de nuestra sociedad, en la medida en que éstos se transforman en objeto de atención de los poderes públicos sometándose a la acción política.

El deporte y la actividad física, al ser objeto de planificación social, exigen más que nunca el conocimiento de su realidad social, de las interrelaciones entre las principales variables del sistema deportivo, de los mecanismos que explican los cambios de la población con respecto al deporte y a los hábitos de una actividad física y recreativa.

*Prof. Dr. Miguel Cornejo A.: Doctor en Sociología del Deporte; Laboratorio de Estudios Sociales de la Actividad Física, Universidad de Concepción, Chile. Karina Mellado M., Pablo Melgarejo B.: Laboratorio de Estudios Sociales de la Actividad Física, Universidad de Concepción, Chile.

Las dificultades que ocasiona el atender criterios de cantidad y calidad a las demandas crecientes por parte de la población de más actividades físico-deportivas, obligan a introducir criterios cada vez más rigurosos de racionalización y planificación en la gestión pública y privada, de los equipamientos deportivos y en general de los recursos materiales que se dedican a la promoción del deporte.

Proponemos en ese sentido el análisis del sistema deportivo de la Comuna de San Pedro de la Paz, creada en el año 1995 con una población de 75 mil habitantes. Es una de las últimas comunas creadas en la VIII Región del Bío-Bío (Chile), y uno de sus roles es el de planificar y realizar la gestión del deporte considerando que esta actividad debe mantenerse durante toda la vida de los habitantes de la comuna. Si bien hoy en Chile los municipios comienzan a desarrollar un rol más participativo de las actividades de la comuna, el actual proyecto de ley sobre deporte destaca en algunos de sus artículos la labor activa que estas corporaciones deben mantener en la actividad física.

Conceptos Generales

Es difícil hoy en día encontrar un municipio de tamaño superior a los pocos miles de habitantes que no se plantee la necesidad de una intervención pública en la organización de las actividades físicas y deportivas de su territorio, es decir, la oferta de actividades que permitan a sus habitantes desarrollar prácticas de manera permanente. Esto no es sólo el producto de las obligaciones legales que están indicadas para las corporaciones locales, sino también fruto de la gran evolución que el fenómeno deportivo ha sufrido dentro de la sociedad.

Esta evolución y su impacto social han obligado a que no sea necesario indicar el planteamiento previo de política y deporte: no será ineludible argumentar políticamente algo a lo que el más elemental sentido común daría su plena aprobación. Se observará con naturalidad que el Estado favorece la actividad físico-deportiva de sus ciudadanos, al igual que lo hace con el cine, el teatro o la educación en general.

Sin embargo, Callede (1991) enuncia en su libro *El deporte y la política* los postulados ideológicos y políticos de ciertos dirigentes deportivos:

La tesis del capitalismo deportivo, cuyos portavoces más ilustres son los propios dirigentes olímpicos (Chappelet J.L., 1991), como situación ideal la independencia total de la práctica deportiva con respecto a la política, es decir que el deporte debe permanecer por encima o al margen de los avatares políticos, tanto en el ámbito de las relaciones internacionales como al nivel de las luchas políticas.

Esta despolitización del deporte o “mito del apoliticismo deportivo” no resiste una aproximación intelectual medianamente seria. En el fondo de este planteamiento subyace la idea de la política como algo nocivo y penoso en abierta confrontación con la vieja tesis aristotélica de la política como una dimensión propia del ser humano. La naturaleza política y social del ser humano, y la consiguiente mejora de su personalidad, hacen de la política una noble tarea, “un gran juego”, una acertada simbología entre la política y el deporte.

Otra cosa son las determinadas políticas concretas de un determinado gobierno, parlamento, universidad o club deportivo. Aquí naturalmente se producen disparidades, aciertos o errores, y a veces ciertas manipulaciones. Un organismo público, una iglesia, un club deportivo o una empresa hacen y desarrollan política, es decir, son grupos humanos en cuyo seno se producen relaciones sociales encaminadas hacia un fin.

Indudablemente esta idea de política precisa para su cultivo un estado democrático pluralista, en la medida en que el Estado pueda impulsar y favorecer la participación social, económica y política de sus ciudadanos. Con Estados de estas características, el deporte forma parte de su función política e ideológica.

La política es la búsqueda de lo que es bueno o útil para la sociedad, como indica Varas (1997); es la determinación del bien común. El deporte representa desde esta perspectiva una realidad científica incuestionable, mejora la calidad de vida de los individuos, lucha contra los males que deterioran la sociedad (drogas, alcoholismo, etc.); por lo tanto su fomento y desarrollo constituye uno de los objetivos políticos del Estado. En un contexto político democrático las decisiones importantes para el deporte pasan por el parlamento y se discuten públicamente, enmarcándose de manera coherente dentro de un conjunto de medidas que permiten un mejor desarrollo de esta actividad.

Junto al fomento de las actividades físico-deportivas, la realidad de algunos países más desarrollados muestra que los Estados promueven y desarrollan el deporte de élite, como por ejemplo los países que formaron el eje socialista, los países que forman la Comunidad Europea, algunos países de África y Asia, algunos países de América del Norte, etc. Sin entrar en valoraciones morales y políticas sobre la conveniencia social de privilegiar y fomentar la búsqueda de la élite deportiva entre los más jóvenes o bien proveer y estimular el espectáculo deportivo por razones de imagen social o política, el Estado puede con toda legitimidad realizar una determinada política deportiva que sea propia a su identidad sociocultural.

La Comuna de San Pedro de la Paz

El estudio realizado en la comuna de San Pedro de la Paz tiene por objetivo analizar la relación que existe entre el discurso de políticas públicas y las impli-

caciones y relaciones que pueden figurar en la imagen y concepción del deporte y la política en una comuna nueva beneficiada de un entorno geográfico privilegiado con respecto a las otras comunas más próximas.

La comuna de San Pedro de la Paz se crea a través de la Ley 19.436 promulgada el 29 de Diciembre de 1995 por el Presidente de la República, don Eduardo Frei Ruiz-Tagle; es a partir de ese momento que esta Municipalidad empieza a funcionar el 6 de Diciembre de 1996 con la asunción del Alcalde Socialista señor Jaime Soto Figueroa, elegido por votación popular.

San Pedro de la Paz es una de las comunas ribereñas de la provincia de Concepción Chile. Tiene una población de 75 mil habitantes y se espera para el primer año del siglo XXI una población de aproximadamente 100 mil habitantes.

Desde un punto de vista social, la comuna abarca a grupos sociales opuestos, es decir, tanto grupos sociales privilegiados económicamente como grupos que presentan una gran desventaja social y económica.

Desde la perspectiva del deporte la comuna posee dos grandes lagunas que permiten la organización de deportes acuáticos (natación, vela, etc.); la infraestructura deportiva está principalmente relacionada a la práctica del fútbol, es decir que la presencia de varios terrenos (canchas) para la práctica de este deporte demuestra de manera evidente la fuerte influencia cultural que tiene el fútbol tanto en la comuna como en el país. Al mismo tiempo existen en la comuna una serie de clubes privados de carácter cerrado, que se caracterizan por permitir un ingreso restringido de socios por la vía del pago de una cotización o de una acción. Este tipo de clubes se puede dividir en clubes de carácter comunitario o clubes de tipo comunitario-étnico, que representan a culturas extranjeras (alemanes, ingleses, españoles, etc.) y privilegian el mantenimiento de su propio idioma (Cornejo, 1998). Este tipo de instituciones no se relaciona con la Municipalidad ni participa de actividades deportivas en común.

De acuerdo a las características de la comuna y a la política de desarrollo de su plan estratégico para los próximos años, el desarrollo de las actividades físico-deportivas se encuentra dentro de las prioridades de la agenda municipal, orientada principalmente hacia el sector escolar municipalizado que está bajo el control de la municipalidad.

La Política Deportiva Municipal

Podemos indicar que una política deportiva municipal es un proceso en continua interacción, en el que la administración local realiza una actuación mediante la puesta en práctica o implementación de decisiones tomadas por el poder político, las cuales conducirán a resultados y a un impacto social determinado (Chifflet, 1990).

Hay distintos aspectos de esta definición que necesitan ser ampliados. Podemos destacar primeramente que toda actuación pública se desarrolla en un marco social determinado, compuesto por un entramado de actores institucionales (las entidades deportivas, las entidades públicas, los participantes, etc.) que constituyen un sistema constante de interrelación, de influencia mutua, y que actúan complementariamente en el desarrollo del sistema deportivo municipal.

Es en este contexto donde se ubica la actuación municipal como proceso dinámico. Un proceso en el que hay que establecer objetivos de actuación y las estrategias o alternativas para conseguirlos, tomar decisiones, ponerlas en práctica y evaluar los resultados según los objetivos propuestos. En definitiva, un proceso en el cual los niveles de participación de la sociedad tienen al deporte como actividad física que se regula y es organizada por instituciones como la política, la educación y la economía de cada país. Por lo tanto, es necesario referirnos a las diversas connotaciones o contenidos figurativos que ha recibido a lo largo de la historia.

La Política Comunal de Deportes y Recreación

Para cumplir su misión en todo el territorio nacional, la DIGEDER (Dirección General de Deportes y Recreación) tiene una Política Comunal de Deportes y Recreación cuyo propósito es contribuir a que las Municipalidades y otras organizaciones deportivas y recreativas cumplan sus roles dentro de una unidad de sistema con un racional empleo de los recursos públicos y privados relacionados con el deporte y la recreación. La política comunal apunta a impulsar la existencia de planes comunales que se actualizan año tras año, y en cuya formulación participan todos los entes deportivos adscritos a los Consejos Locales de Deportes y aquellos que los municipios aconsejan, quienes a través del Alcalde concurren a la formulación y ejecución del Plan Comunal.

Plan Comunal de Deportes y Recreación

El Plan Comunal es una declaración acerca de cómo los vecinos, las organizaciones deportivas y recreativas y las demás organizaciones comunales, en conjunto con la Municipalidad, deciden de manera democrática cómo desean que se desarrollen las actividades deportivas y recreativas en su territorio. Este plan contiene descripciones ilustrativas sobre los tipos y formas de actividades que se desea practicar y fomentar de acuerdo a la demanda real de la población, las instalaciones necesarias y los tipos de organizaciones en que dicha participación se apoyaría. De esta forma se puede determinar su financiamiento y la asignación de recursos a sus distintos objetivos, priorizándolos en función de los marcos presupuestarios dispuestos por DIGEDER, por los Municipios, y en algunos casos por los propios recursos adoptados por el Consejo Local de Deportes (COLODYR).

El Plan Comunal de Deportes y Recreación es un plan de mediano y largo plazo que debería formar parte del Plan Comunal de Desarrollo que ha de formular la Municipalidad, la que tiene por objetivo satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el progreso económico, social y cultural de la comuna. La Ley Orgánica Constitucional que regula a las Municipalidades establece entre sus funciones las de fomentar el deporte y la recreación.

Para cumplir dicho rol las municipalidades establecen líneas de acción, generalmente en consulta con las organizaciones deportivas y recreativas así como con otras organizaciones comunitarias del sector. Algunas de ellas se apoyan en los Consejos Locales de Deportes que existen en todo el país, y que en la gran mayoría cumplen el rol que corresponde al municipio (Cornejo, 1998: p.50), aunque existen algunos municipios que han creado sus propias estructuras asumiendo el mandato establecido en la Ley Orgánica Constitucional, es decir, atender las demandas comunales del sector.

El Plan establece también la coordinación del sector deporte y recreación de la comuna con los planes comunales de educación, vivienda, salud, social, etc., buscando disminuir las amenazas y multiplicar el aprovechamiento de las oportunidades.

La formulación o actualización de un Plan Comunal de Deportes y Recreación considera:

- Los intereses de los vecinos por participar en Deportes y Recreación, que se pueden detectar a través de estudios y de la recopilación de planes o aspiraciones de las instituciones existentes. Se deben considerar las demandas de los actores involucrados.
- La realidad física, económica, política, social y cultural de la comuna.
- El nivel actual de desarrollo de la participación en Deportes y Recreación y la cultura deportiva de la población comunal (su identidad).
- Las políticas de desarrollo social, y en especial las políticas de Deportes y Recreación en todos sus niveles: nacional, regional y local (comunal).

A fin de que el Plan Comunal de Deportes y Recreación exprese fielmente los deseos y necesidades de la comunidad, se elabora con una amplia participación de la Municipalidad, el Consejo Local de Deportes y las organizaciones deportivas y recreativas, mediante comisiones comunales de deportes y recreación de tipo permanente con facultades que les permiten sancionar el respectivo Plan Comunal y los proyectos que de éste se deriven.

El Plan Comunal requiere de una amplia divulgación en la comunidad y de una permanente actualización. Representa un instrumento cuya utilización proporciona una mayor seguridad de que los recursos asignados sean eficientemen-

te utilizados desde el punto de vista social, y con una transparencia en todos los procedimientos asociados con su preparación y realización. Por lo tanto, este Plan debe ser referente obligado de todo proyecto de fomento de la participación o de inversión en infraestructura deportiva y recreativa que requiera ser financiado total o parcialmente con subsidios públicos.

Organización Administrativa del Municipio

De acuerdo a la normativa de la Ley Orgánica, los municipios deben adoptar una estructura de carácter funcional cuyos niveles sólo pueden llamarse Dirección, Departamentos, Sección u Oficina.

La Ley estipula que las municipalidades pueden adoptar dos tipos de estructuras diferentes de acuerdo a la cantidad de habitantes que posea la comuna, determinada por el Censo vigente. Así se confecciona una estructura administrativa para aquellas comunas que posean una población superior a los 100 mil habitantes y otra para aquellas comunas que no sobrepasen esa cantidad.

En el caso de la comuna de San Pedro de la Paz, que sólo alcanza a 75 mil habitantes, el organigrama está determinado por el Alcalde, un Secretario Municipal, un Administrador Municipal y las correspondientes unidades o direcciones, que suman alrededor de nueve. El deporte y la recreación forman parte de la Dirección de Desarrollo Comunitario (DIDECO).

Para esta comuna, la distribución de las diferentes direcciones o unidades depende de sus características y necesidades. Las autoridades tienen las atribuciones de poder estructurar sus unidades municipales de acuerdo a su situación geográfica o con alguna visión estratégica: pueden adecuar su organización interna según las características y conveniencia en base a las dificultades particulares que se presenten en la comuna.

De acuerdo a las características establecidas en la conceptualización de política, el estudio especialmente desarrollado en una comuna de reciente creación nos permite situar la relación existente entre política pública y su rol con la actividad físico-deportiva de la comuna de San Pedro de la Paz.

La razón del estudio está muy relacionada con el deporte y la política. Los conceptos sociológicos y los métodos que son afines se utilizan para describir y explicar el deporte como un fenómeno social en permanente evolución.

En nuestro concepto, la mayor dificultad con que el deporte ha tropezado en nuestro país es fundamentalmente la ausencia de una política deportiva nacional reguladora y propulsora de la actividad en todo el ámbito de la nación. Ello ha provocado una gran confusión conceptual, superposición de esfuerzos, y constantes cambios ocasionados por la Ley de Deportes 17.276 que rige el deporte ac-

tualmente. Sin embargo, el nuevo proyecto de Ley tiende a democratizar y clarificar las funciones que corresponden a los municipios en el desarrollo del deporte y la recreación.

La Ley del Deporte es sólo un instrumento legal de la política deportiva nacional, por lo que la actuación del municipio de la comuna de San Pedro de la Paz puede escapar de sus márgenes limitativos: el grado de libertad y de “main d’oeuvre” va a depender exclusivamente de la política interna que ésta posea.

La organización interna del deporte en la comuna

En relación al resto de las comunas del país, en la comuna de San Pedro de la Paz no existe un Consejo Local de Deportes que vincule el movimiento deportivo local y el municipio. Por ello, el deporte en la comuna es responsabilidad del Departamento de Deportes y Recreación, organismo a cargo del desarrollo de todo el deporte local.

La política deportiva que se desarrolla en la comuna está evidentemente condicionada por la magnitud socioeconómica de que se disponga. Esto trae consecuencias al momento de tomar decisiones acerca de la gestión y los profesionales con quienes se trabaja tanto para impartir las actividades como para la administración del Departamento de Deportes.

Desde esta perspectiva, el Alcalde está de acuerdo en señalar que la comuna es pobre, por lo que el indicador socioeconómico limita las decisiones en cuanto a los profesionales que deben administrar el deporte local. En consecuencia, la organización interna del sistema deportivo comunal será deficiente, con una tendencia a privilegiar a los grupos sociales más vulnerables de la comuna.

La política deportiva local de San Pedro de la Paz

Si bien existe un Plan comunal de Deporte y Recreación de manera teórica, la práctica parece indicar lo contrario: las actividades que se desarrollan en la comuna obedecen principalmente a situaciones espontáneas, producto de la demanda de grupos sociales determinados que según su influencia permiten priorizar algunas actividades sobre otras.

Dada la cultura deportiva que existe en la comuna, una de las actividades de mayor influencia es la práctica del fútbol, ya sea a través de clubes organizados en asociaciones o de grupos informales que demandan un espacio para su práctica. Esta actividad se ve reforzada por la organización de escuelas de fútbol en barrios desfavorecidos, que permite reafirmar esta cultura tradicional.

La oferta de otras prácticas como el canotaje y el remo representa a grupos selectivos de la comuna; en otras palabras, el nivel socioeconómico medio-alto representa un indicador importante en esta actividad.

En esta perspectiva se puede observar que la política deportiva de la comuna dista de ser una política solidaria y democrática como la indicada en los discursos y los planes de desarrollo comunitarios.

El equipamiento deportivo local

San Pedro de la Paz es una comuna joven. En ella conviven instituciones privadas que poseen sus propias instalaciones y recintos, y también existen recintos municipales que presentan condiciones de manutención deficientes.

Existen 29 recintos deportivos municipales convencionales construidos con la intencionalidad de realizar una práctica deportiva. También existen dentro de la comuna dos importantes lagunas que permiten la práctica de actividades acuáticas y de natación. De los recintos deportivos considerados convencionales, la gran mayoría corresponden a terrenos de fútbol que no poseen las condiciones mínimas de seguridad y de higiene para los deportistas.

Geográficamente, toda la infraestructura se encuentra ubicada en los sectores de bajo nivel socioeconómico de la comuna, siendo la administración de los recintos de los propios pobladores, quienes hacen la manutención y gestión de los terrenos municipales. En aquellos sectores de mayor nivel socioeconómico que no poseen una infraestructura municipal, un gran porcentaje de los pobladores participa en clubes privados que ofrecen todo tipo de instalaciones y de actividades. Aquellos pobladores que no pertenecen a grupos favorecidos ni a grupos sociales desfavorecidos se encuentran en un terreno intermedio que no les permite acceder a ningún tipo de beneficio social o deportivo. Esta percepción de la actividad física que se desarrollan en las comunas viene a reafirmar lo indicado por Cornejo (1998: p. 148): “el deporte en Chile representa una clara trasgresión a los derechos de los ciudadanos, ya que toda práctica deportiva es determinada por la clase social”.

La falta de una infraestructura adecuada pone en manifiesto la ausencia de una política urbanística de la comuna que permita un desarrollo racional y adecuado de equipamientos deportivos o de recreación de acuerdo a las demandas y evolución de la comuna.

Conclusiones

En las nuevas condiciones en que se encuentran los Municipios del país, las políticas públicas son un instrumento importante para aportar de manera decisiva

a la democratización en curso. Al mismo tiempo, para contribuir adecuadamente a este propósito, las políticas públicas deben incorporar deliberadamente su papel constructivista de lo público. De la misma forma, éstas deben incluir con gran énfasis la dimensión participativa y el rol evacuativo que se le pueden asociar.

Con relación al estudio en particular realizado en la comuna de San Pedro de la Paz, se observa una contradicción entre la noción de política pública planteada desde la perspectiva conceptual y la concepción de política pública aplicada en esta comuna, en particular en el área del deporte y la recreación.

Esta situación se puede explicar por el hecho de que, específicamente en dicha área, la política pública del Estado chileno posee falencias entre el cuerpo teórico y la realidad. La política en materia deportiva es algo muy incipiente. La falta de solidez por un lado, y la gran influencia que tiene la práctica del fútbol en sus diferentes estratos y niveles con una estructura organizativa vertical por el otro, hacen que los programas deportivos y el activismo realizado por la comuna sean considerados como instrumentos publicitarios eficientes en desmedro de programas que se proyecten en el tiempo.

El nuevo proyecto de Ley de Deporte presentado al Congreso formula algunos lineamientos que fortalecen el rol de las municipalidades en el desarrollo del deporte y la recreación, incitándoles a cumplir una función más democrática y activa sin distinción de grupos y clases sociales.

La influencia del discurso sobre el tema deportivo generado en los últimos años lo ha llevado a ser considerado como un efectivo movimiento de masas desde el punto de vista político. Podemos ver que en esta comuna se reafirma lo anteriormente citado, es decir, la no-participación de los actores institucionales en las decisiones de un plan estratégico a largo plazo que esté enmarcado en las políticas generales de la municipalidad.

Bibliografía

- AA.VV. 1996 Proyecto de Ley del Deporte presentado por el ejecutivo al Congreso Nacional, Título IV De los Consejos Regionales de Deportes y los Consejos Comunales de Deportes, párrafo 2° “Consejos Comunales de Deportes” art. 44-46.
- Aguilar L. 1996 *El Estudio de las Políticas Públicas* (México: Editorial Miguel Angel Porrúa).
- Aguilera A. 1992 *Estado y Deporte, Legislación, Organización y Administración del deporte* (España: Editorial Comares)
- Callede J.P., Dane M. 1994 *Sociologie des politiques sportives locales. Trente ans d'action a Begles (Gironde)* (Talence, M.S.H.A.)
- Chappelet J.L. 1991 *Le Systeme Olympique* (Grenoble: Presse Universitaire de Grenoble)
- Chifflet P. 1988 Logique fédérale et logique communale, in *Sport dans la cité* n°117.
- Chifflet P. 1990 *Les federations sportives, politiques, stratégies publics. Logiques de fonctionnement du systeme sportif francais* (Service de documentation et publications: Université Joseph Fourier Grenoble)
- Cornejo M. 1995 *L'action organisée de l'offre sportive de l'agglomération Concepción-Talcahuano dans le periode 1983-1993* (D.E.A.: Université Joseph Fourier Grenoble)
- Cornejo M. 1998 *Les acteurs Institutionnels du sport a Concepción Chile* (These doctorale, Université Joseph Fourier Grenoble France)
- Loret X. 1987 Culture sportive “analogique” et structure sportives “digitales”, in *Sport et Changement Social*, actes des premières journées d'études (Bordeaux: M.S.H.A.)
- Navarro I. 1994 *Cuatro años de realizaciones de DIGEDER, 1990-1994* (Santiago: Ediciones Paulinas)
- Pociello C. Col. 1981 *Sport et Societés, approche socioculturelle des pratiques* (Paris: Vigot, coll. Sport et enseignement)
- Santa Cruz E. 1996 *Origen y Futuro de una pasión Fútbol, cultura y modernidad* (Santiago: Ediciones LOM, Arcis Universidad, Colección Sin Norte)
- Urzúa R. ed. 1997 *Cambio Social y Políticas Públicas* (Santiago: Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile)
- Varas A. 1997 “Democratización y políticas públicas”, en *Cambio Social y Políticas Públicas* (Universidad de Chile: Centro de Análisis de Políticas Públicas)
- Vigarello G. 1985 *Techniques d'hier... et d'aujourd'hui, Une histoire culturelle du sport*, Revue APS (Paris: Robert Laffont)

6. Violencia(s)

*“Aguante” y represión.
Fútbol, violencia y política en la Argentina¹*

⇐ Pablo Alabarces, Ramiro Coelho, José Garriga Zucal,
Betina Guindi, Andrea Lobos, María Verónica Moreira,
Juan Sanguinetti y Ángel Szrabsteni*

1. Un estado de la cuestión: las miradas

Los fenómenos de violencia relacionados con el fútbol han sido objeto de una escasa atención en la Argentina, si entendemos atención como mirada especializada, como la construcción de un saber de estatuto fuerte: por el contrario, la violencia ha sido transitada por una masa de discursos, periodísticos y políticos, que no se apartan de interpretaciones de tono estigmatizador y esquemático. La academia argentina no ha producido conocimiento sobre el tema, con las excepciones que analizaré más adelante.

Cuando el periodismo trabaja los problemas de violencia, lo hace regido por lo que Ford y Longo (1999) llaman la “lógica de casos”; el “problema” asoma en la superficie de las primeras planas cada vez que se produce un “caso” que lo reactualiza. Pero su tratamiento no excede los días en que el caso en cuestión se mantiene en la agenda, para luego desaparecer. Durante esos días, el análisis de lo publicado entrega la reproducción del discurso dominante, expuesto como sentido común; la “investigación” se entiende como producción de datos (estadísti-

¹ Proyecto UBACyTTS55, 1998-2000; Proyecto PIP0181/98 CONICET, dirigidos por P.A.. La investigación que da origen a este trabajo ha sido financiada por la Universidad de Buenos Aires y el CONICET, Argentina. Coelho, Guindi y Sanguinetti son Licenciados en Ciencias de la Comunicación de la UBA; Lobos y Szrabsteni están culminando sus tesis de grado en la misma carrera; Garriga y Moreira se encuentran preparando sus tesis de grado en Antropología para la misma Universidad.

cos o documentales), agregando normalmente una nota editorial focalizando y advirtiendo a la comunidad sobre los caminos a seguir. Sin embargo, como es previsible dada la lógica fragmentaria de esta presentación, el caso no remite nunca a contextos más amplios de argumentación y explicación; se cierra sobre sí mismo, agotando en la pura narración del hecho toda la exposición y el conocimiento posible. Esta argumentación casuística privilegia una exposición narrativa, pero habitualmente suspende la crítica.

Como puede leerse en Coelho et al. (1998), en el trabajo de análisis que desarrolláramos sobre cobertura de los medios respecto de hechos de violencia en la Argentina² se pueden observar ciertas recurrencias del tratamiento de las noticias, a pesar de diferencias formales e ideológicas entre los distintos medios consultados. En todos ellos el lexema dominante es inadecuado: la colocación de los supuestos responsables se produce fuera de una normalidad social que se presupone, no se explicita, salvo en el marco general (y tajante) de un nosotros (los buenos)-ellos (los malvados y violentos), como puede verse en la última campaña institucional sobre el tema.³ El violento se califica así como un-debe-ser-excluido —frente a la tradicional significación negativa de excluido, que normalmente califica a las víctimas del neoconservadurismo económico como reemplazo de las viejas categorías de la izquierda: pueblo o proletarios. Consecuentemente, estos sujetos son objeto de metáforas biologicistas: son cuerpos extraños que deben ser extraídos del cuerpo social (demostrando, si las hipótesis de De Ipola –1983— son correctas, que el periodismo insiste en tópicos discursivos propios del pensamiento de derecha).⁴ Asimismo, son sujetos animalizados —bestias, animales salvajes, son algunos de los tópicos más abundantes; una lectura similar puede verse en Young (1986). Los repertorios estigmatizadores rematan, sin embargo, en una paradoja: porque las acciones violentas son calificadas como criminales y son objeto de metáforas bélicas. La paradoja reside en que la animalización y la biologización expulsan estos comportamientos del campo de lo racional, mientras que su calificación como conducta criminal y su organización en términos de actitud bélica supone un fuerte racionalidad: tal como se describe habitualmente en la bibliografía sobre el tema, los comportamientos de las hinchadas en episodios de violencia señalan organización y planificación, excepto en los casos de incidentes que pueden ser calificados como espontáneos, donde la racionalidad se puede reponer en el análisis del comportamiento, pero sólo provisoriamente en el momento de la práctica.⁵

Esta descripción de un mecanismo narrativo y estereotipizador, conduce necesariamente a que no es en el terreno del periodismo donde podemos hallar una lectura fuerte de los fenómenos de violencia. Dijimos antes que los estudios académicos han prescindido del problema: la violencia en el deporte pertenece al sistema clasificatorio mayor “deporte”, donde la sociología y la antropología argentina no se han entrometido. Por el contrario, hay una importante serie de trabajos relacionados tanto con la violencia política, que atravesara nuestra sociedad en-

tre mediados de los años 50 y los 80, como con la violencia urbana, en lo que respecta a la inseguridad ciudadana producto de las nuevas condiciones de vida en las grandes metrópolis y la pauperización creciente de grandes masas de población en los regímenes neoconservadores; así también en lo que toca a la violencia policial. Sin embargo, a pesar del puente que este último ítem tiende hacia nuestra zona de problemas, el camino no fue recorrido.

El único trabajo importante sobre el tema fue hecho por dos investigadores: el antropólogo Eduardo Archetti (que a su vez trabaja en la Universidad de Oslo) y el periodista Amílcar Romero. Archetti ha sido el fundador de los estudios antropológicos del fútbol argentino, y en uno de sus primeros trabajos sobre el tema analiza los repertorios de la masculinidad entre los hinchas argentinos, con la carga de violencia simbólica que implican estos códigos, fundamentalmente ligados a una sexualidad discursivamente agresiva (Archetti, 1985). En un artículo posterior (1992) Archetti centra su exposición en los fenómenos de violencia a través de la categoría antropológica de ritual, en un recorrido histórico basado en la descripción del ritual futbolístico argentino como una mezcla de elementos trágicos y cómicos, una oscilación entre lo violento y lo carnavalesco que impide la clasificación del fútbol únicamente en un sentido bajtiniano (Bajtín, 1987). La descripción de Archetti también posee un sentido diacrónico: su hipótesis es que los elementos cómicos habrían predominado en la época clásica del fútbol argentino, siendo progresivamente desplazados por los elementos trágicos en las últimas tres décadas. Así, “esto crea un contexto en el que la práctica de la violencia se vuelve cada vez más legítima” (Archetti, 1992: p. 242). Como veremos, esa legitimidad no procede solamente de la cultura futbolística: si por un lado, el predominio de los elementos trágicos crea un contexto inmediato de producción de actos de violencia (entendidos como) legítimos –es decir, un marco de reflexividad discursiva–; por otra parte el contexto político argentino crea un marco de referencia macro en el mismo sentido.

En su trabajo conjunto de 1994, Archetti y Romero proponen una descripción de los fenómenos de violencia que reponga contextos de interpretación amplios. Tras proponer un mapa de la investigación inglesa sobre el tema, señalando sus complejidades y riqueza, los autores narran cuatro episodios significativos de una historia de la violencia relacionada con el fútbol en la Argentina, casos que les permiten enfatizar la complejidad del cuadro: se trata tanto de muertes a manos de la policía como por enfrentamientos entre hinchadas, agregando además el componente político que estos hechos acarrearán desde mediados de la década de 1970. La conclusión de Archetti y Romero, lejos de proponer una solución o una única interpretación, insiste en la necesidad de vincular la investigación a marcos más amplios, fuera de los cuales toda lectura del fenómeno de la violencia en el fútbol es esquematizadora y reduccionista:

Sin embargo, un cambio de enfoque en el estudio del hooliganismo debería permitir concebir los asuntos morales y los dilemas culturales de la muerte y

la violencia en el fútbol como problemas sociológicos generales. La manera como la sociedad inglesa se enfrenta con la muerte y la violencia nos parece un objeto más relevante de estudio que continuar en el tipo de investigación que pretende un mejor entendimiento de la lógica de comportamiento de un fanático. Una contextualización mejor del hooliganismo inglés y el diferente resultado de los actos de violencia debería permitir un análisis de la manera en que la sociedad inglesa concibe y tolera la muerte en el fútbol. Este cambio de foco implica un desplazamiento desde el análisis de la cultura de los hinchas de fútbol al campo general del análisis cultural. El fútbol se transforma así en una arena en la cual los actores sociales simbolizan, reproducen o discuten por medio de sus prácticas sociales los valores sociales dominantes en un período dado. Consecuentemente, el fútbol y el deporte en general se vuelven una dimensión central en el análisis de los procesos sociales y culturales (Archetti y Romero, 1994: pp. 69-70).

Es el camino indicado por Archetti y Romero el que proponemos recorrer: no entender al fútbol como “reflejo de la sociedad”, vieja metáfora especular que, además de ser teóricamente errónea, no tiene valor explicativo. Pero sí entenderlo como la arena simbólica privilegiada donde leer, oblicuamente, características generales de la sociedad argentina; priorizar, antes que el análisis de una cultura futbolística, el análisis cultural de una sociedad. En ese sentido, nuestro trabajo en la Universidad de Buenos Aires ha definido la violencia en el fútbol como un recorte particular (no por eso menos privilegiado) de una indagación general sobre el universo del deporte argentino. A su vez, esta investigación, desarrollada en el marco de un Departamento de Ciencias de la Comunicación, y fuertemente tramada con las tendencias de los estudios culturales, evita la sujeción a un único paradigma disciplinar: se utilizan materiales provenientes de la sociología, la antropología, la historia, el análisis de medios. Consecuentemente, las metodologías utilizadas son también variadas: hemos utilizado la entrevista en profundidad a informantes calificados;⁶ el análisis de medios, utilizando en este caso las técnicas de análisis del discurso de base semiótica; el método etnográfico (entrevistas y observación participante), y también el análisis de datos estadísticos, provenientes de fuentes periódicas o de las compilaciones documentales de Romero (1985; 1994).

2. Un mapa de la complejidad: la crisis de las identidades futbolísticas

Nuestro trabajo ha definido la construcción de identidades a través del fútbol como un eje de la investigación. Es nuestra hipótesis, asimismo, que este eje se vuelve central respecto del análisis de la violencia en el fútbol: los actos violentos señalan una disputa por una identidad, un imaginario, un territorio simbólico (y a veces real). Como dice Eric Dunning (1999):

La probabilidad de la violencia de los espectadores en el contexto del fútbol está probablemente exacerbada por el grado en el que los espectadores se identifican con los equipos participantes y con la intensidad de su inversión emocional y su compromiso con la victoria de los equipos a los que alientan. (...) A su vez, la intensidad de la inversión emocional de los espectadores en la victoria de sus equipos está vinculada a la centralidad y significación del fútbol en sus vidas, esto es, si es una entre un número de fuentes de sentido y satisfacción para ellos, o si es la única (*idem*: p. 19).

Y en ese contexto, en los años 90, las representaciones colectivas parecen entrar en crisis, al mismo tiempo que su centralidad, su capacidad interpeladora para los sujetos involucrados, aumenta desmesuradamente.

En primer lugar, las representaciones referidas a las interpelaciones de clase: el fútbol argentino no es, ni es percibido como, un espacio popular, en tanto convoca transversalmente, estadística y simbólicamente, a todas las clases, aunque con leve predominio de los sectores medios y medio-bajos. Sobre este punto, las causalidades son variadas. Por un lado, la nueva estructura de clases argentina señala características similares al resto de las sociedades occidentales: progresiva desaparición de la clase obrera industrial, crecimiento de la terciarización, aumento exponencial de la desocupación. Este mapa, que vuelve difícil designar una clase obrera estricto sensu, permite por el contrario la ampliación de los sectores convocados por la categoría sectores populares; pero esta ampliación choca con la debilidad de su definición y con la vaguedad nominativa.

En el mismo sentido, el crecimiento de una llamada cultura mediática (Kellner 1995) desde los años 70 hasta hoy, indica el desplazamiento de las clasificaciones culturales de clase en pos de una ampliación, casi universal, de los sectores involucrados en cualquier clasificación cultural. La explosión comunicacional de la última década propone, inclusive, el reemplazo de las culturas nacionales-populares, clásicas en el análisis latinoamericano, por las culturas internacionales-populares (Ortiz, 1991 y 1996). En esa expansión, el fútbol, mercancía fundamental de la industria cultural, también tiende a ampliar sus límites de representación en un policlasismo creciente.

Pero además, en el mismo movimiento en que los límites se expanden, se producen mecanismos de exclusión. Los regímenes neoconservadores, a la vez que debilitan las tradicionales interpelaciones de clase, producen fuertes fenómenos de exclusión social, donde la expulsión del mercado de trabajo de grandes masas y la pauperización de las clases medias son síntomas clásicos. Así, el fútbol produce una expulsión básicamente económica: los costos de acceso a los estadios (o a los servicios de cable televisivo) dejan afuera a los públicos "tradicionales", en un proceso de darwinismo impensado pocos años atrás.

En la Argentina, estos mecanismos de exclusión afectan también a la práctica, profesional o amateur: en el primer caso, porque las condiciones de acceso al alto rendimiento deportivo exigen un umbral de alimentación en la niñez que las clases bajas no pueden proveer, lo que ha originado una tendencia de cambio en la proveniencia de los jugadores de primer nivel (hoy, mayormente originados en las clases medias). En el segundo caso, de la práctica recreativa, la progresiva desaparición de espacios públicos adecuados y la ausencia de tiempo libre entre los sectores trabajadores (como producto de condiciones laborales propias del capitalismo del siglo xix) vuelve progresivamente más difícil el juego informal, restringido a sectores con posibilidades económicas y temporales.

A esta crisis (por exclusión) de representación social, se le superpone la expansión antes señalada. La cultura futbolística argentina practica un imperialismo simbólico y material; simbólico, en su inflación discursiva, en su captación infinita de públicos, en su construcción de un país futbolizado sin límites;⁷ material, en el crecimiento de su facturación —directa o indirecta, massmediática o de merchandising— y en el aumento de los capitales involucrados —desde la compra-venta de jugadores hasta las inversiones publicitarias y televisivas.

A este proceso de ocupación de espacios, se suma el constante intercambio de jugadores, desde los equipos chicos a los llamados “grandes”, y desde éstos hacia el fútbol europeo o los “nuevos mercados” (especialmente México y Japón). La continuidad tradicional de un jugador en un mismo equipo durante un lapso prolongado de tiempo ha desaparecido: al poco tiempo de su aparición, es vendido a un comprador que asegure beneficios para todas las partes —excepto los hinchas. En la etapa histórica del fútbol argentino, los ejes fuertes de la identidad de un equipo eran los espacios (los estadios), los colores y sus jugadores-símbolo; hoy, por los cambios constantes en la sponsorización de las camisetas, que alteran sus diseños, y por los flujos incesantes de las ventas de jugadores, el establecimiento de lazos de identidad a partir de estos ejes se ve profundamente debilitado.⁸ Excepto en lo relativo a los espacios: como discutiremos más adelante, el estadio y su prolongación en un territorio inmediato —básicamente el vecindario o “barrio”— se invisten de un fuerte sentido, que lo transforman en un lugar —un espacio con significado— cuya defensa por parte de sus poseedores simbólicos se vuelve una cuestión vital.

Así, las hinchadas se perciben a sí mismas, desmesuradamente, como el único custodio de la identidad; como el único actor sin producción de plusvalía económica, aunque con una amplia producción de plusvalía simbólica; frente a la maximización del beneficio monetario, las hinchadas sólo pueden proponer la defensa de su beneficio de significados, puro exceso simbólico. La continuidad de los repertorios que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles “a los colores”, frente a jugadores “traidores”, a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupa-

dos en maximizar la ganancia, a periodistas corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas desarrollan, en consecuencia, una autopercepción desmesurada, que agiganta sus obligaciones militantes: la asistencia al estadio no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal, sino un doble juego, pragmático y simbólico. Por un lado, por la persistencia del mandato mítico: la asistencia al estadio implica una participación mágica que incide en el resultado. Por el otro: la continuidad de una identidad depende, exclusivamente, de ese incesante concurrir al templo donde se renueva el contrato simbólico. Como señalamos, esas obligaciones se extienden hacia una práctica real: la defensa del territorio propio frente a la invasión de la hinchada ajena.

3. Fútbol tribal

Estos procesos no desembocan en la re-afirmación de las grandes identidades futbolísticas tradicionales. Ratifican, por el contrario, la fragmentación posmoderna. Hoy puede verse un proceso de tribalización (Maffesoli, 1990), en un doble sentido: respecto de un otro radicalmente negativizado, y al interior de las mismas hinchadas.

Primero: las oposiciones locales —enfrentamientos entre equipos rivales clásicos, el eje de oposición Buenos Aires-provincias, las rivalidades barriales al interior de una misma ciudad— se radicalizan hasta configurar identidades primarias y casi esencializadas, que desplazan a todo otro relato de construcción de identidad. A diferencia del mapa europeo, los procesos de antagonización (las maneras como se estructuran las diferentes rivalidades) son muy variados. Romero (1994) señala que, prescindiendo del enfrentamiento nacional (entre selecciones), pueden hallarse cuatro modos de articulación de la rivalidad:

- a. Regional: entre equipos de distintas ciudades, regiones o comunidades, dentro de un Estado-Nación. Es el caso de madrileños y vascos o catalanes, en España; de *porteños* y *provincianos*, en la Argentina.
- b. Intraciudad: entre equipos de una misma ciudad, con una historia de representación dicotómica (usualmente, ricos vs pobres). Por ejemplo, Nacional-Peñarol en Montevideo. En el caso argentino, los ejemplos son recurrentes: Rosario Central-Newell's Old Boys en Rosario, Gimnasia y Esgrima-Estudiantes en La Plata, San Martín-Atlético en Tucumán; en cada ciudad el esquema se repite, aunque se trate de una localidad con un número pequeño de habitantes.
- c. Interbarrial: en este caso, se trata de equipos que, dentro de una ciudad, no representan un nivel dicotómico de referencia simbólica, sino que señalan la pertenencia a un territorio definido como barrial, vecinal. Es el caso típico de Buenos Aires, donde la existencia de una enorme cantidad de equipos en la

ciudad conlleva oposiciones entre territorios menores. La representación de la comunidad desaparece para dar paso a la micro-comunidad, el barrio. Pero en los últimos años, la categoría “barrio” se recubre de fuerte capacidad interpeladora. La historia de la formación de los barrios porteños, su existencia por cien años, refuerza esta integración; pero además, aparece en los últimos diez años un discurso que carga de significaciones esencialistas ese micro-territorio, como reserva moral y espiritual, como ámbito descontaminado, un espacio constituido como reserva de lo local frente a las tensiones des-territorializadoras. Los grupos juveniles son los más proclives a asumir este discurso, y a producir una metonimia entre barrio y autenticidad, visible en los grupos de rock: cuanto más barrial, más auténtico, menos “comercializado”, menos sujeto a las lógicas mercantiles de la industria cultural. Esa imaginaria posición de reservorio ha sido asumida también por los propios productos de la industria, que volvieron a esgrimir estos argumentos en las ficciones televisivas, retomando viejos tópicos del teleteatro argentino de los años '60.

d. Por último, un caso absolutamente excepcional es el antagonismo intrabarrial: Romero lo ve ejemplificado en River-Boca, ambos originarios de un mismo barrio en la ribera del Río de la Plata. Sin embargo, la representación de ambos equipos excede con mucho esa referencia (son los equipos “nacionales”, en el sentido de que interpelan sujetos de otras comunidades regionales fuera de Buenos Aires). A pesar de mi diferencia con el ejemplo, la idea de que el fútbol argentino se caracteriza por una progresiva y microscópica fragmentación de los espacios representados es absolutamente válida. Mejor ejemplo puede verse en el fútbol de ascenso: el enfrentamiento Defensores de Belgrano-Excursionistas, ambos del barrio porteño de Belgrano, es según nuestros datos una de las oposiciones más fuertes del fútbol argentino.

Sin embargo, discrepo con Romero en cuanto a que, a medida que se achica el espacio de representación, se pierde representatividad. Por el contrario: el territorio, cuanto más segmentado y atomizado, se vuelve más cálido, adquiere mayor capacidad para interpelar sujetos. Como señalamos en el último ejemplo, una posesión de espacio micro, como lo es una porción de un barrio, se vuelve radical. Al mismo tiempo, como efecto contrario, las posibilidades de trascender ese espacio hasta dimensiones mayores (por ejemplo, la referencia nacional) se vuelven menores.⁹

Y segundo: al interior de las hinchadas se produce un fenómeno de segmentación novedosa, la construcción de grupos particulares identificados con nombres propios y organizados, con reparto de roles y funciones, con banderas propias, a partir de ejes identificatorios diversos, generalmente barriales, aunque en otros casos por razones más aleatorias.¹⁰ Esta hipersegmentación fractura las formas de soporte de la identidad, diseminándola en fragmentos en algunos casos

irreconciliables. Este fenómeno es similar a los de la cultura del rock, donde el proceso tiene más años de desarrollo. Más: puede sostenerse la hipótesis de que se ha producido una transferencia de prácticas de la cultura del rock hacia la del fútbol, a partir de las fuertes relaciones entre ambos universos culturales y de la superposición de sujetos practicantes.¹¹

4. La distinción: un ritual de violencia

Como todo ritual, el fútbol opera una suspensión del orden social; entre el uso de esa suspensión y el consentimiento a sus límites, navegan distintas posibilidades, ambiguas, muchas veces contradictorias. Una de ellas es la violencia: persistente como ritual de resistencia y alteridad, como lugar de apropiación de un territorio y una identidad; y también como aceptación y reproducción de las jerarquías.

Alessandro Portelli afirma que la violencia en el fútbol permite ver las continuidades entre la construcción estigmatizada de las clases populares como clases peligrosas de la revolución industrial, en el siglo pasado, y su reaparición en el mismo sentido en la revolución de la información (Portelli 1993: 78).¹² La revuelta en el estadio significa, desde esta perspectiva, la puesta en escena de una distinción no codificada, antes bien estigmatizada: porque la violencia atenta contra la doble propiedad privada de la mercancía y el cuerpo, porque escapa a la monopolización del Estado —peor: reproduce sus mecanismos de arbitrariedad y racismo, y en la reproducción los exhibe.

La violencia también puede ser pensada, con Patrick Mignon (1992), como forma fuerte de la visibilidad. La crisis de participación y legitimación de las sociedades neoconservadoras, la crisis del estatus de las clases medias y de los medios para garantizarlo, la crisis de exclusión de los sectores populares, conduce a la búsqueda por parte de estos distintos sujetos de mecanismos de visibilidad: con comportamientos violentos contra sí mismos (con el consumo de drogas), contra los otros (vandalismos, etc.) o con la participación en la extrema derecha, como apunta Mignon para el caso francés. En ese mismo sentido, el espacio del estadio permite vivir un sentido de pertenencia a una comunidad por parte de los que se sienten excluidos. Pero ese estadio, además, es escenario de la puesta en escena massmediática, lugar donde la actuación se amplifica en millones de receptores.

Sin embargo, esta noción de visibilidad admite otra lectura, no necesariamente excluyente: ser visto puede no significar una petición de inclusión por parte de aquellos que son expulsados del repertorio de lo visible y de lo decible, sino un mecanismo más autónomo y de significancia reducida a la economía simbólica de la cultura futbolística. Ser visto —ser televisable— puede reducirse a ser visto por el *otro*, donde el *otro* es la otra hinchada. La hinchada que actúa violentamen-

te afirma su posición en un ránking imaginario (la que tiene más *aguante*: volveremos sobre esto), y al hacerse ver le recuerda a sus adversarios que ha ganado posiciones, que su status debe ser nuevamente discutido. Sabedores de que los medios amplifican su actuación, suplantando el boca a boca para comunicar masivamente su condición de líder. En ese ránking, el enfrentamiento con la policía confiere la mayor cantidad de puntos.

Esta ambigüedad o polivalencia de la lectura de los rituales de violencia no escapa a las líneas que venimos trazando. La violencia puede también permitir leer el *sentido de escisión* gramsciano, el sentimiento elemental de separación respecto de las clases hegemónicas que Gramsci rescata como núcleo de “buen sentido” de las clases subordinadas, se resuelva o no en un antagonismo declarado. Los rastros de la escisión son, en el fútbol, numerosos; son los espacios donde las relaciones de oposición con un otro que se percibe como hegemónico (*poderoso*) alcanzan su máxima distancia. En el fútbol, no se puede vencer **con** el poder, **en** el poder; siempre se alcanza la victoria contra las infinitas conspiraciones de los poderosos y de los massmedia. Hasta la paranoia.

Contra toda ambigüedad y complejidad, como dijimos, las interpretaciones hegemónicas en la Argentina (trabajadas como sentido común) insisten en la estigmatización acrítica: los “violentos”, desde este punto de vista, son sistemáticamente jóvenes, “inadaptados”, operan bajo la influencia de drogas y alcohol, y su acción es reducida a la aparición imprevisible de agentes que deben ser excluidos —del estadio y de la sociedad. La estigmatización penetra profundamente, a su vez, el discurso de los hinchas militantes, que leen a los actores de la violencia como *otros* de clase y cultura; compatriotas del estadio y el equipo, víctimas compartidas de la represión policial; pero también sujetos estigmatizados cuando la violencia parece deberse, básicamente, a su acción. La percepción de los hinchas militantes revela un juego interesante de posiciones. Por un lado, no se entienden como actores violentos; cuando experimentan la violencia, se colocan en posición pasiva, como víctimas de un juego que no pueden dominar y que tampoco desean jugar. Asimismo, colocan como responsables directos a actores institucionales (la policía, la dirigencia deportiva); entienden las medidas represivas como parte de un complot destinado a saquear la pasión futbolística y entregarla como mercancía a la industria del espectáculo. En ese sentido, los hinchas se entienden compartiendo con aquellos que señalan como “violentos” (se trate de barras o de grupos de acción) la defensa común de un espacio (la tribuna y el barrio), una identidad (el equipo), una práctica (la hinchada de fútbol). Pero por otra parte, atravesados por el discurso periodístico, hablados por el mecanismo del estigma, no vacilan en señalar a “los violentos”, “ellos”, “los negros que están locos”. El policlasismo del fútbol revela aquí, de pronto, todos sus límites, para permitir la reaparición del etnocentrismo de clase y un larvado racismo.¹³

5. Posibilidades de la interpretación

La violencia en el fútbol argentino resume en un enunciado una importante cantidad de posibilidades. Al decir “violencia en el fútbol”, usualmente no decimos nada, por querer decir todo. Del mismo modo, la reducción del problema a la acción de *hooligans* o barras bravas supone dejar de lado las profundas diferencias entre actores, prácticas y sociedades.

En la Argentina, la violencia es una práctica que atraviesa la vida cotidiana, la política, la economía: no sólo el fútbol. Con formas más complejas y menos reconocibles que la política represiva de la última dictadura militar (1976-1983): fundamentalmente, la persistencia y agravamiento de esa forma máxima de la violencia social que es la exclusión, la expulsión del mercado laboral y del consumo, la privación de salud y educación. Pero también la continuidad de la violencia estatal: el monopolio de la violencia legítima se transforma en ejercicio ilegítimo de ese monopolio, dirigido de manera sistemática contra las clases populares. Cuando Archetti (1992) revisa los distintos principios de causalidad asignados a la violencia en el fútbol, se detiene en una supuesta naturaleza violenta de las clases populares argentinas (o de todas las clases populares); la historia de nuestro país señala (y así lo afirma Archetti) que las clases dirigentes han demostrado, sistemáticamente, un grado de violencia superior, si es que cedemos a la tentación de la comparación.¹⁴

La observación de los fenómenos de violencia contemporáneos, y el estudio de sus antecedentes históricos, permite una clasificación que discrimine distintos tipos de prácticas y permita comenzar un proceso de asignación de causalidades y sentidos, sin pretender que nuestra propuesta reemplace un esquema por otro, sino que ordene de otra manera el campo. Básicamente, la violencia relacionada con el fútbol puede ordenarse en:

a) *Acciones organizadas y protagonizadas por “barras bravas”*: si bien las barras bravas argentinas son los grupos más similares a los llamados *hooligans*, existen diferencias notorias que ocuyen la comparación. Porque su origen está vinculado históricamente al surgimiento de la violencia política argentina, a mediados de la década del 60. No en vano, la primera aparición de estos sujetos motivó su comparación, en la prensa, con la guerrilla urbana, y en el mismo movimiento, el reclamo de acciones *clandestinas* para su eliminación, en una perspectiva similar a la que animó la represión ilegal de la dictadura de 1976-1983.¹⁵ Simultáneamente, el desarrollo del llamado caso Souto (1967)¹⁶ señaló las profundas complicidades ya existentes con la dirigencia deportiva y política. La reaparición explosiva de las barras se produce a finales de la dictadura militar, en 1983, en el caso de “Negro” Thompson, líder de la barra de Quilmes y protegido por la dirigencia del club, las autoridades comunales y la Policía de la Provincia de Buenos Aires.¹⁷ Así, antes que la imitación de los *hooligans* británicos, las barras prefieren un modelo nativo; se configuran a semejanza de los grupos de tareas para-

militares, fuerzas de acción para tareas ilegítimas mediante la violencia y la coacción, utilizados por dirigentes deportivos y políticos. Estas prácticas no tienen relación con las acciones que describimos en los puntos siguientes: en las emboscadas, se ve la acción de grupos pequeños y armados. La noción misma de *emboscada* revela una práctica organizada y dotada de racionalidad operativa –de tipo represivo.

De este modo, la violencia en el fútbol se aleja de todo “reflejo”. Como dice –foucaultianamente– Tomás Abraham (1999), “la violencia en el fútbol no refleja nada, sino que es un producto sabiamente construido que hace que éste sea parte de un dispositivo más amplio de poder”. Ese mecanismo de poder, al mismo tiempo clandestino y público, se espectaculariza en la arena dramática del fútbol.

b) Acciones producidas por —o en respuesta a— la violencia policial, o acciones producidas por agentes derivados de la privatización del monopolio legítimo de la violencia: el protagonismo de las fuerzas de seguridad en la violencia argentina (como dijimos, no sólo en el fútbol) no ha sido suficientemente descrito, con las excepciones indicadas. Dice Romero (1994):

...en Argentina los uniformados tienen en su haber el 68% de los casos de víctimas mortales en canchas de fútbol, un guarismo que incluye la Puerta 12 y donde la Policía Federal jamás quiso admitir ningún tipo de responsabilidad, aunque sea indirecta, ni miembro alguno de ese cuerpo fue siquiera interrogado como imputado no procesado (*idem*: p. 78).¹⁸

A los muertos y heridos producidos directamente por balas policiales (con el llamado caso Scaserra como prototipo),¹⁹ se suma la acción sistemáticamente violenta de la policía en la seguridad del espectáculo. Todo el trato de la policía hacia los hinchas consiste en agresiones y vejaciones: la imposición de recorridos callejeros sin racionalidad organizativa, el cacheo, las prohibiciones grotescas —por ejemplo, de periódicos, cinturones y encendedores. En todos los casos, reproduciendo las conductas cotidianas, el maltrato policial constituye una imagen del ciudadano como enemigo, agravada por la persecución sistemática y el ensañamiento contra los jóvenes de las clases populares, reputados culpables de cualquier incidente aun antes de producirse. A este cuadro, al que hicimos referencia más arriba, se le suma que los procesos de privatización neoconservadores han producido la multiplicación de las fuerzas de seguridad privadas, a las que se les permite el uso de armas, sin que exista ninguna regulación al respecto. Así, estos grupos son el refugio de ex miembros de la policía, en algunos casos expulsados de la fuerza por sus excesos represivos. No dejan, por lo tanto, de reproducir sus prácticas habituales.

Pero además, la presencia de la policía en la cultura futbolística argentina puede escapar a una lógica de poder. Nuestros informantes eluden la identificación de la policía con un aparato represivo estatal, sino que autonomizan su per-

cepción hasta verla simplemente como un colectivo autónomo. Como señala una de nuestras informantes, Estela:

Todo hincha odia a la policía. Porque la policía vive provocando al hincha. La policía lo busca al hincha. Lo vive buscando permanentemente, para que el hincha salte y justificar el hecho de pegarle un palazo. Lo busca constantemente: con los caballos, no les importa nada, si hay mujeres, nada. No les importa nada más que provocar al hincha para justificar los palazos que ponen después.

Y así también argumenta Marcelo:

La única diferencia que hay entre la policía y la hinchada es que unos tienen armas y otros no. Son lo mismo. Les gusta hacer lo mismo. A los dos les gusta pegar. Hablo de la barra, no de la gente. A la policía le divierte esa cosa de pegar. Son los mismos que los de la barra con uniforme diferente.

La separación léxica que Marcelo establece entre la barra y *la gente* es sintomática: el hincha militante se percibe como parte de un tercer grupo, donde la barra brava tiende a parecerse a la policía y a participar de sus lógicas. Pero la policía recorre el mismo camino: no ejerce una violencia legítima, sino que actúa fuera de toda racionalidad social. No es un aparato del Estado, sino otro grupo de hinchas, sólo que —legalmente— armado. Para retorcer más nuestra argumentación: creemos que la Policía también se percibe a sí misma como un grupo de hinchas que disputa con iguales, sólo que abusando de su posición de poder e impunidad. Un testimonio de un hincha de San Lorenzo (un estudiante universitario de clase media) relata que:

Estaba colgando las banderas y la cana me vino a obligar a que las bajara. Yo le pregunté: “¿Por qué a los de Boca o a los de River los dejan? ¿No somos todos iguales? Se la agarran con nosotros porque somos chicos normales, nos ven la cara y nos prohíben colgar las banderas”. El cana me contestó: “A mí me encanta cuando vienen los de Boca, porque ellos se la bancan, entonces nos podemos pelear y les podemos pegar”.²⁰

En este cuadro podemos retomar lo afirmado más arriba: si las peleas entre hinchadas suponen la discusión de un ranking imaginario entre las mismas, para ver cuál es la de mayor *aguante*, el enfrentamiento con la policía supone el puntaje máximo; simplemente, se trata de pelearse con otra hinchada más, aunque la más violenta, porque está legalmente armada y dispone de toda la impunidad. Así, la valoración recibida por parte de los otros aumenta verticalmente. Volviendo a Portelli (1993): la revuelta está condenada al fracaso, simplemente porque ni siquiera es revuelta. Sólo operación de prensa.

c) Enfrentamientos entre rivales por la disputa de una supremacía simbólica, o como reacción frente a una “injusticia” deportiva que suponga la reposi-

ción imaginaria de un estado de justicia ideal: en la mayoría de estos casos, la acción de las barras se ve acompañada (e incluso, superada) por la de gran número de hinchas. La violencia contra un *otro* radicalizado, como señalamos antes, es el lógico resultado del proceso de tribalización. La defensa del territorio, de una supremacía simbólica, se maximiza hasta desembocar, rápidamente, en la acción violenta, en un marco general donde la condena discursiva de la violencia encubre su práctica sistemática.²¹

Pero además, este tipo de violencia facilita la construcción de colectivos que se afirman en el contacto corporal y la experiencia compartida del enfrentamiento —fundada en la retórica del *aguante*. *Aguante* designa significados más amplios que su remisión estrictamente etimológica, ligados a una retórica del cuerpo y a una resistencia colectiva frente al otro (otros hinchas, policía, etc.). Como dice Archetti (1992), el aguante es “una resistencia al dolor y a la desilusión, una resistencia que no conlleva una rebelión abierta, pero sí, a través de los elementos trágicos y cómicos, a una serie de posibles transgresiones” (266). Ante la idea de la violencia como puesta en escena de un vínculo que se quiere simétrico (Izaguirre, 1998), el aguante es la forma de reponer imaginariamente esa simetría: el aguante “disputa a la lógica el espacio de lo sorpresivo y lo sorprendente: desafía a lo que se supone ganador, enfrentándose a la superioridad, al orden inferiorizante de lo supuesto” (Elbaum, 1998: 240). El aguante es una categoría ética, que define una moralidad autónoma, sin relación con el resultado deportivo: se aguanta en la victoria o en la derrota. Pero también nombra la persistencia del machismo, la discriminación de toda otredad —básicamente, una profunda homofobia. Si hay rebeldía, ésta insiste en el viejo tópico de la reproducción de la dominación al interior de los dominados, legible también en la recurrencia racista.

En términos prácticos, el aguante se basa en una relación “espacio-habilidad”: se hace necesaria una cierta habilidad de los grupos de hinchas para la defensa de un espacio, que es el campo de batalla. La permanencia en el campo adjudica instantáneamente la victoria, ya que pierde el que se retira. La habilidad necesaria, más allá de la fuerza física y la destreza en la lucha callejera, incluye una ración de intimidación al otro, que se logra a través de gritos, pedradas y movimientos corporales en los que los hinchas demuestran estar preparados para la pelea. Muchos “combates” pueden ganarse, o sea que el otro se retire (corra), sólo con la utilización de las armas intimidatorias, sin llegar a la lucha cuerpo a cuerpo.

Por último: cuando las hinchadas provocan desórdenes frente a lo que consideran una violación de la justicia deportiva (o más simplemente, un fallo equivocado adrede), ponen en escena el imaginario democrático del deporte, según el cual se trata de una disputa entre iguales, sin favoritismos, donde sólo la lógica del juego decide ganadores y perdedores. Ese imaginario choca frente a la paranoia dominante, la que instituye un imaginario de complicidades y conspiraciones, don-

de los medios de comunicación son señalados como principales operadores de los clubes poderosos. Así, la acción violenta, espontánea, lejos de toda planificación, duramente dirigida contra los que se leen como representantes del poder —policía y árbitros, pero también contra la televisión, con ataques a las cámaras o a los propios periodistas— pretende reponer esa democracia imaginaria. La desaparición de la Justicia como institución legítima del Estado, por su deterioro político acelerado en los últimos años, se representaría metonímicamente en el estadio. El espontaneísmo de los hinchas designa, también por metonimia, un último escalón del descreimiento, de la desconfianza, del hastío. No de la barbarie.

Bibliografía

- Abraham, T. 1999 “Juego salvaje”, en *Clarín* (Buenos Aires: 9/3/99).
- Alabarces, P. 1999 “Posmodern Times. Identities, violence and massmedia in argentine football”, en Armstrong, G. y Giulianotti, R. (eds.) *Football in the making* (London: McMillan).
- Alabarces, P. y Rodríguez, M.G. 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (Buenos Aires: Atuel).
- Archetti, Eduardo 1985 *Fútbol y ethos*, Buenos Aires, FLACSO, Serie Investigaciones).
- Archetti, Eduardo 1992 “Calcio: un rituale di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (editor) *Il calcio e il suo pubblico* (Edizione Scientifiche Italiane: Napoles).
- Archetti, Eduardo y Romero, Amílcar 1994 “Death and violence in Argentinian football”, en Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike (eds.) 1994 *Football, Violence and Social Identity* (London: Routledge).
- Bajtín, M. 1987 *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (Madrid: Alianza).
- Calvo, F. 1998 “Asesinos, Traficantes y Delincuentes. Una campaña contra la violencia en el fútbol” (Buenos Aires: mimeo).
- Coelho, R.; Lobos, A.; Sanguinetti, J. y Szrabsteni, A. 1998 “Del lugar común al estigma. La cobertura de la violencia en el fútbol en la prensa argentina”, ponencia ante las IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales: Buenos Aires, noviembre).
- Dal Lago, Alessandro y Moscati, Roberto 1992 *Regalateci un sogno. Mito e realtà del tifo calcistico in Italia* (Bompiani: Milano).
- De Ipola, E. 1985 *Ideología y discurso populista* (México: Folios).
- Dunning, E. 1999 “Soccer Hooliganism as a World Social Problem”, mimeo.
- Elbaum, J. 1988 ‘Apuntes para el “aguante”. La construcción simbólica del cuerpo popular’, en Alabarces, P. et al. (eds.) *Deporte y sociedad* (Buenos Aires: Eudeba).
- Ford, A. y Longo, F. 1999 “La exasperación del caso”, en Ford, A. *La marca de la bestia* (Buenos Aires: Norma).
- Guindi, B. 1998 “El juego de las percepciones. Un análisis en recepción de la violencia en el fútbol”, ponencia ante las IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales: Buenos Aires, noviembre).

- Hudson, P. 1999 "Withdrawal Symptoms", en *When Saturday Comes*, 146 (London: abril).
- Izaguirre, I. 1998 "Presentación. Reflexiones sobre la violencia", en Izaguirre, I. (ed.) *Violencia social y derechos humanos* (Buenos Aires: Eudeba).
- Kellner, D. 1995 'Theory wars and cultural studies', en *Media Culture* (London: Routledge).
- McCaughn, M. 1999 "Police on permanent death duty", en *The Guardian* (London: 15/2/99: 10).
- Mignon, P. 1992) 'La societe francese e il calcio', en Lanfranchi, P. (ed.) *op.cit. supra*.
- Ortiz, R. 1991 'Lo actual y la modernidad', en *Nueva Sociedad* (Caracas: noviembre-diciembre).
- Ortiz, R. 1996 *Otro territorio* (Buenos Aires: unq).
- Portelli, A. 1993 "The Rich and the Poor in the Culture of Football" en Redhead, Steve 1993) (editor) *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe* (Aldershot: Avebury).
- Rodríguez, M.; Martínez, A.; Díaz, G. y Conde, M. 1998 "Aliens en territorio prohibido. Una aproximación al estudio de la mujer y el fútbol", ponencia ante las IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales: Buenos Aires, noviembre).
- Romero, A. 1985 *Deporte, violencia y política (crónica negra 1958-1983)* (Buenos Aires: CEAL).
- Romero, A. 1994 *Las barras bravas y la "contrasociedad deportiva"* (Buenos Aires: CEAL).
- Vogel, Arno 1982 'O momento feliz. Reflexões sobre o futebol e o ethos nacional', en aa. vv. *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira* (Río de Janeiro: Pinakothek).
- Young, Kevin 1986 "'The killing field': cuestiones que suscita el tratamiento dado por los medios de comunicación de masas a los disturbios del estadio de Heysel", en aa.vv. *Materiales de sociología del deporte* (Madrid: Genealogía del Poder/23, Ediciones de la Piqueta. Primera edición en *International Review for the Sociology of Sport*, 21/2/3, 1986).

Notas

1. Una primera versión de este trabajo se publicó en *Movimento e Mídia na Educação Física*, vol. 5, Santa María, UFSM (RS), 1999. Presentado ante el ALAS 1999, fue sometido a discusión en el equipo de trabajo, a la luz de nueva empiria producida y analizada.
2. Se relevaron seis hechos de violencia importantes por distintas razones (época, cantidad de víctimas, responsables, repercusión) a lo largo de treinta años en tres diarios de Buenos Aires, distinguidos por los públicos interpelados.
3. Campaña organizada conjuntamente por la AFAY el monopolio encargado de las transmisiones televisivas, TyC, ocupó distintos soportes (gráfica, radio y televisión, y volantes en los estadios) durante un lapso muy prolongado de tiempo. Para un primer (y contundente) análisis, puede verse Calvo, 1998.
4. De Ipola sostiene que las metáforas biologicistas tiene su origen en la discursividad del nacionalismo reaccionario francés de la segunda mitad del siglo XIX, y desde allí se transforman en un tópico habitual de los discursos derechistas.
5. Un análisis más minucioso puede verse en Coelho *et al*, 1998.
6. Entre 1996 y 1999 se realizaron cerca de 300 entrevistas a hinchas militantes de equipos de fútbol argentino, fundamentalmente de Buenos Aires, aunque también se incluyeron hinchas de equipos del interior del país.
7. El signo más claro de esta expansión es la futbolización de la pantalla televisiva: los centenares de horas, de cable o aire, de programación deportiva, y el hecho de que los diez programas más vistos de la televisión argentina en 1998 fueron transmisiones deportivas.
8. Los jugadores, asimismo, se ven fuertemente atravesados por la lógica espectacular: son nuevos miembros del *jet-set* local, inundan las pantallas, los avisos publicitarios; se transforman en símbolos eróticos, se ven sujetos al asalto sexual. La relación con el hincha alcanza así su máxima distancia.
9. En ese sentido desarrollamos, en otro lugar, la idea de que el equipo nacional había perdido capacidad interpeladora. Ver Alabarces, 1999.
10. En el caso del club Racing, una de las tribus se llama *Racing Stones*, unidos a partir de su predilección por la banda de rock Rolling Stones. Otra se denomina *La 95*, simplemente porque, procedentes del norte de la ciudad de Buenos Aires, se desplazan hacia el estadio de Racing con el bus número 95. Nuestro trabajo con la hinchada de All Boys, club de la 2^o división del fútbol porteño, revela particiones similares: fragmentos visibles y que sólo se reconcilian en caso de un enfrentamiento. A veces, ni siquiera eso.

11. Para un mayor desarrollo del problema, ver Alabarces y Rodríguez, 1996: pp. 61-74.
12. Dal Lago y Moscati (1992) proponen, en cambio, un desplazamiento de la estigmatización hacia los jóvenes. En nuestro caso, creemos que está en la intersección: los jóvenes de las clases populares. Ver en este sentido, Alabarces y Rodríguez 1996: pp. 61-74.
13. Esta observación se basa en nuestro trabajo de entrevistas antes citado. Un primer análisis en términos de la percepción de la violencia por parte de los hinchas puede verse en Guindi, 1998.
14. Pero la comparación es imposible. A pesar de la posibilidad de analizar microsociológicamente lo que podríamos reconocer como características violentas en la vida cotidiana de las clases populares, la presencia de la violencia institucional de las clases dominantes es previa y omnipresente, lo que nos llevaría, antes que a un régimen de comparación, a un régimen de causalidad.
15. Nuevamente, ver Coelho et al, 1998.
16. Souto fue un joven de quince años asesinado por la barra de Huracán en un encuentro entre el equipo local y Racing Club. Los culpables fueron capturados y penados.
17. Se trató de un enfrentamiento fuera del estadio de Boca entre las barras de este club y la de Quilmes, liderada por el llamado *Negro* Thompson. Éste fue reconocido por varios testigos como el responsable de los disparos que mataron a un hincha de Boca. Finalmente, fue detenido tras ser protegido por la Policía de la Provincia y por el entonces presidente de Quilmes, a la vez intendente designado por la dictadura. No fue condenado.
18. El caso de la Puerta 12 ocurrió en 1968, tras un partido entre Boca y River. Murieron 71 personas en una avalancha contra una puerta, cerrada presumiblemente por la policía. El caso nunca fue investigado ni encontrados sus responsables. La versión de uno de nuestro informantes insiste en una variante política del caso: la hinchada de Boca habría cantado durante el partido la "Marcha peronista", cántico identificador del entonces proscrito peronismo. La policía habría motivado el desastre como castigo, según esta versión. A pesar de cierto carácter conspirativo, la historia argentina se empeña en validar explicaciones de este tipo.
19. Adrián Scaserra fue asesinado en 1985 por una bala disparada "al aire" por las fuerzas policiales que pretendían reprimir, dentro del estadio de Independiente, a los hinchas de Boca. El padre insiste en que el autor del disparo fue un oficial policial que apuntó su arma a la multitud, pero nadie fue detenido por el hecho.

20. La “cana” es uno de los tantos sobrenombres de la policía en la Argentina, quizás el más usual.

21. Y la condena discursiva ni siquiera es compartida por las hinchadas. En las primeras fechas del campeonato de fútbol del 2000, una agrupación religiosa evangélica desfiló en los entretiempos de los partidos con una enorme bandera que rezaba (nunca más adecuado el término) “Basta de violencia”, portada por pares de niños vestidos con camisetas de clubes clásicamente rivales. El desfile de la bandera fue acompañado por estruendosas silbatinas en los distintos estadios donde apareció.

7. Deporte y religión

Reencantando as quadras: basquete e espiritualidade

◀ Hugo Lovisolo e Yara Lacerda*

O campo dos esportes parece apelar para a presença de tradições e valores poderosamente contrapostos em esforços de conciliação do que aparece como não conciliável: distanciamento científico e pertencimento, tecnicismo e vínculo religioso ou espiritual. Assim, mito e razão, emoção e cálculo, pertencimento e distanciamento, espiritualismo e materialismo, individualismo e coletivismo, valores sagrados e profanos, tradicionais e modernos, aparecem entremeados na produção do evento esportivo. De um lado, o apoio nas ciências e na razão instrumental fez do esporte um amplo campo de aplicação da física, da química, da fisiologia e da psicologia, que se concretizou, principalmente, na elaboração de teorias sobre o desenvolvimento da potência ou da excelência e de técnicas para o treinamento dos atletas, no desenvolvimento de implementos, infra-estruturas, estratégias e táticas maximizadoras de resultados. As técnicas de administração empresarial e de mercado entraram também para fazer do esporte um campo de negócios. Do outro, o campo dos esportes apela permanentemente para as metáforas do coração e da “raça”, do pertencimento e da vinculação, da emoção e dos sentimentos, da comunhão e da doação, da solidariedade e da compaixão. Desencantamento e reencantamento parecem ser, portanto, processos coexistentes na dinâmica esportiva. A hipótese a ser trabalhada é a da copresença do iluminismo e do romantismo, da razão e do mito, marcos ambos da modernidade no campo dos esportes. Para o desenvolvimento da hipótese, e a

* Hugo Lovisolo é Doutor em Antropologia Social, professor da UGF, Programa de Pós-graduação em Educação Física, e da Universidade do Estado de Rio de Janeiro, Faculdade de Comunicação Social. Yara Lacerda é Doutora em Educação Física, professora da UGF, Departamento de Educação Física.

modo de teste, usaremos as memórias autobiográficas de Phil Jackson. Procuraremos destacar, sobre o pano de fundo da atividade competitiva, racionalizada e empresarial do basquetebol americano, a presença operacionalizada da espiritualidade, do pertencimento, dos relatos míticos.

Introdução

O basquete americano tornou-se, nos últimos anos, um campo de negócios altamente competitivo. Empresas e empresários, profissionais e clientes; investimentos e lucros, audiência e publicidade; conflito e competição, materialismo e instrumentalização, mídia e consumo são palavras que facilmente associamos ao mundo do basquete. Nada, portanto, pareceria estar, em princípio, mais distante do basquete que a procura de atitudes desinteressadas, a eleição do bem comum, a solidariedade e a compaixão; enfim, a busca da espiritualidade ou a produção de um modo religioso de agir nas quadras. Essas atitudes, em princípio, pareceriam estar em oposição direta ao conjunto de valores que domina a economia do mundo competitivo do basquetebol profissional.

Contudo, uma das hipóteses, mais polêmica e bem sucedida, sobre as relações entre economia e religião, a de Max Weber, ensinou-nos a pensar nos marcos de uma afinidade eletiva entre ética protestante e espírito do capitalismo, entre crença religiosa e racionalidade econômica. Antecedente tão poderoso abre janelas para que possamos enfrentar, com alguma confiança, a possibilidade de que novas crenças religiosas estabeleçam afinidades eletivas com campos de atividades considerados, *a priori*, distantes delas.

Entendemos que a “afinidade eletiva” é uma relação constitutiva que vai além da confiança, de técnicos, atletas e torcedores, em amuletos, fórmulas religiosas, orações ou ritos antes e durante os encontros competitivos. Assim, descartamos as práticas referidas ao solicitar ajuda, apoio ou proteção a forças sagradas ou superiores, um campo de ações sociais superficiais e pouco interessantes sob o ponto de vista das afinidades eletivas. O que pretendemos considerar é o fenômeno de imbricação entre espiritualidade ou religiosidade e a dinâmica racional de um esporte como o basquete. Se pudermos entender essa imbricação, derivaremos experiências analíticas que, talvez, nos possibilitem entender outras imbricações em curso. Afirmaremos que existe imbricação quando valores religiosos ou espirituais estão solidamente vinculados com recomendações técnicas ou factuais, isto é, quando valores e fatos formam um entretocado consistente.

As culturas atuais aparecem marcadas por duas atitudes polares no campo religioso. De um lado, pela presença do *integrismo*, que se caracteriza pela rejeição de uma modernidade na qual a religião seja uma questão de opção. Do outro, uma tendência moderna que aposta no *pluralismo* e abre espaço para que os indivíduos

desenvolvam composições religiosas à vontade, fórmulas ou formas pessoais de espiritualidade e religiosidade em clara correspondência com valores individualistas e relativistas e com fortes possibilidades de construção e desconstrução (Champion, 1995). Essas características parecem confrontar-se e extrair forças de um ativo fermento religioso que toma forma e força, sobretudo, a partir dos anos setenta. Fala-se suficientemente de um despertar e de novas formas de consciência religiosa, e os fenômenos vinculados à *New Age* circulam fluentemente na literatura especializada e jornalística.

Características significativas do religioso no Ocidente, como o lugar central do pecado e de sua liberação, entraram em poderoso declínio, *pari passu* com o aumento da heterogeneidade religiosa, cujo efeito mais visível é o da multiplicação das seitas, das religiões e das fórmulas pessoais. Como resultado geral fala-se da perda ou declínio da institucionalização da vida religiosa. O sincretismo e, ainda mais, o ecletismo religioso, tornam-se cada vez mais freqüentes e legítimos, e antigas e novas postulações são reconhecidas como religiões. Michel de Certeau tinha anunciado, em *Le cristianisme éclaté*, a crescente desinstitucionalização do cristianismo, que cedia lugar para um crescimento dos cristãos sem Igrejas. A leitura da Bíblia deixaria de estar submetida à comunidade de crenças e multiplicariam-se suas interpretações, ganhando legitimidade as realizadas como meramente individuais e que podem estar influenciadas ou em interação com leituras de outras tradições. O cristianismo torna-se flutuante e assistimos ao florescer das “religiões paralelas” no contexto ocidental: diversos esoterismos (que perdem seu significado de ocultos para receber o de religiões não oficiais), crenças e práticas parareligiosas, antigas e novas, como a vidência e a meditação.

Um elemento importante do panorama é que os que aderem a essas práticas estão orientados para a autoperfeição, a autenticidade, o pertencimento que se realiza preferentemente mediante um trabalho sobre a própria interioridade, e também na âncora do pertencimento a comunidades emocionais, ao invés de, como em versões tradicionais, pelo estudo e pela aquisição de ensinamentos.¹ Tais características apontam claramente para a presença de valores românticos salientados, entre outros, por Berlin e retomados por Taylor recentemente.² As novas religiosidades místico-esotéricas também se relacionam significativamente com objetivos mais práticos, como procura da saúde e do equilíbrio pessoal ou do agir confluyente das dimensões ou partes do eu. Temos a impressão que os investimentos no desenvolvimento de um espírito pessoal equilibrado, saudável e integrado, parece tecer objetivos terrenos mais significativos que a elevação ou ascensão a uma dimensão sagrada, presente ou futura.

A heterogeneidade e a diversidade do processo religioso tanto podem nos levar a pensar no declínio e, no extremo, na diluição do sagrado, quanto na emergência de novas formas, marcadas pela importância da definição e expansão individual, sob o ponto de vista dos adeptos. Assim, as fórmulas pessoais tanto po-

dem ser entendidas como emergência de nova espiritualidade ou religiosidade, fim da secularização, quanto como mera utilização instrumental cujo destino final seria a diluição do sagrado. Há, portanto, dois caminhos lógicos: a) o sagrado desaparece porque apenas passa a existir o profano, ou b) incorpora-se uma visão anterior de encantamento do mundo e pelo qual tudo se torna sagrado, imamente e holístico. O segundo caminho, como veremos adiante, parece ser o escolhido por Phil Jackson.

Podemos pensar, de modo heurístico e também em nome da esperança, em outros momentos de efervescência espiritual nos quais também vozes bem fundadas profetizavam o declínio da religiosidade. Vauchez, a partir das observações de Genicot, trabalha a hipótese de possibilidades crescentes de desenvolvimento espiritual quando as coerções econômicas afrouxam. Épocas medíocres, sob o ponto de vista econômico, também podem sê-lo sob o religioso. O renascimento econômico e intelectual dos séculos X e XI foi, segundo Vauchez, acompanhado “por uma renovação do interesse pela interioridade... quando se alargou a estreita faixa daqueles que, na sociedade ocidental, tinham acesso à vida do espírito, houve progresso no plano cultural, e uma elevação no nível das aspirações religiosas” (1995: p. 181). Deslocando a observação de Genicot-Vauchez, poderíamos aventurar a hipótese sobre o papel do êxito profissional nas sociedades ditas “afluentes”, como condicionante da expansão e aprofundamento das preocupações pela espiritualidade que já teria estado presente no movimento estudantil e da contracultura dos anos sessenta, com seus efeitos significativos sobre as classes médias e, em particular, sobre grupos com capital cultural elevado. Em outros termos, poderíamos orientar-nos pela hipótese de que a satisfação de ambições materiais e profissionais pode “liberar” ou “impulsionar” os indivíduos para preocupações bem mais espirituais. O perigo a ser superado na ação premiada com o sucesso é, paradoxalmente, que, segundo Michael Jordan, “faz o Nós voltar a ser Eu” (Jackson e Delehanty, 1997: p. 159).³ O *mal*, que torna o Nós Eu, poderia, num mesmo movimento, ser o sinal da resistência para construirmos o Nós e o sinal ou a abertura para o sentimento do vazio, da falta de sentido que parece estar ocupando quando a luta por objetivos materiais ainda domina o plano das emoções.

Vauchez situa “a espiritualidade como um conceito moderno, utilizado somente a partir do século XIX. Para a maioria dos autores, ele exprime a dimensão religiosa da vida interior e implica uma ciência da ascese, que conduz, pela mística, à instauração de relações pessoais com Deus” (op. cit.: p. 7).⁴ A tendência dominante, segundo Bloom, nas tradições religiosas ocidentais é institucional, histórica e dogmática, sendo Deus encarado como externo ao eu. Contudo, sempre houve o caminho do conhecimento interior, condenado pelas fés institucionais. “Já por no mínimo dois séculos, a maioria dos americanos vem buscando o Deus interior, em vez do Deus do cristianismo europeu” (Bloom, 1996: p. 19). O Deus interior pode significar, para os atores sociais, a procura da ascensão a um

estado pessoal definido por valores tais como: equilíbrio, eliminação do egoísmo, autocontrole da angústia e da ansiedade, compaixão, impecabilidade, fraternidade e solidariedade entre outros. Nessa procura, a construção de fórmulas de crenças pessoais e de práticas é habitual. Retomaremos este tópico adiante.

O núcleo paradoxal: basquete e espiritualidade

Colocaríamos palavras como compaixão, não egoísmo e busca espiritual, quase que naturalmente como valores que devem ser procurados fora do campo do basquete profissional. Aceitaríamos, talvez com maior facilidade, que esses valores fossem associados com as atividades do velejador, do alpinista, do surfista ou do praticante de vôo livre, enfim, de atividades não diretamente competitivas e que, predominantemente, apelam para valores de integração com a natureza, procurando absorver sua espiritualidade. Campos esportivos menos penetrados pela lógica dos negócios e do espetáculo, e onde o não egoísmo, a compaixão e a busca espiritual, aparentemente, possuem um nicho ecológico mais propício. Campos esportivos que lidam com espaços ainda naturais, cuja padronização é muito baixa e o acaso da interação com a natureza se faz significativamente presente. Em contraposição, o basquete lida com um espaço padronizado, produzido artificialmente e livre dos acasos da natureza, seguindo a tendência moderna para a maioria dos esportes.⁵

Phil Jackson, contudo, não exercitou essas atividades esportivas menos padronizadas e em contato com a natureza. Sua vida, como jogador amador e profissional, assistente e técnico, apesar de uma curta passagem pelo beisebol, esteve vinculada ao esporte talvez mais empresarial e competitivo existente, o basquete. O livro de memórias sobre sua vida, *Cestas Sagradas, lições espirituais de um guerreiro das quadras*,⁶ inicia-se dizendo

Este livro é sobre uma visão e um sonho. Quando fui nomeado técnico dos Chicago Bulls em 1989, meu sonho não era apenas vencer campeonatos, mas fazer isto de uma forma que unisse as minhas duas grandes paixões: o basquete e a busca espiritual. A princípio isto pode parecer uma idéia absurda, mas eu sentia intuitivamente que existe um elo entre o espírito e o esporte (p. 17).⁷

Podemos então formular algumas questões significativas: como é possível que tenha conseguido ser um técnico espiritualista e de êxito num meio dominado pela lógica instrumental? Como é possível que encontrasse espaço para tentar colocar em prática uma idéia absurda pela tremenda tensão entre os valores contrapostos que procura fundir? Estamos diante de atitudes espirituais valorizadas ou pelo menos aceitas num território que definiríamos como pouco fértil para as mesmas? Temos, então, um paradoxo: valores, atitudes e condutas espiritualistas num meio concebido como materialista, tecnicista, instrumentalista, consumista e competitivo. Se algum

tipo de espiritualismo pode vigorar nessas circunstâncias paradoxais, temos que formular um horizonte de perguntas mais abrangentes para formular respostas que nos ajudem em sua compreensão. Assim, por exemplo, estaríamos diante de um mero acaso ou de possibilidades sempre renovadas pela ação de forças culturais densas e de longa atuação em nossas sociedades? Talvez renovadas pela própria experimentação com os estilos de vida materialista e consumista? Ou será que a imagem dominante que temos de nossas sociedades como consumista e materialista, enfim, afluentes, não é apenas uma parte da verdade e que, ainda em atividades rotuladas com essas expressões, os valores espirituais teimam em retornar ou, mesmo, jamais saíram? Será que a busca espiritual continua sendo uma força significativa e que a interação de tradições complexas e contrapostas pode determinar a coexistência do consumismo espiritual e do espiritualismo consumista e não somente das alternativas de consumista ou espiritualista? Tais perguntas gerais funcionam como um horizonte envolvente ou estão por trás dos comentários que realizaremos sobre a autobiografia de Jackson e apenas serão retomadas, explicitamente, na parte final do texto.

A constelação familiar

Jackson nos informa que o clima da vida familiar foi um sólido chão para sua formação espiritual. Apresenta-nos sua mãe como uma pessoa passional em sua relação com a religiosidade e que, desde adolescente, tinha uma profunda vocação evangelizadora. A Bíblia era para ela um livro profético e acreditava que o “tempo” estava chegando. O pai foi uma pessoa compassiva e calorosa, com uma visão da vida baseada na tradução literal das escrituras. Enfim, um homem de Deus puro e simples. Vinculados pela fé e pela atividade religiosa, a vida familiar seguia o ritmo da vida da Igreja. Jackson cresceu num clima de fé e de atividade religiosa cotidiana, e as esperanças de num futuro tornar-se pastor estiveram presentes durante anos em seus projetos de vida. Contudo, na adolescência, quando sua fé deveria ser confirmada por sinais, o que significaria experimentar experimentando fisicamente a presença do Espírito Santo no “falar em línguas” — uma espécie de transe cuja vivência indica sua manifestação do Espírito Santo—, os sinais não se fizeram presentes e segundo ele “aquilo nunca iria acontecer em mim.⁸ Comecei então a sair cedo do culto. Minha mãe não ocultou o desapontamento” (p. 41). Jackson abre sua mente ao ceticismo.

Possuidor de características físicas apropriadas, altura e comprimento dos braços, o basquete tornou-se atividade “salvadora” que concentrava energias e canalizava impulsos juvenis, especialmente os que se derivavam das competições ou conflitos entre os irmãos, segundo o próprio Jackson (p. 42). Um campo de atividades substitutivas para o projeto religioso.⁹ Aparentemente, uma sublimação pelo esporte da vontade ou impulsos religiosos, segundo ele mesmo. Vencer tornar-se-ia para Jackson uma questão de vida ou morte (p. 42).

Jackson, de fato, teria podido, mediante o mundo competitivo do basquete, distanciar-se poderosamente dos valores familiares e sobretudo da busca do espiritual, dado que as confirmações de religiosidade ou de espiritualidade do credo familiar não lhe aconteceram como manda a tradição. Também poderia continuar sua procura espiritual recorrendo a outras tradições, convertendo-se para outra religião que, de alguma forma, restabelecesse a coerência entre a fé e suas provas. Por último, poderia partir na direção de construir uma fórmula própria de práticas espirituais. Um caminho de “ascensão interior” e uma procura do Deus interior, entendendo sua presença como realização de valores almejados. O que ocorreu de fato, como veremos, foi essa construção da fórmula própria, orientada pela vontade de concretizá-la, além das práticas espirituais, no próprio campo do basquete.

Elementos da fórmula espiritual pessoal

Os estudos atuais sobre a religião põem a descoberto um amplo leque de crenças e práticas religiosas, a partir de figuras santas ou carismáticas, que se transformam numa multiplicação significativa de seitas religiosas. O carisma dos fundadores, segundo o conhecido tipo ideal weberiano, será um capital racionalizado e burocratizado pelos sucessores na instituição religiosa. Por assumir um caráter institucional, a vida religiosa nas seitas é bem mais visível que as construções pessoais que realizam o bolo ou fórmula espiritual vivida como pessoal. As primeiras são bem mais públicas, as outras ficam mais restritas à vida privada. Assim, a biografia e a autobiografia ainda são relatos privilegiados para mapear e entender as construções pessoais. Embora possam apresentar um conjunto de eventos, talvez desconexos ou aleatórios, como vinculados por um fio condutor, nem sempre visível em todo momento para o construtor do relato, a autobiografia tende a destacar uma trama ou lógica para um conjunto rememorado de acontecimentos que possibilitaram a construção pessoal.

Jackson, ao longo de seu livro, irá apontando experiências que foram significativas, segundo seu auto-relato. A principal experiência negativa já foi mencionada, sua incapacidade de “falar em línguas”. As experiências positivas, os elementos que passaram a formar parte da construção pessoal são vários e alinhavados, com algumas exceções, cronologicamente. Os elementos destacados referem-se a propriedades ou funções que são reiteradas pelas teorias sobre as religiões. Referem-se tanto a aspectos vinculadores ou de participação, presentes no mito e nas religiões, quanto a etapas ou momentos altamente significativos do roteiro ou caminhada espiritual.

Um eixo ou fio construtor do relato de Jackson é a relação entre corpo e mente. Jackson sofreu uma lesão corporal num jogo de beisebol e seu irmão Joe, doutorando em psicologia, no Texas, propôs auto-hipnose para recuperar o ritmo uma

vez que a lesão cicatrizasse. A idéia pareceu a Phil uma “blasfêmia, devido ao aprendizado religioso fundamentalista” (p. 37). Entretanto concordou e, “no dia seguinte, arremessei melhor do que nunca. Esta foi minha introdução ao poder oculto da mente, e ao que podia conseguir se diminuísse o diálogo mental e simplesmente confiasse na sabedoria inata do corpo” (p. 38).¹⁰ O saber inato do corpo é um componente altamente valorizado na literatura que se autodenomina como natural, holística ou espiritual e que se contrapõe à visão cartesiana ou reducionista que, segundo o ponto de vista alternativo, estaria estruturando as ditas ciências oficiais.

Observemos que estamos diante de uma experiência em princípio contraditória, pois o poder oculto da mente ou da razão manifesta-se na diminuição do diálogo mental que leva a confiar na sabedoria inata ou no poder do corpo para a ação ou expressão não controlada pela mente. O significado da experiência reside na força que se deriva de sua própria contradição e em sua confirmação pelo desempenho. Qual é o diálogo mental que atrapalha? Esta é a questão significativa cuja resposta apenas pode ser prática e pessoal.

Páginas adiante, Jackson retoma a experiência e nos dá sua própria resposta. Vencer para ele era uma questão de vida ou morte. A obsessão por vencer atrapalhou-o muitas vezes. “Eu fazia tanta força para que as coisas saíssem como eu queria, que acabava prejudicando o resultado. Foi essa a lição que aprendi depois de minha sessão de auto-hipnose com Joe” (p. 43). Jackson descobre que pode funcionar “soltando tudo e não pensando” (p. 43) e esta sensação de liberdade o acompanhará a vida toda. Como técnico de basquetebol, pretenderá que a sensação de liberdade, emocionante em si mesma, seja um dos estados espirituais presentes na equipe quando joga. A emoção da liberdade deve vincular a equipe.

A experiência positiva, um alicerce, será seguida na narrativa por um conjunto de experiências desestruturantes ou que provocam uma certa situação de liminaridade em relação a suas convicções religiosas familiares. Joe apresentará o zen budismo a Jackson, sob o ponto de vista das técnicas de limpar a mente e prestar atenção ao presente. O conceito, para alguém criado numa família pentecostal, foi, segundo Jackson declara, revolucionário e assustador. Mais tarde, já na universidade, e realizando uma formação combinada em psicologia, filosofia e religião, o técnico colocou Jackson junto ao astro do time, Pederson. Criado em ambiente luterano e possuidor de um “saudável cinismo”, Pederson encorajará Jackson a olhar crítica e desapeadamente para os valores que o alimentaram desde a infância, a explorar a vida com mais liberdade. As experiências desestruturantes fazem com que Jackson abandone a alternativa da mera reprodução da tradição religiosa familiar. Criam, por assim dizer, a necessidade de exploração de uma alternativa própria que o levará na direção da construção da fórmula espiritualista ou religiosa pessoal. Trata-se, portanto, de irmos reconhecendo o cenário dos atores e os elementos dessa construção da espiritualidade interior.

Os anos sessenta corriam soltos e Jackson atualiza-se na vida mundana dos *campi* universitários. Rock, filmes de Fellini, namoro com a primeira mulher. O que nos interessa é aquilo que Jackson declara que fica com ele dessas experiências: “O que levei comigo quando essa década acabou foi a ênfase na compaixão e irmandade, estar junto e amar uns aos outros, aqui e agora, parafraseando a Youngbloods. Já não me sentia tão isolado de minha geração. Pela primeira vez em minha vida, não me sentia estranho entre as pessoas” (p. 44). Participação, formar parte, vinculação são sentimentos atribuídos ao campo religioso e mítico. As idéias de comunidade e fraternidade, compaixão e irmandade, estão aí presentes. Assim, qualquer que fosse a forma que a fórmula pessoal de Jackson chegasse a ter, elas deveriam ser constitutivas do mesmo.

Jackson decola no basquete e vai para New York, onde inicia seu curso com o técnico Red Holzman. Aprende a visão não egoísta de trabalho em equipe. Enunciemos as máximas de Holzman: *Não deixe que a raiva anuvie sua mente; a atenção é tudo e o poder de Nós é maior que o poder do Eu*. As duas primeiras máximas estão altamente correlacionadas com as técnicas de concentração e de autocontrole. O sentimento negativo da raiva é controlado, como também o fluir dos acontecimentos na consciência que desviam o guerreiro ou religioso, da concentração necessária no instante, no presente, da ação ou da meditação. Ambas contribuem com a “impecabilidade”, termo cuja filiação religiosa é mais do que evidente.¹¹

Essa impecabilidade toma forma para Jackson no treinar *relaxado e alerta*. Nova contradição pois, de praxe, associamos o estado de alerta a tensão ou estresse. De fato, a associação entre tensão e alerta está presente nos estudos psicofisiológicos sobre o estresse, realizados sobretudo com animais em laboratório, desde os trabalhos pioneiros de Seyle.¹² Jackson inicia seu percurso na direção do *relaxado alerta* mediante a prática da visualização, mediante a antecipação imaginada. O domínio de si mesmo no desenvolvimento da técnica levou-o, nas suas palavras, ao seu momento máximo como esportista (p. 50). As relações com o *yoga* e as técnicas de concentração zen são evidentes; porém, pelo relato, apenas tomam um caráter instrumental, são apropriadas em função de um objetivo reduzido: maximizar o desempenho do atleta. Trata-se de um processo de autocontrole por meio do qual se supera a condição natural de *tenso alerta* pela condição do *relaxado alerta*. Nova condição que é um produto da cultura cuja matriz religiosa não dá lugar a dúvidas. Contudo, ela não é suficiente para completar a fórmula religiosa de Jackson.

De fato, Jackson admite que o autocontrole, a atenção relaxada alerta, faz com que jogue sua melhor temporada e contribui para que seu time ganhe o campeonato (temporada 71-72). A grande emoção do trunfo, no entanto, logo sente que se esvai:

Em vez de estar repleto de alegria, senti-me confuso e vazio (p. 50). O que me faltava era direção espiritual. O legado religioso de minha infância, até

então não assumido, deixara-me com um grande vazio interior e um anseio de reconexão com os mistérios maiores da vida (p. 53).

A caminhada continua. Novas experiências e elaborações na construção da fórmula pessoal: conversas com amigos, análise das cenas familiares marcantes, leituras, influências dos livros de Castañeda, aulas de *yoga*, livros sobre religiões orientais, palestras de Krishnamurti, Pir Vilayat Khan, participação nos rituais da Fundação Lama de Novo México, entre outras coisas. Também as leituras de outras tradições aumentam a vontade de contemplar melhor as próprias raízes. Surge a compreensão, com William James, de que a “experiência mística não precisa ser uma grande produção” (p. 55). Acontecem experiências de concentração e chegadas ao zen.

O que mais me atraía no zen era sua ênfase na clareza mental. Sob o ponto de vista budista, o que polui a mente é o nosso desejo de obrigar a vida a se conformar com as nossas idéias pessoais de como as coisas deveriam ser, em oposição a como elas de fato são (...) nosso apego desesperado a eles (os pensamentos auto-referentes), e nossa resistência ao que de fato está acontecendo, é que criam em nós tanta angústia (p. 57).

A concentração é um excelente instrumento. Faltava a Jackson cruzar-se com o elemento vinculante que cria o sentimento de participação, de totalidade. O zen também seria uma escola nesse sentido, pois leva-o a descobrir a ênfase na compaixão. É nela, afirma Jackson, que o zen e o cristianismo se cruzam. Entre os Lakota Sioux,¹³ Jackson assimilou que o grande guerreiro podia ser também o sacerdote, devido à crença em que tudo era sagrado e na unidade da vida. Assim, o Eu não era para eles uma entidade separada do Universo. Assimilou, segundo ele, a visão Lakota do trabalho em equipe. Tudo conduz à afirmação de que sem a compaixão seria impossível realizar o aforismo “o poder de Nós é maior do que o poder de Eu”. A fórmula pessoal fica delineada. Atenção relaxada em suas relações com a concentração acrescida da compaixão. A grande tarefa será a de fazer funcionar na quadra de basquete. A relatar esse processo dedica Jackson o resto de seu livro. Entremos com ele na quadra de basquete para observar apenas algumas relações que estabelece, sem pretender realizar uma avaliação da eficácia de suas concepções, embora o ato de ter conduzido os Bulls a vencerem seis campeonatos nos anos noventa possa, para alguns, ser prova mais do que suficiente. Contudo, teremos em mente que não é suficiente afirmar princípios espiritualistas para o basquete, faz-se necessário demonstrar de alguma forma que isso funciona.

Fórmula religiosa e basquete

É claro que existe um componente intelectual em jogar basquete. A estratégia é importante. Mas depois que o trabalho mental foi feito, chega um momento em que é preciso mergulhar na ação e colocar o seu coração no jogo. Isto significa não apenas ser corajoso, mas também ser compassivo consigo mesmo, com seus companheiros e seus adversários. Esta idéia foi uma parte fundamental de minha filosofia como técnico. Mais do que qualquer outra coisa, o que permitiu que os Bulls mantivessem um alto nível de excelência foi a compaixão dos jogadores uns pelos outros (p. 61)

No dia em que assumi os Bulls, fiz o voto de criar um meio ambiente baseado nos princípios de não egoísmo e da compaixão, que eu havia apreendido como cristão na casa de meus pais; sentado numa almofada praticando zen; e também estudando os ensinamentos dos índios Lakotas Sioux (p. 17-18).

A maioria dos líderes tende a ver o trabalho de equipe como uma questão de engenharia social...; entretanto, aprendi que a forma mais eficaz de forjar um time vencedor é conseguir que os jogadores façam contato com algo maior do que eles mesmos... O ato de criar uma equipe é essencialmente espiritual. Exige que os indivíduos envolvidos abram mão de seu auto-interesse em prol do bem maior, para que o todo possa ser mais do que a soma das partes (p. 19).

Um sistema que enfatiza a cooperação e a liberdade (p. 18).

A ausência de egoísmo é a alma do trabalho de equipe (p. 19).

Em meu trabalho como técnico, descobri que era melhor lidar com os problemas com uma perspectiva compassiva, tentando *empatizar* com o jogador e ver a situação de seu ponto de vista, porque esta atitude tem um efeito transformador no time como um todo (...) diminui a ansiedade do jogador (...) inspira outros jogadores a reagir da mesma forma (p. 62).

A questão então é: como fazer essas coisas funcionarem?

O basquete americano tornou-se um esporte rápido e sincronizado. Jackson parte de um diagnóstico técnico. O basquete praticado nos playgrounds dos centros urbanos, com extensão, nos anos setenta para a própria, NBA, tinha um estilo que reforçava a perspectiva egoísta do jogo com espetaculares jogadas de contra-ataque, e levando a pensar que basquete era uma sofisticada competição por “enterrar” que envolvia apenas dois ou três jogadores.

Tex Winter foi um técnico diferente que tinha uma visão técnica também diferente do jogo: propugnava que todos deviam participar num movimento de ataque contínuo. Embora fosse altamente respeitado, existiam dúvidas por parte de outros técnicos sobre a adequação de suas idéias ao basquete profissional e ele próprio também as tinha. Jackson ouviu Tex falar sobre seu sistema e acredita ter

encontrado o elo perdido que tinha procurado na CBA. Pensa que o sistema “é o veículo perfeito para integrar mente e corpo, esporte e espírito, de uma forma prática, simples, que qualquer um pode aprender” (p. 94). Significava uma evolução do ataque que os Knicks usavam quando dirigidos por Red Holzman¹⁴. “O triângulo ofensivo talvez seja melhor descrito como um tai-chi-chuan para cinco homens” (p. 94). Assim, Jackson traduz para a linguagem zen, ou talvez de fato crie, a estratégia a ser desenvolvida por meio dessa linguagem.¹⁵ A idéia básica é que na orquestração do movimento a defesa acabe confundindo-se com o ataque. A questão não é confrontar idéias, porém brincar com os defensores até fazê-los abrir a guarda.¹⁶ A descrição da vida intelectual torna-se metáfora para o movimento físico dos corpos na quadra.

O sistema não pode funcionar, para Jackson, se os jogadores não superam o egoísmo. O problema é então como ensinar-lhes a ausência de egoísmo, agindo contra os fatores da idolatria e da mídia (p. 96). A resposta empírica, que se parece com a prática zen, é repetir as práticas para treinar o jogador tanto em termos de experiência como intelectuais. No fim, alcançar um estado de pleno gozo por participar da dança mesmo que apenas por um lindo momento de transcendência (p. 98). Há que alcançar com o time um nível de desapego (p. 99). Jogar uns com outros deve tornar-se o grande prazer. Assim, a vinculação, o pertencimento, devem estar na mente e no corpo dos atletas, em aliança como a autocompaixão e a compaixão.

Jackson utilizará todos os meios para alcançar seus objetivos: respeito pelo atleta, técnicas de meditação, concentração e visualização, exercícios, sentimentos de intimidade com as coisas, sala do time decorada com motivos rituais dos Lakota Sioux, palestras, leituras e filmes, postura de liderança compassiva, entre outros. Torna-se um predicador que utiliza os recursos modernos para educar de acordo com os valores de sua fórmula espiritual pessoal, aplicando-os ao basquetebol, e resume sua atitude diante do fato afirmando:

Naquela época (quando jovem), eu teria rido de qualquer pessoa que sugerisse que compaixão e ausência de egoísmo fossem o segredo do sucesso. Estas eram qualidades que contavam na igreja, não na luta pelo rebote ... (p.33)

O relato de Jackson serve para ilustrar o processo de transformação que vem sofrendo a visão de religiosidade na pós-modernidade. Essa visão, talvez, poderia ser vista como mais compatível com as marcas da teodicéia dita “oriental” — que valoriza o imanente em detrimento do transcendente, permitindo que o cotidiano, inclusive o desportivo, seja atravessado pela idéia e pela presença do divino. É possível também explorar a idéia de que as marcas “orientais” são, em verdade, parte das próprias alternativas da tradição religiosa ocidental. Contudo, importa destacar que o esforço de conciliar ou harmonizar eficiência técnica com espiritualismo é, de forma mais do que evidente, o tensor que atravessa os esforços de Jackson.

Bibliografía

- Bernstein, R. 1991 *Perfiles filosóficos* (México: Siglo XXI).
- Bloom, H. 1994 *La religión en los Estados Unidos* (México: FCE).
- Bloom, H. 1996 *Presságios do Milênio* (Rio de Janeiro: Editora Objetiva).
- Gadamer, H. G. 1997 *Mito y razón*. (Barcelona: Editora Paidós).
- George, N. 1992 *Elevating the gam*. (Nova York: Harper Collins Publishers).
- Hervieu-Léger, D. 1997 Representam os surtos emocionais contemporâneos o fim da secularização ou o fim da religião?, in *Religião e sociedade*, vol. 18, n. 1, p.31-47 (Rio de Janeiro).
- Jackson, P. & Delehanty, H. 1997 *Cestas Sagradas- lições espirituais de um guerreiro das quadras* (Rio de Janeiro: Editora Rocco).
- Lacerda, Y. 1995 *Atividades corporais: o alternativo e o suave na educação física* (Rio de Janeiro: Editora Sprint).
- Lovisoló, H. 1992 *Educação popular: maioria e conciliação* (Salvador: OEA-UFBA).
- Lovisoló, H. 1997 *Estética, esporte e educação física*, (Rio de Janeiro: Sprint).
- Nisbet, R. 1980 *História da idéia de progresso* (Brasília: Editora da UNB).
- Parlebás, P. 1988 *Elementos de sociología del deporte* (Málaga: Ed. Junta de Andaluzia e Universidad Internacional Deportiva de Andaluzia).
- Taylor, Ch. 1997 *Argumentos filosóficos* (Barcelona: Paidós Ibérica).
- Vauche, A. 1995 *A espiritualidade na Idade Média; século VIII a XIII* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar).

Notas

1. Uma panorâmica sobre as “comunidades emocionais” no campo religioso é trabalhada por Hervieu-Leger, 1997.
2. No caso de Berlin, ver especialmente seus trabalhos sobre Vico e Herder. Ver Lovisoló (1992) para uma ampliação das concepções sobre romantismo e iluminismo e as forças que trabalham na direção de sua conciliação inconciliável sob o ponto de vista formal ou filosófico. O comunitarismo de Taylor encontra fundamentos na posição herderiana sobre a linguagem e suas implicações. Ver Taylor, 1997.

3. Os números entre parênteses sem indicação de autor referem-se à obra de Jackson e Delehanty.
4. É interessante consignar que Gilberto Freire considerava a mística espanhola, e por extensão ibérica, central para nossa cultura, e em nada inferior a outros desenvolvimentos místicos. A tradição da mística ibérica não parece haver sido suficientemente trabalhada nos estudos sobre religião em nosso contexto.
5. Sobre a domesticação do espaço esportivo conferir as análises de Parlebás (1988). O basquete foi criado para espaços fechados, para quadras artificialmente projetadas. A domesticação do espaço e a padronização das regras do esporte não impede, contudo, que a cultura ou sub-cultura penetre nos “estilos” dos jogos. Conferir para o basquete, como exemplo, a análise de George (1992) sobre o impacto da cultura negra americana no estilo do jogo.
6. O livro *Sacred hoops* foi publicado em inglês em 1995. A edição brasileira é de 1997.
7. Indica-se entre parênteses as páginas da edição brasileira.
8. Paulo, na Primeira Carta aos Coríntios, 14, destaca a superioridade dos dons da profecia sobre o “falar em línguas”: Aquele que “fala em línguas” não fala para os homens e sim para Deus. Ninguém o entende pois fala coisas misteriosas sob a ação do Espírito. Aquele, porém, que profetiza, fala para os homens, para edificá-los, exortá-los e consolá-los. Aquele que “fala em línguas edifica-se a si mesmo; mas quem profetiza, edifica a comunidade”. Jackson podia contar com Paulo como aliado de seu caminho para predicar sua religião pessoal. Agradecemos ao Dr. Olavo Feijó a lembrança das palavras de Paulo.
9. Gadamer (1997) é um dos autores que pensa as possíveis relações entre religião e esporte e entre religião e política. Nisbet (1985), no seu epílogo a sua obra *História da idéia de progresso*, explorou a relação entre religião e política, enfatizando suas relações em termos do que têm em comum (líderes carismáticos, profetas, seguidores, rituais, dias feriados, credo e evocação) e daquilo que os separa, resultando que o auge da política signifique o declínio da religião. Assim, pode-se perguntar se a desilusão com a política não poderia significar um ressurgimento da religião.
10. Há uma poderosa corrente do pensamento nas práticas terapêuticas e nas atividades corporais que valoriza o saber do corpo, supostamente reprimido pela racionalização cartesiana, pelo privilégio concedido à consciência ou razão. Cf. Lacerda (1995).
11. Talvez a idéia de impecabilidade tenha sido difundida pelas influentes obras de Castañeda, atribuída ao estado espiritual e ação de Don Juan. No seu livro, Jackson menciona a obra de Castañeda.

12. Cf. Talvez a fórmula relaxado e alerta possa ser traduzida como estresse bom, boa tensão, equilíbrio entre tensão e relaxamento, entre outras expressões semelhantes.

13. Jackson organizou em 1973, juntamente com Bill Bradley, uma clínica de basquete para os lakota. Embora já tivesse amigos lakotas, declara que trabalhando com as crianças ficou fascinado pela cultura lakota. O objetivo da clínica foi o de dar aos lakotas algo em que pensar que não fosse política (p. 115).

14. O leitor pode revisar as explicações sobre os três axiomas de Holzman enunciados acima.

15. No filme *Full Monty* (*Tudo ou nada*, na tradução brasileira), quando o experto em dança tenta explicar uma coreografia, os dançarinos improvisados não conseguem realizá-la. Um deles diz que é o mesmo que fazer linha de impedimento movimentando os braços. As dificuldades acabam imediatamente. Teríamos uma tradução ou de fato uma criação de uma figura de dança a partir da tradição viva na linguagem do futebol?

16. Nas páginas 95 e 96 Jackson enuncia e comenta as sete regras básicas do sistema de Ted. Observe-se que o princípio de brincar com os defensores até fazê-los abrir a guarda, pareceria assemelhar-se à estratégia pragmatista, desconstrutivista e pós-moderna de Rorty. Cf. especialmente a reflexão de Bernstein (1991) sobre a estratégia rortyana.

Da fisiologia à religião: argumentos a favor do exercício

— Hugo Lovisoló*

Introdução

Nas últimas décadas do século passado foram desenvolvidos os argumentos teóricos e empíricos, especialmente no campo da fisiologia do trabalho e do esforço, a favor da atividade corporal cientificamente programada. Os desenvolvimentos da física, em especial da termodinâmica, da química e da fisiologia, possibilitaram a constelação de conhecimentos que cristalizou na fisiologia do esforço e do trabalho. O estudo dessa constelação e as propostas de reformas no campo do trabalho e da intervenção no campo da saúde foram detalhadas por Rabinbach (1992). Embora permanecessem vivos valores e elementos de práticas tradicionais, as propostas ganharam uma nova fundação em termos dos conhecimentos da física, da fisiologia e da química. Digamos, a modo de síntese, que houve uma ruptura com os modos de tratar as mesmas questões como, por exemplo, o problema axial da fadiga no trabalho.¹

A diferença significativa, em relação às recomendações ou propostas anteriores (gregas, romanas e medievais), foi o abandono do fundamento na tradição ou na observação “não controlada” da vida cotidiana. As novas propostas reivindicaram a legitimidade científica de sua construção e seus resultados passaram a ser

* Doutor em Antropologia Social, UFRJ-PPGAS. Professor no Programa de Pós-graduação em Educação Física, Universidade Gama Filho, e na Faculdade de Comunicação Social, Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

produzidos nos laboratórios, nos experimentos controlados e mediante as análises estatísticas e epidemiológicas. A observação não sistemática, base de muitas intervenções tradicionais, perdeu valor. A intervenção científica ganha força e legitimidade, sendo a metáfora do “motor humano” seu elemento central (*idem*).

No século XIX, o século centrado no trabalho, os argumentos de utilidade econômica e social cresceram em relevância, deslocando para o fundo da cena os argumentos sobre a vida boa, que podiam ser encontrados nas filosofias de vida ou nas práticas. Os argumentos econômicos a favor da atividade corporal continuam sendo relevantes ainda em nosso século. As circunstâncias de um mundo em rápida industrialização, que caracterizou os países europeus do século passado, foram favoráveis a esse tipo de argumentos.

O mundo central, os países da Europa especialmente, enfrentavam um acelerado e competitivo processo de industrialização, e a formação da classe trabalhadora da grande indústria, adequada aos novos processos e ritmos do trabalho, era um problema a ser superado. A “fadiga” aparecia como o mal a ser combatido, pois tinha como um de seus efeitos principais a baixa produtividade dos trabalhadores. Administrar cientificamente as energias dos trabalhadores passou a ser uma tarefa prioritária para a fisiologia do esforço e do trabalho. Equilibrar gastos e reposições tornou-se um dos principais objetivos da intervenção sobre o “motor humano”. Lembremos que o termo fadiga e o correlato de *stress* foram correntes na engenharia dos materiais.

Dois frentes de ação perfilaram-se. Por um lado, o diagnóstico sobre a incidência do gasto excessivo de energia no processo de trabalho levou a lutas pela redução da jornada, o descanso durante a jornada e o descanso e lazer além da jornada de trabalho. Havia que provar, e foi provado, que com um regime científico de trabalho, que implicava menor gasto e esforço, os trabalhadores seriam mais produtivos. A produtividade deixou de ser apenas função da quantidade física de tempo de trabalho. A disposição física e mental do trabalhador, sua qualidade corporal e mental, tornou-se fator de produtividade. Por outro, havia que incidir sobre os estilos de vida dos trabalhadores e, então, nutrição, sono, higiene, lazer e atividade corporal foram contemplados pela intervenção.

A atividade física, a ginástica, seria visualizada como o caminho certo de formação de corpos mais resistentes, fortes e ágeis para agüentarem sem se deteriorar, sem fadiga e sem doenças, às demandas de energia no trabalho e na vida cotidiana. Mentes e corpos com melhor capacidade para administrar o gasto energético no trabalho e no “turbilhão” da vida moderna.² Adequado descanso, lazer e condicionamento físico formavam parte do leque das receitas para resistir à força desorganizadora da entropia que a física do século XIX tinha consagrado. O “motor humano” podia e devia ser cuidado e aperfeiçoado. Corpos mais produtivos, mais resistentes às doenças, mais sadios física e mentalmente e com maior longevidade passaram a formar parte dos desejos e das promessas.

No mesmo contexto, vai consolidando-se a idéia revolucionária de que a população é parte importante da riqueza nacional, tanto ou mais do que o capital transformado em instalações e máquinas e do que a própria riqueza natural. Os interventores, fundamentados no conhecimento científico, ensinaram que os governos e os capitalistas deveriam cuidar a força de trabalho tanto ou mais do que se cuidam das máquinas. Após algumas décadas, a idéia de capital humano tornar-se-ia corriqueira, chegando a ser considerado como principal fator produtivo na atualidade. Já em nosso século, a educação formal e o aprendizado na prática ganham carta de incorporação ao capital humano. Saúde e educação tornam-se pilares das políticas sociais de formação e cuidado da população.

Vista a população como riqueza nacional, fez-se necessário ocuparem-se, governo e sociedade, de sua formação e atendimento. A ginástica e o esporte seriam mobilizados para essa formação.

A ginástica eugênica e higiênica fez sua entrada e cresceu nos países europeus, concretizando-se nos diferentes métodos nacionais de ginástica —reconhecidos como sueco, alemão e francês, entre outros. Vários esportes como natação, remo, ciclismo e atletismo, principalmente os esportes ditos de resistência, foram incluídos, além da calistenia que ocupava um lugar central, no rol das atividades corporais que tanto podiam permitir a formação corporal e moral, quanto um maior condicionamento físico e uma resposta melhor adequada às demandas de um século centrado no valor do trabalho e cuja antropologia mais representativa e de maior difusão foi a marxista, embora partilhada por positivistas e liberais.³ Nela, o trabalhador e sua força de trabalho ocuparam o cenário da produção e o trabalho humano foi considerado motor da própria evolução ou progresso.

No Brasil, as fontes indicam que as novidades chegaram com força. Já na virada para o século XX, os jornalistas e cronistas registraram tanto em vinhetas da vida cotidiana, quanto em obras pioneiras sobre o desenvolvimento dos esportes e dos corpos, as características ativas dos novos tempos, embora restrita para as camadas intermediárias e altas da sociedade. A esportivização crescente da vida cotidiana esteve acompanhada de orientações e ações de salubridade pública e de saúde individual. A dita história da vida privada enfatizará a narrativa desses processos (Prost, 1992; Sevcenko, 1992). Os promotores da atividade física, no caso do Brasil, salientaram que ainda avançado o século XIX dominava uma tradição que tanto desprezava o trabalho manual como o exercício físico. Confrontavam-se, portanto, com uma mentalidade que devia ser mudada. Assim, a prática da atividade física forma parte da narrativa das mudanças das mentalidades e, de modo geral, da história da cultura.

Já em nosso século, foram criadas as instituições que formariam os especialistas em dirigir e orientar a população na prática ginástica e esportiva nos quartéis, nas escolas, nos clubes, nas fábricas e nos espaços de recreação. O professor de educação física foi essa nova figura. Nas últimas décadas, as academias e os

espaços para a prática da atividade corporal se multiplicaram. Os dados recentes indicam que os jovens estão crescendo em estatura média e massa muscular, como produto de mudanças no campo da saúde, da alimentação e, talvez, da própria prática de atividades físicas. O beneplácito com o qual são recebidos esses dados indicam que, sob outros nomes, o projeto eugênico e higiênico continua vivo.⁴ Assim, a eugenia continua presente para vários indicadores antropométricos e sociais que avaliam o progresso da “raça” nacional ou humana.

Os especialistas da saúde, sobretudo médicos e educadores físicos, ao longo de nosso século, foram acumulando argumentos fisiológicos, psicológicos e morais a favor da atividade corporal. Os programas e métodos contra o cansaço, para manter a disposição física e mental, para se proteger das doenças, para prolongar a vida, multiplicaram-se. Os meios de comunicação acolheram solícitamente a propagação dos conhecimentos que vinculavam, de forma reconhecida como científica, atividade corporal e saúde, atividade corporal e disposição psicológica. Mais recentemente, a formação moral e do eu disciplinado foram perdendo importância explícita, embora sejam permanentemente recuperadas como campo da motivação para a prática da atividade física e, no campo da educação física e do esporte escolar, com novos valores. O valor do equilíbrio, já presente na equação que igualava gasto e reposição, passará a englobar a energia não-física, psicológica ou espiritual, num mundo no qual a metáfora do “ser comunicacional” parece estar envolvendo a metáfora mecânica do motor humano (Lacerda, 1999).

Há várias gerações, entretanto, que foram criadas sob o axioma de uma fisiologia do exercício que insistiu e insiste sobre os benefícios respiratórios e circulatórios da atividade corporal. Interesses privados e públicos associaram-se na promoção da saúde por meio da atividade corporal regular. Realizar esforços no processo de treinamento, condicionamento, desenvolvimento da aptidão ou *fitness* tornou-se um valor para a intervenção da educação física e, de modo mais geral, para o movimento da saúde. O componente moral desse movimento foi em várias oportunidades destacado. Num sentido elementar e comum, a ação que demanda algum esforço pode ser entendida por moral. O treinamento ou condicionamento implica esforços –treinar, em grego, diz-se *asceses*. O atleta deve aceitar estoicamente os esforços do treinamento. A atitude estoica também deve estar presente no praticante da atividade corporal que visa o desenvolvimento e a conservação de sua aptidão, saúde e longevidade.

O panorama geral, no entanto, é contraditório. Se, por um lado, é evidente a multiplicação das infra-estruturas e equipamentos para as práticas corporais e o crescimento na participação dos jovens; por outro lado, as estatísticas parecem indicar que com relação ao nível geral das populações nacionais são ainda baixos os percentuais dos que praticam atividade física de forma regular. Os cientistas da atividade corporal afirmam que é a constância na prática de pelo menos três vezes por semana a que promove a saúde e, também afirmam, que o atleta do pas-

sado, hoje sedentário, está em condições semelhantes àquelas dos que sempre o foram.

Nas últimas três décadas, a personalidade Kenneth Cooper destacou-se como inovador, divulgador e promotor popular das atividades físicas, argumentando a favor das práticas aeróbias como contribuição importantíssima para a saúde. A prática aeróbia, segundo Cooper, teria incidência positiva e direta sobre o desenvolvimento da aptidão cardiorespiratória. Aumentando a capacidade de oxigenação e de circulação, contribuiria poderosamente com a disposição física e psicológica e com a longevidade de cada praticante. Sua prédica ampla e intensa levou a identificar a corrida aeróbia com seu nome; assim, as pessoas passaram a fazer “cooper” e a falar sobre o “cooper”. Livros, palestras e conferências, audiovisuais, folhetos, entrevistas nos meios de comunicação, enfim, quase todos os meios disponíveis foram intensamente usados por Cooper para persuadir o público sobre a verdade e a utilidade de suas propostas de atividade corporal. Cooper é, faz mais de três décadas, um missionário da atividade aeróbia e realiza uma verdadeira pastoral em prol da atividade física. No Brasil, suas obras foram traduzidas e tiveram grande divulgação e esteve repetidas vezes no país promovendo suas idéias e práticas.⁵ Sob vários pontos de vista, as propostas de Cooper podem ser consideradas como revolucionárias e inovadoras no campo da intervenção, embora no plano dos conhecimentos, dos valores e objetivos para a atividade física, Cooper forme parte da tradição que se inaugura com a visão científica da fisiologia do esforço no século passado.

O mistério da constante

No seu último livro editado no Brasil, *É melhor acreditar*, Cooper salienta seu desencanto porque nos EUA, entre 1985 e 1991, o percentual dos praticantes de atividades físicas de resistência permaneceu quase constante, apenas passando de 16 para 17%. Um terço dos americanos estaria acima do peso ideal, o que representaria um incremento em relação ao 25% registrado para o período 1960-1980. As estatísticas, portanto, são críticas e desencantadoras para a intervenção e seus interventores.

Estamos, então, diante de uma quase constante na taxa de participação que desempenhou um papel significativo na revisão das propostas de intervenção feitas por Cooper sobre sua própria produção. Mas, sob uma perspectiva mais geral, estamos diante de uma espécie de mistério que se avoluma quando levamos em consideração os esforços de: divulgação dos conhecimentos científicos sobre os benefícios da atividade física para a saúde, divulgação das propostas técnicas de atividade física, apoio estatal e privado significativo para viabilizar a prática, participação ativa por parte dos meios de comunicação em campanhas a favor da atividade corporal com publicidade paga e também gratuita. Como resultado geral, temos um

incremento quase nulo na participação da população na atividade física de resistência e, além disso, outros indicadores que salientam que a situação não melhorou e, talvez, piorou no campo mais geral da atividade física vinculada com a saúde.

O balanço geral não parece ser altamente positivo e apenas poderia ser explicado apelando para uma espécie de resistência muda e pacífica, a atividade física sistemática, embora tenhamos aumentado notadamente os conhecimentos sobre seus benefícios. Resistência que se refletiria na constância dos percentuais de praticantes de atividade corporal de forma regular. Podemos, pelos dados do próprio Cooper, afirmar que faz mais de cem anos que presenciamos uma pastoral, uma missão a favor da atividade corporal com resultados bem modestos, especialmente nas atividades de resistência.⁶

O não crescimento nas taxas dos praticantes poderia ser lido como uma rejeição daqueles que acreditam no poder dos meios de comunicação ou na dita indústria cultural. Assim, para os cientistas sociais, o fracasso relativo das campanhas deveria obrigá-los a refletir sobre o alcance e o poder dos meios de comunicação, mais ainda quando se considera que não existiram contramensagens significativas nem informação discordante em relação aos benefícios para a saúde da atividade corporal. Os cientistas sociais estaríamos diante de um problema ao qual não teríamos dado importância, talvez, por estarmos dominados pelo crescimento e aceitação do esporte espetáculo. A resistência diante da publicidade, da propaganda, da informação a favor da prática da atividade física apareceria, então, como um limite significativo para aqueles que acreditam na capacidade de orientação das condutas pelos meios de comunicação. Portanto, se essa capacidade existe, ela é questionável no campo da orientação para a atividade física.

Podemos, no entanto, pensar que lado a lado das mensagens específicas que louvam o esforço e o ascetismo do treinamento, há mensagens não específicas que difundem, com vigor não menor, os ideais de um hedonismo psicológico segundo o qual minimizar os esforços e maximizar o prazer seria a conduta desejável. Decorreria desse hedonismo tanto nossa vontade de comprar utilidades poupadoras de esforços para a realização das atividades quotidianas, quanto a recorrência a métodos e fórmulas poupadoras de esforços no cuidado, conservação e transformação de nossos corpos e mentes, de nossos eus.

Estaríamos, então, presos à necessidade de escolher entre as posições ascéticas ou estoicas e as hedonistas? Seriam esses pólos de atração ainda atitudes fortes para nossas escolhas? Teriam sobrevivido, no nível de uma filosofia popular da existência, a quase vinte séculos de rupturas e elaborações filosóficas? Seriam o hedonismo e o estoicismo espécies de filosofia em permanente estado prático, limites populares que não podemos transcender?

Surge uma questão importante para a fisiologia do esforço: se a atividade física “ascética” é tão positiva em termos físicos e psicológicos, por que as pessoas

não a praticam e também por que os que tiveram uma prática constante durante longo tempo, gozando de seus benefícios, deixam de fazê-lo, caindo no “hedonismo”, na redução dos esforços?7

As respostas possíveis são várias. Parece, no entanto, que dominam as respostas que se inclinam a considerar como fatores principais a falta de consciência sobre seus benefícios e a falta de condições (tempo, recursos etc.) para sua realização. A primeira razão não parece ser digna de crédito. As pesquisas indicam que as pessoas declaram que a atividade física tem benefícios diretos sobre o bem-estar, a saúde e a longevidade. As pessoas estão informadas. Resta como dúvida a questão sobre o grau de seus convencimentos ou até que ponto consideram que o esforço da atividade física é um custo que merece ser pago pelos benefícios que gera. A falta de condições, que nunca é absoluta, está estreitamente relacionada com essa resposta. Os casos das pessoas que compram uma bicicleta ou uma esteira e que logo deixam de usá-las é paradigmático: há condições, porém, não há motivação para realizar o esforço de pedalar ou andar entre duas e três horas por semana. O caso dos professores de educação física que deixam de realizar qualquer tipo de atividade física também é significativo. Supomos que, no caso, temos alta informação e crença nos benefícios; no entanto, a prática declina.

Importa destacar que as razões situam-se no plano da consciência, motivação e informação ou das condições materiais e ocupação do tempo. Ou seja, estamos diante do recurso a razões culturais e sociais para explicar a não-prática. Entretanto, as recomendações para a atividade física de condicionamento ou treinamento surgem fundamentalmente dos desenvolvimentos da fisiologia do esforço e de sua incorporação pela medicina. Há um conjunto poderoso de explicações fisiológicas e bioquímicas para realizarmos atividade corporal; no entanto, não existem explicações fisiológicas nem bioquímicas para explicar por que não se realiza a atividade ou é abandonada mesmo após anos de prática. Assim, os fisiólogos e os médicos empurram para o lado das ciências da cultura e da sociedade, da consciência, da motivação e das condições, a explicação da ‘não-prática’. As propostas tentam incidir aumentando a motivação, conscientizando sobre seus benefícios e criando propostas adequadas a qualquer tipo de condições. Ou seja, reforçam, na linguagem utilitária, os benefícios futuros dos esforços do presente em sua adequação às condições.

Empurrando a explicação para o lado das ciências da cultura ou da sociedade, os fisiólogos e os médicos simplificam e tornam coerente sua proposição, deixando, entretanto, de enfrentar os paradoxos de suas afirmações. Se a atividade física é tão boa para o organismo, por que ele a abandona? Por que a atividade física é abandonada ou suspensa se durante sua realização são gerados hormônios que provocam sensações de prazer, de potência, de excitação agradável? Por que é tão difícil, demanda tanto esforço físico, e sobretudo mental, realizar o condi-

cionamento físico, ganhar aptidão, *fitness*? Por que, em contrapartida, é tão fácil perder o condicionamento?

Os tipos de questões colocadas, a modo de exemplos, parecem ser tão importantes de serem respondidas pela fisiologia quanto dar argumentos a favor da atividade corporal. Quando a fisiologia se nega a responder a essas questões, embora melhor formuladas, sob o ponto de vista operacional, pareceria estar apenas fazendo ciência do 50%. A fisiologia do esporte deveria colocar-se como uma questão central explicar por que pessoas que praticaram atividade física de modo sistemático a abandonam sem esforços aparentes. Em outros termos, quais as razões fisiológicas ou bioquímicas que possibilitam ou incidem sobre o abandono? Sabemos que os humanos temos dificuldades em abandonar o fumo, as drogas, o álcool, o sedentarismo, a alimentação em excesso e inadequada. Constatamos as dificuldades em abandonar velhos hábitos e, sobretudo, os vícios. Por que, então, parece tão fácil abandonar o hábito ou ‘vício’ da atividade física? Precisamos de apoio para modificar essas condutas que caracterizamos como vícios sem aspas. Entretanto, por que é tão fácil abandonar o ‘vício’ da atividade corporal que apenas uma pequena minoria de praticantes reconhece como tal, como vício insuportável de ser abandonado? Se a fisiologia não responde a esse tipo de questões continuará enganando-nos e, sobretudo, enganando-se sobre o poder de suas explicações.

Engana-se, talvez, porque não reconhece que o hedonismo e o estoicismo em estado prático determinam o horizonte de seus esforços e suas propostas. Quando a intervenção apela para o ascetismo das drogas, da alimentação e do exercício está realizando uma escolha estóica. Também está nesse caminho quando recomenda os recursos naturais que resultam de aplicar a vontade reinante para obtermos o controle das doenças e a disposição física e mental. Quando, ao contrário, orienta-se para procurar as fórmulas químicas que regulariam a assimilação e o acúmulo de gordura, está a caminho do hedonismo e também está nesse caminho quando aposta na manipulação genética ou bioquímica da doença e da disposição, da gordura e do colesterol. Escolher as soluções hedonistas ou estóicas não está na natureza da fisiologia ou em suas teorias, está na filosofia ou moral que orienta sua intervenção. Podemos derivar soluções estóicas ou hedonistas das mesmas teorias. A opção pelas soluções “estóicas” é moral, embora pretenda, por vezes, aparecer como fisiológica.

Retomando a tradição

As elaborações e propostas de Cooper se situam dentro da tradição da atividade física inaugurada no século passado. Por um lado, suas propostas de intervenção pretendem ser científicas, baseadas na fisiologia do exercício e na pesquisa empírica.⁸ Por outro, retoma como objetivo do condicionamento físico, do de-

envolvimento da aptidão física, o combate à doença e ao cansaço, à fadiga, à falta de disposição para enfrentar as demandas do trabalho e da vida cotidiana e promete maior energia, menos doença e maiores possibilidades de vida. Cooper é um baluarte na defesa do ascetismo do treinamento e da nutrição, do esforço e da disciplina, do autocontrole e a autotransformação, enfim, do reforço do eu mediante a atividade corporal. Cooper escolheu o caminho estóico, no sentido comum que damos a essa palavra.

Cooper, inicialmente médico da força aérea americana, declara que “custa tempo e dinheiro o treino de um homem, seja para pilotar um jato, consertar um motor ou trabalhar num escritório; perdê-lo por doença será dispendioso e problemática sua substituição” (1972: p. 2). E registra como positiva a declaração *de* “posso trabalhar mais sem fatigar-me e durmo agora como uma pedra” (1972: 4).⁹ Retoma, então, argumentos presentes na tradição utilitária ou econômica formulada no século passado. Contudo, Cooper não fica fixado nesses argumentos. Ao longo de suas obras, sempre promete que seus programas de exercícios levariam a uma situação de maior disponibilidade de energia para o trabalho, o lazer ativo, a vida intelectual e social. Sua estratégia de persuasão é a de acumular argumentos e postular os benefícios econômicos e não-econômicos da aptidão física. A atividade física é então postulada como redutora de doenças, minimizadora ou quase eliminadora do cansaço ou fadiga e também como fator para o aumento da longevidade. Cooper fala vigorosamente para estimular-nos a escalar a montanha e classifica os indivíduos em função de quanto podem subir pelas ladeiras do esforço físico.

As bases do programa aeróbio de Cooper são conhecidas. Seu conceito chave é o de oxigenação. A maior oxigenação, maior capacidade corporal para responder às demandas de gasto energético. O efeito principal do treinamento é elevar a capacidade aeróbia e cardíaca com a conseqüente maior e melhor distribuição de oxigênio para todo o organismo que se traduz em maior disponibilidade energética.¹⁰ Assim, a atividade corporal, nos formatos que preconiza, tem por finalidade central maximizar as funções respiratória e circulatória do organismo. Enfatizamos, Cooper não pretende em suas primeiras obras, quando desenvolve os fundamentos e programas do “método Cooper”, que alcancemos uma capacidade média ou normal em termos, por exemplo, e testes de distância em tempos padronizados.¹¹ Pretende que cada praticante maximize sua capacidade cardiorespiratória elevando sua capacidade de consumo de oxigênio. Seu ideal, que se reflete nos métodos de avaliação na pista ou na esteira rolante, é o atleta da corrida de média e longa distância. Seus programas de treinamento estimulam para que seja subida a ladeira de sua escala de aptidão ou condicionamento físico. Seus fundamentos e suas propostas são universais, pretendem-se científicos, e deixam pouco ou nenhum lugar para adaptações individuais, seus programas são elaborados para as categorias que se formam a partir da classificação pelos testes.

Já nas primeiras obras, Cooper insiste sobre a necessidade de sermos disciplinados, de manter alta a chama da motivação e da esperança, de não cairmos no desânimo, de sermos persistentes. Exige dos praticantes uma alta no autocontrole das forças que puxam na direção da desistência. Sua pregação para reforçar a vontade necessária para cumprir com seus programas de desenvolvimento da aptidão são constantes e ocupam lugar central ao longo de suas obras. Embora haja uma estrutura básica —em termos de fundamentos teóricos, de pesquisa empíricas e de técnicas—, há, em termos dos programas de condicionamento físico, ao longo de suas obras, algumas diferenças significativas que aparecem entre, de um lado, *Aerobics* e *New aerobics*, escritas no final dos sessenta e começo dos setenta, e, do outro, *The aerobics program for total well-being*, de 1982 e, especialmente, e bem mais tarde, *It's better to believe*, publicada em 1995. Centramos nossos comentários sobre as diferenças e seus possíveis significados.

Da aptidão ao equilíbrio

As duas primeiras obras de Cooper estão concentradas no desenvolvimento da aptidão ou do condicionamento físico. Assim, em *Aerobics*, enfatiza o valor do exercício físico, a base de seu sistema, a explicação dos diferentes tipos de exercícios e o motivo de ser o aeróbio superior; os testes, o sistema de desenvolvimento da aptidão, as bases empíricas do método; os efeitos do treinamento, as condições clínicas e as regras de nutrição, fumo e álcool. Os temas são retomados em *The new aerobics* quase sem variações. Cooper destaca os efeitos benéficos dos exercícios aeróbios, a importância do exame médico, os testes e suas categorias, as propostas ou programas de exercícios por grupo de idade e temas conexos. Em ambas as obras, propaga os efeitos terapêuticos da prática aeróbia, sua capacidade de reduzir a probabilidade de doenças, sua contribuição para a disposição física e mental e o aumento da capacidade para responder às demandas de consumo energético. Os dois livros, portanto, desenvolvem os mesmos temas, as mesmas idéias e estão baseados na confiança de que as pessoas poderão entender e experimentar os benefícios físicos e mentais da atividade aeróbia.

Em sua obra publicada dez anos mais tarde, em 1982, *O programa aeróbio para o bem-estar total*, o modelo de exposição começa a mudar. Categorias que nem apareciam ou apareciam de forma apagada nas obras anteriores começam a ser destacadas. Assim, na própria capa da obra lemos: exercícios, dietas, equilíbrio emocional. A noção do equilíbrio passa a estruturar a obra: princípio de equilíbrio, equilíbrio na dieta, equilíbrio físico e mental, equilíbrio emocional, equilíbrio geral do corpo são suas noções organizadoras. Na verdade, o equilíbrio não é definido nem demonstrado, o que Cooper faz é dizer: “onde existe o equilíbrio existe uma sensação de bem-estar”, ou seja, se nos sentimos bem é porque estamos equilibrados e se estamos equilibrados nos sentiremos bem. A circularidade da definição e a falta de indicadores é bastante óbvia.

Há, portanto, um reconhecimento, talvez mais aparente do que real, da complexidade humana e o emocional passa a ser seu indicador. A proposta de intervenção pareceria que se psicologiza, que permite a entrada de novas dimensões não presentes em suas primeiras obras. Contudo, a dimensão emotiva é apenas vista sob a ótica da tensão ou do estresse, provocados pelas supostas condições da vida moderna. De fato, tensão e estresse apenas aparecem enunciados, não são teorizados, nem mesmo tratados com um mínimo nível de fundamentação fisiológico, psicofisiológico ou psicológico. Temos indicações, então, de que Cooper está tentando conciliar sua proposta com novos dados que circulam no ambiente: a influência da dimensão emotiva sobre a personalidade, sobre a disposição e as doenças.¹² Mas, sua mensagem final sobre o assunto é que o exercício pode incidir positivamente sobre o equilíbrio emotivo.

De um modo geral, a obra explicita um recuo que se expressa na defesa da moderação em relação aos exercícios aeróbios. Cooper declara que em outra época “eu julgava que um bom programa de exercícios físicos era capaz de compensar maus hábitos de saúde e hoje eu me censuro por ter declarado que o exercício pode superar muitos, senão todos os efeitos deletérios da dieta alimentar” (1982: p. 13). Cooper pareceria abandonar a alavanca do exercício físico como ferramenta, senão única, principal. Equilíbrio e moderação passam a ser seus termos chaves. Cooper passa a declarar que “se você está correndo mais de 4,8 quilômetros, cinco vezes por semana, está correndo por algo mais que a aptidão física” (*idem*). Introduce como elemento central o “bem-estar espiritual”. De fato, em comentários de suas obras anteriores, Cooper tinha notado, com certo desconsolo e ironia, que os participantes de seus programas de condicionamento na força aérea falavam de forma compulsiva sobre o condicionamento. Digamos que Cooper tinha constatado algum tipo de diminuição da sociabilidade e espiritualidade na dedicação compulsiva ao treinamento ou, pelo menos, que participar ativamente do treinamento estava associado com o falar compulsivo e positivamente sobre ele. Podemos pensar que o esforço do treinamento exigia o reforço positivo de sua valorização simbólica na conversa constante sobre ele. Havia, então, um centramento físico e simbólico sobre a atividade aeróbia.

Contudo, os anúncios de espiritualidade ou de espiritualização do bem-estar não levam Cooper a abandonar sua cientificidade.

O corpo humano é simplesmente mais uma parte do universo que deve estar em perfeito equilíbrio. Somos constituídos de tal maneira que necessitamos de uma quantidade exata de exercício, nem mais, nem menos. Necessitamos da quantidade exata de determinados tipos de alimentos. (...) E onde existe falta de equilíbrio existe também uma falta de bem-estar pessoal. Da mesma maneira, pelo lado positivo, onde existe equilíbrio existe uma sensação de bem-estar. E onde existe equilíbrio perfeito existe o que chamo de bem-estar total (1985: 17).

Cooper na sua guinada para a espiritualidade e o psicológico não renuncia à cientificidade nem à universalidade, presentes em sua crença sobre a “quantidade exata”. Novamente declara que seus resultados são produtos de pesquisas realizadas por longo tempo. O objetivo, entretanto, passa a ser o bem-estar total e seus benefícios são os mesmos que eram publicitados para o exercício aeróbio que, no novo esquema, torna-se um dos componentes do bem-estar total.

Há, no entanto, uma variação no modelo. Não se trata agora de maximizar uma das variáveis, o esforço na atividade física, trata-se de realizar o esforço exato para alcançar o equilíbrio de três necessidades fundamentais: o exercício aeróbio, fixado em não mais de 24 quilômetros por semana,¹³ a alimentação positiva e o equilíbrio emocional.

Na necessidade básica do exercício aeróbio Cooper retoma seus argumentos a favor da atividade de distâncias longas e lentas (*long, slow distance*, ou “L.S.D”). “Em minha opinião, este princípio de equilíbrio por meio da atividade física simplesmente reflete o que o corpo humano foi originalmente destinado a fazer” (*idem*: p. 21). A atividade aeróbia levaria ao equilíbrio que seria uma demanda corporal original ou de natureza em sua adequação ao meio. Cooper, então, imagina a vida na tribo primitiva que exigiria muita atividade física, longas caminhadas, corridas etc. Cooper não se fundamenta em estudos antropológicos, não os cita nem faz referência (*idem*). De fato, ele imagina que assim foi o passado e que, portanto, o organismo desequilibra-se quando submetido a uma vida sedentária¹⁴. Em poucas linhas, Cooper liquida com problemas de tamanha magnitude sem sequer levar em consideração, por exemplo, as etnografias que descrevem ciclos de atividade/inatividade na vida dos povos primitivos, nem o fato elementar de que a esperança de vida desses povos é bem baixa apesar dos mecanismos de seleção natural agirem com significativos efeitos, nem que é bem possível que mesmo o estresse e a tensão sejam maiores que entre os modernos¹⁵. Idealiza, portanto, a vida primitiva para tornar alguns de seus elementos como modelo original das necessidades humanas.

A segunda necessidade é a de “desenvolver hábitos alimentares destinados a durar a vida inteira” (1982: p. 22)¹⁶. Cooper não parece entender que as recomendações alimentares que nossos conhecimentos permitem elaborar são, de fato, transitórias, pois dependem do estado dos mesmos. Cooper tem uma visão congeladora dos conhecimentos científicos e somente por essa visão é que pode recomendar hábitos para durar a vida inteira. Por último, Cooper defende a idéia de conseguirmos o equilíbrio emocional. As tensões ou estresses da vida moderna levam à perda do equilíbrio emocional, à falta de paz interior, à ansiedade da qual gostaríamos de livrar-nos para sentir-nos descontraídos e felizes. A perda do equilíbrio emocional “resulta numa queda de nossos níveis de energia e numa perda de nosso ímpeto de realizar e sobressair” (1985: p. 24). De fato, a principal receita de Cooper para as tensões e o estresse é o exercício e quanto mais aeróbio melhor, além dos discutíveis valores culturais que defende de “realizar e sobressair”.

Na obra que estamos comentando, Cooper incorpora como central o equilíbrio emocional. Contudo, os dois vetores principais continuam sendo os hábitos alimentares e o exercício aeróbio. O que importa destacar é que Cooper adapta a tradição da fisiologia do exercício às demandas de uma sociedade na qual a fadiga e o cansaço passam a ceder o cenário das preocupações para o estresse, para o lado emocional das pessoas. O exercício aeróbio não tem apenas a finalidade de aumentar o condicionamento cardiovascular, agora também deve agir sobre a ansiedade e a depressão. Cooper acumula argumentos nessa direção, embora se restrinja em grande parte a contar casos pessoais favoráveis e algumas experiências de grupo também favoráveis¹⁷. Sua insistência em relatar casos positivos de cura ou melhoras a partir do exercício aeróbio, além de terem a função pedagógica de convencer o leitor, parecem esconder as dificuldades de usar dados de pesquisa mais consistentes e mais discriminantes. É discutível, por exemplo, que o exercício aeróbio seja um bom remédio tanto para a depressão como para a ansiedade. Cooper não demonstra suspeitar que a melhora na autoconfiança e segurança dos membros de um grupo, participantes de um trabalho de condicionamento físico, pode tanto resultar do próprio exercício quanto ser produto das atenções recebidas por participar do programa¹⁸. Assim, não leva em consideração a eficácia simbólica que produz participar de um programa, escolher participar, sentir-se formando parte de uma nova experiência, entre outras considerações possíveis.

A família aeróbia: um estudo do equilíbrio

Algumas críticas, não necessariamente personalizadas, devem ter arranhado a couraça das crenças fisiológicas de Cooper. Introduce um capítulo, o do subtítulo acima, para referir-se a que “existe, contudo, outra espécie de equilíbrio, que transcende ao indivíduo e diz respeito ao modo como nos relacionamos uns com os outros. Esse tipo de equilíbrio concernente à comunidade pode ser um fato tão importante para promover o bem estar total quanto qualquer outra coisa que tenhamos abordado neste livro” (*idem*: p. 217). Diante das palavras de Cooper, o leitor que acredita que somos seres sociais com interesses múltiplos pode ficar entusiasmado. Seu entusiasmo não durará muito, pois Cooper continua dizendo: “em parte porque proporciona um meio ambiente fértil, no qual nossa dedicação individual à aptidão física pode desenvolver-se com maior rapidez” (*idem*). Assim, o lado positivo da família aeróbia é que possibilita que nossa aptidão física desenvolva-se mais rapidamente!

Cooper declara-se preocupado pela união da família moderna. Então monta uma paisagem aterradora e uma solução aeróbia “A despeito de todo esse caos —esse desequilíbrio radical em nossa estrutura familiar—, eu tenho um sonho a respeito de como poderiam ser as relações familiares. Existe um novo rótulo que eu gostaria de ver aplicado às famílias do futuro: família aeróbia” (*idem*: p. 218).

A família aeróbia que imagina está formada por membros que podem praticar seus esportes ou corridas isoladamente, dado que é difícil fazê-lo em conjunto. Porém, o que uniria a família seria o “interesse mútuo pela boa saúde” que se manifestaria nas conversas sobre o assunto, em especial sobre a atividade física e a nutrição, reforçando a vontade de realização dos programas (*idem*: p. 219). Assim, o que tinha comentado ironicamente em relação ao programa da força aérea, seu centramento compulsivo, torna-se receita para a formação da família aeróbia.

Cooper absorve a diversidade dos relacionamentos e finalidades da vida familiar no objetivo da boa saúde e sobre os programas para realizá-lo. É evidente que estamos diante de uma “absolutização” do valor da boa saúde e de uma redução unidimensional. Essa operação poderia ser produto do desespero do missionário diante do fracasso de sua pregação.

Da fisiologia para a religião

No livro *É melhor acreditar*, Cooper avança na direção da crença ou fé religiosa na atividade física. Reconhece que as pessoas dominam os conhecimentos sobre os benefícios da atividade física, porém que há um hiato entre o desejo de estar em forma e o ato de estar em forma (1998: p. 16). Não se trata de mero saber, “a resposta começa com a crença –especificamente, as suas convicções pessoais mais profundas quanto àquilo que é bem, verdadeiro e definitivo para sua vida” (*idem*). Cooper distingue entre crenças extrínsecas e intrínsecas. As primeiras permanecem na cabeça sem deslocar-se para o coração. As segundas se caracterizam “por qualidades como profundo compromisso espiritual, certeza de ter descoberto o significado último da vida, devoção pela oração sincera e busca de uma vida verdadeiramente transformada” (*idem*: p. 17). Observemos que tanto nazistas, como budistas, fundamentalistas e espiritistas podem entender que suas crenças religiosas têm as qualidades da crença intrínseca. Pode-se matar em nome de crenças intrínsecas, racistas ou não, monoteístas ou politeístas. O adjetivo apenas se refere à força da crença, não à sua bondade, beleza ou verdade.

Cooper continua advogando em favor do poder das crenças intrínsecas ou religiosas para o bem-estar físico e emocional. Cooper passa uma revista em pesquisas que afirmam existirem relações significativas entre religiosidade e saúde, ou entre religiosidade e cura, ou entre religiosidade e traços positivos de personalidade. Descobre os efeitos positivos sobre a saúde dos laços sociais e do apoio emocional que, de modo geral, as religiões promovem. Sem entrarmos a discutir as pesquisas nas quais Cooper baseia-se, podemos aceitar que a vida religiosa, comunitária e de família é boa para a “saúde” individual e coletiva. Contudo, isso apenas é importante se pensarmos que a saúde, a disposição e a longevidade são o mais importante ou altamente importante. De fato, esse é o ponto da crença intrínseca de Cooper e ela pode não encontrar lugar definido como positivo em to-

das as religiões. Assim, o argumento pode ser importante para determinadas religiões, não necessariamente para todas. Outra posição religiosa poderia considerar como superior sacrificar-se pelos outros ao invés de preservar a si mesmo. Pode considerar que é melhor dedicar mais tempo à leitura dos textos sagrados e à oração do que à atividade corporal. Pode optar por sacrificar o corpo e a saúde para alcançar verdades espirituais. Como de fato essas outras opções existem, e são bem representativas, podemos admitir que Cooper elabora uma religiosidade funcional ou utilitária para a atividade física e a saúde.

Da mesma maneira que a família aeróbia pode ser um caminho para a boa forma, a religião é posta como meio da boa forma em Cooper. A motivação religiosa pode ser um caminho para a boa forma, e Cooper alegremente relata o caso de uma paciente que, por problema de doença, estava abandonando seus trabalhos religiosos; retomar esses trabalhos foi sua motivação para realizar atividade física. No exemplo, a mulher do relato apenas realiza atividade física porque se sente mal e não pode realizar seus trabalhos religiosos. Se um comprimido lhe tivesse devolvido o bem-estar e a capacidade de agir, possivelmente não teria encarado um programa de exercício físico.

Mas, há uma segunda elaboração das relações em Cooper e nela a relação entre cuidados de si, no caso atividade física, e religião torna-se interior ou intrínseca. Ele mesmo coloca-se como testemunha. Conta-nos sua vida de criança e adolescente dedicada à prática esportiva. “Essa rigorosa rotina de exercícios parecia-me parte essencial do que Deus desejava que eu fizesse com a minha vida naquele momento” (*idem*: p. 28). Tudo mudou abruptamente quando iniciou seus estudos de medicina em Oklahoma.

A minha condição física começou a despençar porque eu, como muitos outros atletas do ginásio e da faculdade, não tinha mais acesso ao ambiente de apoio e de motivação da equipe... Eu não tinha absolutamente nenhuma motivação interior. Mesmo a minha fé religiosa, que casara tão naturalmente com as minhas atividades atléticas na escola, de alguma maneira não parecia ser relevante para a minha condição física de então. Eu nem pensava que fosse bastante importante rezar sobre o tema... Não me passou pela cabeça que talvez minha fé exigisse que eu fizesse o possível para manter meu corpo em forma. (*idem*: p. 29).

Cooper conta-nos que para preencher as exigências do curso de medicina passou a dormir pouco, três ou quatro horas, e a comer demais, talvez um mecanismo de compensação ou de equilíbrio. Tornou-se uma pessoa cansada, sedentária, com muitos quilos a mais. Cooper declara que a pessoa ambiciosa e ativa que era estava desaparecendo. Ou seja, uma mudança nas condições e sobretudo nos objetivos, o estudo, levou a uma transformação rápida da personalidade de Cooper, abandonou sem dificuldades a atividade física e entregou-se sem culpa ao sedentarismo.

A culpa física seguida da moral apareceria mais tarde. Um dia foi fazer esqui aquático e praticar um pouco de *slalom*. O esforço provocou a dor, as náuseas, a frequência cardíaca elevada. Cooper ficou aterrado e ouviu o chamado de alerta. Declara então que começou a compreender

que meu corpo era verdadeiramente um ‘templo de Deus’, mas um templo que eu deixara cair em lamentável abandono. Era claro que cabia a mim manter esse templo em forma se eu tinha esperança de viver uma vida completa e satisfazer os planos de Deus para ela (*idem*: p. 32).

Cooper relata exatamente o mesmo episódio na sua obra editada em 1982, *The aerobics program for total well-being*; contudo, naquele relato, não faz nenhuma referência a interpretações religiosas. Assim, nos treze anos que se passaram entre essa obra e a outra, *É melhor acreditar*, Cooper decidiu que devia e podia falar na linguagem da religião, não apenas ou somente na linguagem laica da fisiologia do esporte. Faz isso assumindo o Deus interior que caracteriza as crenças religiosas dos Estados Unidos. Porque fez isso? Podemos elaborar uma tentativa de resposta. Podemos pensar que Cooper caminha na direção dos argumentos religiosos diante do pouco êxito dos argumentos fisiológicos ou de ordem médica, diante do desencanto com as baixas realizações da pastoral do exercício. A fundamentação da motivação em termos religiosos parece estar favorecida por três condições: i) o que tem sido denominado como ressurgimento religioso, sobretudo no campo das religiões associadas à *New Age*;¹⁹ ii) dados de pesquisa que apresentam uma relação positiva entre vida religiosa e saúde²⁰ e iii) a interpretação americana de Deus.

A partir dos anos setenta crescem os trabalhos jornalísticos e científicos que relatam estarmos diante de um ressurgimento da religião, de uma nova efervescência religiosa. Sob a denominação de *New Age*, Nova Era, agruparam-se as novas buscas, propostas e expressões religiosas. A motivação religiosa passou a ser reconhecida e estudada como formando parte da modernidade tardia ou da pós-modernidade. Neste sentido, surgiu um clima favorável para reintroduzir as éticas religiosas na vida cotidiana e, muito especialmente, no campo do tratamento dos corpos e dos espíritos, na manutenção da saúde, na consecução do equilíbrio, na resistência e manejo do estresse, enfim, em campos estreitamente vinculados com a intervenção de Cooper. Assim, vincular religião com exercício adquiriu uma nova legitimidade. Se essa vinculação era privada ou subjetiva, os novos tempos permitiram que fosse posta como pública e objetiva.

Ambas características, pública e objetiva, aparece nos estudos e pesquisas que correlacionam vida religiosa e saúde, fé e cura. Em Cooper, entretanto, a relação que importa é a da crença religiosa como base motivacional ou motivação para superar os custos dos esforços de subir a ladeira da montanha do condicionamento. Tínhamos dito que Cooper trata essa relação quer como exterior, quer como interior.

A relação interior ou intrínseca aparece quando Cooper passa a pensar o corpo como “templo de Deus” e, portanto, seus cuidados formam parte dos deveres religiosos. O corpo se torna um templo que deve ser cuidado e devemos cuidar de nossas vidas para satisfazer os planos que Deus tem para elas. Como explicar essa representação das relações de Deus com nosso corpo?

Eu acredito que para começar a trabalhar essa relação deveríamos partir da provocativa obra de Harold Bloom²¹. A partir das elaborações fundamentais de Emerson e James, Bloom desenvolve uma análise das peculiaridades da religião nos Estados Unidos. A essência religiosa do americano seria o convencimento de que Deus o ama, em oposição total com a observação de Spinoza de que aquele que ama verdadeiramente Deus não deve esperar ser amado por Ele. Bloom observa que o Cristo americano é mais um americano que um Cristo, e que a consciência centrada na própria identidade e sua exaltação é a fé dos americanos, em oposição à comunidade, e no sentido que se sacrifica a sociedade ao indivíduo na vida espiritual da nação. A tese central de Bloom é que a religião americana se disfarça de cristianismo, porém tendo deixado de ser cristã. Conservou um Jesus americano, muito solitário e pessoal e ressuscitado, ao invés de um Jesus crucificado que ascendeu de novo ao Pai. Afirma que o americano encontra Deus nele mesmo, porém, após ter encontrado a liberdade para conhecê-lo. A salvação para o americano não pode vir por meio da comunidade nem da congregação, é um ato de confrontação de um a um. James teria reconhecido em Emerson muitos dos estigmas que convencem Bloom da presença da religião americana: a liberdade de consciência, confiança na percepção vivencial, um sentido de poder, *a presença de Deus dentro de si mesmo*, a inocência da carne e a da sangue de si mesmo redimidas.

O brevíssimo resumo do entendimento de Bloom da religião americana ilumina as posições de Cooper. Permite sugerir pistas para entendermos como aparece a idéia de um Deus interior e a consideração do corpo como templo. A difusão do pentecostalismo no Brasil e a emergência, no seu momento, dos Atletas de Cristo deveria impulsar-nos na direção de refletir sobre semelhanças e diferenças no campo religioso e sobre as relações entre atividade física, esporte e religião.

A modo de conclusão

As elaborações da fisiologia do esforço e do esporte foram construídas e formaram uma tradição a partir do século passado. Suas mudanças não incidiram de modo significativo nas recomendações favoráveis ao exercício físico e a nutrição. Contudo, no campo dos fundamentos para a ação ela dever recorrer a argumentações variadas no tempo: utilidade, equilíbrio, religiosidade aparecem como sucessões não disjuntivas na obra de Cooper. Ou seja, o fundamento religioso pode englobar o do equilíbrio e o da utilidade, e isso parece ter acontecido com as ela-

orações de Cooper na interação de suas propostas aeróbias e a recepção social às mesmas. Sua estratégia de esforçar-nos para podermos responder às demandas de esforço, de treinar-nos e condicionar-nos asceticamente para que nossa potência física e mental desabroche tem, sem dúvida, uma marca estóica forte.

Não há, no entanto, um fundamento motivacional de tipo fisiológico para que realizemos o esforço. De fato, se é a teoria darwiniana a que fornece o sentido para a biologia, e se a fisiologia forma parte dela, a reprodução do gene é a única “motivação” ou teleologia possível. Saúde, longevidade, disposição, fadiga são valores culturais, não biológicos. Os valores culturais dependem de seus contextos de geração, reprodução e transformação. As transferências e as reapropriações implicam complicados mecanismos e formam um interessante campo de estudos. Falta-nos avançar no sentido de entendermos melhor os mecanismos de reapropriação das propostas de Cooper e de outras que foram e ainda são geradas no campo da atividade corporal.

Bibliografia

Obras de Kenneth Cooper:

Se indica la edición original y la traducción correspondiente:

Aerobics (1968); *Aptidão física em qualquer idade* (1972, 5ta. Edição), Rio de Janeiro: Honor editorial

The New aerobics (1970); *Capacidade aeróbia* (1972, 2da. Edição), Rio de Janeiro: Honor Editorial

The aerobic program for total well-being (1982); *O programa aeróbio para o bem-estar total* (s/d), Rio de Janeiro: Editorial Nórdica Ltda

It's better to believe (1995); *É melhor acreditar* (1998), Rio de Janeiro: Record.

Bibliografia citada

Arendt, Hannah 1972 *Entre o passado e o futuro* (São Paulo: Perspectiva).

Becker, Howard 1993 *Métodos de pesquisa em ciências sociais* (São Paulo: Hucitec).

Berman, Marshall 1986 *Tudo o que é sólido desmancha no ar* (São Paulo: Companhia das Letras).

Bloom, Harold 1992 *The american Religion. The emergence of the Post-Cristian Nation* (Nova Iorque: Simon & Schuster).

Elias, Norbert 1991 *A condição humana* (Lisboa: Difel).

Harris, M. 1989 *Bueno para comer* (Madrid: Alianza).

Hayflick, L. 1996 *Como e porque envelhecemos* (Rio de Janeiro: Campus).

Lacerda, Yara 1999 *Saúde e espiritualidade na atividade corporal* (Rio de Janeiro: tese de doutoramento, UGF-PPGEF).

Lovisoló, Hugo 1995 *Educação física: arte da mediação* (Rio de Janeiro: Sprint).

Lovisoló, Hugo 1997 *Estética, esporte e educação física*: Rio de Janeiro: Sprint).

Lovisoló, Hugo 1998 *História oficial e história crítica: pela autonomia do campo*, in VI Congresso Brasileiro de História do Esporte, Lazer e Educação Física (Rio de Janeiro: Ed. UGF, p54-64).

Lovisoló, Hugo 2000 *Atividade física, educação e saúde* (Rio de Janeiro: Sprint).

Lovisoló, Hugo & Lacerda Yara 1999 Reencantando as quadras, basquetebol e espiritualidade, in *Estudos Históricas*, n.23, março de 1999 (Rio de Janeiro: Ed. FGV).

Prost, A 1992 Fronteiras e espaços do privado, in Prost A. e Vincent G., *História da vida privada*, v. 5 (São Paulo: Cia das Letras).

Rabinbach, Aaron 1992 *The Human Motor* (Los Angeles: University California, Press).

Sevcenko, Nicolas 1992 *Orfeu extático na metrópole* (São Paulo: Cia das Letras).

Nota:

1. Ver, como exemplo das preocupações em torno da fadiga e também da proximidades na recomendações e do distanciamento no fundamentos, Lovisoló (2000, pp.27-42).
2. Sobre o peso das imagens como turbilhão na modernidade ver Berman (1986).
3. Sobre a singularidade da idéia de uma antropologia fundada no trabalho ver as reflexões de Hannah Arendt (1972).
4. Sobre a continuidade nem sempre explicitada desse projeto ver Hugo Lovisoló (1998).
5. Cooper sempre reconheceu em agradecimentos e dedicatórias a importância de Cláudio Coutinho para a difusão de suas idéias no Brasil.
6. Dado que Cooper, como todos nós, baseia-se em dados amostrais, uma diferença da ordem de 1% situa-se dentro da margem de erro com a qual trabalham as pesquisas, resultando impróprio afirmar um aumento real.
7. De modo geral, as recomendações de atividade corporal podem ser vistas como caracterizadas pela redução dos esforços ao longo das últimas décadas. Como facilitando cada vez mais a prática por redução de exigências.
8. Nos seus livros de divulgação Cooper sempre alude às pesquisas realizadas quer nos quadros dos programas da força aérea americana quer quando já opera no seu centro de Dallas. Contudo, Cooper não fornece os dados para que suas pesquisas possam ser avaliadas sob o ponto de vista metodológico. Talvez essa atitude derive-se que os dados amostrais não são tão sensacionais quanto os “casos” aos quais recorre crescentemente ao longo de suas obras.
9. Em nenhum momento Cooper discute argumentos de peso contrários à sua posição. Por exemplo, alguns ironistas têm declarado que os estudos indicam

que o que se ganha em termos de tempo de vida média ou esperança de vida, pela prática constante da atividade física, é menor que o que se gasta em realizá-la. Da mesma forma, é bem possível que a partir de determinado momento os custos para manter a saúde e disposição das pessoas superem os benefícios que se alcancem. Cooper passa por cima dessa estrutura de contraargumentos simplesmente ignorando-a.

10. Lembre-se que a origem da fisiologia moderna é a teoria de Willian Harvey sobre a circulação formulada no século XVII e que mantém seu valor até os nossos dias.

11. Os dados que circulam no campo da fisiologia do exercício indicam que as amostras de pessoas não treinadas apresentam uma média de consumo máximo de oxigênio próxima à metade das que resultam das amostras dos atletas de corrida. É de se salientar, entretanto, que as amostras de atletas de basquetebol e outros esportes não são significativamente diferentes do que das pessoas não treinadas. Decorrem dois problemas: a) o da forma em que se estima o consumo máximo de oxigênio, baseado no trabalho da esteira rolante, mais adequada ao desempenho do atleta de corrida de média e longa distância, que levaria a subestimar o consumo máximo de oxigênio em atletas de outras modalidades e em pessoal não treinado e b) é bem possível que as pessoas que por constituição têm alta capacidade de consumo de oxigênio se autoselecionem para o trabalho aeróbio. Assim, o ideal, imposto para todos, seria apenas uma das modalidades da diversidade humana.

12. Nas propostas de atividade corporal derivada das psicologias e nas propostas das ditas atividade alternativas ou suaves houve, desde seus começos, uma ênfase considerável no “lado psicológico e emotivo”. O equilíbrio com o qual opera a fisiologia do esforço é basicamente energético e tem seus fundamentos na física e na química. Assim, a incorporação do “emocional”, por Cooper, pareceria significar uma abertura para o campo de propostas “menos fisiológicas”, distantes de sua tradição e mesmo alternativas ou opostas.

13. Devo reconhecer que não acredito que Cooper demonstre a validade de sua cifra mágica de 24 quilômetros por semana.

14. Há um certo romanticismo entre os promotores da atividade corporal que imaginam um passado primitivo no qual naturalmente os homens teriam bons hábitos que os modernos perderam ou distorceram. Esta imagem é sobretudo usada para criticar os males da civilização, da vida moderna agitada. Os dados que indicam que os primitivos tinham quase a metade de esperança de vida dos modernos não afeta a construção romântica.

15. É bastante difícil aceitar que um modo de vida no qual seis meses são dedicados à atividade física intensa e seis meses à inatividade dentro dos refú-

gios seja saudável por natureza. Muitos grupos primitivos, por acompanhar condições ecológicas, reproduzem esse padrão cíclico. A tensão na vida primitiva, por outro lado, não parecer ser pouca, como de fato em quase tudo o reino animal. Há poucos autores que salientam a obviedade de ser a vida moderna mais segura e mais fácil e, possivelmente, bem menos tensa. Ver os argumentos desenvolvidos por Elias, 1991.

16. Observe-se que nas recomendações alimentares, Cooper volta-se de novo para um passado. Após formular seus oito princípios alimentares (1985: p. 47) diz: “Tais princípios parecem refletir algo deveras fundamental para a saúde humana. Em certo sentido, representam um retorno à dietas naturais de nossos ancestrais primitivos, capazes de permitir que nossos corpos funcionem em níveis máximos de desempenho”. No mesmo ano, em 1985, Marvin Harris publicou *Good to eat*, procurando encontrar regras que permitam explicitar “relativismo alimentar”. A leitura de sua obra questionaria a idéia de uma dieta natural, colocando em seu lugar, por exemplo, as relações população/território, entre outras. De novo, tudo indica que Cooper imagina uma “dieta original”.

17. Inspirando-nos nos estudos de Becker (1993) podemos afirmar que os casos desfavoráveis não são apresentados. Os estudos que não obtêm correlação significativa entre atividade física e qualquer variável dependente são de pouco interesse jornalístico e também de pouco interesse de publicação pelas revistas científicas. Assim, os estudos apresentados são os que “dão certo”. Diante de um panorama com essas exigências é bem possível que os estudos e experimentos estejam controlados pela “ansiedade de resultados positivos” ao invés de, como manda a boa metodologia, pela falsificação de suas hipóteses.

18. Conferir seus comentários sobre a experiência de A.H. Ismail e Michael Pollock (1985: pp. 204-205).

19. Uma leitura da relação religião e esporte foi feita in Lovisolo, H. e Lacerda, Y (1999).

20. Vários desses resultados são apresentados por Cooper em *É melhor acreditar*. Uma visão mais crítica, sob o ponto de vista da fisiologia, pode ser vista em Hayflick, L. (1996).

21. Bloom, H. (1992).

Este libro se terminó de imprimir en el
taller de Gráficas y Servicios en el
mes de abril del año 2000.
Primera impresión, 1000 ejemplares

Impreso en Argentina